CARLOS SISI

HECHICERO

LA PARÁBOLA DE ELLÖR

ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. De la vida en el Bosque de Cobre y los castaños
2. Pringues, gusanos y mazacotes
3. Vino caliente y corteza de canelo
4. El Gigante Rojo de Peleas
5. La historia de Briamor Candess y la Luz del Oeste
6. De la fundación de la torre en el Quebranto
7. La sombra en el muro
8. La Guardia de la Luz y la vela de sangre
9. Del descubrimiento de los atajadores
10. Asesinos y granjas en llamas
11. Los lugares mazmorra
12. Lo que vino desde la otra parte
13. Un jarrillo de agua
14. La montaña funeraria
15. Ascensión
16. Despedidas, lágrimas, y la gran batalla del octógono
17. El anciano muerto sobre el risco nevado
18. La turmalina tallada de belleza
Epílogo
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You Tube

SINOPSIS

Se dice que fue Briamor Candess quien, ayudado por otros cuatro hechiceros, construyó la altiva e impresionante torre ciudadela destinada a albergar a toda la comunidad de hechiceros que hasta entonces existían repartidos por el mundo, y que se llamó La Luz del Oeste. Durante muchísimo tiempo fue un lugar al que el mundo miraba con ojos admirados y asustados, pues era hipocentro de un poder desatado. Mas el poder está siempre en los ojos de aquellos que codician, y La Luz del Oeste no iba a ser una excepción. *Hechicero* cuenta la parábola de Ellör Litos Ceoril, uno de los Cinco Fundadores, desde los primeros días de gloria hasta que se vio obligado a vivir en el exilio, oculto y apartado, y... lo que pasó después.

Hechicero rebosa magia y recoge el testimonio del auge y caída de la Luz del Oeste tal y como ocurrió. Como *Nigromante*, contará con ilustraciones a todo color del prestigioso ilustrador Tomás Hijo.

CARLOS SISÍ

HECHICERO

minotauro

A la memoria de mi admirado y querido
John Ronald Reuel Tolkien,
sin cuyo talento y trabajo este libro
jamás, jamás, hubiera sido posible.

Capítulo 1

De la vida en el Bosque de Cobre y los castaños

Aunque las fronteras del territorio de Peleas cambiaban según a quién preguntaras, lo que resultaba claro es que por el este lindaba con Celorcia sobre todo y, en menor medida, también con Urseos. No se veía a mucha gente de Urseos por allí, por cierto, ni al amanecer ni al alba, pues lo que se encontraba en medio era la enorme montaña de Altaherida, una suerte de diente afilado que emergía del suelo y superaba las nubes.

Las gentes de Urseos todavía miraban con nostalgia y cierta tristeza la imponente presencia de esta montaña, pues antaño se trabajaba en sus laderas y bajo ellas, mucho y muy intensamente, del alba al ocaso, cavando tan profundo como se podía para extraer hierro, pero también óxido de hierro y diversos ocres rojos. Se crearon enormes estructuras de madera para los trabajos y se construyeron túneles y bocaminas, emboquilles, pozos y chimeneas usando árboles que traían de todas partes. Los caminos por aquel entonces eran más anchos y las carretas circulaban por ellos llevando y trayendo mercancías, y en el valle se escuchaba con orgullo el canto de los hombres fornidos que operaban los yunques, la alegría de los martillos y el traqueteo de las ruedas de madera que dejaban marcas más y más profundas en los caminos. ¡Y los mineros! Los mineros iban y venían montados en caballos, día y noche, sus pieles oscuras tiznadas por el carbón y el polvo de roca de la montaña; el río junto a las formidables construcciones a menudo se teñía de rojo cuando la roca se lavaba y se procesaba en enormes hornos y crisoles para separar el hierro de la escoria. Pero la montaña se agotó, y los que intentaban llegar más abajo aún salían de la tierra con fiebres desconocidas y afecciones en los pulmones que les hicieron desistir. Los mineros, y la prosperidad, se marcharon a otra parte; las instalaciones se abandonaron y fueron desmanteladas poco a poco, con el devenir del tiempo, a medida que

los tablones y los pilares de madera se retiraban para ser utilizados como leña.

Peleas, por el contrario, ubicada en el lado opuesto de la montaña, no eligió los subsuelos, sino la superficie. Había en la zona un gran número de castaños que dejaban el suelo teñido de hojas anaranjadas, razón por la cual a la zona se la conocía por allí como el Bosque de Cobre. Se hacía pastel de castaña; carne con castañas; sopa de castaña; castañas hervidas con leche; ensalada de castañas con granada, manzana y escarola, y cremas con toda clase de verduras, incluyendo *tatatas*, que no eran muy comunes ni apreciadas por su sabor grosero y áspero, como de tierra. Pero la comunidad de Peleas trabajaba bien la tierra y ésta fue siempre generosa con ella; las gentes de allí prosperaron y tuvieron descendencia que creció sana, despreocupada y también feliz.

Peleas, como la mayoría de poblaciones de aquella amplia zona al oeste del océano, no dependía de un señor ni estaba bajo la autoridad de un conde, un duque, un rey o un caudillo. Las tierras estaban libres para ser reclamadas; el suelo disponible era mucho, muchísimo en verdad, y casi todo el mundo tenía bastante más del que podía atender o cuidar.

No existía, por cierto, una aldea o pueblo en sí; las casas de las gentes estaban apartadas unas de otras, a menudo rodeadas de castaños en todas direcciones, de manera que era difícil distinguir desde cualquiera de los caminos hasta dónde se extendía la comunidad. Pero los habitantes de Peleas compartían esfuerzos comunes, el tipo de cosas que hacía que la vida de todos fuera más llevadera: dos molinos harineros y otro de aceite, para empezar, pero también una barca de pesca y el mantenimiento de un rudimentario muelle donde Vordenian Salas y Forran Rocafuerte se ocupaban de conseguir pescado para todos. Había también una serie de cabañas alineadas junto al río —Culebra lo llamaban por su trazado sinuoso y retorcido—, que ofrecían diversas oportunidades para el comercio: se vendían utensilios, herramientas y provisiones importadas de otros territorios; telas para la confección de vestimenta; pieles; semillas extravagantes; ceras y brazadas de cuerda, que eran pesadas y engorrosas de fabricar; barriles, y también aperos de labranza. En el centro de ese lugar se levantaba el sitio favorito de todos: la casa de Eldrich Musgoverde.

Musgoverde servía a quien tuviera algo para intercambiar una medida de bebida espirituosa que allí se conocía, probablemente con cierto afán burlón, como «matasanos». Cualquiera en Peleas podría decir que el cieno de una charca tenía un sabor mejor que el

matasanos de Musgoverde, pero el brebaje calentaba por dentro y levantaba mucho más los ánimos que un plato de muflón asado con zanahorias cocidas. Si se bebía cuando el pecho dolía, se tenía fiebre o estabas aquejado de dolores misteriosos en general, el matasanos quemaba todos los demonios del cuerpo y te devolvía a la vida. Incluso se rumoreaba que, en cierta ocasión, el matasanos le devolvió la vista a un viajero llamado Zarko que, al parecer, la había perdido la noche anterior por beber el mismo brebaje.

La casa de Musgoverde no era un lugar concurrido; la mayoría de los habitantes de Peleas preferían quedarse en sus propias casas y no socializar demasiado. Quizá por las historias viejas que daban nombre al pueblo, los vecinos habían encontrado salud y tranquilidad en el hecho de no socializar más que lo imprescindible, otra cosa más allá de eso era buscar problemas de manera innecesaria. Pero, por descontado, si andabas buscando a Ganlon Ogoble o a Madagio Bodegue, los dos vecinos con más años a cuestas de todo el territorio, la casa de Musgoverde era un buen lugar para empezar.

El propio Musgoverde tenía ya también sus años. La ingesta desaforada de su propio brebaje le había dado un aspecto jovial y lozano, aunque era probable también que este hubiera tenido que ver con el aspecto de pimiento rojo que había adquirido su nariz. Debido quizá a su edad, hacía mucho que Musgoverde no atendía en persona su establecimiento; sentía los huesos cansados y el sueño solía acosarle en mitad de la mañana o de la tarde, y a menudo lo dejaba desatendido cuando caía la noche y se pasaba las horas sentado en una butaca, recordando días pasados. Aquella mañana, sin embargo, gris como era habitual, de cielo encapotado y ligera llovizna, Ganlon y Madagio Bodegue aparecieron juntos en la casa de Musgoverde para encontrarse que éste se encontraba al otro lado del enorme tronco cortado, lijado y barnizado con asfalta y resinas del tipo que se empleaba para calafatear las embarcaciones, que hacía las veces de barra.

—¡Buena mañana! —los saludó Musgoverde—. ¿Me traicionan mis ojos o son los viejos Ganlon Ogoble y Madagio Bodegue los que aparecen por el quicio de mi puerta?

—¡Buena mañana, por cierto! —exclamó Ganlon—. ¡La lluvia cae hacia abajo! ¡Algo al menos sigue teniendo sentido por aquí!

—Pues… ¿a qué te refieres diciendo eso, viejo? —preguntó Musgoverde.

—¡A que es raro para la vista verte por aquí, en pie y trabajando, para variar!

Madagio rio entre dientes.

—¡En verdad me preguntaba si no habrías cortado tus últimas hogazas en esta casa tuya y estaría viendo yo ahora un espectro! —exclamó éste.

—¡Ah! —soltó Musgoverde cruzándose de brazos—. ¡Venís a mi casa de buena mañana a insultarme y a reíros de mí! ¿En qué se ha convertido el mundo?

—¡El mundo está bien, viejo! —replicó Ganlon—. ¡Mejor escancia dos medidas de ese matasanos tuyo antes de que el esfuerzo del trabajo te tumbe y des con el cuerpo en el suelo!

—Al que por cierto —intervino Madagio— ¡no le vendrían mal un par de baldes de agua!

—¡Pues bien! —dijo Musgoverde—. ¡En cuanto os he visto he pensado en honrar vuestra visita con dos medidas de la casa a cambio de nada, pero ahora pienso diferente! ¿Qué me traéis?

Ganlon puso un cabo de cuerda sobre el mostrador.

—Antes lloverá hacia arriba que te veamos a ti regalar algo. ¡Aquí tienes una brazada de cuerda de pelo!

—Ya la veo —dijo Musgoverde—. ¡Si hasta conserva las moscas! ¿Acaso la habéis arrastrado quizá por algún sendero embarrado o la habéis usado para limpiaros las posaderas?

—¡Es más fuerte que esta cabaña! —protestó Ganlon—. ¡Puedes colgarte con ella y quedarte colgado hasta que la luna deje de ser verde!

Musgoverde, con el semblante serio, cogió la cuerda y la enrolló alrededor de su codo y de su puño.

—En verdad, Ganlon Ogoble, estás tan seco y enjuto por los años que tus extremidades no dan para una brazada. ¡Mira, se queda bien corta!

—¡Acepta ya lo que te traemos y sirve tu matasanos, Musgoverde! —exclamó Magadio—. O se me quedará la lengua pegada al paladar de la sed que arrastro.

—¡Arrástrate tú hasta el río y bebe, si sed es lo que tienes! —replicó Musgoverde poniendo tres pequeños cuencos de barro cocido sobre el tronco mostrador—. ¡Aquí nunca nos hemos ocupado de la sed, gracias!

Magadio y Ganlon rieron con ganas mientras Musgoverde llenaba los cuencos con su brebaje. Lo elaboraba, por cierto, con fermentos de granos y plantas como el centeno, el trigo, la remolacha o la tatata, según la temporada y, en general, con cualquier cosa que contara con el almidón suficiente.

—¡Bueno pues! —soltó Ganlon—. ¡Una medida entonces a la salud de la sed!

—En mi vida he visto alzar la copa por motivos extraños, pero por la sed, ¡eso aún me quedaba!

—¡Callad y bebed! —soltó Musgoverde—. ¡Antes de que cambie de idea y os haga volver a la lluvia!

Apuraron los cuencos y los volvieron a poner sobre la mesa, golpeando la madera con ellos.

—Que me quiten los años de encima y me den papillas de nuevo —exclamó Ganlon componiendo una expresión de asco—. ¡Tu matasanos sabe peor que nunca!

—¡Qué dices! —exclamó Musgoverde.

—Que me echen sal en los ojos si este cabezota no tiene razón para variar —susurró Magadio—. ¿Qué hierros, qué óxidos y qué gusanos de la madera has añadido a esa mezcla tuya?

—¡Vaya! —soltó Musgoverde—. ¡Con la edad se os está marchitando la gratitud, además de la piel, las tripas y los huesos! ¡Sois un par de viejos desagradables! ¡Más me valdría cerrar esa puerta y dejaros con la sed y el río!

Pero, después de decir eso, volvió a llenar los cuencos.

—Bueno, en verdad dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra —exclamó Magadio.

—¿Pues por quién va esta medida? —preguntó Ganlon.

—¡Por los viejos malhumorados! —dijo Musgoverde.

—¡Porque la lluvia siga cayendo hacia abajo! —exclamó Magadio.

—¡Una medida cada vez, canallas! —protestó Ganlon.

Y bebieron, y otra vez golpearon con los cuencos el tronco del árbol.

—Sin duda el peor brebaje que ha pasado por mi gaznate.

—¡Mucho peor que tus primeras remesas!

Musgoverde se llevó una mano a la cabeza.

—Caramba —exclamó, algo incómodo y evasivo—. Tal vez le falten uno o dos ingredientes que solía añadir a la mezcla.

—¡Por toda la sal de todos los mares! —exclamó Ganlon—. ¿Por qué razón no le echas esos ingredientes? ¡Su ausencia se percibe más que un hacha entre los ojos!

—En fin —carraspeó el propietario del establecimiento—. Uno de esos ingredientes es…. miel. ¡Hay que ir hasta Bordeada para entrar en tratos con Ingla Esteque!

—¿Qué tienes contra Ingla Esteque? —quiso saber Magadio.

—¡No tengo nada contra Ingla Esteque, vigila lo que dices, viejo! —protestó Musgoverde.

—Entonces ¿qué es lo que dices?

—Que está lejos —explicó Ganlon—. Eso es lo que quiere decir.

—¿Cómo que está lejos? —insistió Magadio.

—A dos días de camino en carreta, ¿no es así?

—Que me aten a un árbol y me dejen a mi suerte en el bosque por diez días y diez noches… —soltó Magadio—. ¿Acaso Ingla Esteque no ha vivido siempre a dos días de camino en carreta?

Ganlon soltó un bufido.

—El brebaje de Musgoverde te está dejando secas las entendederas, viejo. Lo que quiere decir es que está demasiado lejos ahora que le cuesta mover sus ancianos huesos por los caminos.

—Acabáramos —soltó Magadio.

—¡Vaya! —protestó Musgoverde—. ¡Mucho me gustaría a mí veros a vosotros recorrer ese camino de dos días dos veces, con vuestras arrugas y vuestros cuerpos agostados!

Sirvió una tercera copa.

—¡Por los huesos gastados!

—¡Por la vejez inclemente e inmisericorde!

Bebieron de nuevo. Una regla no escrita de la casa de Eldrich Musgoverde era apurar los cuencos de barro cocido de una sola vez y, al parecer, golpear el tronco del mostrador con cierta fuerza.

—Esto te saca los males de dentro —afirmó Ganlon.

—Me siento ya mucho más joven —declaró Magadio.

En ese momento, la puerta del local se abrió con un crujido y el sonido de la lluvia se precipitó en la estancia. En el ceniciento umbral había una figura alta y grande.

—Que me zurzan —susurró Musgoverde.

—Mil millones de raíces y espinas —exclamó Ganlon—. ¿Quién es tan grande que ocupa todo el hueco de la puerta?

—Un oso, se diría —opinó Magadio.

La figura cerró la puerta, entró en la habitación y se acercó a la barra dando apenas tres zancadas. Era un hombre grande y corpulento, alto como una puerta y ancho como un sendero. Llevaba un sombrero bajo de ala grande y una enorme y complicada barba rizada de un tono borgoña; se cubría con un abrigo largo de tonos pardos con un refuerzo en los hombros. Sus pasos sonaron fuertes y retumbantes sobre la madera.

Tanto Ganlon como Madagio lo miraban con los ojos despavoridos. ¿No era aquél… el hombre que habían visto varias veces por los alrededores de la casa de Eldrich Musgoverde en otras ocasiones, hacía ya tiempo? Alguien con ese tamaño era difícil de olvidar; también recordaban haberlo visto por el bosque, pero de aquello hacía ya… décadas. Varias veces varias décadas, además. Tanto más se remontaba Ganlon en su memoria, más jóven se percibía

a sí mismo.

—Buena mañana, Inco Waren —saludó Musgoverde—. ¡Mucho tiempo hacía que no coincidíamos!

—Buena mañana, Musgoverde —respondió el gigante. Su voz era grave y profunda como el sonido del agua de una cascada cuando choca contra las rocas al cabo de una caída pronunciada—. Buena mañana también a ustedes, señores. Mucho tiempo en verdad, sí.

Ganlon y Madagio seguían mirando con la boca abierta. Como poco, aquel hombre les sacaba un par de cabezas.

—Buena mañana —respondió Madagio.

—¿Le pongo lo de siempre, una para el camino y otra para llevar?

—Una para el camino y otra para llevar —respondió el hombretón con un gesto de cabeza.

Ganlon carraspeó un par de veces.

—Perdone mi atrevimiento, ¿es usted... Inco Waren?

El hombre tardó unos instantes en asentir lentamente con la cabeza.

Ganlon echó la cabeza atrás para poder verle el rostro, pero Inco Waren seguía mirando al frente, impertérrito, con el abrigo mojado chorreando agua de lluvia sobre el suelo de madera.

—Que me sumerjan en los rojos ríos de fuego de las islas del Sur —soltó Ganlon—. ¿Acaso no es usted el mismo Inco Waren que me salvó de los lobos cuando era sólo un muchacho?

El hombre guardó silencio.

—No lo recuerdo —exclamó al fin—. Por favor, Musgoverde, tengo un poco de prisa.

Pero Musgoverde lo miraba también con ojos nuevos y no se movía. Había oído a Ganlon Ogoble, que contaba casi las mismas lunas que él, y acababa de caer en la cuenta de que su casa acababa de levantarse con maderas recién cortadas y lustrosas cuando él empezó a venir a por su brebaje; y, por todas las ardillas y las alimañas del bosque, ¡vaya si Inco no era ya el hombretón imponente que era ahora!

Como no podía verle el rostro por culpa del ala del sombrero y la barba, Ganlon le miró las manos, las dos apoyadas sobre el tronco lijado y barnizado del mostrador. No había allí ni una sola arruga a la vista y, por descontado, no aparecían en su piel marcas de tonos castaños como las que él tenía por todo el cuerpo, lunares y hasta verrugas junto a los callos endurecidos por el trabajo. Las suyas eran las manos de un hombre adulto todavía joven.

—Que me asen y me cuezan —soltó—. ¡Parece tener usted el mismo aspecto ahora que cuando Madagio, aquí presente, era un

mozo galante y apuesto!

—Aun cuando era un niño, diría —exclamó éste—. También yo lo digo, que corría saltando de piedra en piedra con toda la vida por delante cuando usted ya daba zancadas con vello en el pecho.

—La de sus recuerdos debe tratarse de otra persona, sin duda —repuso Inco.

—No, no y no, es lo que digo —soltó Ganlon—. Pues hombres de su talla y con dos codos de espalda no se ven muy a menudo, al menos por Peleas, y diría que en todo alrededor hasta Celorcia y Urseos. Y hay otra cosa todavía: ¡su barba y el color de ésta!

—Muchos hombres llevan barbas como ésta —repuso el hombretón.

—No diría tantos —opinó Magadio—. Y no por aquí.

—¡Entremetidos viejos desagradecidos! —intervino Musgoverde de repente—. ¡Tres medidas se han agenciado por una brazada de cuerda de cola de caballo muerto y enterrado, y aún quieren nadar en la vida personal de mis clientes!

—¡Detén ahí tu lengua, Musgoverde! —exclamó Madagio—. ¡Pues sólo estamos hablando, y a estas casas se viene a beber, pero también a conversar de las cosas que fueron, las que son y las que serán!

—Pues no recuerdo yo haber cobrado nada por el brebaje, como no recuerdo haber percibido algo por la conversación, así que, satisfecha una cosa, ¡podéis dar la otra por servida y chitón!

—Haya paz, pues no pasa nada grave, Musgoverde —exclamó el gigante—. Sin duda tus clientes, paguen o no por tu brebaje, recuerdan a otra persona parecida a mí.

—Sin duda, sin duda —asintió Musgoverde pensativo. Pero también había notado la extraordinaria longevidad que parecía tener el tal Inco Waren, a quien veía una vez cada diez o doce lunas, en ocasiones más, y se llevaba la tercera parte de un quintal de brebaje, casi un celemín, y un cuenco en el cuerpo para el camino.

—Pues para aclarar el asunto, señor Waren —dijo Ganlon entonces—, ¿le importaría descubrirse el rostro para que podamos verlo y descubrir si nos equivocamos, como usted dice?

Musgoverde, que empezaba a ver peligrar el negocio de doce lunas, levantó un dedo en el aire.

—¡Preparo su pedido en un momentito! ¡Enseguida estará listo!

—Pensándolo bien, Musgoverde, no se preocupe usted más. No en este momento. Acabo de recordar que tengo asuntos que atender en otra parte y me temo que son urgentes.

—Oh, señor Waren… —empezó a decir Musgoverde.

—No se apure. Volveré en otra ocasión. Buena mañana,

Musgoverde. Buena mañana, señores.

No había acabado aún de decir la frase cuando ya estaba dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta. Los tres ancianos miraron cómo salía de nuevo a la lluvia y cómo la puerta se cerraba tras de sí.

—¡Bueno! —exclamó Ganlon—. ¡O los ciervos no balan o ese hombre ha huido de nosotros!

—¡Banda de vejestorios inútiles! —bramó Musgoverde—. ¡Ya me decía el cuerpo que hoy, precisamente hoy, debía atender el negocio! ¡Eso me he dicho cuando he abierto los ojos y he cogido camino hasta aquí! ¡Pero era para atender a este hombre, que paga con buenas verduras y calabacines y pimientos y ajos morados, y no a vosotros, que no sabéis mantener los hocicos lejos de los culos de otros!

—¡Pues perdón y mil perdones tenga usted, señor Verde Musgo! —dijo Madagio—. ¡Pero este asunto no era para taparlo como se tapa el nacimiento de un becerro con dos cabezas, para que no hablen las viejas y pongan marcas en tu puerta, sino para ponerlo sobre la mesa y ver qué tipo de ajos morados come el señor Waren para mantenerse tan joven y gallardo durante tanto tiempo!

—¡Es lo que digo! —añadió Ganlon.

—¡Pellejos, parias, buenos para nada! —los acusó Musgoverde—. ¡Es lo que sois! ¡Y es Musgoverde, no Verde Musgo!

—¡Más te valdría preparar tu brebaje con musgo, mejor sabría entonces! —soltó Ganlon.

—¡Pues de ese brebaje que tanto despreciáis venía el señor Waren a llevarse la tercera parte de un quintal, eso venía a llevarse, no como otros!

Volvió a llenar los cuencos y los tres se quedaron callados mirando el líquido transparente en el barro cocido.

—¿Cómo lo hará, este señor Waren? —preguntó Ganlon en voz baja.

—Pues si es un secreto de algún tipo, mucho me gustaría a mí compartirlo —susurró Madagio.

—Sus ajos son estupendos —apuntó Musgoverde.

—Aunque te cortasen un brazo y rellenasen el hueco con ajos, no conseguirías conservarte de ese modo —opinó Ganlon.

—Doce lunas llevamos en el cuerpo por cada una que ha pasado él.

—Veinticuatro, diría yo, ¡o tres veces veinticuatro!

—Doce veces —opinó Musgoverde.

Se quedaron callados, y bebieron al unísono sin que nadie les hubiera hecho seña alguna para hacerlo y se quedaron sumidos en sus pensamientos durante un rato, mientras fuera todavía llovía.

Ellör Litos Ceoril subió a su caballo, un imponente *candolfo* de los territorios del norte, de cola encrespada, grandes patas musculadas y escasa melena. Con sus dos metros y medio de alzada resultaba imponente verle galopar o aun trotar por el Bosque de Cobre. De nombre, Príor.

Ellör tenía los dientes apretados y, aunque habían pasado las décadas, más de una y más de cuatro también, se sentía inquieto otra vez. Había sido descuidado, se había relajado, y era sin duda hora de ser prudente de nuevo.

Quería volver rápido a su pequeño escondite en el mundo, su robusta cabaña de piedra y madera, ubicada lo más al sur y al oeste posible del territorio, casi en la frontera con los páramos yermos y rocosos del Gran Páramo Meridional. Casi nadie vivía allí o se atrevía siquiera a construir casa alguna en aquellas lindes, porque en esas vastas extensiones había hombres abyectos que vivían como animales; de éstos los había muchos y muy extraños, el tipo de animales que no gustaban de la luz del sol y preferían los pasos estrechos entre montañas y las hendiduras profundas del suelo para vivir, y se daban caza y muerte los unos a los otros. Pero Ellör prefería vivir solo y alejado de todos, por eso eligió el Bosque de Cobre, así que escogió suelo y construyó una cabaña discreta y suficiente, con espacio para cultivos, entre los muchos castaños y otros árboles que eran propios de la zona.

Pero nunca la llamó hogar; su hogar, aunque ahora daba techo a otros, quedaba lejos y así debía ser.

Apenas dejó las casas y encauzó el sendero que le llevaría de vuelta a casa, miró en derredor e inclinó el cuerpo para susurrar a su caballo. Príor relinchó con energía y empezó a galopar por el camino, mucho más veloz de lo habitual, haciendo saltar la tierra y las rocas del sendero. Ellör se pegó al lomo, pues los senderos estaban descuidados y las ramas de los árboles habían crecido mucho y cubierto el camino formando un techo que rozaba, más de lo que sería conveniente, las cabezas de los viajeros.

Todo el mundo conocía a Ellör Litos Ceoril en el Bosque de Cobre, y eran pocos los que no habían oído hablar de él en todo el territorio de Peleas. Pero lo llamaban Inco Waren, como había dicho Musgoverde, porque ése fue el nombre que dio cuando fue preguntado, hacía ya muchas, muchas décadas, y empezó a talar árboles para dejar un claro y arrancar piedras del suelo para levantar

la cabaña donde vivía. Pero una cosa es segura, a todos les pareció bien que un hombre tan corpulento y notoriamente fuerte se fuera a vivir tan cerca del linde con el Gran Páramo Meridional, pues su cabaña sería la primera que encontrarían las alimañas si, alentadas por el hambre o la sencilla curiosidad, se adentraran en el bosque; y parecía ser mucho lo que aquel gigante podía hacer con una simple hacheta.

Mucho se habló entonces de su caballo formidable y del ancho de sus espaldas. Algunos decían que le habían visto cargar con piedras que habrían ido mejor en una carreta tirada por al menos dos bestias, y otros aseguraban que lo habían sorprendido arando la tierra dura y rocosa del bosque con las manos desnudas. Muchas de aquellas historias eran desvaríos exagerados por el antiguo arte de propagar historias sencillas usando la viva voz, lo que degeneraba el mensaje; pero otras, algunas al menos, eran ciertas. Los años pasaron para todos, y Ellör no se dejaba ver a menos que fuera de manera inadvertida, por puro azar, cuando cortaba leña o pescaba en el río, cosa que, por cierto, hacía a menudo, y la gente terminó acostumbrándose a verlo de vez en cuando, casi siempre de forma fugaz.

Ellör cultivaba la tierra, sí, y cuando el invierno se recrudecía pasaba los días junto al fuego sumido en una lánguida y afligida soledad, intentando olvidar la historia que le llevó a esas tierras en primer lugar. En días como aquéllos, que ya estaban próximos, por cierto, el brebaje de Musgoverde era una gran ayuda. Lo adormilaba y, si eso no ocurría, los recuerdos afloraban con brío reducido o parecían tener una importancia menor. Entonces hablaban las llamas sobre los troncos cortados, y el resplandor de éstas cantaba canciones sobre los días buenos y hermosos que vivió cuando era aún joven de mente.

Tardó toda la jornada en regresar a la cabaña, aun cuando Príor no había desfallecido un solo instante ni había reducido la velocidad, y el cielo se había oscurecido y el bosque era un manto silencioso en el que la lluvia obraba toda clase de pequeños prodigios por todas partes.

Ellör descendió de un salto y dejó que Príor fuera donde quisiese, como hacía siempre, que era por lo común una pradera cercana ubicada un poco más al este. Nunca Ellör le había procurado alimentos, cuidados o lavados de ningún tipo, de todo eso Príor se valía por sí mismo; tenían un tipo de relación que no era la habitual entre caballos y hombres, más cortés, más de amistad que de posesión. Príor lo llevaba cuando lo requería, que no era lo habitual así pasasen treinta lunas, y Ellör dejaba a cambio zanahorias y manzanas de un

sabor dulce en extremo y generosas de carnes como no se conocían en muchos días de camino alrededor, y con eso estaba cerrado el pacto.

Después de eso, Ellör miró la casa con el ánimo apagado como una brasa de carbón bajo la llovizna. Seguía sin sentirla como un hogar, pues su corazón pertenecía a otro lugar, pero había vivido en ella la vida toda de un hombre común y había ido trabajando en sus prestaciones y su comodidad, añadiendo y también quitando; en las columnas de madera del interior había tallado mil filigranas: cabezas de zorro y de búhos, patos alzando el vuelo, pero también serpientes enroscadas y todo tipo de hojas y plantas como enredaderas que trepasen por los troncos dispuestos en vertical para sustentar el techo a dos aguas, y en la chimenea de piedra había forjado una puerta de hierro con muchos detalles que se cerraba girando sobre unos goznes robustos para que ningún tronco rodase, en llamas, fuera de su confinamiento. Eran fruslerías, pero fruslerías que hacían la estancia más placentera, y la cabaña de Ellör, al menos el interior, era con mucho la más bonita de cuantas podían encontrarse. Hasta tenía su propio banco de trabajo con muchas herramientas elaboradas con sus propias manos; cosas como martillos, cinceles para decorar y tallar la piedra y paletas para esparcir la argamasa, una horquilla, varias hoces, cepillos y otras cosas que nadie en Peleas había visto antes, como un taladro para trabajar la madera.

Pero se preguntaba aquella noche si no sería quizá tiempo de irse a otra parte, lejos, más lejos aún, a otro lugar, quizá más allá del Gran Páramo Meridional que dividía todos los territorios en dos zonas separadas, antes de que los vecinos del Bosque de Cobre empezaran a hacerse demasiadas preguntas sobre por qué Inco Waren no envejecía lo más mínimo.

Y descubrió que ese pensamiento… abandonar su refugio, el lugar que le costaba esfuerzos llamar hogar, le entristecía mucho más de lo que creía.

3

No llegaban muchas noticias a Peleas, y tampoco es que a nadie le importara demasiado lo que ocurría en otras partes del mundo. Las noticias que se propagaban más lejos y más rápido solían ser desagradables, del tipo de noticias que se quedaban pegadas al fondo de la mente, quitaban el hambre y retrasaban el sueño, cosas sobre guerras, pueblos en llamas y gente que moría. Casi nadie propagaba el hecho de que un granjero en alguna parte había cosechado una calabaza grande y casi tan pesada como una vaca; o que un hombre

enjuto con ojos avispados, después de cruzar muchos brazos de mar, había encontrado una isla que no se conocía antes y la había llamado Endama, como su madre, porque era menuda como ella y casi tan hermosa. Así que las noticias no se recibían con buenos oídos. Cuando se tenían, sin embargo, daban que hablar, lo que era, desde luego, algo.

Tanto Ganlon Ogoble como Madagio Bodegue, sin embargo, no tenían gran cosa que hacer durante el día, y se dedicaron a hablar con unos y con otros sobre el misterio de la longevidad de Inco Waren, el hombre grande que montaba un caballo no menos corpulento y que araba la tierra con las manos desnudas. Casi todo el mundo encontró esos días una excusa para intercambiar provisiones en las tiendas o conseguir un poco de matasanos de Musgoverde.

—Joven como la yema de una planta que aún debe dar lugar a una flor —decían unos—, cuando aquí muchos son raíces secas que ni siquiera tocan el suelo.

—Él ya era así cuando Visto Zaguán nació… ¡y murió hace ya seis lunas, aquejado de lumbago! —exclamaban otros.

—¡Alguien debería hacer una marca en su puerta, es lo que digo! ¡Mejor curarse en salud! —soltó Venorcia Lablanca mientras bebía su matasanos de un trago, a la manera de Peleas.

—¡Pues ve tú hasta allí y haz la marca tú misma! —dijo alguien.

—¡Y lo haría! —protestó Venorcia—. Pero tengo tres cerdos y doce gallinas a mi cuidado, ¡y un gallo tuerto por añadidura!

—¡Pues por añadidura que haremos un buen guiso de gallina en tu honor si las alimañas del Páramo dan con tus carnes y se sirven de ellas! —exclamó alguien.

—¡Y yo haré de vientre en tus coles si vuelves a dejar abierta esa bocaza tuya, eso digo!

Pero tanta conversación y tanta conjetura no sirvieron sólo para dar vida al ambiente social de Peleas con animadas conversaciones que llegaron a involucrar hasta seis personas a la vez, algo inaudito en la zona desde los tiempos de Nover Crasos, el gordo, pues gustaba de organizar peleas de perros y gatos hasta que no quedó ninguno en la zona; también llegaron a oídos de una joven que apenas empezaba a ser mujer y que se llamaba Ella por nacimiento y Helga por decisión propia, de mirada inteligente y que gustaba de ir sola a todas partes. Se conocía el bosque como la palma de su mano y cada día se aventuraba un poco más lejos al norte y también al oeste, la única mujer u hombre, para el caso, que se había adentrado en el Páramo sin el conocimiento de nadie, que se había enfrentado a una de las alimañas y que la había vencido usando su agilidad, su velocidad y su

arco.

Helga amaba la vida más que nadie en todo el mundo conocido. Le gustaban las rocas con sus muchas formas, aristas y tamaños, y el musgo que en ellas crecía y que levantaba aromas a humedad y a plantas saludables. Le gustaba la frondosa ebullición de los arbustos, en especial las matas de arándanos, los helechos y las raíces que se hundían hambrientas en la tierra. Le gustaba sentir la lluvia en la cara y, cuando podía, también el cuerpo; y le gustaba comer de lo que el bosque le ofreciera, sobre todo las bayas como las endrinas y los escaramujos, y las setas que proliferaban por doquier, en especial los rebozuelos, que tenían un sabor dulce y afrutado y que crecían al abrigo de las coníferas, los alcornoques y los robles. Otras cosas, como los delicados madroños y los piñones, los conseguía a cierta distancia del Bosque de Cobre.

Helga vivía aquí y allí, y rincones favoritos para dormir tenía varios, según la época del año o incluso la luna, pero guardaba sus escasos enseres en una gruta en la falda de la montaña de Altaherida, que era estrecha en la entrada y se abría para formar una oquedad cavernosa de suelo blando y seco, con una chimenea natural por donde el humo salía después de dar varias vueltas por diversos recodos suaves que mantenían alejada la lluvia. Allí se sentía segura y pasaba el tiempo cuando se sentía baja de ánimos o tenía que lamer alguna herida, cosa que no era del todo poco habitual.

Otra cosa que Helga amaba con todo el corazón era la majestuosa inalterabilidad de la naturaleza que hacía palidecer la altanería de cualquier rey. Un árbol podía mudar sus hojas y volverse raquítico en otoño e invierno, y frondoso y exuberante en primavera o verano, pero seguía siendo un árbol. Podía permanecer inmóvil durante más de mil lunas, latiendo sin ser percibido, impasible al trasiego de las estrellas en el cielo o el juguetón tránsito de la luna por la cúpula celeste, o podía estremecerse, sacudirse y combarse en un día ventoso de invierno. Pero seguiría siendo un árbol, y lo sería por mucho más tiempo que la vida de cualquier hombre.

A menudo Helga, a pesar de su corta edad —o precisamente por ello— sentía cierta envidia de la capacidad de las montañas para, simplemente, permanecer. Para una montaña, la vida de los hombres era un hecho anecdótico, trivial, algo pasajero, como el paso de una hormiga por la rama de un roble. Una montaña estaba ahí desde el principio de los tiempos y seguiría ahí en el ocaso del mundo, al final del tiempo y de todos los instantes y momentos que les estaban reservados a los hombres. Quizá por eso, cuando oyó decir que todos los vecinos del Bosque de Cobre hablaban de alguien por cuyo cuerpo

no pasaban los años ni las mellas de éstos en la carne débil y efímera, abrió los ojos y adelantó los oídos para escuchar tanto como pudiera; y con esa información se lanzó al sendero, con su arco tallado de olmo y culatín de roble reforzado por la llama a la espalda, y una brillante determinación en sus ojos.

Y con ese pequeño gesto, el poner un pie delante del otro y de nuevo el pie retrasado otra vez a la cabeza, se inició un proceso único, largamente demorado, que marcaría el comienzo de una nueva época para la vida del hombre.

Capítulo 2

Pringues, gusanos y mazacotes

Habían pasado ya varios días y varias noches desde que Ellör pidiera su medida de matasanos en la casa de Eldrich Musgoverde, y las cosas no habían cambiado, no al menos de manera perceptible. La idea de abandonar la cabaña y marcharse a otro lugar para empezar de nuevo seguía pegada a sus pensamientos como una telaraña raída y persistente que insistía en saltar a la vista. Pero una cosa había aprendido Ellör desde que se olvidara de su vida anterior y se dedicara a cosas mundanas como trabajar la tierra con las manos: que la mayoría de las cosas no corrían prisa, no más de la necesaria, y que, aunque en Peleas corriesen los rumores y las habladurías, las noticias de su longevidad tardarían aún mucho tiempo en abandonar la provincia y extenderse por el mundo; y eso en particular era lo único que lo preocupaba.

Ellör, sin embargo, no estaba al corriente de los murmullos y los cuentos que corrían a su costa entre los vecinos. Las historias de su prodigiosa salud, a base de circular, habían adquirido dimensiones tan exacerbadas como inverosímiles, y de él se decía que podía abarcar un roble joven con los brazos y arrancarlo del suelo con facilidad. Otras historias incluían la certeza de que bebía de las gallinas su sangre, y que se alimentaba del contenido de huevos de alimañas y serpientes tumefactas y abotargadas de venenos que obtenía del Páramo. Pero lo cierto es que Ellör aquel día partía troncos no con el canto de la mano, sino con la ayuda de su hacheta, y como al más común de los mortales, le requería cierto esfuerzo. De vez en cuando bebía agua del pozo usando un cubo pequeño que hacía descender con ayuda de una cuerda trenzada varias veces remendada, porque no había nada que le produjera más hastío que elaborar una cuerda nueva. Tenía intención, no obstante, de trenzar mechas para velas y fabricar unas cuantas de éstas, pues se estaba quedando sin ellas y ya había dispuesto los

aceites y las resinas necesarias para que el pábilo se mantuviera erecto y presto para la llama.

Pero ocurría algo curioso: más de tres y más de cuatro veces tuvo Ellör la impresión de que unos ojos lo observaban mientras trabajaba, y aunque tal era la naturaleza del bosque y de las criaturas e insectos que vivían en ella que siempre tenían los ojos puestos en aquéllos que se creían solos, parecía ser aquella otra cosa diferente, y detuvo sus trabajos en al menos dos ocasiones, observando en derredor con el cuidado de un vigía dispuesto en la costa junto a un mar de confines ignotos. No vio ni oyó nada, sin embargo.

En un momento dado, no obstante, Ellör se dirigió al interior de la cabaña como si hubiera recordado alguna cosa de repente, dando grandes zancadas y cerrando la puerta tras de sí. No tardó demasiado en volver a abrirla con un gesto rápido, la mirada dura y el semblante serio, y como había esperado, encontró en su umbral a una persona que respondió dando un respingo.

Una persona o media, porque lo que tenía delante era una niña con el cabello cortado como a bocados, despeinado y amarillento como el trigo viejo cuando se acerca la cosecha.

Ellör no dijo nada. No sabía si estaba más enfadado o sorprendido, pues la niña lo miraba como si no sintiera temor alguno; y eso, en el mismísimo umbral enorme de su cabaña, no lo había visto nunca.

La niña cogió aire y soltó:

—¡Por favor, enséñeme a no morir!

Ellör abrió mucho los ojos. ¡Por todos los senderos del mundo conocido y por todos los pasos que se habían dado en ellos! Ellör estaba sorprendidísimo. No sabía tampoco si reír o bramar alguna cosa que asustara a aquella niña atrevida y con un desparpajo insolente, así que se quedó callado.

La niña lo miraba esperando que dijera alguna cosa, pero como eso no ocurría, cogió aire de nuevo y repitió:

—¡Por favor, señor Waren! ¡Enséñeme a vivir tanto como usted!

Ellör sacudió la cabeza.

—¿Quién te envía, niña? ¿Tus padres?

—¡Padres no tengo, por cierto! —se apresuró a responder ella.

—¿Cómo una niña de tu edad no tiene padres? ¿Te envían tus tíos, entonces?

—Unas fiebres mataron a mis padres hace ya mucho tiempo —respondió ella— y desde entonces he vivido sola en el bosque. ¡Por favor, enséñeme a…!

—¡Basta! —bramó Ellör. Su voz grave hizo retumbar la madera

del zaguán y Helga retrocedió un par de pasos. No tardó mucho en apretar los dientes y volver a recuperar la posición que ocupaba.

—Por todas las estrellas del firmamento —musitó Ellör sorprendido—. Pero ¿qué tipo de sabandija atrevida ha venido a llamar a mi puerta en este día?

—¡No soy sabandija, sino mujer! ¡Por favor, enséñeme a vivir tanto tiempo como usted!

—¿Mujer? —repitió Ellör divertido—. Parece que tengas edad para jugar con caballos de madera y pajarillos enjaulados, más bien. ¡Así que eras tú quien me observaba! ¿Y qué cosas sin sentido dices por esa boca desenfrenada?

—¡Enséñeme a no morir, por favor señor Wa…!

—¡Suficiente! —exclamó Ellör—. ¡Suficiente, gracias! ¡Ni entiendo lo que dices ni sé de nadie que no muera cuando le llegue el momento, como todas las cosas en este mundo! ¡Así que regresa por donde has venido, muchas gracias, antes de que llegue la noche y vengan las alimañas del Páramo!

—¡Por favor, señor Waren…!

Ellör no le dio más tiempo para hablar. Cerró la puerta en sus narices y apoyó la mano extendida sobre la madera para que la atrevida mujercilla no intentara abrirla. No ocurrió, sin embargo, ni dijo ella ninguna cosa desde el otro lado que él pudiera oír al menos. Esa situación duró un tiempo todavía, mientras Ellör se esforzaba por escuchar lo que esperaba oír: sus pasos por el suelo alrededor de la cabaña, las hojas quebradas bajo sus pies pequeños, la confirmación de que la muchacha se había marchado.

No ocurrió tampoco nada de eso, así que Ellör sacudió la cabeza a uno y otro lado, pensativo.

Apartó la mano con prudencia y se quedó allí, esperando. Era curioso, pero aún en todos los años y años que había pasado en esa cabaña viviendo solo, nunca el silencio le había parecido tan notable y evidente como entonces, concentrado como estaba en él. Por fin, como quiera que la puerta no se abriera ni ella intentara cosa alguna, Ellör se movió hacia la ventana para observar el exterior.

—Que me den de comer piedras y me tiren al mar —soltó.

La muchacha estaba allí fuera, a poca distancia de la puerta. Se había sentado en el suelo y miraba hacia la entrada de su cabaña con férrea determinación, las piernas recogidas bajo el cuerpo. Algo en su mirada lo hizo pensar en clavos oxidados que se resisten a ser arrancados de la madera podrida aún con las herramientas adecuadas.

—¡Pues quédate ahí si es lo que quieres! —gritó mientras acercaba la cara a la ventana—. ¡Ya saldrás aleteando cuando caiga la

noche, que por esta puerta no pasarás!

La niña permaneció impasible, sin mudar un solo gesto de la cara. Ellör no podía decir si lo había oído o no, pero en realidad le dio lo mismo. Ya había tenido bastante. Si no le prestaba atención, la niña acabaría por marcharse.

¡Por la túnica escarlata que solía llevar Valas Ton!, se dijo. Sí que parecía que tendría que marcharse de allí si las cosas iban a ser como aquel día. En las muchas décadas que llevaba viviendo allí jamás había recibido visita alguna, entre otras cosas porque tales prácticas no se consideraban aceptables de ningún modo en Peleas. Cada casa era un pequeño feudo, y aquellos que traspasaban sus fronteras podían encontrarse con un rastrillo de tres o cinco dientes apuntando a sus cuerpos. Pero si la gente se convencía de lo que era evidente, que su cuerpo había encontrado la manera de burlar las miserias de la vejez, su zaguán podía llenarse de pedigüeños, de curiosos, de gente aquejada por dolores y enfermedades propias de los años, suplicando un poco de lo que fuera que hacía o consumía.

Ellör intentó reanudar sus quehaceres. Tal vez no fuera buena idea salir para continuar cortando leña para el hogar; después de todo, había tenido tiempo de preparar buenos montones que le durarían al menos hasta la próxima noche sin luna, dentro de seis o siete noches. Pero, por el contrario, las velas eran otra cosa.

Miró los panales sin procesar. No había demasiados, pero los combinaba con sebos y grasas animales que purificaba previamente con aceites varios para alejar el olor desagradable. Intentó concentrarse en ello cuando un pensamiento lo asaltó: ¿Había maldecido en nombre de la túnica escarlata de Valas Ton? Sí, lo había hecho. Hacía muchísimo tiempo que no pensaba en ella, en Valas la ecléctica, en ella y en todos los otros. Pero ¿por qué? ¿Por qué de repente? Lo interpretó como una señal de que, en realidad, sí parecía haber algún tipo de urgencia en el asunto de marcharse, por mucho que no le hiciera ninguna gracia.

Trató de olvidarse de la muchacha y concentrarse en la tarea que tenía por delante. Las velas. Tenía en el centro de la habitación una mesa de madera hecha de una sola pieza, con excepción de las patas, gruesa como uno de sus brazos y robusta como la más dura de las maderas, la del árbol negro al que llamaban quiebrahachas, que crecía en el Páramo. Allí dispuso las herramientas y los cuencos y también encendió el fuego en la chimenea y preparó los perolos para la inmersión de las velas, pero su mente regresaba de manera continuada hacia la muchacha; y mientras trabajaba todo el día sin procurarse alimento para no pensar, cayó la noche y miró por la ventana de

nuevo para ver si continuaba allí.

Y allí seguía, en efecto, en la misma postura y con la misma expresión en el rostro, concentrada en la puerta.

—Más tozuda que una mula caprichosa —exclamó Ellör, ceñudo—. Pues bien, que te aproveche esa determinación. ¡Veremos si continúas ahí sentada dentro de un rato!

Se refería a las alimañas.

En verdad la cabaña de Ellör estaba notablemente cerca del linde con el Páramo, y es cierto que de no ser por ella los hombres bestia de aquellos páramos hostiles ya se habrían internado en el Bosque de Cobre y habrían dado cuenta de algunas de las familias con toda seguridad. Pero las alimañas y las criaturas, por alguna razón, no se acercaban demasiado a la cabaña, y se contentaban con rabiar su odio y su desprecio a su alrededor, yendo y viniendo como lobos hambrientos acechando una jaula de hierro con una presa en su interior. Ellör nunca había tenido miedo de las alimañas porque no tenía ninguna razón para ello, ni se molestaba tampoco por los gruñidos animales, pero estaba seguro de que la muchacha saldría despavorida en cuanto comenzasen, por mucha que fuera la determinación que la había llevado allí.

Pero no ocurrió tal cosa. Las bestias gruñeron y maldijeron profiriendo alaridos atroces que podrían detener el agua de una cascada y hacer que fluyera de vuelta hacia arriba si el agua pudiera sentir algún terror. Pero la muchacha no se movió. Continuó sentada, mirando hacia la puerta, con el semblante sereno.

—Pues de todas las cosas que he visto, ésta es la primera vez que veo a alguien que no levanta dos brazos del suelo todavía y que tiene menos miedo que muchos hombres fornidos —susurró Ellör—. ¡Que si el valor alimentase, tendría esa niña el estómago lleno por cien lunas!

Sacudió la cabeza.

—¡Pues bueno! —añadió—. Que el valor te sirva de catre, si es lo que quieres. —Y se volvió y se preparó para dormir en la esquina donde guardaba el jergón de paja y las pieles.

Ellör sabía muy bien, porque se había ocupado de ello muchos años atrás, que ninguna criatura se acercaría a la casa ni a sus alrededores, así que a excepción del frío y de la humedad que el bosque transpiraba de noche, y del suelo duro bajo las piernas, la muchacha estaba tan a salvo como podía estarse; de lo contrario habría estado muy atento a que esa muchacha cabezota no sufriera ningún daño, pero tenía toda la intención de dejarla allí, a la intemperie, para que comprendiera que no era bienvenida, y con esa idea se tumbó en el catre sin desvestirse ni descalzarse, como era

costumbre en él, y se cubrió con la piel, que era brillante y parda, y que había obtenido de varios zorros. Pero dio vueltas y vueltas a uno y otro lado sin encontrar ni la postura ni el sueño, y se quedó así por un tiempo largo mientras el fuego crepitaba en la chimenea y teñía la madera y la piedra de tonos cálidos que, sin embargo, le trajeron el recuerdo de incendios terribles que vivió en el pasado, en otro lugar, muy lejos de allí.

Finalmente, después de un buen rato, decidió levantarse y espiar por la ventana, sólo para ver si la muchacha se había marchado, porque estaba empezando a sospechar que no podría conciliar el sueño si ella seguía a pocos pasos de la puerta, con esa expresión que parecía estar forjada en hierro de la montaña por la determinación que escondía. Pero cuando regresó a la ventana y miró, no pudo evitar soltar una exclamación.

—Bueno pues… que me despojen de los ojos de la cara porque ahora sí que lo he visto todo —exclamó.

Ahí fuera estaba Príor, que casi nunca se acercaba a la casa a menos que el gigante chiflara de cierta manera especial como acordaron en su tiempo; estaba tendido en el suelo dando cobijo y calor a la muchacha, que se había arrebujado contra su cuerpo. Hubiera puesto la mano en las brasas del hogar a que aquella era la primera vez que veía a Príor tumbado en el suelo como un caballo común. Su intención, muy a las claras, era cuidarla.

Príor no sólo era longevo, como él mismo; era además un formidable caballo de batalla y un infatigable velocista y, como cuarto atributo, tenía el don de calar a las personas. No estaría en esa situación si hubiera prestado más atención a sus avisos y protestas cuando tocó hacerlo, así que ahora escudriñaba el exterior con los ojos entrecerrados, acariciando la barba con las manos grandes, como solía hacer cuando algo le sorprendía de veras.

La muchacha le gustaba a Príor, y mucho más que mucho, quién lo iba a decir, y por alguna razón que todavía no comprendía, por añadidura. Se estaba oxidando, eso estaba claro, como los hierros viejos abandonados bajo la lluvia durante varios inviernos. Había pasado la vida de un hombre en su cabaña, lejos del mundo, y eso debía haberle afectado sin duda, más de lo que pensaba.

Fue al menos suficiente para que regresara al jergón y encontrara la manera de dormir, aunque esa noche tuvo sueños inquietos sobre la Luz del Oeste y la Ciudad de las Mil Trampas que, según a quién preguntases, a veces se llamaba Gamdin, y a veces Adaul, pero siempre se proyectaba oscura, laberíntica y traicionera en sus pesadillas.

El día era otra vez joven cuando Ellör se incorporó, apartó los jergones de paja que disponía sobre el suelo y se dirigió directamente a la puerta, que abrió con un único gesto.

La muchacha seguía allí, por cierto, aún sentada en el suelo, y también Príor, que pastaba a no mucha distancia. Ellör conocía al caballo demasiado bien como para saber que estaba disimulando y se mantenía bien atento a la escena.

La muchacha se incorporó con rapidez.

Entre ellos había dispuestas una serie de hojas grandes con varios tipos de bayas, algo que parecía un montón de resina o miel de abeja sólo que más oscura y densa, formando un mazacote de aspecto duro, seis huevos pequeños de ave y un puñado de gusanos gordos. En conjunto, todo tenía buena pinta.

—Pues bien —exclamó Ellör sorprendido—, ¿qué tipo de extraño banquete es éste?

—El desayuno —dijo la muchacha—. ¡Buena mañana! Lo he recogido para usted.

—¿Para mí dices? ¿Y por qué habrías de recoger todo esto para mí?

—Es un trueque —dijo la muchacha—. Yo cuido de usted, y usted me enseña cómo vivir tantos años sin que la vejez consiga doblegarlo.

Ellör pestañeó repetidas veces.

—En primer lugar, muchacha...

—Helga —interrumpió ella.

—En muy primer lugar —continuó diciendo él—, no se interrumpe a los mayores, a menos que sea cosa de urgencia como un fuego inadvertido o alguna otra cosa, y ésta no lo es.

—¡Perdón, señor! —dijo ella con rapidez.

—En segundo lugar, no ha visto este mundo a nadie que haya cuidado de mí, excepto la madre mía, la cual entregué al fuego hace ya muchísimos años, y desde entonces he cuidado de mí mismo sin necesitar alguna otra cosa.

Helga asintió con rapidez.

—Y en tercer lugar, te digo de nuevo: ¡no sé de qué hablas! No soy la persona que crees que soy. También el tiempo hace mella en mí aunque algunos crean lo contrario.

—¡Enséñeme a ser joven siempre, por favor, señor!

Ellör apretó los dientes.

—Mil millones de culebras en mis botas, ¡qué testaruda eres,

muchacha! —soltó el hombretón—. ¿Quieres mantenerte joven? Ea. Ahí van mis consejos, por si los quieres y te sirven, ¡y que te aprovechen, que de eso yo me alegraré por descontado! Muévete todo el día de aquí para allá y de allá para acá, come mucho y a menudo, duerme bien, preocúpate de tus cosas y aléjate de la gente, si no quieres que sus venenos contaminen tu mente. De conocidos ten los dedos de una mano y de amigos el que llamas corazón. ¡Ya está, hemos terminado, buena mañana y muchas gracias!

Príor relinchó como si riera, pero no se atrevió a mirarlos.

Se quedaron mirándose, pero ella no respondió cosa alguna, así que Ellör miró hacia abajo, a las cosas que había dispuesto para él. Le intrigaba el mazacote denso de color como de ámbar, ligeramente traslúcido. Había briznas de hierba atrapadas en su interior, también algunos insectos y otras cosas que, por pequeñas, no veía desde su altura.

—¿Qué es esa cosa que has traído, que parece miel de abeja vomitada por una cabra?

—Su nombre no lo sé —dijo ella—, porque no he visto a nadie que la recoja ni le dé uso alguno. Pero ha sido mi desayuno por tiempo y siempre me ha hecho sentirme fuerte y bien.

—¿Y de qué agujero la has sacado entonces, por cierto? Pues parece que lo has rebozado por medio bosque y lo has dejado a la intemperie por días tres.

La muchacha señaló con el dedo hacia meridión, el lugar que el sol en el cielo ignoraba en su trasiego diario, quizá por contener lugares demasiado duros y crueles.

—Hay unas grietas en el suelo, a dos días de aquí, por donde un hombre no entraría ni descoyuntándose brazos y piernas —dijo— que esconden cavernas y túneles, todos del mismo tamaño que giran y giran adentrándose en la tierra, como galerías de insectos; y allí abajo, en sus profundidades, hay zarzas secas de arbustos duros como la piedra pero quebradizos, y más allá de éstos hay gusanos del tamaño de un ternero que son amarillos como algunas flores y sueltan este pringue. Es dulce y alimenta, por lo que sé, como un cubo de leche y tres puñados de nueces.

Ellör se quedó quieto, considerando las palabras de la muchacha. O estaba loca, cosa que a juzgar por su aspecto y su cabello bien pudiera ser, o tenía delante a un ser verdaderamente excepcional. Y a Príor, de eso sí estaba seguro, no le gustaba la gente con los sesos secos ni demasiado aguados.

—¿Hablas del Páramo, niña?

—De las tierras más allá del bosque hablo —dijo ella.

—¿En esa dirección? —preguntó él señalando con el brazo.

—En ésa.

—Y dime, ¿esas grietas y esos túneles de los que hablas, los recorriste tú sola?

La muchacha asintió.

—¿Y qué hay de las muchas bestias y de los hombres que no se distinguen de ellas, que en esos sitios buscan alimento sin importarles que éste sea una niña de tu edad?

Ella echó mano a su espalda y extrajo dos palos curvos que de alguna manera ensambló con sobrada rapidez para formar una silueta que Ellör conocía bien. Cuando tendió una cuerda que de ellos colgaba y la dejó tensa entre las puntas, el gigante estuvo seguro. Era un arco. Un arco que guardaba a su espalda plegado mediante una solución tan inteligente como efectiva.

—Déjame ver eso, niña —pidió, extendiendo la mano.

La muchacha no dudó. Se adelantó unos pasos y le ofreció el arco.

Ellör sabía una o dos cosas sobre arcos, como casi cualquier hombre que utilizara las piernas para recorrer los muchos caminos del mundo. Éste era bueno; era liviano, era flexible, y apropiado para su tamaño, y la talla de la madera excepcional. La cuerda era buena, hecha de tendones de ciervo o de algún otro ungulado silvestre, si no se equivocaba.

—¿Quién te hizo este arco?

—Yo lo fabriqué.

—¿Quién fue tu maestro, entonces?

—Nadie me enseñó.

Ellör sopesó el arco en sus manos y concluyó que la niña no decía la verdad. El conocimiento que permitía construir las herramientas, como todas las cosas que se iban sabiendo, se transmitía de unos a otros. Era como las semillas. Uno no cultivaba cebollas de la nada, el asunto requería que alguien le transmitiera cebollas o semillas de éstas para conseguir nuevos brotes. De ninguna manera había construido un arco como ése con sus propias manos sin que nadie le enseñara todo lo que se había aprendido sobre los arcos a lo largo del tiempo, así que algún secreto guardaba, fuera grande o pequeño; si lo había robado o era otra cosa estaba por ver.

Le devolvió el arco con decisión.

—De manera que, con este arco, te internas en el Páramo y luchas con bestias que, por lo común, dan buena cuenta de cuantos hombres se enfrentan con ellas, para acabar metiéndote en túneles oscuros donde hay gusanos del tamaño de terneros que sueltan este pringue.

Ella asintió.

Ëllor miró los regalos. Los gusanos eran buenos, parecían jugosos y consistentes, tanto como no ser una mera bolsa de baba como eran, por lo común, la mayoría de gusanos. Pero ahora que los miraba bien, no conseguía identificar de qué tipo se trataba. No eran gusanos comunes de la tierra, ni larvas de insectos que él hubiera visto (o comido) con anterioridad, como las del escarabajo bicéfalo.

—Son las crías —exclamó ella cuando lo vio mirar los gusanos.

Ellör levantó la mirada.

—¿Las crías de los gusanos que sueltan ese pringue?

Ella asintió con rapidez.

—Al final el regusto es casi el mismo —dijo—, pero es agradable masticar algo para empezar el día.

Ellör se acercó, se acuclilló junto a los regalos e introdujo el dedo en el mazacote para probarlo. Bien cabía la posibilidad de que fuera a probar mera resina de árbol, pues era lo que parecía si no fuera por el olor, y en verdad éste se le antojaba delicioso, como la miel caliente cuando se la adereza con hierbas aromáticas.

Probó un poco y abrió mucho los ojos.

Era en verdad comestible, eso seguro, sin picor en la lengua ni ninguna de las otras cosas que se registraban en el paladar cuando se probaba una hierba peligrosa para las tripas y la sangre del cuerpo. Luego comió uno de los gusanos. Solamente los que habían pasado largos días en los caminos, alejados de las posadas, las aldeas y aun las zonas donde los animales gustaban de vivir, que eran por lo común casi todas partes, se habían aficionado a comer tales cosas, pero de ésos había comido Ellör a manos llenas y sabía que eran buenos para el organismo y que un poco de ellos mantenía a un hombre en marcha por un día entero.

—Es el mismo sabor, sí —susurró.

Helga no dijo nada.

—En mi vida entera había comido algo como esto —añadió él—. ¿Qué es?

—Su nombre no lo sé —insistió ella.

Ellör asintió.

—Es buen alimento —siguió diciendo ella—. Sobre todo cuando pasa un tiempo y endurece, entonces se puede cortar con un cuchillo y no chorrea ni gotea. Pero no se pone malo ni se pudre en mucho tiempo, ni se agria con el paso de éste ni pierde su sabor u otras cosas que ocurren con otros alimentos, como el pescado o la carne.

—Pues en verdad es un descubrimiento, niña —exclamó Ellör—. Pues en mi vida entera he visto esta cosa que me traes, y mucho me gustaría saber más de sus propiedades.

—Oh —exclamó ella animada—. ¡Si te hieres la piel por rozaduras u otras cosas y te pones esto encima, calma el picor!

—Pues qué conveniente —exclamó él—. Y esas grietas y fisuras por donde dices colarte… ¿no pasa un hombre por ellas?

Helga negó con la cabeza.

—Ni aunque tuviera los huesos tornados en juncos y la carne floja y desprendida de manera que pudieras estirarla cuanto quisieras. ¡Son tan estrechas que dudo que un conejo pudiera pasar la cabeza por ellas!

—Un conejo —susurró Ellör—. ¿Y dices que tú pasaste?

—¡Soy flexible! —exclamó ella animada.

—Muy flexible, me parece a mí, si te comparas con un conejo, ¡o mucho me gustaría a mí ver ese conejo!

Aun así, tuviera ella fantasías sobre cómo consiguió aquella cosa, el hecho innegable es que estaba allí, delante de su presencia, y eso era algo que podía ver, que podía tocar y meter en su boca.

—¿Y dónde vives, niña?

—En el bosque —dijo ella con rapidez.

Ellör recordó de pronto que ella había mencionado no tener ya padres o tíos.

—¿No tienes un lugar al que llamar hogar?

—¡El bosque es mi hogar! Vivo aquí, vivo allí, vivo donde quiero, y vivo sola, si es lo que preguntas.

Ellör estudió su cuerpo menudo. Rodillas abultadas, delgada de cuerpo pero fibrosa, buenos brazos; parecía más bien una niña alta que una muchacha con no más de doscientas lunas a cuestas. Pero sí que veía en ella el espíritu libre del bosque; las marcas y huellas de quien ha dormido más fuera que dentro; el cabello sobre el que ha caído el rocío de la mañana; las manos de quien ha trepado por la roca viva, y la mirada serena y penetrante de quien ha vivido en el silencio, sin perder demasiado tiempo con otros humanos.

—¿Cómo podría saber más de las... propiedades? —preguntó ella entonces.

—¿Cómo dices?

—Ha dicho que le gustaría saber más sobre las propiedades. ¿Cómo puede hacerse?

—Manifestaba yo un deseo, niña —respondió Ellör.

—Oh.

Ellör carraspeó.

—Pero… es interesante lo que dices. ¿Sabes lo que es un alquimista?

—No.

—Bueno, la alquimia es el estudio de lo que nos rodea. Del suelo. De las plantas. De las rocas. De este bosque. También de nuestros cuerpos y los animales todos. También del sol que brilla sobre nosotros y de las estrellas en el cielo oscurecido, y de cómo éstas afectan al mundo. El alquimista estudia la vida y trata de explicarla mediante diversos procedimientos.

—Procedimientos —dijo ella emocionada, los ojos brillantes en su rostro entre niña y mujer—. ¡Quiero saber más sobre procedimientos!

Ellör soltó una carcajada.

—El alquimista es aquél que ha estudiado diversas materias, niña, y no es una tarea fácil, pues el dominio de cualquiera de ellas llevaría la vida de un hombre entera e incluso un poco más.

—Pues… ¿qué *meterias* son ésas? —quiso saber ella.

—Materias —la corrigió él—. Un alquimista está versado en el conocimiento de la botánica, la química, la metalurgia, la física, la medicina, la astrología… ¡y de otras cosas que no todo el mundo conoce o sospecha siquiera!

Helga escuchaba con verdadero interés.

—Meta… metalúrgica… ¿cómo… cómo se puede aprender… metalúrgica? —preguntó en voz baja.

Ellör se quedó inmóvil, sin ser consciente de que aguantaba la respiración. Estaba en verdad valorando la curiosidad de ella, o más bien, apreciándola. Le gustaba su evidente ansia de conocimiento. Era… hermoso de una manera genuina, limpia, directa. No se imaginaba hablando de alquimistas, de conocimiento o de metalurgia con los dos botarates arrugados que había conocido en la casa de Musgoverde, o encontrando en ellos el más mínimo rastro de curiosidad, y… ¿acaso la Luz del Oeste no se había creado originalmente para eso?, ¿para extender el conocimiento?

—Está bien —dijo él al fin—. ¡Recoge tus regalos y pasa dentro, y te hablaré de estas cosas si quieres mientras compartimos este desayuno de pringues, gusanos y mazacotes!

—¿En verdad lo dice? —preguntó ella con la cara iluminada como si le hubiera caído de lo alto un repentino rayo de sol.

—¡Entra te he dicho!

Ella recogió las hojas y las viandas con suma rapidez mientras él se apartaba para que se escurriera dentro. Era curioso cómo se desarrollaban las cosas; hacía un rato estaba dispuesto a expulsar a aquella muchacha maleducada, fantasiosa y atrevida, y ahora iba a desayunar con ella en el interior de su propia casa, un lugar donde nunca nadie había puesto el pie más que él.

Miró a Príor, que parecía que sonreía mientras miraba de reojo.

—¡Y en cuanto a ti, liante de cuatro patas, ya tendremos una conversación tú y yo! —exclamó, y entró dentro y cerró la puerta tras de sí.

Príor relinchó como si riera, y, al decir de muchos, eso es exactamente lo que estuvo haciendo mientras se alejaba de vuelta al prado.

Al fin y al cabo, su trabajo allí había terminado.

Capítulo 3

Vino caliente y corteza de canelo

Ellör había apartado los bártulos relacionados con la confección de velas y había abierto la ventana para que se renovase el aire de la casa, pues la chimenea se había quedado encendida por la noche y el ambiente, aunque con ese agradable olor a madera quemada, era denso y pesado.

—Ese pringue bien merece un poco de vino caliente —dijo Ellör mientras colocaba un perolo pequeño sobre las brasas, todavía calientes.

—¿Vino? —preguntó la muchacha—. ¿Quién vino?

Ellör la miró por un instante, algo confuso, y rompió a reír.

—Vino es una bebida —explicó él— que se hace con la fermentación de la uva.

—Uva…

—Es un fruto pequeño, dulce como el jarabe de membrillo. Esa parte dulce se transforma en alcohol y produce una bebida que calienta y reconforta.

—¿Como el matasanos de Musgoverde?

—Sí, pero no tan malo —afirmó él—. ¡Ese proceso de transformación, por cierto, tiene mucho que ver con el trabajo de un alquimista!

—Oh —dijo ella—. ¿Es usted un alquimista?

Ellör recibió la pregunta con algo de tristeza. ¿Que si era un alquimista? Sí, podía decirse que sí. Mucho hacía, sin embargo, que había dejado atrás esos senderos tempranos, que eran la antesala del conocimiento profundo del orden de las cosas, del mundo y sus raíces. Pero era como si le preguntaran si era un hombre que recorría caminos únicamente porque lo habían visto deambular por el bosque. Sí, recorría caminos, pero hacía muchas otras cosas, por descontado, sobre todo antes de los días del Bosque de Cobre y de la cabaña.

Incluso, antes de eso, hacía demasiado que había dejado atrás los estudios de alquimia para explorar otros senderos, llegar más lejos, más profundo, el tipo de cosas que, precisamente, retorcía todo lo que había aprendido y las ponía de nuevo sobre la mesa para que fueran examinadas de nuevo y otra vez.

Pero no podía contarle nada de todo eso, por descontado.

—No —respondió con sencillez—. Claro que no. Pero cierto que he visto muchas cosas, y a veces algunas de éstas eran alquimistas que trabajaban con sus equipos, sus instrumentos y su conocimiento, y de todo eso puede que me contaran una o dos cosas y yo las aprendiese.

Helga asintió.

—Pondré... pondré un poco de corteza de canelo, si es que todavía queda un poco —dijo Ellör mientras rebuscaba por los botes y los frascos que tenía en la estantería.

—¿Y qué hace un alquimista para averiguar las... propiedades del potingue? —quiso saber Helga.

—Pues bien —exclamó Ellör—: imagino yo que se empieza por tomar una muestra pequeña y que ésta se disuelve con diversos procedimientos para separar sus componentes. De esta manera se pueden identificar uno por uno. ¿Entiendes eso?

Helga asintió, pensó por unos momentos y negó con la cabeza, ante lo que Ellör sonrió.

—Pues bien —exclamó—, escucha. Todo lo que nos rodea… esta mesa, esos gusanos, la cera de las velas e incluso el suelo del bosque o los árboles todos y cada rama y cada hoja que contienen pueden parecer muy diferentes. Pensarás, ¿qué tienen que ver las velas con las hojas de los árboles?

—¿Qué tienen que ver? —preguntó ella.

—No mucho en su apariencia, por cierto, pero sí en las cosas de que están hechas. Es como un guisado de conejo y unas botas hechas de piel de ese animal. Uno sirve para llenar la panza y el otro para cubrir los pies; son cosas diferentes, pero los dos están hechos con la misma cosa…

—Conejo —dijo ella con seguridad.

—Bien puedes decirlo. En el interior de las cosas, de cualquier cosa, en eso que los hace existir... los componentes no son muchos a decir verdad, pero se repiten continuamente por todas partes para formar... cosas diferentes. Si tuviera que levantar un dedo por cada uno de esos componentes, no pienses que utilizaría demasiados brazos para ello. Es la mezcla y la cantidad de ellos lo que los hace únicos.

Helga asintió despacio.

—Un alquimista intentaría saber cuáles de esos componentes son

la esencia de tu pringue y acabaría por descubrir qué partes existen en otras cosas. Por ejemplo, podría ver que ciertas partes de tu potingue se encuentran también en la resina de los árboles y que por eso es pegajoso y denso, o que otros componentes son comunes a los arándanos y por eso es bueno para el cuerpo y el estómago; y por último, podría llegar a saber que otras partes están en algunas plantas, de esas que cuando se frotan contra la piel calman los picores atroces que producen algunas enfermedades y dolencias. No sé si estoy consiguiendo explicarme...

Helga volvió a mover la cabeza, pensativa.

—Sí —dijo—. Así… así sabe el alquimista para qué son buenas o malas ciertas cosas que están por ahí —susurró despacio mientras las ideas le venían a su joven mente—. Y… y por qué a unos les sienta bien alguna cosa y a otros no tanto, o... qué es mejor llevarse a la boca o a la piel... y sabría por cierto qué es mejor pulverizar en un cuenco para rociar sobre una herida o quemar con un fuego pequeño para dejar una pasta caliente...

—¡Muy muy bien! —exclamó Ellör sonriendo y alzando la ramita de corteza de canelo que acababa de encontrar—. Eso es. ¡Lo has entendido! No muchos de por aquí comprenderían mucho de lo que he dicho y, si acaso lo hicieran, no llegaría la luna a brillar en el cielo sin que lo hubieran olvidado. ¡Pues en efecto, eso que has dicho hace un alquimista, entre muchas otras cosas!

—¡Es… es…! —empezó a decir, y se detuvo, pues no sabía bien cómo expresar su entusiasmo y su fascinación, o no supo encontrar palabras lo bastante grandilocuentes que se ajustaran bien a la sensación efervescente que se abría paso por su interior —. ¡Nada sabía yo de todo eso! —exclamó Helga—. ¡Me gustaría mucho llegar a ser una buena alquimista!

Ellör asintió, divertido.

—La corteza de canelo está seca y echada a perder, me temo —dijo—. Debí haberla trabajado y frotado hace tiempo, pero olvidé que la tenía. ¡Pero el vino está caliente! ¡Hora de comer y también de beber! Tiempo hacía que no tenía tanta variedad en la mesa, al menos en el desayuno.

—¡Gracias! —exclamó ella, y con los dedos llenos de pringue y la boca no menos ocupada, consiguió decir—: ¿Me enseñará a vivir para siempre?

Ellör iba a meterse un bocado en la boca pero se detuvo cuando oyó la pregunta, como si una repentina ráfaga de aire frío lo hubiera dejado congelado. Terminó por apoyar ambas manos en la mesa y todavía se las arregló para poner los ojos en blanco.

—Caramba, muchacha —dijo—, ¿cómo te quitaré esa idea absurda que se te ha quedado trabada en las entendederas?

—¿Consiguió permanecer joven haciendo cosas de alquimista? —preguntó ella.

—Tampoco soy alquimista —soltó Ellör con renovada calma—. Y eso también te lo he dicho antes de ahora.

Ella lo miraba a los ojos mientras masticaba gusanos mezclados con bayas, sin que se le pudiera adivinar ningún pensamiento. Tenía, al decir de Ellör, el silencio del bosque metido en el cuerpo. Ellör la imitó, cogió una baya y un gusano y se los metió en la boca.

—¿Por qué no quiere enseñarme? —preguntó al fin.

—Sí quiero —exclamó él—. ¿Quieres que te enseñe a manejar una hacheta? No es tan fácil como parece y, a decir mío, la mayoría de los hombres de por aquí no lo hacen del todo bien.

—No me refiero a la hacheta —protestó ella.

—Hay que hacerlo a una distancia adecuada —siguió diciendo Ellör—. Y coger el mango de esta manera, con esta inclinación, con fuerza suficiente.

—No…

—Hay que poner los ojos en el punto del corte, no en el hacha, ni en ningún otro lado que sea diferente de este, y sobre todo, si no tenemos la fuerza suficiente para dar el tajo de una sola vez, hay que mantener armonía en los golpes. ¿Sabes lo que es el ritmo?

—¿El… ritmo?

—Debes llevar un ritmo en tu cabeza —explicó Ellör con suavidad—. Como los latidos del corazón. Siempre el mismo tiempo. Pum. Pum. Pum. Así te cansarás menos. Un latido, un golpe, o un golpe cada dos latidos. Lo importante es honrar el ritmo.

—No necesito saber demasiado sobre hachetas —protestó ella.

—Deberías —dijo él—. Saber cómo cortar un tronco puede mantenerte con vida, si es lo que querías saber, porque si no doblas las rodillas cuando das el golpe, puedes golpearte las piernas si fallas.

Ella arrugó la nariz, enfadada.

—Lo que me pregunto yo —dijo entonces—, es por qué un hombre que no envejece y que sabe tanto de alquimistas y metalúrgicas vive solo en un bosque como éste donde nadie habla realmente con nadie y lo prefiere así.

Ellör echó la cabeza hacia atrás, como si le hubieran dado una bofetada.

—Muchacha —susurró—, hay muchas razones por las que un hombre puede decidir acabar sus días en la soledad de una cabaña. Muchas. Pero esas razones no las discutiré yo con una niña que apenas

tiene edad para tirar una carreta de bueyes o de beber en la casa de Eldrich Musgoverde.

—Entonces, si está aquí apartado por esas razones, ¡enséñeme!

—Como te he dicho, puedo enseñarte muchas cosas, si es lo que quieres. Pero lo que pides es una tontería.

—¡Haré un juramento! —dijo ella.

—¿Un... juramento? —preguntó Ellör, confuso.

—Un juramento entre nosotros. Uno de sangre. Juraré que nunca revelaré a nadie quién me…

Ellör se levantó bruscamente de la mesa, arrastrando la silla hacia atrás. La silla era demasiado vieja y protestó con un crujido amenazador.

—No sabes lo que dices, niña —exclamó—. ¡Un… juramento de sangre! ¡De sangre, nada menos! ¡¿Y sobre qué jurarías, además?! ¡Deja de hablar de cosas de las que nada sabes, y vivirás mucho más tiempo del que te gustaría, pues aunque tu cuerpo aguante, la mente se sigue cansando de lo mucho, aunque bueno sea!

Ella pestañeó repetidas veces.

—¿Qué hay con la sangre? —preguntó con timidez.

Ellör no respondió. Miraba el fuego con intensidad.

—¿Por qué se ha enfadado tanto? —volvió a preguntar en un tono de voz más bajo.

La pregunta despertó ecos cavernosos en su cabeza.

Oh, deseaba enseñarle todo lo que sabía, por supuesto que sí. Lo deseaba tanto como abrir los ojos de nuevo a la luz cada mañana. Precisamente para eso había dedicado sus cientos de años de existencia al estudio, a la reflexión, a la observación de las cosas, a explorar lo que no se ve con la mirada desnuda, la impalpable y subyacente estructura de las cosas. Lo deseaba, sí, pero no podía. Mucho dependía de que él siguiera oculto y alejado del ruido del mundo, de los ojos y los oídos que aún entonces debían buscarlo infatigablemente para que deshiciera lo que hizo, y lo que él hizo no debía deshacerse nunca jamás, por muchos años que él o el mundo vivieran. Si le enseñaba lo que sabía… había posibilidades de que su existencia, y su paradero, para el caso, acabaran revelándose, y todo volvería a estar en peligro otra vez.

Quería, pero era imposible.

—Escucha —dijo él al fin—: termina el desayuno y vete.

—¡Puedo hacer cosas a cambio! —dijo—. ¡Puedo recolectar, cuidar de las bestias! ¡He visto que tiene gallinas detrás! ¡Puedo limpiar y acarrear cosas, puedo ir a por agua! ¡Puedo ser muy útil! ¡Trabajaré duro a cambio de...!

—Vete —dijo él ajustándose el sombrero de ala larga y dirigiéndose a la puerta—. Cuando vuelva, quiero que no estés, o mis modales serán otros.

La puerta se cerró tras él.

2

Ellör tenía una conversación pendiente con Príor, así que descendió por el sendero entre los árboles. Se sorprendió de lo descuidado que estaba el camino; la maleza había hecho desaparecer prácticamente el trazado y las matas y los arbustos habían crecido mucho más que mucho. Pero así era la naturaleza, terminaba reclamando todo lo que se le iba quitando, de una manera u otra, aunque tardara cien veces la vida de un hombre.

Príor estaba allí, desde luego, mirando en su dirección. Y era cosa rara porque Príor a menudo viajaba lejos, o no tan lejos, pero sí por los alrededores, y en especial ir a las orillas del río Culebra, que tanto gustaba él del agua que parecía más pescado que caballo, y a menudo, cuando chiflaba reclamándolo, tenía que esperar por un largo tiempo. Pero allí estaba. ¡Ah, cómo sabía el truhán que Ellör quería hablar con él!

Se acercaron ambos, el uno al otro, y Príor saludó moviendo la cabeza repetidas veces. Él se acercó y puso la palma sobre su cuerpo.

—¿Qué tienes con esa niña, caballo? —preguntó en voz baja—. Le has servido de catre y le has dado calor durante la noche, y ni con el largamente llorado Ceoril que era el padre mío ni con los que llamaba amigos primero y familia después te vi tener esos miramientos.

Príor se mantuvo inmóvil, sus ojos negros y profundos brillando al sol de la mañana.

Ellör le pasó la mano por el lomo.

—Vamos, habla ahora. ¿Parloteas como una cotorra cuando ve peligrar su nido cuando cabalgamos y ahora callas? Sé que aún rondas por aquí para ver cómo van las cosas, pues algo piensas o sientes.

Pero Príor no decía nada. Él movía la mano por su lomo y cerraba los ojos para escucharlo mejor, pero no le llegaba ninguna respuesta.

—Oh, está bien —exclamó—. ¡Otro testarudo! ¡Dos para el pote! ¿Es esto acaso un complot de cabezotas contra un viejo? ¿Es eso? ¡Pues bien, sé que cuando callas es porque quieres que mis pensamientos recorran su propio camino y las aguas de mis propias ideas traten de llegar hasta las tuyas!

Tampoco esta vez contestó Príor alguna cosa.

—Pues bien —insistió él—. Como tú veas, que para eso tienes

encima más años incluso que yo. Es curioso cómo puedes tener doscientas lunas llenas de apenas nada, y de repente, en un solo día, todo cambia para ser talmente otra cosa. Haces bien en no decir nada en momentos complicados y te aplaudo la sabiduría, pues las palabras están llenas de intereses que no son los propios, aun cuando vayan disfrazados de consejos.

Se quedó pensativo unos momentos.

—La muchacha tiene algo, sin duda, eso has debido de ver en ella con tus ojos de caballo. En ningún joven con sus años, hombre o mujer, he visto esas ganas de aprender y de conocerlo todo. No hay maestro como el bosque, eso lo sabe cualquiera que haya dormido entre el musgo y las raíces, y haya pagado el peaje de sus exigencias. La niña tiene en la sangre la savia de los árboles y el frescor de las gotas que penden sobre las hojas en la mañana, que saben a verde y al tono pardusco del otoño, y tiene en la mirada la tranquilidad de las hojas caídas que se pudren en el suelo y que saben que consolidan un bucle vital. Pero también he visto en ella la fuerza de las rocas muy viejas y el brío del agua cuando cae desde lo alto para romperse contra el suelo y convertirse de nuevo en una corriente renovada.

Príor movió la cabeza, como si asintiera.

—Asientes —dijo Ellör—. Pero nada dices. ¿Quieres acaso que le enseñe? ¿Que le enseñe los caminos? ¿Crees que merece la pena? Pondríamos en peligro el sacrificio de largos años de silencio y humildad, caballo. ¿Y todo para qué?

Pensó un momento todavía.

—Para perpetuar el conocimiento, supongo. Hum. Mucho me gustaría saber qué opinaría sobre esto el viejo Vanegrio Llamaviva, siempre preocupado por encontrar maneras para recoger lo que aprendimos y aun lo que descubrimos, para que otros pudieran aprender y estar advertidos de los peligros del camino. Pues Karas Piel de Piedra diría un par de cosas sobre su edad y su trayectoria vital, a su aire y libre como un pájaro, con sus ideas sobre la disciplina.

Príor agachó la cabeza y comió un poco de pasto. Era verde y era nuevo, pues ni siquiera las criaturas del bosque habían transitado todavía sobre él.

—¿Eso quieres, entonces? —se preguntó—. ¿Quieres que... le enseñe? ¿A pesar del peligro?

Príor se estremeció.

—Sobre todo por el peligro… —susurró.

Miró hacia el cielo. Un coágulo de nubes amontonadas paseaba con cierta rapidez por el firmamento, como si tuviera prisa, y en su trasiego evolucionaba y cambiaba, y perdía o ganaba trozos alterando

su forma.

—Como esa nube —dijo—. Que es una cosa pero cambia a medida que avanza y se transforma. Ése es el camino del hechicero. ¡Pues como tú quieras! —añadió—. Si quieres que le enseñe, le enseñaré, ¡pero antes veremos de qué está hecha!

—¿De verdad? —preguntó una voz a su espalda.

Ellör se dio la vuelta sobresaltado.

—¡Que me aten a la popa de un barco y lo envíen a horizontes que nadie ha visto jamás! —exclamó—. Pero ¿qué tipo de comadreja escurridiza eres tú?

—¡De nombre Helga! —protestó la muchacha—. ¿De verdad va a enseñarme?

—¿Quién te ha dicho que puedes espiar las conversaciones de los mayores, en silencio e inadvertidamente, como uno de esos cuervos espía que utilizan los señores de la guerra en territorios donde la muerte crece más rápido que la espiga?

—¡Sólo estaban usted y ese caballo suyo! —exclamó la niña.

—¡Aun así vas persiguiéndome como la sombra mía, que no consigo despegarme de los pies!

—¡Pues usted eligió plantarse bajo el sol en este valle, y no al cobijo de una ladera, así no tendría sombra alguna!

—¿Acaso tengo yo que esconderme de ti, muchacha, para hablar con mi caballo?

—Pues en toda mi vida no he visto ni un solo caballo que hable, y éste no parece diferente, que no le he oído decir ni media cosa desde que he llegado.

Ellör se cruzó de brazos, mohíno.

—Me parece que antes de enseñarte nada de lo que sé, pasaré lunas y más lunas ocupado sólo en enseñarte modales.

—¿Y qué es un… hechicero, por cierto?

Ellör entrecerró los ojos.

—Menudo pájaro estás hecha —exclamó—. ¿Eso has oído? Entonces llevabas más tiempo del que pensaba. ¡Mal por tu parte, no haberme advertido!

—No quería yo interrumpir, ¡que eso he aprendido!

Helga, mientras hablaba, miraba ahora al caballo.

—¿Su caballo habla o no habla, entonces?

—¿Qué crees tú?

—Creo que más bien no —respondió ella.

Ellör asintió.

—¿Y creerías que yo hablo con él?

—Pues es cosa bien distinta, y a eso diría que sí, como hablo yo

con los ríos y los árboles aunque ellos no me respondan cosa alguna.

—Pues no es lo mismo eso que dices —exclamó Ellör—. Ven ahora. Aquí a mi lado.

Ella obedeció, diligente.

—Ahora pon la palma de tu mano sobre su lomo.

También en eso hizo caso.

—De acuerdo, ahora escucha hacia dentro, como si te concentraras en tus pensamientos. ¿Alguna vez has mirado las estrellas, tumbada en el suelo frío, y dejado que tu cabeza pensase en las cosas que ella quisiera, sin forzarla a idea alguna que tú quisieras tener?

Helga asintió con energía.

—Por supuesto que sí —dijo él—. Pues ya tienes medio camino hecho, que ésa es la parte más difícil. Sólo quédate así, la cabeza libre de ideas. Vacía. Escuchando, pero no con las orejas. Escucha. Sin premura... Que yo ahora callo para no entorpecer.

La niña se quedó inmóvil, los ojos cerrados, la palma sobre el lomo del caballo. Un insecto escuálido, negro y amarillo, pasó entre ellos dando tumbos; tan pronto parecía que se había muerto en pleno vuelo como remontaba de repente y volvía a elevarse, como si nadara por un mar bravío. Desapareció de la vista en alguna vuelta. Luego, una brisa repentina trajo un aroma a madera, a corteza de árbol recalentada por el sol, a briznas de hierba fresca y al lomo de Príor, que era dulce y agrio a la vez, y era además penetrante y recordaba al cuero y a la cuerda de cáñamo.

De pronto ella retiró la mano, la boca trocada en una circunferencia perfecta, como un pozo de piedra, y los ojos encendidos como las mismas estrellas en una noche clara. La retiró con tanta velocidad que parecía haberse quemado.

—¡Lo he oído! —exclamó entusiasmada—. ¡Lo he oído en mi cabeza!

—¿Lo has hecho? ¿Estás segura? Es un poco pronto, me parece…

—¡Lo he oído, claramente, tan claro como se oye el viento entre los árboles o el suelo cuando no es firme y crepita bajo los pies! ¡Lo he oído, y tiene una voz grave, como cuando nadas en un lago y abres la boca y gritas, sólo que la voz es firme! ¡Es firme y no se mueve, y es bonita y clara!

Ellör pestañeó varias veces, sorprendido. Podían rascarle la piel e introducir escamas de sal entre ella y su carne, pero de que si eso le escocería tenía más dudas que de decir que ésa que había descrito era, con exactitud, la voz de Príor. ¡Tan rápido! Ni siquiera él mismo lo consiguió con tanta velocidad la primera vez.

—Pues bien… ¿y qué te ha dicho? —quiso saber.

—Me ha dicho… ¡me ha dicho que tenga paciencia con usted!

Ellör dirigió al caballo una mirada sorprendida y a la vez terrible, y éste relinchó con ganas. De algún modo supo la niña que se trataba en realidad de una risa, y lo acompañó con la de ella. La suya era una risa musical, sin embargo, algo aguda y del todo alegre, como espontánea y bulliciosa, que en otras circunstancias habría alegrado el corazón de Ellör. Pero estaba enfadado con el caballo. De algún modo sentía que el viejo rufián se había salido con la suya en algún asunto que ni siquiera intuía por el momento.

Aún se reían cuando Ellör se encajaba el sombrero sobre la cabeza para ocultar aún más su cara enfadada.

Capítulo 4

El Gigante Rojo de Peleas

Las noticias sobre el Gigante Rojo de Peleas, como se le llegó a conocer más allá del territorio del Bosque de Cobre, corrieron mucho más rápido de lo que Ellör había anticipado. Fuera el destino u otra cosa, una serie de circunstancias propiciaron que el asunto de la longevidad de un hombre que tenía de espaldas el largo de un muchacho, de altura una puerta y media y el pelo rojo como el mismísimo fuego y casi tan caliente, se dieran a conocer rápidamente. Lo mejor de la historia, por supuesto, era que ese gigante rojo llevaba en el mundo desde antes de que muchos de los ancianos más arrugados y encorvados hubieran nacido, y aún caminaba erguido y sin una sola arruga en el rostro, y talaba árboles con sus manos y cabalgaba un caballo gigante fuerte como un oso y veloz como un halcón peregrino o un vencejo.

La comidilla llegó a orillas del Aguas Altas y cruzó al otro lado en boca de un barquero que cobraba una medida de leche, de queso, o un cuarto de hogaza de pan, aunque también aceptaba un puño lleno de nueces, almendras o piñones, y por lo general cualquier cosa que llevarse a la boca que le resultara apetecible. En ocasiones, sobre todo si tenía el estómago caliente y la despensa bien surtida, aceptaba también el pago de una buena historia, las cuales él ofrecía gratis para amenizar el viaje, si las tenía. La del Gigante Rojo la contó un total de cuatro decenas de veces y seis veces más, a gentes de distintos lugares. Desde allí, viajó a septentrión, a oriente y occidente, viajó lejos y sin descanso, a pie y también en carreta, a lomos de caballo, viajó en bote y en barca y, sobre todo, viajó sin descanso, lejos, cada vez más lejos, a través incluso de las llanuras heladas de Ciann Nur cuajadas de ruinas de los Antiguos y por los angostos desfiladeros de las montañas siamesas de Rompecielos y Adelko, hasta los territorios de más allá, lugares donde el nombre de Peleas nunca se había oído antes y donde

nadie podía decir si el lugar existía, o por dónde se localizaba, pues si había mapas eran parciales, incompletos, o estaban en lugares escogidos donde solamente ojos estrategas los estudiaban casi siempre con codicia. Y, cuanto más tiempo pasaba, más se acercaba la noticia a la ciudad de Gamdin, a veces Adaul (según con quien hablases) pero que todo el mundo conocía como «la Ciudad de las Mil Trampas» porque en sus calles retorcidas, siempre cambiantes, sucias, oscuras y peligrosas, la única intención de sus habitantes era conseguir cosas a cambio de lo que fuera, aunque eso fuese la propia vida. Y esa ciudad, ese lugar, ese sitio en concreto, con la imponente Luz del Oeste en su centro, era el único lugar en el mundo donde Ellör Litos Ceoril no quería ser mencionado.

Pero la noticia, como un viento helado que anuncia lluvias demasiado intensas para cualquier sembrado y la llegada del invierno, continuaba avanzando, imparable, como un incendio en un prado de hojarasca reseca y agostada por el verano, y el destino sabía que llegaría a oídos de quienes buscaban, desde hacía la vida de un hombre, al hechicero.

2

No volvieron a la cabaña, sino que, a sutil sugerencia de Príor, subieron ambos a su lomo y se dedicaron a cabalgar a toda velocidad por lugares sin senderos ni caminos, dejando a un lado el linde del bosque y la vista del Páramo. Esa mañana estaba entretejido en brumas que flotaban a baja altura, como telarañas, y allí el cielo estaba cubierto por neblinas grises de una miríada de tonos, algunos de los cuales traerían lluvia, a decir de Ellör, esa misma noche.

Ellör siempre disfrutaba de una buena cabalgada, pero para Helga fue una experiencia totalmente nueva y maravillosa. Iba sentada delante, apoyada contra el pecho del hombretón, porque de ir detrás habría salido aleteando con la primera sacudida, y sentía el viento en la cara y ante sus ojos el terreno en vertiginoso movimiento. Se movía tan rápido que los detalles eran inaprensibles, borrosos, como si le fallaran los ojos y el mundo cambiara constantemente a su alrededor. Y el corazón. El corazón le latía con fuerza, como si fuera ella la que cabalgara. Como si de una forma que no podía comprender le prestase su energía al caballo mientras se entregaba a la carrera.

En un momento dado, aulló como un lobo y se sintió viva, se sintió libre y se sintió viento.

Se detuvieron cerca del río. A Ellör no le extrañó porque era el lugar predilecto de Príor, y de hecho, tan pronto llegaron metió las

patas hasta los carpos y él tuvo que esperar a que ella dejara de saltar y brincar en el agua, emocionada por la experiencia.

—Sigue mimándola —lo regañó él en voz baja.

—¡Hemos volado! —decía ella, dando saltos como una rana—. ¡Como el viento, como el viento!

Ellör buscó una piedra para sentarse. De éstas había muchas y de buen tamaño, piedras de mármol blanco desgajadas de la ladera de alguna montaña lejana que el río había arrastrado hasta allí y que brillaban, húmedas, bajo el sol de la mañana. Ellör las había visto en otros lugares, usadas como materiales para la construcción de imponentes torres y palacios hermosos como un atardecer.

—¿Corren así todos los caballos? —preguntó la niña de pronto, apartándose el cabello despeinado y asalvajado de la cara.

—Oh, no… —exclamó él sonriendo.

—¿Y hablan como él el resto de los caballos?

Ellör sonreía aún, pero su sonrisa se acentuó con la pregunta.

—No. Por descontado que no.

Ella asintió.

—Eso me había parecido —susurró—. ¿Y qué ha hecho este caballo para ser tan veloz y poder hablar en la cabeza de quienes lo tocan?

—No de quienes lo tocan, por cierto, sino de quienes en realidad quieren escuchar, ¡que es cosa muy diferente!

Helga miraba al caballo, pensativa.

—Eso son palabras. Las palabras… son cosas que pueden retorcerse. La realidad es que tu caballo habla, y yo pregunto… ¿cómo es que puede hacerlo?

Ellör soltó una carcajada. Estaba viendo que iba a disfrutar con el proceso de enseñar a esa niña. Muy inteligente y despierta le parecía para ir por el mundo con un cuerpo tan joven.

—Es una buena pregunta, me parece —dijo al fin—. Y muy pertinente, porque la razón de que pueda hablar tiene mucho que ver con lo que quieres aprender.

—¿Ser joven siempre?

—Ser siempre joven es sólo una consecuencia de otra cosa. Es parte del camino, y no el final del viaje.

—Pues… ¿a qué viaje se refiere? ¿Al aprendizaje?

—Eso es. Lo que quieres aprender, muchacha, es sólo algo que se obtiene cuando inicias un camino, un viaje, que lleva a la comprensión profunda y real de las cosas. Sin duda iniciaste ya ese viaje de la mejor manera posible, aunque fuera de forma inadvertida, pues te has criado rodeada de naturaleza, y el bosque ha sido tu

madre y las piedras tu padre, y los árboles todos tus hermanos. Y has vivido en soledad, y la soledad que se busca tiene un efecto en verdad curioso, te hace entender esto que llamamos vida.

Helga no dijo nada. Sentía que, de alguna manera, el gigante rojo tenía razón.

—Todo lo que existe tiene un vínculo común.

—Un… vínculo.

Ellör asintió.

—Algo que los une, que los mantiene unidos. El río. Las piedras. Los árboles. El caballo. Las nubes del cielo, tú y yo. Los que hemos estudiado esa relación, la llamamos… «la deriva».

—La deriva —susurró ella.

—La deriva es el conjunto de reglas que hace que todo funcione. Existe, aunque no se ve, pero puede sentirse si sabes cómo buscarla. Piensa por ejemplo en un molino harinero como los que tienen aquí en Peleas. Sus reglas son sencillas. El viento empuja las aspas que hacen girar un eje central, conectado a un mecanismo que hace girar una piedra que muele el grano. Es sencillo una vez que lo observas, pero cuando el primer hombre levantó el primer molino, te aseguro que se sintió tan fascinado como tú cuando has sentido el viento en la cara a lomos de un caballo veloz en verdad, porque no se había hecho antes.

—Sí —dijo ella.

—Pues hoy día, cuando los niños pasan a la vera de un molino no se sienten fascinados ni saben ver en ellos el prodigio que son. Son cosas normales que están ahí, y funcionan. Como las flores, o las piedras, o los ríos. Pero nadie hace la pregunta. Nos hemos acostumbrado a su presencia como te acostumbras a las picaduras de las chinches si no mantienes limpio tu jergón o tu catre, o a la lluvia cuando cae del cielo. Ahora llueve, ahora no. Pero la pregunta, muchacha, es...: ¿de dónde vienen los ríos, cómo funcionan las flores, para qué sirven, y sobre todo, qué hace aquí todo eso, en el mismo lugar, en conjunto?

—Oh —susurró Helga—. Creo que entiendo.

—Si tienes las preguntas, puedes buscar la respuesta, pues no se busca una respuesta sin saber que existe la pregunta.

—Sí —asintió ella—. Tiene sentido.

—La cosa aquí... es que, cuando tienes las respuestas, puedes comprender. Y cuando comprendes, cuando comprendes realmente, puedes… cambiar cosas. El molino de antes, por ejemplo. Si sabes que el viento es el que mueve las aspas, y sabes de antemano que el viento no siempre sopla en la misma dirección, y sabes que es el eje central el que gira, tienes lo suficiente para construir otro eje bajo el molino que

lo haga girar cuan grande es para que todo él quede orientado en la dirección del viento. Así… así las aspas se moverán siempre.

—¡Oh! —exclamó ella— ¡Ésa es una buena idea, si alguna vez he visto alguna!

Ellör asintió.

—Lo es. Pero… ¿qué pasa si no hay viento, como ahora?

Helga miró alrededor.

—¿Hablas de… tener paciencia? Ahora no hay viento, pero el día es aún largo, y por la noche sopla el viento también. ¡Y también llegará mañana!

—Buena cosa, la paciencia, sin duda —manifestó él en voz baja—. Pero de lo que estoy hablando es… de que si comprendes lo que es el viento, de dónde viene, cómo se forma, y para qué fue creado… puedes hacer… esto.

Ellör se incorporó y extendió los brazos, con las palmas hacia arriba. Luego, empezó a moverlos como si tirara de una cuerda invisible. Al instante, las hierbas y las flores empezaron a sacudirse, también el cabello de la niña, y Helga percibió en el rostro y los brazos desnudos el comienzo de una brisa entrecortada que fue creciendo en intensidad. Entrecerró los ojos y miró en la dirección de la que venía el viento, del cauce del río, de entre los árboles, un viento ahora fuerte que sacudía las ramas y arrancaba hojas que salieron volando hacia ellos.

Helga abrió mucho la boca, contagiada de un gesto de sorpresa y una sonrisa. Dejó que el aire en movimiento entrara en ella y cerró los ojos por un instante mientras la intensidad de este aumentaba todavía más. En un momento dado, tuvo que retroceder una pierna e inclinarse para contrarrestar su fuerza. Sonaba vigoroso y ululante en sus oídos.

Y, de pronto, cesó.

Terminó como se extingue el calor del sol cuando una nube cubre el astro en el cielo y la temperatura disminuye automáticamente.

Se volvió hacia él, los ojos interrogantes y asombrados. Ellör estaba de pie, los brazos a ambos lados del cuerpo. El color de su sombrero y su abrigo, pensó sin ninguna razón para ello, eran del mismo tono de las hojas de los árboles que habían sido sacudidas con tanta fuerza.

—Este viento… —dijo ella en voz baja—… ¿lo has traído... tú?

—Dímelo tú —respondió él con serenidad—. Has visto lo que has visto. ¿Crees que un hombre puede hacer que el viento sople obediente a su voluntad?

Helga sacudió la cabeza.

—Un hombre tal vez no, porque si el hombre pudiera hacer tal cosa, construiría molinos más cerca de la siembra y no donde el viento sopla más a menudo, que hacen falta mulas y carretas para acarrear tanto saco.

—Quizá ha sido la casualidad —dijo Ellör—. Que muchas cosas se le atribuyen a la casualidad cuando algo parece inexplicable.

—No —repuso ella—. No es eso, tan claro como que en verano hace menos frío. Ha sido usted. Usted ha hecho que el viento sople cuando ha querido que sople, y ha terminado cuando ha querido que termine.

—Entonces… ¿qué ha ocurrido aquí? —quiso saber él.

—Es… es… ¡magia!

Ellör sacudió la cabeza.

—Magia es una palabra vacía. Cuando un hombre cualquiera por mor de sus carencias en conocimiento no comprende lo que pasa, dice que es magia y se sienta en el tronco de un árbol muy pagado y muy satisfecho de sí mismo. Pues demasiados cultos hay por el mundo que rinden pleitesía a la magia aún sin comprender qué es, o qué significa exactamente. Puedes llamarlo magia si quieres, pero a los que la practicamos, no nos gusta de llamarnos magos, porque los magos hacen trucos y eso no hacemos. Preferimos otra palabra.

Los ojos de ella centellearon por un momento.

—Hechicero —susurró.

Ellör asintió despacio.

—Es por lo que dijo antes. Por lo del hechicero.

—¿Qué es un hechicero? —preguntó él.

—Usted lo es.

—Un hechicero es alguien que ha estudiado el mundo aún más lejos de lo que lo hace un alquimista —explicó—. Yo lo soy, o lo fui, pues muchas décadas llevo sin renovar mis estudios ni practicar en absoluto, hasta… hasta hoy. El alquimista sabe por qué crece una flor, dónde crece, cómo es que crece, y por qué crece. El hechicero hace crecer la flor aun cuando no hay motivos para que la flor crezca, y a pesar de que no haya medios para que crezca.

—Y usted lo es —insistió ella.

—Lo fuí, ya te lo he dicho. Pero creo que aún puedo enseñarte alguna cosa de lo que he aprendido. Tienes un muy largo camino por delante, más largo aún que el que comunica Peleas con la ciudad más remota que existe, de la que nadie por aquí haya oído hablar jamás, y al revés.

La muchacha asintió con verdadera energía, abrió ligeramente las piernas y extendió los brazos como había hecho él hacía sólo un

momento.

—¡Estoy preparada! —exclamó—. ¡Enséñeme! —Y empezó a mover los brazos exactamente como él lo había hecho, como si tirara de la cuerda de una cometa invisible aun cuando ella no había visto ninguna cometa en su vida.

Ellör pestañeó muchas veces y soltó una carcajada.

—¡No funciona así, niña! —exclamó—. No es un truco, como te he dicho, que son cosas de magos y de personas que van de pueblo en pueblo con un sombrero de trucos vendiendo espectáculo a las gentes para que se distraigan y paguen con jarras de leche, con pan de trigo caliente o con garbanzos si es tierra de garbanzos.

—Pero si aprendo los movimientos, ¿acaso no podré yo hacer lo mismo?

—Te has fijado sólo en eso, ¡pero por cierto que desconoces lo demás! Esos movimientos los hago porque me ayudan a expresar mis ideas, pero no hacen que el viento se mueva, ¡no más al menos que el que producen los brazos al moverse!

—¿No?

—No —contestó él, divertido—. Puedo hacer que el viento sople porque aprendí que el aire se produce y se mueve debido a la temperatura, y no a otra cosa. Hay en el cielo temperaturas diferentes, y allí arriba en el cielo, donde penden las nubes, hay un frío tal que se te congelarían las orejas y se te caerían del cuerpo como caen las piñas de los pinos.

—¿De… verdad? —preguntó ella asombrada—. ¿Son hielo las nubes?

Ellör volvió a sonreír.

—No tan rápido —replicó—. Escucha primero, piensa después. ¿O ya estás satisfecha sobre la pregunta de dónde viene el viento?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—El sol —añadió, mirando al cielo—. El sol calienta, pero como todo en este mundo de diferencias, no lo hace igual en todas partes, sobre todo porque unas partes no están tan cerca del sol como otras.

Helga miró al sol con los ojos entrecerrados.

—¿Es verdad eso?

—Y tanto que sí —afirmó Ellör—. Así que el sol calienta el mundo de distinta manera cada vez, y ocurre una cosa… que el aire caliente pesa menos y asciende como los pájaros, porque se dilata, como casi todas las cosas que se calientan. Eso lo sabe cualquiera que tenga una chimenea y por casa dos pisos de ella, comunicada con escalera u otra cosa, porque las habitaciones de arriba se van calentando también por el calor que sube. ¿Esto te suscita alguna pregunta?

Ella pensó unos instantes.

—Pensaba yo en algo que no consigo que me entre en la sesera. Porque dice usted que el aire sube como el humo de un fuego cuando está caliente, cosa que tiene sentido, pero… ¡pero el aire es algo también! El aire existe. Si el aire sube... ¿qué ocurre entonces? ¿Deja un hueco? Porque no he visto yo ni un solo lugar donde no haya aire, así que no debe de ser eso.

Ellör extendió los brazos.

—¡Levantaría una medida por tus seseras, muchacha! —exclamó—. ¡Pues eso exactamente es el viento! Cuando el aire caliente sube, el resto del aire, que no está tan caliente, se apresura a llenar su lugar. ¡Y ahí lo tienes! Eso… eso produce viento.

—Que me corten la cabeza y la hagan rodar por una cuesta llena de espinas —soltó ella con cierta parsimonia—. ¿Y sabiendo eso… sabiendo eso pudo hacer viento?

—Más menos que más. Pero algo así.

—Pues de acuerdo —dijo la niña—. Pero eso… eso hace que me pregunte… —Miró hacia el cauce del río—. ¿Cómo hizo para que el aire se calentara allá, para lanzar viento hacia aquí?

Ellör volvió a sonreír.

—Caramba, muchacha… Mil millones de brasas encendidas me metan por la espalda que no sentiré más perplejidad. ¿Qué prodigiosa cabeza te han puesto sobre los hombros? Pues en efecto, también eso he cambiado… pues el aire no se mueve solo como por ensalmo, pues no hay ningún hechizo en este mundo que haga que hable yo con el viento y lo convenza de soplar cuando a mí me dé la gana.

—Entonces… es una cadena de cosas. Calienta el aire. Y para calentarlo, ha hecho otra cosa, y otra cosa…

—Así es —respondió él con orgullo—. Buena estudiante habrías sido, sin duda de las mejores, pues muy despierta te veo para haberte criado con ramas y musgo y líquenes sobre las raíces bajo la lluvia.

—Entonces los movimientos…

—Son para mí —dijo él—. Los hechiceros debemos recordar demasiadas cosas a la vez, cada vez que lanzamos un hechizo, así que creamos… algo así como atajos. Pequeños gestos que encierran grandes cosas. De esto hay muchas escuelas. Cada hechicero tiene sus maneras. Hay quien prefiere usar piedras en las que graban runas, hay quien utiliza ingredientes especiales que preparan de una manera especial. Hay quien utiliza palabras de poder, sonidos cuyas ondas provocan alteraciones que transmiten sus deseos.

—Por las estrellas… —susurró ella.

—Mucho, mucho camino tienes por delante —concluyó él—.

¿Estás segura de querer recorrerlo?

—¡Segura! —afirmó ella.

Ellör asintió despacio mientras Príor relinchaba con suavidad.

Helga le dirigió una mirada rápida.

—¿Su caballo también es un hechicero? —preguntó.

—Bueno… a su manera, diría que lo es. Este caballo ha comprendido cosas; el tipo de cosas que el hombre, por lo común, ignora o prefiere ignorar. Por eso es capaz de hacer cosas que la mayoría de los caballos no hacen, por mucho que podrían.

—¿Él también… maneja la Deriva?

—Oh, sí, por cierto —exclamó Ellör—. La comprende, y la maneja. Su manera de correr, por ejemplo, no tiene mucho que ver con los músculos de sus patas, o su constitución.

—Entonces… ¿entonces podría correr como él?

—Bueno… —dijo Ellör pensativo—… si tuviera que hacerlo, imagino que podría.

—¿Nunca lo ha intentado?

—No, nunca lo he intentado. Para correr tengo a Príor…

—Príor —susurró ella—. Es un buen nombre.

El caballo volvió a relinchar.

Ellör arrancó un trozo de hierba del suelo y se la llevó a la boca. Era hierba montegris, por cierto, aunque rara vez se la veía tan cerca de la orilla de un río porque el exceso de agua sofocaba sus raíces, demasiado delicadas. Era buena para tantas cosas que sería más corto enumerar las virtudes de las que no disponía.

—¿Podría intentarlo ahora? —preguntó ella.

Ellör negó con la cabeza.

—No, escucha ahora, muchacha, pues estas cosas no funcionan de esa manera. Los hechizos necesitan tiempo, se planifican, se practican, se aprenden y se interiorizan. Manipular el viento es un hechizo sencillo, por ejemplo. Cualquier estudiante de hechicería lo conseguiría en menos de tres lunas, pero serían tres lunas al menos, y no dos. Hay que saber cuáles son los pasos. No podría… —señaló el cielo y las nubes—… hacer bajar una de esas nubes para que nos empape, o cambiar el curso de la corriente de ese agua, como no podría hacer que el agua se vuelva verde, o amarilla. Más fácil verde que amarilla, por cierto, pero si me lo propusiera… si me empeñara en ello, podría aprender la manera de volverla amarilla. La encontraría, sí, y sumaría ese hechizo a mi lista. Pero con tiempo.

—Entiendo —asintió ella despacio—. Pero… ¿por qué motivo y razón los hechizos y los hechiceros no son más comunes? Por mucho que pienso sobre ello no lo entiendo. ¿No sería en verdad más fácil

todo? ¿No sería el mundo más sencillo?

Ellör asintió. La muchacha llegaba a conclusiones tan rápida como sorprendentemente.

—Lo sería, muchacha —convino Ellör—. Lo sería, por cierto. Pero el hechicero lleva sobre sus hombros una cosa que transforma el corazón de los hombres, lo devora y destruye toda bondad en él. ¿Sabes qué es?

—No —dijo ella con rapidez.

—El poder.

—¿El poder?

—Te has movido poco por el mundo, me parece —dijo Ellör con la hierba asomando entre sus labios y sus dedos—. Has vivido en un lugar hermoso donde las cosas sencillas despliegan todos sus encantos. Amas las raíces profundas, respiras con el bosque y estudias las estrellas con ojos soñadores pues el bosque es generoso y hay castañas y animales y bayas y setas y plantas comestibles, como la elindrade, que hace que la peor carne estofada sepa deliciosa. Pero te has relacionado poco con el hombre, por lo que veo, y el hombre… el hombre es codicioso, está consumido por el miedo, tiene miras tan estrechas que en ellas apenas cabe su propio estómago; es deshonroso y te privará de lo poco para aumentar su mucho, si le das oportunidad.

Helga bajó la cabeza, repentinamente triste.

—Hay un orden natural en las cosas, muchacha —susurró—, y el hechicero… el hechicero forma parte de ese equilibrio. Cuando un hechicero altera algo, el mundo se ajusta a ese cambio, aunque sea de la manera más burda que imaginar puedas. Pues el viento de antes, por ejemplo… ¿y si hubiera habido alguien por aquí cerca, subido a una rama para tomar de un nido sus huevos? Bien podría haberse caído y golpeado la nuca contra la piedra dura, perdiendo así la vida. Hasta el hechizo más pequeño, como hacer crecer una flor, puede crear una cadena de cambios que haga saltar a un rey de su trono.

Helga escuchaba fascinada.

—Además —siguió diciendo Ellör, el hechicero es hechicero, por descontado, pero es también hombre, y esa naturaleza no se altera así como así. Hubo… hubo un tiempo en el que los hechiceros trabajábamos y estudiábamos juntos, pero cuando la parte del hombre empezó a emerger por encima de la del hechicero, el equilibrio actuó, y los hechiceros…

De repente sacudió la cabeza.

—Bueno, eso es… es historia antigua. Ocurrió mucho antes de que nacieras y aun de que tu padre naciera, casi seguro.

—¡Por favor, señor Waren, quiero escuchar esa historia!

—Tal vez en otro momento —dijo Ellör—. Pero… ¿comprendes mis palabras?

—Más menos que más… —admitió ella.

Ellör suspiró.

—Mírame —dijo—. ¿Qué ves en mí?

Helga no dijo nada por un largo rato.

—¿Qué ves en mí? —insistió Ellör, extendiendo los brazos.

—Un hombre, imagino. Grande, pero un hombre.

—Pues así es —afirmó él—. Un hombre soy. Nací de mujer, como tú y como todos los hombres de este mundo, y como todos los demás, me servía de las rodillas y de las palmas de las manos para moverme. Con tu edad no era más alto que tú, y cuando tengo hambre, como. También necesito dormir, como todos. Un hombre, como tú bien has dicho. Y sin embargo…

»Sin embargo, si me lo propusiera, niña… si quisiera, si realmente quisiera, ahora mismo, podría hacer que esa montaña explotase en su cima y vomitase lava incandescente sobre este valle durante mil años y un día, y eso me llevaría un instante. Un solo momento. Podría… arrojar fuego ardiente por las puntas de mis dedos y arrasar tan por completo este bosque, en cuestión de un latido de mi corazón, de manera que nada volvería a crecer en él, ni ahora ni nunca. —Su voz se volvió ahora más grave, profunda, embriagada de una tristeza que brotaba de dentro—. Podría caminar sobre la tierra y tornarla negra y estéril, ir casa por casa y destruir a cuantos hombres y mujeres encontrara en ellas con sólo mover los ojos, podría acabar con todo el mundo en Peleas y más allá, en Celorcia, en Urseos, sin que nadie tuviera la más mínima posibilidad de detenerme así usaran espadas, lanzas, arcos y flechas. Recorrería muchas leguas dejando una estela de llamas, cenizas, rocas desnudas y cadáveres, sin que encontrara una resistencia digna. Muchos días y muchas noches transcurrirían hasta que se pudiera reunir una hueste de hombres capaces de hacerme frente y detenerme, y aun cuando eso ocurriera, lanzaría sobre ellos un último hechizo postrero que les condenaría a arrastrarse con dolores terribles que les harían gatear y llorar como bebés hasta el último día de sus vidas; gritarían tanto, consumidos por un dolor lacerante, persistente y tenaz, que serían incapaces de mantener siquiera el alimento en sus bocas.

Helga retrocedió un par de pasos, repentinamente aterrorizada.

Ellör asintió despacio.

—Ahora veo miedo en tus ojos. ¡Bien! Es justo lo que quiero que comprendas. Lo que necesito que comprendas. El poder de la Deriva

en manos de un hombre. La naturaleza nos regaló ciertos dones que nos fueron entregados por el mero hecho de nacer, sin tener que demostrar que somos merecedores de ellos; tenemos oídos para escuchar, ojos para ver y manos para tocar, pero no creo que estuviera en el plan de la naturaleza que algunos tocáramos el cielo del poder que supone comprender ciertas… capacidades. Y sólo soy un hombre. Imagina, muchacha, ese poder en manos de las personas equivocadas; hombres oscuros de corazón negro a los que les importa bien poco el color de la sangre en la tierra, siempre que la tierra sea suya.

Helga asintió mientras Ellör se sacudía de manera casi imperceptible, recorrido por un estremecimiento lúgubre.

—Éstas son mis condiciones, muchacha —susurró él—. Te enseñaré. Te enseñaré cuanto sé y lo haré con gozo, porque el conocimiento es bueno en tanto y cuanto la persona que lo posea sea también buena. Te observaré mientras aprendes. Pondré los ojos en ti y no los apartaré en ningún momento, así sea de día o de noche. Y si observo oscuridad en tu corazón, así sea un trato zafio con un pajarillo o un abuso de cualquier parte de las capacidades que irás adquiriendo, si intuyo codicia en tu mirada o sombras a tu alrededor que me hagan dudar… si veo algo de eso, muchacha... yo mismo… yo mismo te destruiré.

Helga retrocedió dos pasos más.

—No respondas ahora —dijo él—. No digas nada, ni buena mañana ni buena suerte, o gracias o cualquier otra cosa. Piénsalo bien. Príor te llevará donde quieras cuando lo necesites, que yo ahora regreso a pie.

Y se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el bosque, un abrigo pardusco con un sombrero de ala ancha del mismo tono sobre una cabellera rizada y roja. Sus zancadas eran como dos pasos largos de un hombre, pero a pesar de su corpulencia y tamaño, no parecía más que eso: un hombre.

El Gigante Rojo de Peleas.

Pero mientras caminaba, Ellör Litos Ceoril divagó sin pretenderlo hacia otro tiempo, otro momento antes que ése, un instante de mucho tiempo atrás. Mucho. Tal vez demasiado y, a la vez, nunca suficiente.

Capítulo 5

La historia de Briamor Candess y la Luz del Oeste

El nombre de Briamor Candess no era del todo desconocido, si se sabía preguntar en los sitios adecuados. Nadie en ninguna posada, taberna, prostíbulo o callejón de comercios de baja estofa moral diría que conocía el nombre, aunque en ocasiones fuera confundido con el de la hermosa Candessia, que organizaba bailes exóticos en pueblos y aldeas donde abundaban hombres que hacían tres veces trabajos de los más duros, como las canteras de donde se sacaba roca viva y otros materiales; o los talleres de ferrallas donde se trabajaba el hierro ardiente entre los hornos en llamas abigarrados de hullas y carbones, o los puertos de mar, donde desembarcaban marineros que volvían de la mar tras estar ausentes muchas lunas y ansiaban contemplar al menos las suaves proporciones de una mujer.

Pero Candess y Candessia eran tan diferentes y antagónicos que parecían pertenecer a razas diferentes, pues la segunda era mujer, y hermosa, y su piel suave como la de un recién nacido, y el primero era enjuto, de ojos apretados y pelo largo y lacio sobre la cara poco agraciada. Ese nombre, el suyo, el nombre de él, sin embargo, sí era conocido en los raros lugares donde se perseguía el conocimiento, se absorbía y se atesoraba.

Briamor tenía, al decir de muchos, una intuición. Para él, por contra, era una certeza. Creía que la conexión con la Deriva no era siempre igual, la Deriva era en según qué sitios más notable, más cercana, más accesible… y en otros, más esquiva, más inaprensible, hasta difusa, difícil de concretar.

Había estado rastreando su rastro por medio mundo desde hacía más tiempo del que le gustaría admitir, desde los lejanos territorios del rey tuerto de Irdis hasta el país sin nombre allende el mar, donde el calor era sofocante, la tierra árida y buena para nada, y donde podías viajar durante largos días y noches sin cruzarte con nadie. Allí

donde iba hacía pruebas y variaba su rumbo unos grados a un lado o a otro, y a veces avanzaba y a veces retrocedía, buscando la intensidad de la Deriva; pero siempre, siempre, seguía adelante.

Aquella noche llegó, extenuado y agotado, hasta la Ciudad de la Brea, llamada Barrador por los que allí vivían, un enclave costero y funesto de una extensión tan grande que, cuando mirabas desde lo alto de un acantilado cercano, no se veía otra cosa y nada más. Barrador la formaban una plétora de barcos despedazados, a veces montados unos sobre otros: restos de pecios, galeones, galeras, carracas, goletas y aun otros, entre los que se habían construido pasarelas de madera. Algunas colgaban del aire describiendo una curva descendente. Solamente esa visión quitaba el aliento de cualquier viajero que, errando su camino, tuviera la mala fortuna de acabar allí. Los mástiles despuntaban sobre el horizonte por todas partes, rectos y obtusos, como púas de un erizo descomunal. Algunos miraban al cielo, otros estaban quebrados y parecían acusar el testimonio de viejos abordajes. Una telaraña de cuerdas y cabos mantenía los navíos unidos unos a otros y, cuando la noche caía, Barrador crujía y protestaba con lamentos de madera entre el sollozo del mar. Allí, hombres y mujeres rudos y fuertes se afanaban continuamente en alimentar sus fábricas muchas: hornos descomunales del tamaño de torres altas de castillo que despedían un resplandor rojizo, que al amparo de la oscuridad asemejaban ojos iracundos. El humo los sobrevolaba, día y noche, y el carbón y la brea golpeaban la nariz a cada paso, tiznaba las pieles aunque estas fueran oscuras, como era la gente de por allí, y se metía en la garganta. Todo era negro. Negro. Hasta el agua lo era. Barrador nunca descansaba. Sus fábricas enormes y espantosas; los veleros sombríos reforzados con hierro y metal de los Antiguos atracaban y partían continuamente hacia alta mar, y regresaban cargados con pillajes y sangre. Los muelles bullían de actividad en todo momento, y allí se hacían trueques y tratos y se resolvían conflictos con mazos y con hierros, y se vertía sangre. Sangre, sí. Barrador olía a sangre.

Pero Briamor Candess no se sentía amedrentado por todos aquellos hombres y mujeres de mirada torva y talante turbio, más capaces en apariencia de sacar el corazón por la boca de un hombre que de desearle buena mañana, aunque con ello tuvieran algo que ganar. Era un hechicero y, de entre ellos, el más capaz. Ni todos los piratas, carroñeros, malhechores y mercenarios de Barrador juntando sus hierros todos y sus malas artes conseguirían, aunque se confabularan para ello, hacerle un solo corte en la piel.

Cansado de la caminata que arrastraba ya por espacio de tres días

y dos noches, Briamor pensó en comer algo en alguna posada. Había en esos lugares, llenos de gente de mal vivir, buenos sitios donde comer, como si la ponzoña de sus espíritus alimentara de alguna forma los apetitos de sus tripas; la única consideración era recordar que no se debía pedir carne, ni siquiera estofada, porque la carne humana era mucho más fácil de conseguir que la de muflón, cerdo, ciervo o jabalí, y una vez en la boca no había forma de distinguirla, por su sabor, de la de un pollo. Pero el pescado estaba bien si era de vez en cuando, sobre todo la carne de *nijoto* blanco, que cuando se servía con cebollas sabía a cordero y pasaba como tal pero sin los huesos.

La posada que encontró, de entre todas, la primera que le saltó a la vista, se llamaba El Ferro, que no era otra cosa que el ancla de las galeras. El edificio era negro, como casi todos los que se levantaban allí, y la calle que conducía a su puerta estaba anegada de charcos, no todos de agua de lluvia o de mar. El interior era sórdido y oscuro, y una humareda cálida flotaba entre sus paredes y columnas de madera reforzadas con abrazaderas de hierro, una humareda que provenía de los siempre ocupados fogones de las cocinas, calderos negros calcinados en su base que no se separaban nunca de la condena del fuego.

Había pocas mesas, pero eran grandes, y las compartían unos con otros aunque no se conociesen, en cualquiera de los taburetes que quedaran disponibles. Briamor Candess ocupó uno de ellos y se sorprendió cuando un posadero de escasa estatura y desprovisto de cabello en toda su cabeza, incluidas las cejas, se acercó para ver qué quería.

—Buenas noches —dijo—. ¿Qué va a ser, marinero? ¿Va a beber, o comerá algo también?

—Comeré —dijo Briamor—. Y me quedaré una cama por esta noche si dispone de una.

—Tengo, por cierto, buenas camas de saco rellenos de cáscara y pajas. Pero eso depende de con qué vaya a pagar.

Briamor colocó sobre la mesa una bolsa pequeña hecha de tripa.

—Tengo salario —dijo.

El posadero puso los ojos en blanco.

—¿No tiene otra cosa? —preguntó—. Un consejo, viajero, pues ahora sé que no ha venido aquí antes. No pague con sal en un puerto de mar. Aquí chupamos una piedra y tenemos sal en el cuerpo para una luna completa, y los guisos se preparan con agua marina que les da sabor y sustancia de cuanta quiera de ella en cualquier medida.

—No dispongo, en estos momentos, de otra cosa —dijo Briamor.

—Aceptaré su salario —dijo—, porque lo veo agotado y al límite de sus fuerzas, que al decir del cuerpo suyo, no son muchas, y porque sin una cama no llegará usted a la mañana en estas calles llenas de bandidos. Pero sólo puedo darle un guiso de *tatatas* bien servido y un cuarto de hogaza.

—Eso me servirá —dijo Briamor—. Y le agradezco la amabilidad.

—Recuerde quién le dio de comer cuando estaba hambriento, y quién le ofreció cama cuando necesitaba descanso, y me daré por pagado —exclamó el posadero, y se dio la vuelta y empezó a moverse entre las mesas, retirando cuencos vacíos y repartiendo collejas entre aquellos que empezaban a gritarse a los rostros, pues de los gritos a los cuchillos se pasaba allí con facilidad.

Entonces el hechicero, sin pretenderlo, empezó a escuchar una conversación de los que tenía alrededor, un grupo de tres al menos, que comían con cuchara una sopa caliente con fideos y puede que zanahorias, pues eran trozos de un naranja brillante.

—No saldremos por ese lado, te digo, por mucho que sea el camino más corto.

—¿Cómo un hombretón como tú tiene miedo de habladurías?

—¿Habladurías, dices? ¿Habladurías? Habladurías no son, pues estos mismos ojos y estos mismos huesos pasaron allí la noche completa, ¡y lo que vieron mis ojos en la oscuridad y cómo el sitio se te metía entero en la sangre y la helaba lo viví yo en persona!

—Pues… ¿qué viste? ¡Deja un momento la sopa, que pareciera que no has comido en tu vida! ¡Y suelta la boca!

El marinero dejó el cucharón de madera en el plato y echó un breve vistazo alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie podía oírlo. Briamor mantenía el rostro agachado, como era costumbre en esos lugares, para evitar encontrar una bronca en la mirada de alguien, así que no se percató de que tenía los oídos puestos en la conversación.

—Había ojos. Ojos que pendían de la oscuridad allí donde mirases. Eran ojos terribles que se te pegaban a la nuca por mucho que te dieses la vuelta; siempre los sentías de una u otra manera, observando. Y esos ojos te congelaban la sangre y te hacían temblar las manos.

—¿A ti? ¿Te entró miedo a ti?

El marinero asintió.

—Lo digo sin vergüenza y sin miedo a que otros se rían de mí, pues vosotros sabéis lo que he hecho y dónde he estado, y que puedo ser muchas cosas menos un cobarde; y aun así sentí un terror infinito que no podía sacarme de encima por mucho que quisiera mantener la

mente fría.

—¿Y de qué criatura se trataba? ¿Necrófagos, quizá?

—No, no necrófagos, pues a ésos los ensarto yo con un hierro y me río de sus caras sin ojos. Ni eran otras cosas que he visto en mis viajes, cosas que recorren túneles oscuros o saltan entre las piedras con agilidad, y parecen niños pero con el cabello muy largo y cabezas hinchadas. No, a éstos no se les podía ver como no fuera más que por los ojos y, cuando intentabas mirar, desaparecían.

—¿Pues qué eran?

—Eso aún no lo sé. Pero cuando me dije… Holke, viejo idiota, serías el más tonto de entre tus hermanos si te quedases aquí con lo que has visto y sentido, y me propuse irme, descubrí otra cosa: las piedras del suelo se habían levantado en el aire como por ensalmo y flotaban a mi alrededor, en el mismo aire. El cabello todo se me puso de punta, como púas de un erizo, y vi chispas y oí chasquidos en el aire, y corrí tanto como pude mientras todo a mi alrededor se volvía trozos de otros lugares.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno de los marineros.

—Trozos de otros lugares —respondió su compañero.

Holke suspiró largamente, mirando su plato de sopa. De repente, ya no parecía tener más apetito.

—¡He dicho bien! —exclamó—. ¡Trozos de otros lugares, y no me miréis así si no queréis que os saque los ojos con este cucharón y se los eche a los perros de cualquier ramera de la calle !

—¡No te enfades, Holke! No dudamos de tus palabras, pues nunca has dado pie a hacerlo, pero no entendemos lo que quieres decir. ¿Qué son… trozos de otros lugares?

—Otros sitios. Había otros sitios contenidos en agujeros en el suelo, en el aire, por encima y por debajo de mí. Aparecían y desaparecían entre chispas y chasquidos, como trampas de tramperos cuando se cierran sobre algún animal, ¡chas!

¡Chas! Eso hizo también la mente de Briamor Candess cuando oyó todas aquellas descripciones, para la mayoría sin sentido, no tenía duda de eso; para él, sin embargo, eran otra cosa. Conformaban una narración indeciblemente detallada sobre cómo la Deriva afecta a un lugar cuando ésta bulle efervescente como el magma incandescente que burbujea bajo la tierra, los océanos y los ríos. Las luces que parpadeaban, las piedras flotando sin que ninguna mano, cuerda u otra cosa las sostuviera, los ojos, por supuesto… y, sobre todo, los trozos de otros sitios. Los hombres, por lo común, y los marineros en especial, eran muy dados a inventar historias. Aseguraban un poco de atención durante la cena, y tal vez uno o dos vasos de alguna bebida

fermentada. Pero las cosas que inventaban eran ingenuas, que involucraban cosas como osos gigantes, o pulpos gigantes, o cualquier otra cosa conocida pero agigantada, porque su imaginación era incapaz de proyectar cosas nuevas en las que nadie hubiera pensado jamás. Pero... ¿trozos de otros sitios…? No había manera alguna de que un bribón como aquél inventara aquella historia. Esa parte de su relato, «trozos de otros sitios», decía a gritos que aquél, y no otro, podía ser el lugar que estaba buscando. Por fin.

Siguió escuchando la historia con disimulo pero lleno de excitación, historia que terminaba con Holke huyendo a la carrera y escapando de allí; y cuando concluía volvía a empezar desde el principio otra vez, sin aportar apenas ningún dato nuevo o relevante, y sin que nadie se cansara allí de ella. Hasta seis veces escuchó la misma historia, mucho después de que los marineros hubieran acabado sus cuencos de sopa y que él hubiera dado cuenta de su propia cena a base de *tatatas,* hasta que una de las veces aprendió que a ese lugar maldito y condenado se llegaba caminando medio día hacia el nornoreste, a través de un pequeño bosque de nogales y abedules, y que se reconocía porque los troncos de los árboles eran allí más gruesos, abedules grandes como robles milenarios, cosa que era inaudita al menos en la zona.

Briamor no esperó ni un instante más. Se olvidó de la cama de saco rellena de cáscaras y salió fuera a toda prisa, su desfallecimiento olvidado por la excitación, y caminó más hacia el norte que al este, atento a la presencia de un bosque de abedules y nogales cuyos troncos resultaran inusualmente grandes.

La noche era ya vieja cuando Briamor encontró el lugar que el marinero refería, y cuando lo hizo, hacía ya mucho que no usaba los ojos para buscar abedules ni cualquier otra cosa. El rastro de la Deriva se volvió potente al poco tiempo y el último tramo lo hizo con los ojos cerrados, sintiendo las ebulliciones que traspasaban su cuerpo y que un hechicero podía sentir como siente el agua un hombre que mete la mano en un río o en el mar junto a una playa. Era tan fuerte que casi no tenía que hacer esfuerzos por caminar: su simple deseo de avanzar hacía que se moviese hacia delante sin que sus piernas intervinieran apenas en ello.

Por fin, cuando encontró el centro de aquella explosión de energía, Briamor se dejó caer al suelo. La Deriva no lo permitió: lo dejó en suspensión en el aire, como si unas manos invisibles lo aguantaran, y se quedó allí tendido en el aire, flotando a una braza del suelo, con los ojos abiertos y cerrados a la vez, la mirada interior fija en las rutilantes estrellas del cielo nocturno. No hubo ojos, ni ruidos,

ni chispas, ni trozos para él, naturalmente, porque comprendía la Deriva, y para él era poderosa pero apacible, y nunca un enemigo ni cosa incomprensible ni hostil, sino una madre llena de amor. Se quedó dormido, con lágrimas brotando por debajo de sus párpados cerrados, mecido por la presencia de las fuerzas que permitían que un hechicero conectara con el mundo y con todo lo que había más allá y alrededor, en más direcciones de las que cualquier hombre podría enumerar.

2

Era cuarto menguante cuando Briamor encontró el lugar, y estuvo allí en lúnula menguante; en luna nueva; en lúnula creciente; también en cuarto creciente; en giobosa creciente, y en luna llena, que puso en el cielo una esfera luminosa grande y verde como los prados más lozanos que el hombre hubiera conocido jamás; y no necesitó comer, beber ni dormir porque la Deriva respondía tan fácilmente al más sutil de sus pensamientos que le recomponía el cuerpo a niveles de sus componentes más pequeños, el tipo de componentes que no se podían ver con los ojos desnudos.

Briamor estaba exultante. Había allí corrientes de Deriva tan extraordinarias que cualquier pregunta que se hiciera recibía respuesta en menos de la mitad de tiempo de lo que el asunto, fuera el que fuese, hubiese requerido en cualquier otro lugar. Y estuvo solo, sin que le visitaran más que los animales, porque el sitio tenía mala fama entre los habitantes y viajeros que se desplazaban allí, hasta Barrador, para trapichear y conspirar y vender o comprar el tipo de cosas que se habían conseguido con sangre. Nadie conducía sus pasos a la zona, pues sabían que en ese sitio se sucedían cosas extrañas, cosas que aparecían y desaparecían y ruidos que no nacían de gargantas con cuerpo o de cosas que podían verse, sino que brotaban del aire mismo, o de agujeros en ese aire por donde se veían sitios que no eran de este mundo. Por eso algunos marineros llamaban a la zona la Rifadura porque ése era el nombre que recibía la rotura de una vela, y otros la llamaban el Quebranto porque eso hacía el sitio con los cuerpos más fornidos y las mentes más templadas: las quebrantaba las dos.

Eso ayudó a que Briamor estuviese solo, cosa que no le importó lo más mínimo, por cierto, porque era como encontrarse en un lugar que respondía con facilidad a todo lo que había estudiado, y se olvidó de algo que cualquier hechicero observaba con mucho rigor: ser discreto, ser cauteloso, no exhibirse ni exhibir sus capacidades al común de los hombres para preservar el poder y mantenerlo lejos de miradas

codiciosas.

Abrió portales y llenó el valle de experimentos mil. Había Círculos de Naga resplandeciendo con su luz anaranjada, girando a velocidades que ni los ojos más veloces de entre las aves o las alimañas y aun de ciertos insectos podrían registrar. Había vórtices que expulsaban partículas blancas y azules que viajaban en contra de la dirección del tiempo, y se atrevió incluso a probarse generando todo eso a la vez, de manera simultánea, sin que experimentara fatiga o cansancio alguno. Era tanto lo que podía hacer… Se sentía como un leñador que, extenuado por el esfuerzo físico por talar de árboles la decena, devora un plato desbordado de buen estofado y bebe una discreta medida de vino y vuelve al trabajo con renovadas energías y aún puede ocuparse de otros diez troncos o el doble de ellos. Y estudió las convergencias de canales con un detalle antes impensable, llegó a conclusiones a las que nunca pensó que pudiera llegar en el tiempo que dura la vida de diez hombres y viajó tan lejos por la Deriva que por un tiempo su cuerpo se desdobló en cincuenta versiones de sí mismo, todas intangibles y casi transparentes, que hacían conjuros de manera conjunta; y vio cosas de antes y cosas de después, y de entre las cosas de antes vio a los Antiguos, que se servían de mecanismos y artificios tan ingeniosos que le hicieron palidecer, y de entre las cosas de después… vio la Luz del Oeste.

Era una torre, una torre tan alta que se confundía con una esbelta montaña, una torre hermosa como la plata y casi tan brillante, en cuyo pináculo brillaba una luz tan potente que de noche se confundía con una estrella que hubiera descendido del cielo, y que aún brillaba con intensidad bajo el sol del mediodía. Y esa torre estaba emplazada allí mismo, en ese lugar, en ese valle, en medio del Quebranto, sirviéndose de los efluvios desbordados y mayúsculos de la Deriva, y servía de casa y hogar a varios centenares de hechiceros que se servían de las particularidades del lugar para dedicarse al estudio de la Deriva.

Esa visión le hizo llorar y temblar de alegría.

En el pasado, los hechiceros habían tenido que viajar mucho y muy lejos para hablar unos con otros y compartir respuestas y también preguntas. De Vicorno Umbroso, que vivía en una playa junto al océano, aprendió los caminos del agua y los muchos secretos del mar, en cuyas profundidades perfiló su dominio de los secretos de la luz observando ciertas criaturas que brillaban en la procelosa oscuridad de sus muchas simas. Pero otros vivían a muchas lunas de viaje hacia el norte, o hacia el este, en enclaves diversos; y todo ese trasiego de leguas, de carros y carruajes, por muy rápidos que fueran, provocaba

una fricción que ralentizaba los estudios. De hecho, no creía que hubieran progresado demasiado en los últimos cien años; él solo, en sólo una luna, había probado más que en ese periodo de tiempo. Había comprendido que la posición y configuración de los astros tenía mucho que ver con el éxito y la potencia de ciertos hechizos, por ejemplo, y había inventado artimañas nuevas, como los cubos concentrados de *reluz*, que distribuidos por un área canalizaban la Deriva y le ayudaban a acometer empresas y proyecciones aún mayores.

Sus pruebas y experimentos fueron vistos por ojos atemorizados a muchas leguas alrededor, en particular de noche, pues la luz de sus potentes conjuros iluminaba el valle como si fuese un incendio, y de allí emergían rayos y centellas y sonidos retumbantes como si la tierra se estuviera abriendo y creando pronunciados abismos. Decían que el Quebranto estaba preparándose para arrojar un ejército de oscuridades y espectros contra Barrador, y en ese tiempo todos anduvieron inquietos y portando armas escondidas en sus abrigos largos, y muchos de los barcos no llegaron a atracar en el puerto y otros se marcharon.

Pero esa noche, la noche en que la luna completaba su ciclo de lunas o veintinueve noches y media, Briamor tuvo la idea de buscar a sus amigos y compañeros, la gente con la que había realizado largos estudios, de los cuales la mayoría eran o fueron alumnos suyos, para que pudieran escudriñar la Deriva aún más lejos y más profundo, y extender su conocimiento de ella. Levantar una torre, alta como una montaña, y encender en su pináculo una luz guía que dijera a todos que los hechiceros estaban allí, que estudiaban y planeaban cosas para facilitar la vida a los hombres y comprender el lugar de cada cosa en el mundo. Y la llamarían la Luz del Oeste.

Era un sueño bonito, y un sueño real, pues él lo había vislumbrado como cosa cierta y sabía que sería.

Chifló hasta veintisiete veces en el transcurso de cuatro días hasta que su viejo amigo Príor, un caballo de la raza de los venza de bría, grande como un oso negro de las montañas, llegó trotando desde el norte. De dónde venía no lo sabía, porque Príor era libre y viajaba por donde le placía sin dar cuenta a nadie, ¡y ay de quien intentara capturarlo o doblegarlo! Se subió a su lomo y le dijo:

—¿Lo percibes, amigo?

Príor relinchó con suavidad.

Briamor asintió, satisfecho mientras acariciaba su lomo.

—Escucha, viejo amigo y muy querido Príor. Tengo que viajar mucho y muy lejos, al norte y al este, y de vuelta al oeste otra vez, a

través de valles, prados, páramos, subiendo y bajando montañas, bajo el sol y bajo la lluvia. Cabalgaremos durante muchas, muchísimas lunas y cuanto más rápido mejor, y esto te pido. Será extenuante, pero tengo algo que hacer y es algo importante. El tipo de cosa importante que puede configurar el mundo de nuevo y cambiar la vida de los hombres, y por eso te pido yo este esfuerzo.

Príor relinchó sin pensarlo demasiado.

—Ea, pues —dijo—. ¡A ver primero al hijo del rey Ceoril!

Y Príor, que venía de muy muy lejos y no se había tomado tiempo para descansar siquiera, se puso en marcha.

El valle se quedó en silencio, vacío y apagado, como lo había estado antes de la llegada del hechicero. Pero los engranajes del destino configuraban ya el fantasma de algo que sería, como había visto él:

La Luz del Oeste.

3

Era el tiempo estival, pero cuanto más al norte se movían, menos se percibía éste, como si los rigores del invierno se hubieran quedado prendidos en las ramas de los árboles. Cada vez llovía más y más a menudo, y pasaban las noches cabalgando y durmiendo de vez en cuando, Príor de pie, y Briamor debajo, entre sus patas, como era costumbre en algunas tribus de los desiertos del sur. Sólo descansaron bien una vez, en un pueblo de casas de adobe que tenía un nombre largo y difícil de recordar, y las gentes tenían un acento extraño y usaban palabras que nunca había oído antes, si bien eran hospitalarias y generosas y les dieron de comer *ceni*, que no era otra cosa que una pasta de mijo con carne de un tipo de cactus de tonos rosados que sabía a pimientos.

Pero más tarde que temprano acabó llegando a Nogalera, que era un territorio controlado por la familia Ceoril, de la cual el rey vigente era el propio Ceoril por muchos años ya y contaba con casi doscientos soldados que mantenían el feudo a salvo de ladrones, bandidos y otras amenazas. Se decía que, en tiempos, el rey Ceoril expulsó con la ayuda de sólo siete de sus soldados una incursión de seres achaparrados, muchos dientes afilados, más que los que caben en la boca de un hombre, ojos hundidos y barrigas prominentes, pero brazos fuertes capaces de quebrar un tronco de un golpe de sus puños; y el mismo rey Ceoril dio muerte a lomos de su caballo con la ayuda de un hacha y una lanza afilada hasta a veintitrés de ellos, y el resto huyó montaña arriba sin que se les hubiera vuelto a ver por allí.

Briamor era amigo de la familia real y fue recibido con alegría y honores, y bebió de la copa de agasajo y fue abrigado con la piel ceremonial roja, que aceptó con muchos agradecimientos; y después de eso se reunió a solas con el rey, como mandaba el protocolo, pues reina ya no había, que había muerto al nacer el primogénito e hijo único, y hablaron sobre cómo iba el mundo y las cosas que había visto Briamor en sus viajes, que a Ceoril le interesaban sobremanera. Pero después pidió visitar a su hijo Ellör Litos Ceoril, y ese privilegio le fue concedido.

Ellör pasaba sus días entre dos estancias del castillo, una de las torres, donde estudiaba y dormía, y uno de los sótanos, donde ponía en práctica lo que había aprendido, lejos de la vista de cualquiera, fuese sirviente del castillo, soldado o un simple súbdito del reino. Estudiaba, desde hacía mucho tiempo, las materias que concernían a un hechicero, como el propio Briamor, y en lo que hacía era uno de los mejores.

—Mi querido amigo Ellör —lo saludó—. ¡Demasiadas lunas han pasado desde la última vez que vine a verte!

—¡Demasiadas, por cierto! —contestó Ellör—. ¡Ven, te digo, abrázame como un hermano!

Se abrazaron, colocando sus manos en la nuca del otro y tocándose las frentes durante unos instantes.

—Mi buen Briamor Candess el Grande, ¿vienes con tiempo de que te muestre algo?

—¡Muéstrame! —exclamó él sonriente—. ¿Qué descubrimiento has hecho ahora?

—¡Pues mira! —dijo, y moviendo los brazos en círculo extendió una rueda dentada en el aire hecha de algo como de luz, pero de tonos de un azul intenso.

—La Dispersión Circular de Hiu Ojos Cerrados —susurró Candess —. Si… si has descubierto algo empezando por ese camino, Ellör, me como el próximo alpechín que produzcan tus gentes.

—¡Pues prepara el gaznate y también las tripas luengas, que por tu aspecto se diría que llevas tres lunas sin comer!

—En verdad más o menos. Buen ojo tienes —asintió Candess.

—Por los abismos de Fuertepiedra, si sigues descuidándote así te encontrarás al otro lado antes de lo que cualquiera quisiera.

—¡Enséñame lo que has descubierto y déjame a mí, que mi hermano eres, y no mi madre!

Ellör se rio con ganas.

—Pues bien —dijo solemne—. Estaba estudiando sus líneas y calculando correspondencias con las líneas de otros círculos, como

describió Viaca Mialdever y más tarde el maestro Godon antes de su caída, y me pareció que la dispersión estaba girada varios grados con respecto a muchos de los otros círculos… ¿Lo ves?

Briamor se acercó a la dispersión y observó de cerca sus líneas cimbreantes, intensas y azuladas. Abrió mucho los ojos y, con un sencillo pase de su mano, abrió otro círculo sobre él, éste de un tono pardusco pálido, como pajizo.

—Por todo el espacio vacío del universo —susurró—. Que me insuflen el alma de diez muertos en el cuerpo mío, que no me quedaré más confundido de lo que ahora estoy.

Ellör asintió.

—Has hecho lo mismo que hice yo, Briamor de los Nueve Tratados, sabio entre sabios… pero creo que yo tuve más fortuna que tú, pues el círculo que abrí fue uno de desbloqueo…

—Desbloqueo… —susurró Briamor—. Pues claro…

Retiró su círculo con un movimiento y abrió otro con la mano opuesta, como un baile, y apenas uno estaba extinguiéndose en el aire tenue, el otro apareció ocupando el mismo sitio. Pero tan pronto lo hizo, el círculo se extendió replicándose a sí mismo en una larga cadena de círculos casi iguales, con sutiles diferencias a medida que se duplicaba, de manera que el último de la línea era bien distinto del primero.

—¡Por la furia de los elementos! —bramó Briamor, retrocediendo un par de pasos—. ¡Pero qué…!

—¡Has desbloqueado más círculos que yo, oh Briamor el Capaz! —exclamó Ellör—. ¡Pues claro! ¡Por supuesto! —añadió emocionado—. ¡El hechizo de desbloqueo depende de la maestría y la pericia del lanzador, como todos los círculos!

—Mas… ¿qué veo yo aquí ante mis ojos?

Los dos se movían entre los círculos, observando las líneas y sus configuraciones.

—Pues estos tres de aquí aún conservan las concordancias descritas por Viaca Mialdever, pero ¿éstos…? —hizo una pausa—, ¿qué sentido tienen?

—Lo ignoro —exclamó Ellör en un tono confidencial—. Pero es bien curioso que hayas venido hasta mí en este día y en esta hora, ¡pues mira! —dijo, señalando un empaque de ropas y de atuendos dispuestos sobre la cama, cuyo colchón estaba relleno de tejidos varios, entre ellos sedas y terciopelos como correspondía al hijo de un rey—. Estaba preparándome para salir en tu busca y enseñarte esto.

Briamor asintió.

—Es sin duda una pista —susurró—. Pues si el primer círculo

describe las reglas de este mundo, los otros círculos… deben corresponder a mundos distintos de éste.

Ellör asintió.

—He llegado yo a la misma conclusión —afirmó—. Así que Elman Karas Piel de Piedra tenía razón…

—Elman Karas la tenía, sí, es lo que parece. Pero una cosa es la intuición, aunque sea tan potente como la suya, y otra lo que ocurre en realidad. Y a él le faltaron pruebas que pudieran verse con los ojos. A este descubrimiento le pondremos de nombre el Descriptor Ceoril, pues bien te lo has ganado.

Ellör agachó la cabeza con una suerte de media reverencia, agradecido por la honra. Hechiceros futuros estudiarían su método y leerían su nombre en los tratados que se escribieran y, aunque nunca lo hubiera sospechado, la realidad es que eso era algo que lo llenaba de orgullo.

—Pues bien —dijo Briamor mientras deshacía los círculos levantando un par de dedos en el aire—, muchos, muchos caminos nos abre este descubrimiento, y mucho me sospecho que esos caminos serán largos y se bifurcarán en muchas más posibilidades de las que diez hechiceros podrían ocuparse en diez vidas de hombre. Pero he aquí que no he venido sospechando yo descubrir una aportación como ésta, sino a ofrecerte una empresa que nos ayudará, por cierto, a desentrañar los misterios de estos círculos y lo que se esconde detrás.

Ellör abrió mucho los ojos.

—Pues no tardes y cuéntame más, que ya tienes mi atención.

—¿Recuerdas mis sospechas? A ti y a Vanegrio Llamaviva os lo conté cuando fuimos al oeste buscando aquellas ruinas de los Antiguos donde esperaba yo encontrar ciertas cosas.

—Lo recuerdo, sí. Pero… ¿a qué sospechas te refieres? ¿La de la manera de comportarse de la Deriva?

Briamor asintió enérgicamente.

—Pues también lo recuerdo, y te dije… a ti y a Vanegrio, que seguramente estabas en lo cierto, pues también yo lo había notado en alguna medida, durante mis propios viajes.

Briamor asintió.

—Ahora ya no hay duda, amigo —dijo con emoción, poniéndole sobre los hombros las manos—. Pues he encontrado lo que sin duda es el centro de la confluencia, la unión de todas las líneas.

—¿Qué dices… Briamor? ¿Estás... seguro? ¿No te equivocas?

—Una luna completa he pasado allí, un lugar al oeste, al noroeste de un puerto costero, un lugar infame que tiene por nombre Barrador, lleno de gente violenta, asesinos y ladrones…

—¿Asesinos y ladrones?

Briamor asintió.

—En efecto —dijo—. Ni en mil años habría buscado la encrucijada cerca de un lugar así, pues siempre pensé que allí donde la Deriva se revelase en su mayor capacidad sería un lugar quizá hermoso, colmado de abundante vegetación y vida natural…

Ellör asintió.

—Pero no —dijo—. Acaso los árboles son allí más grandes y algunos como los abedules tienen el doble de su grosor, pero eso era todo. Sin embargo, Ellör, viejo amigo, no me equivoco. En una sola luna me adentré por las estructuras invisibles del universo y llegué hasta límites donde nunca pensé que llegaría, así viviese mil vidas. Mi capacidad se aumentó. Si aquí puedo desbloquear doce anillos, allí puedo abrir mil veces doce, y mantenerlos abiertos mientras conjuro muchas otras cosas. Mi conexión con la Deriva fue absoluta. Me desdoblé, Ellör… desdoblamiento físico parcial, como describía Adana de Luzverde en sus escritos, aunque por entonces fuera todo teórico y no hubiera ella conseguido realizar el método; pero se puede hacer allí, donde la Deriva es fuerte. Conjuré tanto poder que tuve que almacenarlo.

—Almacenarlo ¿cómo…? —susurró Ellör asombrado.

—En pilones —exclamó Briamor.

—En pilones… ¿Más de uno, dices?

—Ellör —susurró Briamor en voz baja—, diez de ellos hice sin esfuerzo.

Ellör se estremeció.

—Llévame —dijo—. ¡Vamos allí!

—No tan rápido —pidió Briamor—. Pues… ¡escucha ahora! Que mientras estaba allí, y después de una luna completa, llegué a ver cosas de antes y cosas de después, y de entre éstas vi una torre enorme, alta como una montaña, construida en ese sitio que daba cobijo a cientos de hechiceros que allí vivían y estudiaban estas materias; y en su pináculo brillaba una luz cuyo aceite esencial no era el aceite ni alguna otra cosa, sino la Deriva, y era tan brillante que incluso resplandecía bajo la luz del mediodía.

—¿Una torre dices?

—Está hecho, Ellör —dijo Briamor—. Ya existe, puesto que la he visto, y lo que he visto es. Sólo tenemos que ponernos a ello.

—¿Quieres…? ¿Me estás diciendo que quieres construir una torre, alta como una montaña?

—Y la llamaremos la Luz del Oeste.

—La Luz del Oeste —susurró Ellör—. Pero Briamor, amigo, eso

que pides... no se ha hecho nunca, pues ningún hombre ha levantado una torre como la que describes, alta como una montaña, en ninguna parte que yo haya visto. Ni siquiera la siniestra fortaleza del rey tuerto de Irdis, con toda su fachada tan espectacular como tétrica, tiene ni una parte de esa altura, a menos que por montaña te refieras a una pequeña, más parecida a una colina alta que a otra cosa.

—Dos veces cien la altura de un hombre tenía.

Ellör sacudió la cabeza.

—Es esa mucha altura, Briamor —exclamó—. Ni siquiera estoy muy seguro de que pueda hacerse. Mira este castillo, todo de piedra. Tiene contrafuertes, pilastras descomunales, y una estructura interna de madera que se pintó para imitar la piedra, que fue el resultado del duro trabajo de una generación de ebanistas. La nave central sustenta las torres y el palacio, pero la bóveda de abanico es un prodigio, levantada también con madera. Lo empezó a construir el padre de mi abuelo, y éste lo continuó y murió pocos días después de que sus puertas se abrieran y se permitiera la vida en su interior, y mi padre terminó muchos detalles y construyó ajimeces y decoró las escaleras con orfebres. ¿No querrías construir algo más modesto?

—No busco la pomposidad ni la gloria, querido Ellör. Creo que no lo entiendes. Es que la he visto, la he visto en los días que vendrán, y por eso no tenemos otra opción que hacerla tal cual es, sin que jamás pueda ser de otra manera.

Ellör pestañeó varias veces.

—Pero… ¿cómo, Briamor? ¿Cómo haremos tal cosa?

Briamor sonrió.

—Creo que aún no lo comprendes, querido amigo. Con la Deriva. La Deriva la construirá usando nuestras manos como instrumento.

Capítulo 6

De la fundación de la torre en el Quebranto

El Quebranto nunca había tenido huéspedes tan selectos como aquella tarde, pues de las colinas del norte llegaron cabalgando Briamor Candess y otros como Ellör Litos Ceoril, junto a un escogido grupo de confiables como Vanegrio Llamaviva, la ecléctrica Valas Ton y el preclaro Elman Karas Piel de Piedra, a quienes habían ido reclutando con paciencia y tiempo, viajando allí donde se encontraban. Hubo otros que buscaron para consolidar la fundación de la Luz del Oeste, pero no les encontraron donde se esperaba que estuvieran y nadie de entre sus vecinos, si los había, supieron indicar su paradero. Del viejo Ópido Medo se les dijo que había fallecido en circunstancias misteriosas, pues con el miedo en los ojos les contaron que hallaron su cuerpo ya cadáver flotando en la habitación que era su casa, construida en el interior de una secuoya milenaria que un rayo caído del cielo había quemado por dentro, sin que estuviera sujeto por cuerdas ni ninguna otra cosa. A ninguno de los hechiceros esa circunstancia les pareció extraña.

Pero a pesar de ser pocos para las intenciones de Briamor, los cinco se conocían desde hacía tiempo y habían demostrado conducirse por los rectos caminos del bien.

—¡Lluvias y tormentas! —exclamó Vanegrio bajando de su caballo como si fuera ingrávido, casi deslizándose por el aire. Sus pies ambos se posaron en el suelo sin levantar polvo de éste, la cabellera rubia tremolando a su espalda—. ¡Que me den de comer zarzas en llamas si Briamor no tenía razón!

—Pues también yo puedo sentirlo —masculló Valas Ton, el rostro cubierto por una máscara de madera, con apenas dos agujeros redondos por donde asomaba los ojos, que ocultaba su rostro consumido y desfigurado por una miríada por cicatrices—. En verdad la Deriva se siente aquí tan fuerte que retumba en el corazón.

—Cuidado —advirtió Briamor—. No os embriaguéis. Pues la Deriva seduce, sin duda, y es fácil rendirse a ella y arrancar del suelo un pedazo de éste como una isla sólo porque se puede.

Elman Karas levantó una mano y, al instante, ésta se tornó en piedra y luego creció de tamaño hasta convertirse en un puño pétreo que bien podría haber sido cortado del brazo de un golem de roca.

—Es prodigioso, Briamor, la Deriva responde al instante aquí, casi sin esfuerzo.

—Más tiempo llevéis, más fuerte será la conexión —dijo Briamor.

Descendieron todos de sus caballos y Príor fue el único que relinchó, acercándose a su amigo.

—Sí, amigo —dijo Briamor—. Sé que tienes asuntos que tratar. ¡Gracias por todos los servicios de las últimas lunas, por llevarme y traerme, y por todas las conversaciones! Me quedaré aquí un largo tiempo, por el momento. ¡Parte ahora, y gracias muchas y buena suerte!

—¡Adiós, Príor, de noble linaje! —dijo Ellör.

Se despidieron todos del caballo, cada uno a su manera, y Príor regresó por donde había venido, alejándose de ellos con rapidez.

—¡Habla ahora, Briamor! —exclamó Vanegrio—. ¿Es aquí donde quieres construir tu torre?

—Aquí mismo, en este lugar, en el centro de este valle. Pues al oeste queda el mar tempestuoso, y al norte empieza ya la falda de las montañas de piedra, y al este tenemos bosques y un río a no mucha distancia, el Reviaca, que aunque no es caudaloso desciende de picos con neveros eternos y trae agua todo el año, incluso aquí.

—¿Y al sur? —preguntó Ellör.

—Ay. Al sur… al suroeste está la ciudad maldita de Barrador, una cloaca inmunda donde desaguan todos los bandidos y piratas de este ancho mundo, pues allí se comercia con todo, incluyendo los ojos de algún infeliz si alguien los tuviera por habérselos quitado en alguna otra parte. Pero… dejemos a ellos sus asuntos y ocupémonos nosotros de los nuestros, y no los mezclemos.

—¡Que vengan, si gustan! —exclamó Vanegrio—. Que los haremos salir corriendo con el rabo entre las piernas, ¡o mejor aún sin él!

Elman soltó una carcajada.

Pero Briamor no estaba escuchando. Miraba el suelo por lo general rocoso con latigazos de hierba como si hubiera perdido algo.

—¿Qué ocurre, Briamor, amigo? —preguntó Ellör—. Pues veo tu repentino interés por el suelo y me pregunto por qué.

—Una cosa vi con claridad en mi visión —exclamó Briamor sin

dejar de buscar—, que la torre estaba hecha de ónice rojo, cobre y piedra. Su forma está en mi cabeza, también su tamaño y hasta su orientación. Pero otra cosa vi yo que no me llamó la atención hasta algunas noches después: su armazón esencial, su fundación, no era de cualquier cosa. Era duro e inclemente, fruncido y brillante como si acabara de salir de la forja y un ejército de herreros, sus mujeres e hijos lo hubieran lijado a conciencia y lo hubieran frotado bien de aceites para que centelleara al sol. Mas no era hierro y tampoco acero, o *esmeva*, para el caso, por raro que sea. Era material de los Antiguos, y ése, el del tipo que perdura, no abunda precisamente.

—¿Y esperas encontrar ese metal aquí, tirado en el suelo? —preguntó Vanegrio con una media sonrisa en su rostro pálido y alargado.

—No tirado en el suelo, por cierto —susurró Valas Ton con su voz andrógina, inmóvil en el sitio, los dos brazos caídos a ambos lados de su cuerpo—, sino debajo de él.

Briamor asintió.

—Como siempre, tu intuición te sirve bien, Valas —dijo—. Ónice y cobre y roca y madera tenemos por aquí en abundancia —afirmó—, pero también el metal de los Antiguos, sin duda, o eso creo; porque no me parece que para llevar esto a cabo debamos meternos en ninguna empresa demasiado complicada que implique una búsqueda arrastrada y agónica por medio mundo, y que nos veamos en cuestión de contratar trabajadores que traigan el metal hasta aquí en carretas, que podrían ser robadas o incendiadas durante el viaje. La Luz del Oeste se ha revelado, y quiere ser ya, así que.... todo cuanto precisamos debe estar por aquí.

Todos se miraron.

—Desde luego muy seguro te veo —dijo Elman—. Y eso me gusta. Siento en el aire que lo que dices tiene todo el sentido.

—Lo tiene —opinó Valas Ton, ahora con voz claramente femenina.

—Pues bien, ¿cómo te ayudamos? —preguntó Ellör.

—¡Coge una pala y empieza a cavar, hijo de rey! —exclamó Vanegrio con una sonrisa—. ¡A ver si aparece el metal ese y fortaleces tus brazos, que falta les hace!

—Callad un solo instante, por el vientre de toda madre —pidió Briamor—. Estoy intentando sentir…

De pronto se quedó inmóvil.

—Aquí —añadió mientras se movía—. ¡Por aquí cerca!

Valas Ton se adelantó dando grandes zancadas, la postura prudente sobre la tierra, con los brazos separados del cuerpo y las

manos ligeramente adelantadas.

Ellör intentó concentrarse. Sentir las construcciones de los Antiguos no era una tarea fácil, porque no todas tenían el mismo registro. Cualquiera de ellos podía percibir una corriente de agua incluso si ésta discurría a diez leguas bajo el suelo, o podían percibir el suave crecimiento de un hongo en la hendidura de un tronco si se lo proponían, porque sus emanaciones vitales eran inequívocas y podían rastrearse..., pero los ancestrales vestigios de los Antiguos eran ciertamente otra cosa.

Aun así, proyectó la mano hacia delante y trató de focalizar sus sensaciones. Buscaba rastros de los materiales exóticos comunes que los Antiguos empleaban, pero su variedad era tan abrumadora que no alentaba. Los Antiguos construían cosas con todo tipo de materiales, incluso con el almidón de maíz, o algo más sencillo, el algodón, pero de alguna manera inexplicable, con ello fabricaban sustancias negras y maleables como cuerdas, aunque no se vieran muy a menudo. Las que Ellör había visto estaban, por lo general, en lugares cerrados y protegidos de las miserias de la degradación por el tiempo.

—Aquí… —señaló Elman Karas de repente—. O mucho me equivoco, o aquí percibo corrientes que llevan la marca de ellos.

—¿Corrientes? —repitió Ellör.

—La corriente… la... marca de la existencia de las cosas —exclamó Vanegrio.

—¡Ah! —exclamó Ellör—. Pero, de entre todas, ¿cómo has sabido…?

—La Deriva —respondió Valas Ton—. Si no me equivoco.

—Se lo comentaba a alguien, no hace mucho de eso —anunció Elman, súbitamente pensativo—. Muchos de los vestigios de los Antiguos están ligados a la Deriva, impregnados de ella. O bien la usaban para algo o se servían de ella.

—O fue la Deriva quien los llevó a su final —exclamó Valas Ton.

—Sea como sea —opinó Vanegrio—, deja hacer a los mayores, Ellör, pues eres aquí el más joven y aún te queda mucho camino que recorrer.

Ellör asintió, pues en eso tenía Vanegrio razón.

—Sí —asintió Briamor complacido—. También yo lo percibo. Justo aquí debajo... He aquí pues la fundación de la Luz del Oeste. ¡Aquí, precisamente, y no en otro lugar! ¡Apartaos! ¡Retroceded, amigos, para que pueda poner bajo la luz lo que lleva mucho tiempo olvidado y perdido!

Retrocedieron como Briamor indicaba, y éste extendió sus brazos y arrugó la frente, y se mantuvo así un tiempo sin que nadie

percibiera cambio alguno, ni en el suelo ni en ninguna parte. Estaba concentrado, los ojos cerrados y los tendones del cuello sobresalientes como raíces, y por ello nadie se atrevía a interrumpirle, mas qué estaba haciendo sólo lo sospechaban. Al cabo de unos instantes, la tierra empezó a estremecerse y el polvo y las rocas más pequeñas empezaron a temblar y a elevarse lentamente en el aire y, después de eso, el suelo se quebró hacia arriba abruptamente, con violencia, como si una criatura de un tamaño descomunal se abriera paso desde las entrañas de la tierra.

—¡Que me saquen los huesos del cuerpo y pongan hiel en los huecos! —exclamó Ellör.

—¡Este loco hechicero! —soltó Vanegrio.

—¡Callad! —exclamó Valas Ton elevando la voz con un tono solemne—. ¡Callad y contemplad la fundación de la Luz del Oeste!

El suelo vomitó placas de metal, grandes y gruesas como las paredes de un castillo; emergían como sin esfuerzo entre un sinfín de rocas de todo tamaño. Se elevaban en el aire como las hojas de sables que alguien retirara de la carne después de haberla introducido en ella hasta la empuñadura, y se quedaban flotando en el aire. Luego, una plétora de serpientes de metal emergieron del suelo, cimbreantes, en constante movimiento; se buscaban unas a otras y se enroscaban hasta quedar fuertemente apretadas, formando cimientos verticales en los que las piezas de metal de descomunal tamaño se engastaban hasta quedar ancladas.

Todos miraban alrededor, a uno y a otro lado, girando la cabeza con rapidez a medida que el suelo dejaba salir más y más bloques metálicos, y quedaron rodeados de estructuras de manera que perdieron de vista el sol en el cielo y quedaron sumidos en sombras. Algunos de los bloques eran tan grandes que superaban con creces la altura de cualquier edificio en el que hubieran estado.

—¡Imposible! —exclamaba Vanegrio mientras un millar de componentes metálicos de todas formas y tamaños brotaban de la tierra, escapando de los profundos subterráneos en los que habían sido sepultados durante milenios—. ¡Es imposible! ¡No lo creo! ¡No!

Todos, sin excepción, miraban sorprendidos el impresionante despliegue de capacidades que Briamor estaba ejerciendo allí. Ellör, que era de todos el más joven, estaba superado. Conocía los rudimentos del método, la técnica y la concentración necesaria para levantar algo del suelo, hacerlo volar por el aire y depositarlo suavemente en otro sitio. Era un esfuerzo sublime, pues había numerosas fuerzas naturales en las que intervenir y alterar en todo instante. Pero Briamor estaba extrayendo placas de metal enormes,

más difíciles de mover por su volumen que por su peso, directamente del subsuelo, seguramente desarmándolas de allí donde hubieran sido usadas, y eso implicaba desgajar los tornillos y clavos de sus emplazamientos sin que tuviera contacto directo. La otra cosa que explotaba en su mente era la cantidad de piezas y elementos en movimiento, al unísono y en perfecta coordinación. Era un espectáculo que no hubiera creído posible de no estar viéndolo con sus propios ojos.

La fundación de la Luz del Oeste tenía lugar alrededor de los cinco, con Briamor Candess en el centro, los brazos extendidos y la cabeza levantada, los ojos completamente blancos. Hasta el suelo se elevó, transportándolos hacia arriba sin previo aviso a medida que una superficie dura y gris como la misma roca, pero sin marcas ni grietas ni fisuras ni variaciones en sus tonos, emergía de las profundidades. Y fueron transportados muchas veces la altura de un hombre mientras el suelo se expandía hacia los lados. Cuando los bloques metálicos se consolidaban, pegándose unos a otros, surgían chispas y líneas incandescentes que eran iguales a pequeños ríos de lava, y cuando éstos se apagaban, los bloques parecían fundidos los unos a los otros; y el aire se llenó del olor de la humedad de la tierra y de la sobriedad del metal y también del olor a quemado por los chispazos, que eran como los que salían de un yunque cuando el herrero golpea el hierro ardiente con su martillo. El valle se llenó con el sonido retumbante del metal chocando, la fricción de las superficies grises que se asemejaban a una amalgama de piedras que hubieran pasado por los hornos, el temblor ominoso de la tierra.

Al cabo de un rato todavía largo, el movimiento terminó; la última pieza encajó en su sitio allí arriba, en las alturas: andamios del metal de los Antiguos que se proyectaban hacia el cielo como los mástiles de un barco, y una planta que era considerablemente grande, pero no tanto como la de un castillo.

—Mil soles se precipiten contra el mundo a la velocidad de un gato de montaña —dijo Vanegrio—. Estoy y no estoy aquí a la vez, pues de lo que mis ojos ven, mi mente no come.

—Maestro Briamor —susurró Elman—, ¿qué… qué prodigio has obrado aquí?

Briamor estaba exhausto y se dejó caer al suelo de rodillas. Ellör y Elman corrieron a cogerlo de los brazos, pasando sus manos por sus axilas.

—Esperad —pidió Briamor—. Pues no me levantéis todavía. Dadme un momento, que descanse el cuerpo… ¡y también la mente!

—¿Cómo has… podido hacer esto? —preguntó Vanegrio—. ¿Y

desde cuándo sabes levantar estructuras como ésta, que más parece obra de sesudos arquitectos que de un hechicero?

—Eso lo ignoro —respondió Briamor despacio—. Pues cierto es que vi la Luz del Oeste en mi visión, y cuando empecé tenía esa imagen en mi cabeza, sí, pero por cierto que una cosa es ver una imagen y otra saber cómo está ordenada por dentro.

—Es lo que digo —opinó Vanegrio—. Entonces, ¿cómo?

Briamor suspiró. En verdad se le veía agotado y como a punto de caerse dormido al suelo.

—Acaso… acaso este sitio quería existir —susurró—. Pensadlo bien, amigos. Durante… decenas de veces mil años, hombres como nosotros han ido recuperando el conocimiento perdido de los Antiguos, y con sus hechizos erradicaron las peores pesadillas que poblaban este mundo y corrigieron muchos problemas que estaban mal alineados después de la caída de los Antiguos, y el hombre empezó a prosperar y a extenderse por el mundo otra vez. La tierra es buena, el aire es limpio, el sol brilla en lo alto después de cada noche otra vez, y cada año tenemos más pájaros en el cielo, porque hemos comprendido cómo funciona el Equilibrio. Pero nos hacemos viejos, y cada vez somos menos, y llegará el día en el que los hechiceros seamos los nuevos Antiguos, y no quede casi nada para dar fe de que alguna vez existimos e hicimos cosas que nadie conoce o comprende siquiera.

—Eso es muy cierto —susurró Elman el preclaro.

—Cierto o no, no comprendo adónde quieres llegar —exclamó Vanegrio.

—Pues escucha, para variar —soltó Valas Ton, cuya expresión no se podía averiguar por estar oculta tras su sencilla máscara de madera.

—A que quizá… —susurró Briamor—… el Equilibrio ha concentrado aquí sus energías para darse a conocer, y alentar que el hombre lo estudie y lo comprenda, sin permanecer oculto por más tiempo. Quizá me ha usado como instrumento para levantar un lugar de estudio, con una luz tan potente en su parte más alta que sea divisada desde lejos y percibida por cualquiera que haya empezado su camino por la Deriva y quiera hacer aquí sus estudios con otros hombres y mujeres que sientan lo mismo. Pues… pensadlo un momento, nos hemos ocultado por miedo, en realidad, y el miedo nunca puede ser un camino.

Los ojos de Vanegrio parecieron centellear.

—Eso me complace —exclamó.

—Entonces, maestro Briamor… —preguntó Elman con prudencia —… ¿no has sido tú quien ha movido todo este metal, la mayor

acumulación de él que haya visto jamás, de manera consciente y con juicio en la cabeza?

—Sí y no, te diré. Pues sí era consciente y sí que movía yo las cosas de acuerdo a lo que veía en mi cabeza, pero cómo llegué a tener esa visión en mi interior, a eso… a eso te diré que no.

Elman asintió, preocupado.

Briamor miró hacia arriba, hacia las estructuras.

—Éste es, por cierto, solamente el esqueleto de la Luz del Oeste. Sus cimientos. Es fuerte, para que ni los huracanes ni los vientos furiosos, ni la lluvia o las riadas, ni las máquinas de asedio que el hombre construye estos días por el norte, puedan destruirla. Aguantará hechizos y despropósitos en los que podamos incurrir mientras trabajamos y exploramos como niños esta realidad tan particular en la que nos encontramos. Queda trabajo. La madera, la roca madre, el ónice, el cobre y la malaquita, pero también el barro y la arcilla, la paja y la escobilla, y otros que ya iré viendo, pues en los huecos de las tracerías de sus costados hay vidrieras grandes que dejan entrar la luz natural para aliviar la oscuridad de su interior. Y hay que fabricar mesas y también sillas, y puertas, y antorchas y grandes lámparas de techo, y cazos y fogones y perolos y botes y otras cosas muchas.

—¡Por las Leyes Fundamentales de Peronte y la roja barba de Ellör! —exclamó Elman despacio, dándose cuenta de la tarea.

—Pero todo eso será… será mañana —declaró Briamor—. Ahora debo… debo dormir… o me…

Se deslizó hacia un lado y se dejó caer lentamente, como si en vez de carne estuviera hecho de puré de *tatata*, y se quedó tendido en el suelo, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando plácidamente.

—Pues por toda la arena de todos los desiertos —dijo Ellör— que se ha quedado dormido mientras hablaba.

—Y no me extraña —dijo Valas Ton, ahora con voz femenina otra vez—. Con lo que ha hecho tendría yo para dormir un año, ¡o incluso diez!

—¿Pues no ha dicho el viejo presuntuoso que mañana terminará esto? —exclamó Vanegrio— ¡Mañana, con todo lo que queda por hacer!

—¿Dudas acaso? —preguntó Valas Ton—. ¿No has visto, como nosotros, lo que Briamor puede hacer ahora?

Vanegrio apretó los dientes.

—Pues creo yo que terminará la torre y aún tendrá tiempo de preparar estofado para la cena —añadió Valas—. Así tenga que traer

un ciervo volando de los lugares esos donde Ellör será rey algún día.

—Sí que ayuda este lugar… —exclamó Ellör, pensativo.

—Está bastante claro que este lugar responde a la Deriva con una facilidad extraordinaria —dijo Elman—. Todos podemos sentirlo. —Y, diciendo eso, levantó la mano y encendió en ella una llama contenida, de un tono dorado, que iluminaba diez veces más que cualquier llama de ese mismo tamaño sin dar calor—. Se requiere mucha menos concentración, menos esfuerzo… es como si hubieras estado caminando con una piedra seis veces tu peso atada a la espalda y, de repente, te libraras de ella.

—Sí —susurró Ellör—. Tengo la misma sensación, y aún no he intentado ninguna intervención…

—Sea este sitio u otra cosa —opinó Valas Ton—, está claro que Briamor nos ha tomado la delantera, pues sabéis que por mucho que sintáis la Deriva a vuestro alrededor, no seríamos capaces de obrar esta proeza, ¡que acabo de verla y ya dudo hasta de mi recuerdo!

—Tal vez se requiera tiempo —terció Vanegrio—. Pues Briamor dijo haber pasado en este lugar una luna entera.

—Eso, o sus propios estudios y avances —aventuró Elman—. Pues la última vez que vi a Briamor fue hace ya doce lunas, más o menos, pues corría esta misma época entonces, y estaba tan concentrado en sus estudios que nos despedimos en pocos días por las muchas cosas que tenía que hacer.

—Briamor siempre ha sido el Maestro —exclamó Valas con voz grave.

—Así lo entiendo yo —opinó Ellör—, pues cuando he tenido preguntas o me he bloqueado en algún punto, siempre ha sido Briamor quien ha resuelto mis dudas.

—Descansemos pues —dijo Elman—. Es lo que sugiero. El viaje ha sido largo y, aunque numerosos artificios empujen nuestra carcasa de carne y huesos, el aceite de la hechicería no llega tan lejos como la eternidad, y necesitamos descansar.

—¡Así despertaremos todos juntos! —exclamó Ellör—. ¡Que cuando empiece a sacar madera de los árboles y la roca viva de las montañas, quiero tener los ojos bien abiertos y no perderme un solo instante de lo que aquí ocurrirá!

Rieron los cuatro, incluso Vanegrio Llamaviva, que era de naturaleza competitiva y en el fondo de su corazón y sus tripas no gustaba del hecho de que Briamor Candess se hubiera desligado del resto y fuera capaz de obrar prodigios con los que él ni siquiera soñaba hasta ese día.

Y se tumbaron allí mismo, en el suelo, y Elman Karas susurró

unas palabras y se quedaron dormidos al instante, pues sabía que los acontecimientos que habían vivido, y aún más, la promesa de los que les quedaban por vivir, les mantendrían con los ojos abiertos y el ánimo inquieto durante mucho más tiempo del que deseaban.

Fue la primera vez de muchas que los Cinco Fundadores, destinados a escribir páginas enteras en el libro de las leyendas del mundo, pasaron la noche en la Luz del Oeste.

2

Los sonidos que produjo la primera fundación de la Luz del Oeste se oyeron en Barrador, aumentando sus temores y recelos. Fueron sonidos terribles, por cierto, que detuvieron la actividad de toda la ciudad; las gentes se echaban a la calle y miraban al norte, preguntándose si un ejército de bandidos y rufianes no se estaría acercando allí para darles muerte a todos y saquear la ciudad de sus muchas mercancías, algunas muy valiosas.

Ya hacía demasiado que estaban inquietos y corrían rumores e historias fantásticas sobre el Quebranto, pero el estruendo puso alas a sus fantasías. Bromodio el cojo, que se pateaba las calles a diario con ayuda de sus muletas y había evitado a la muerte en al menos seis ocasiones cuando intentaron apuñalarlo, cuatro veces en el costado y dos en el estómago, aseguró haber visto golems de roca despertando en aquellos lugares y abandonando las entrañas de la tierra en un número inabarcable de ellos, y que allí se preparaban para echarse encima de la ciudad y destruirla. De él se decía, por cierto, que había podido sobrevivir porque tenía el ojo de un lobo cosido en la manga.

—Apenas puedes moverte por las calles estas, hechas de roca apelmazada y madera lisa y lijada, y ¿dices que vienes del Quebranto y que has vuelto sin que veamos magulladuras en tus rodillas y codos? —le decían, y esos comentarios, a pesar del miedo, arrancaban carcajadas en quienes escuchaban.

—¡Así te pegue yo en la cabeza con mis muletas! —protestaba Bromodio—. ¡Que veremos esas magulladuras que dices con los ojos desnudos!

Otros contaban historias sobre la sangre. Se decía que se había vertido tanta sangre en Barrador durante tanto tiempo que ésta se había filtrado por el suelo y había goteado por una caverna subterránea hasta formar criaturas espantosas con al menos cuatro pares de bocas terribles y ciegas como los necrófagos, pero tan sedientas de carne como éstos, y que habían buscado chimeneas naturales para abandonar el subsuelo, y que en el Quebranto emergían a la luz del sol, rompiendo la tierra, y chillando como bebés aquejados de dolores en sus barrigas.

Muchos encendieron hileras de hogueras alrededor de la ciudad, y no para ver mejor quién o qué se acercaba, sino para ahuyentar los malos espíritus.

—Idiota —le increpó alguien—. Cerebro de higo. ¡No hay peor espíritu que el tuyo, que te he visto dar muerte por un mendrugo de pan reseco!

—Pues si vienen por mí para hacerme su compañero, por compartir espíritu, sea, pero una cosa te digo: en el mal no hay

amistad ni trato alguno que te salve de ninguna cosa.

La noche fue larga, y en Barrador no durmieron más que los tontos y los idiotas de poca o ninguna sesera, felices a pesar de todo pues de nada se enteraban y nada los preocupaba y, como se decía entonces y se dice aún ahora, en el vacío de las mentes reside una felicidad ausente y despreocupada, pero felicidad al fin. Pero para la mayoría la noche fue intranquila, y cosa curiosa, en lugar de hacerse fuertes en grupo, esa noche hubo más disputas y peleas y muertes que en ninguna otra.

Al amanecer, un grupo de cuatro mercenarios se pusieron de acuerdo para ir a espiar al Quebranto, y partieron con poca cosa más que unos cuchillos, una cimitarra uno de ellos y, por alguna razón, varias brazadas de cuerda enrolladas cruzando el torso que a alguno de ellos le pareció importante. Querían ver qué ocurría allí, pues si se trataba de un espanto o algo que fuera a poner en peligro la ciudad, querían estar avisados.

Fueron corriendo todo el trayecto, pues eran hombres de mar y luchadores, para el caso, y comían bien y estaban en forma, y cuando se encontraban ya a cierta distancia, vieron algo increíble.

—Decidme si no me engaña la vista… —dijo uno de ellos.

No tuvieron que buscar en derredor, pues el sonido los avisaba de lo que ocurría. Un árbol estaba abandonando su encierro en la tierra y estaba levantándose, las raíces escapando del suelo produciendo un sonido retumbante, sin que hombre o bestia que ellos pudieran ver estuviera interviniendo en eso.

—¿Qué le está pasando a ese árbol? —dijo otro, tan perplejo como se podía estar.

El árbol emergió del suelo y se quedó flotando en el aire por unos instantes mientras varias decenas de hojas caían al suelo con desmayada lentitud. Después, el árbol empezó a moverse hacia el nordeste, a la vera del mismo rumbo que habían venido siguiendo, adquiriendo velocidad a medida que avanzaba.

—¡Ese árbol se movía como una flecha! —exclamó el mercenario sujetando la cimitarra delante de él como si ésta pudiera defenderlo de lo que fuera que estuviera pasando.

Pero, al poco, otros árboles experimentaron el mismo destino. Seis, siete… nueve árboles a la vez fueron desgajados del suelo y se quedaron flotando en el aire, en posición vertical, hasta que siguieron al primero en su camino, la copa ligeramente inclinada.

El más joven de ellos se frotaba los ojos como si pensara que lo que veía, lo veía porque estaban sucios. Pero tan pronto volvía a abrirlos, seguía viendo lo mismo, y desesperaba.

—¡Quietos! —dijo el de la cimitarra—. ¡Que a nadie se le pase por la cabeza salir corriendo, o yo mismo lo partiré en dos con ésta!

—¡Estas cosas nos superan! —protestó su compañero—. ¡Árboles que vuelan como pájaros y se mueven como lanzas que alguien hubiera lanzado!

—¡Silencio he dicho, quiero…!

Pero no terminó. A su derecha oyeron un ruido atroz, y cuando miraron vieron uno de esos árboles, que venía de atrás, pasando junto a ellos por el aire. Se quedaron petrificados mirando, pues el tronco se deshacía como pollo que se ha dejado demasiado tiempo en la sopa bien caliente, y las virutas de madera saltaban en todas direcciones mientras avanzaba. Y la corteza saltó, y el tronco se despedazó dejando una serie de tablones bien cortados que se pusieron en horizontal y volaron a ras del suelo hacia el Quebranto, y toda la madera que sobraba, incluyendo las ramas, cayó al suelo como restos inservibles.

—Qué brujería es ésta… —susurró el corsario de la cimitarra.

—¡Esto no es bueno! —exclamó uno de los otros—. ¡Es magia, magia poderosa y de la peor clase!

—¡Que el árbol se ha convertido en una tablazón, he visto yo! ¡Conjuros y sortilegios!

—¡Y las ramas han sido cortadas sin que nada las tocara, y la corteza expulsada del tronco! ¡Buscad sollado!

—¡Callaos! —ordenó el hombre de la cimitarra—. ¡Qué sollado ni sollado! ¡Callaos os digo!

Pero uno de ellos, en ese momento, empezó a aullar, más bajo al principio, más despacio, casi en un susurro, pero luego subió el tono y se sacudió como si estuviera siendo devorado por culebras mientras saltaba a uno y otro lado y movía los brazos aleteando como pájaro, y los demás lo miraban esperando ver alguna cosa espeluznante, como los miembros siendo arrancados de su cuerpo o alguna otra cosa parecida. Pero no ocurrió nada de eso; en lugar de ello, la cuerda se desenrolló de su cuerpo haciéndolo dar vueltas, como si fuera una peonza y se fue cuan larga era hacia el Quebranto, en persecución de los árboles.

—¡Por los tres barcos negros de Santoyo! —bramó cuando estuvo en el suelo, sacudiéndose el cuerpo con la mano—. ¡Esa maldita soga se movía como si fuera una serpiente!

—¡Cuidado ahora! —dijo el hombre de la cimitarra, sujetando la empuñadura con ambas manos—. ¡No nos quiten alguna otra cosa, como los cuchillos, o la vida del cuerpo, que peor sería!

Pero dos de ellos, sin decir nada, se dieron la vuelta y echaron a

correr de regreso a Barrador.

—¡Ratas, comadrejas, cobardes! —les increpó el corsario—. ¡Si os vuelvo a ver en el barco os llenaré la sangre de sal y pondré carbones encendidos en el cochino agujero de vuestras posaderas!

Pero ninguna de esas amenazas les hizo volver.

—¡Vámonos de aquí, Odo! —dijo entonces el otro—. ¡Nada podemos hacer contra esta magia!

—¿Y quién te dice que debamos hacer algo? —preguntó Odo—. Pues mira primero, piensa a continuación, y actúa después. ¿Acaso has visto que alguien haya intentado dañarnos a nosotros?

—No, pero…

—*Nopero, nopero*. ¡Así te llamaré a partir de ahora, inútil, bueno para nada, saco de abono! ¡Las tenias y los parásitos que hurgan en tus tripas serían mejores compañeros que tu sesera hueca y vacía! ¡Apesta como el interior de un erizo de mar cuando está pudriéndose en la playa! Pues mira… ¿acaso has visto tú que esos árboles se hayan vuelto contra nosotros?

—No… —balbuceó el mercenario.

—¿Sabes lo que esos árboles podrían hacer contra nuestros cuerpos? Y esa fuerza que no se ve que hace que los árboles se quiebren como si fueran palitos en boca de un castor… ¿sabes lo que haría con nuestros cuerpos?

El mercenario asintió.

—Pues, como ves, nadie ha reparado en nosotros, ¡que no todos los insectos del mundo quieren picarte a ti!

—Ya comprendo —dijo el mercenario.

—Así que vamos a ver qué hay que aprender aquí, porque…

Pero en ese momento, un sonido espantoso estalló en algún lugar a su izquierda. Sonaba como si la tierra se hubiera abierto en dos, porque semejante estruendo no lo habían oído nunca, ni parecido, y el corazón se les encogió en el pecho casi de inmediato. El mercenario chilló sin poder evitarlo, pero el estruendo era tan grande que ni Odo, a su lado, lo oyó.

Miraron, y vieron cómo una colina cercana se abría ante sus ojos y expulsaba un torrente de rocas pequeñas y tierra de la altura de un árbol crecido, como si fuera paja aventada por un granjero. Más parecía el surtidor de una ballena que otra cosa, pero de tierra, y no de agua; y, después, un montón de piedras grandes y voluminosas saltaron al aire y se quedaron prendidas allí por cuestión de otro instante, hasta que emprendieron viaje hacia el valle del Quebranto, como los árboles. Odo había visto en cierta ocasión cómo un tornado absorbía parte de un galeón, atrayendo hacia el cielo toda la cofa, de

la bitácora la mayor parte, varios cabestrantes, el timón todo él, y se había llevado la mesana, la mayor y el trinquete, y todos los velachos y las gavias, entre otras muchas cosas, dejando el buque como a medio construir. Pero allí no había tornado ni viento alguno, sólo algo que reclamaba los árboles y las rocas y se las llevaba a alguna parte.

—¡Odo! —chilló el mercenario.

—Mil rayos quiebren mi cuerpo —exclamó Odo mientras apretaba los dientes—. Que ni por un momento comprenda yo qué ocurre aquí…

El suelo entero se estremeció debajo de ellos. Las rocas saltaron de los sitios donde descansaban y el tremor de la tierra se volvió tan rudo que no podían ya ni oírse.

—¡Odo!

—¡Está bien! —soltó éste—. ¡Vámonos de aquí! ¡Prefiero que me inserten balas de cañón en el cuerpo y me arrojen al mar que ser atravesado por una de estas rocas voladoras! ¡Vámonos, te digo!

3

La Luz del Oeste cobraba forma. Fue un esfuerzo conjunto de los Cinco Fundadores, todos dispuestos en círculo. Briamor Candess era el brazo ejecutor, y los otros cuatro le prestaban su energía vital y su concentración, lanzando toda la voluntad de la que disponían hacia el conjurador. A eso lo llamaban el modelo Heires, pues fue la mítica Heires Legira quien primero propuso que la capacidad de un hechicero podía imbuir fuerza en el lanzador. El resultado fue tan espectacular como efectivo; las colinas se deshacían en pedazos para vomitar las rocas más duras y recias que la tierra albergaba, rocas que se quebraban en su tránsito hacia la torre y adoptaban el tamaño perfecto para formar parte de la estructura. Allí se ensamblaban conformando paredes como si hubieran sido partidas con martillo al aparejo por un artesano con media vida de experiencia, una tras otra, levantando ecos retumbantes que se extendieron por el valle en todas direcciones. Lo mismo ocurría con los árboles: llegaban desde lejos cortados en tablones de uno y otro grosor, y ocupaban el lugar exacto donde se los necesitaba, fuera un refuerzo de mampostería o una bóveda de aristas, una escalera o una barandilla. Piedras de bandas paralelas alternadas de calcedonia y de ópalo se engastaron en los lugares precisos, pues una parte de la decoración se definía en esos momentos, y el ónice era un buen conductor de las energías producidas por la Deriva.

Y, por espacio de un largo tiempo, la Luz del Oeste se configuró exactamente como aparecía en la visión de Briamor; y, cuando estuvo terminada, el valle quedó en silencio, un silencio absoluto con ausencia incluso de viento que produjera sonido alguno, o pájaros en el cielo, y los cinco cayeron al suelo, jadeantes y exhaustos, pero eufóricos de admirar lo que habían creado, pues a sus ojos era imponente, era impresionante y era ya un símbolo de todo cuanto eran y en lo que creían, y por lo que habían luchado.

—Pues cuando me dijiste lo de tu torre —exclamó Elman, aún en el suelo— nunca pensé que sería así, ni tan grande ni tan majestuosa, y ni por asomo se me ocurrió que fuéramos a construirla en apenas un día.

—Debo decir, Briamor Candess —admitió Vanegrio, con la cabellera rubia enmarañada en el rostro—, que durante un tiempo pensé que era yo el más indicado para estar a la cabeza de esta ocurrencia tuya, por mucho que fuera tu idea. Un Llamaviva como cabeza de un cónclave de hechiceros, pues la hechicería y mi familia siempre han sido una, y he obrado portentos que consideraba yo importantes y muy meritorios. Pero todos palidecen ante esto, sea este un lugar especial o no.

—Cierto es —dijo Elman.

—Es realmente un honor que me hayas considerado a mí para esta empresa, Briamor —declaró Ellör—. Pues mi conocimiento y mis obras no son nada comparadas con las de los presentes. Pero si muero mañana, moriré satisfecho de haber participado en esto, y haber visto lo que he visto.

—Amigos —respondió Briamor—, no hemos hecho sino construir el banco de trabajo donde configuraremos una nueva época, eso os digo. La Luz del Oeste no es más que un lugar. Una portada, la fachada que dirá al mundo que lo que se hace en su interior es bueno, y encierra gloria por cuanto servirá bien a los hombres. ¡Pero no estamos sino empezando!

—¿Y cómo se empieza? —preguntó Ellör.

—¿Con la luz? —insistió Elman Karas con prudencia—. Pues veo que falta en el pináculo la luz de que hablaste, la que da nombre a la torre.

—Elman Karas el preclaro tiene razón, maestro Briamor.

—Esa luz —exclamó Briamor— no es cualquier cosa. Es un sol en miniatura, algo más que un faro o una hoguera. Es una fuente de energía que no se extinguirá así pasen la vida de diez mil abuelos, padres, hijos y nietos y que cualquiera podrá sentir así se encuentre en la otra parte del mundo. Y eso necesita tiempo. Ya nos ocuparemos de ello, pues aún tengo que pensar cómo traerla de mi visión a la existencia.

Ellör asintió.

—Pasemos dentro, entonces —propuso Valas Ton mientras se ponía en pie—. Porque el estruendo que hemos formado no pasará inadvertido, y no quiero que venga nadie de lejos y me diga: «¿Qué hay en la torre?», y tenga yo que contestar: «¡Pues lo ignoro!».

Todos rieron con ganas.

Era el mediodía del segundo día en la historia de la Luz del Oeste, la víspera de la batalla del Quebranto.

4

Había mucho espacio en la torre. El eje central era una escalera en espiral, toda de piedra, con un corazón de metal de los Antiguos, que servía de sustento a la estructura, y a lo largo de esta se distribuían habitaciones y salas de todo tamaño, unas más grandes que otras, unas con ventanas al exterior y otras sin ellas. La base era un espacio octogonal con la estructura de las pilastras en piedra, bóvedas y una linterna en madera que nadie que supiera de arquitectura diría que podría sustentarse, pero lo hacía, y ella sola medía treinta hombres de alto. Y en las arcadas del nivel, dispuestos en diagonal, había ventanales inmensos que llenaban el octógono con luz natural. Esos arcos elevados, por cierto, estaban llenos de arquetas y macollas como ninguno las había visto antes, pues los orfebres del mundo no tenían aún la experiencia para obrar semejantes piezas ni la broncería permitía esos detalles. Muchas de las paredes que servían de base a esos arcos eran de metal de los Antiguos, pero encima de éstas se habían engastado placas de bronce repujado con formas sinuosas en relieve, y el suelo era de dameros de roca pulimentada y surcada por estrías como plateadas. Y subiendo la torre encontraron una suerte de mirador grande que dividía el anillo central en dos, y que estaba hecho de octógonos de vidrio separados por brillantes brazos de metal, de manera que se asemejaba a los ojos hechos de hexágonos de una mosca, y desde allí se veía todo el valle hasta bien lejos, y también el cielo. La sola visión les dejó abrumados, pues bien sabían que ningún hombre sobre la tierra y bajo el cielo podría construir nada parecido.

—No acabo de entenderlo —dijo Valas Ton—. ¿Cómo hemos construido este prodigio sin tener ningún conocimiento previo de él?

—Pues… ¿qué quieres decir? —preguntó Ellör.

—Hemos levantado esto con nuestras capacidades y nuestras manos —respondió, hablando ahora como una mujer tras su máscara de madera—, pero aún no sé de dónde viene.

—De la Deriva —explicó Elman—. Que eso ya se ha dicho.

—Pero entendía la Deriva como una fuerza, como la que nos hace caer al suelo cuando saltamos —dijo Valas.

—Y fuerza es —asintió Briamor—. No pienses que la Deriva tenía en mente qué lugar construir, pues como fuerza, no tiene pensamiento consciente como podemos tenerlo tú y yo. Pero la Deriva es empática, y está al servicio del equilibrio y la armonía, y así como creó flores como órganos de reproducción de sus bondades e insectos que sirven para combinar y propiciar el crecimiento de éstas, y pájaros que se alimentan de estos insectos y otras muchas cosas que contribuyen al Equilibrio, en este lugar la Deriva se sirvió de nuestras mentes para

levantar esto, lo que necesitábamos, lo que habíamos estado buscando aun sin saberlo, pues en el octógono de la base he visto influencias del castillo del rey Ceoril, y en los engastes de obsidiana y bronce he visto detalles de cosas que he contemplado en mis viajes. ¡Y decidme ahora! ¿Quién de vosotros tiene interés en las estrellas y los astros en el cielo, más aún tal vez que en las cosas mundanas?

—Yo lo tengo —advirtió Ellör.

—¡Pues he aquí tu influencia, Ellör Litos Ceoril! —exclamó extendiendo los brazos—. Pues mirad… no os habéis dado cuenta aún porque es de día, pero los cristales todos proporcionan un aumento sobre lo que se ve, que hace que lo que se observa parezca más cerca. Y mirad este punto negro, en el centro de la sala. ¡Ocupa su lugar, amigo Ellör!

Ellör obedeció.

—¡Mira ahora en derredor!

Ellör miró, y en poco tiempo abrió mucho los ojos, pues los cristales estaban dispuestos todos alrededor de manera que producían un curioso efecto cuando actuaban todos en conjunto, y allí donde miraba Ellör, todo alrededor, veía las cosas mucho más cerca.

—Haz un hechizo de percepción remota sobre lo que ves, Ellör —pidió Briamor.

—¿Necesitas ayuda con eso? —bromeó Vanegrio.

Pero Ellör lo hizo de todos modos, y descubrió que no le requería esfuerzo alguno, y al conjuntar los cristales con el hechizo, vio Ellör en la estructura facetada de los cristales uno de los astros del firmamento, tan grande y cercano como si pudiera tocarlo con la punta de los dedos.

Ellör se sorprendió tanto que retrocedió un par de pasos y cayó de culo, perdiendo la concentración. El hechizo perdió efecto y la imagen del astro desapareció.

—¡Por la mandrágora de sangre de los pantanos! —exclamó —. ¡Os confieso que, por un segundo, pensé que había atraído al astro hasta aquí, y no que lo hubiera mirado yo desde lejos!

Todos volvieron a reír.

—Pues he aquí la respuesta —concluyó Briamor al cabo—. Este lugar atiende a las peticiones de los lanzadores, y por eso os llamé, amigos, pues cada uno ha estudiado aspectos diferentes pero complementarios de la Deriva y, por ende, de la vida. Pues con tiempo y despacio habría podido yo levantar la torre usando mis propias energías.

—Ah, granuja —observó Valas Ton—. ¡Eso me parecía!

Briamor asintió.

—Buscad por la torre libremente —los animó—. Por ejemplo, yo descubrí hace tiempo que puedo pensar mucho más y más lejos si me sumerjo en agua y respiro por un junco, pues el silencio me arropa y me concentra, y en esa agua me olvido del mundo por espacio de muchos días y muchas noches y llego antes a la comprensión de las cosas. ¡Bien seguro estoy de que encontraré en esta torre un lugar para ello!

Briamor no se equivocaba. Encontraron más abajo, en otra parte, una sala anecoica donde uno podía entrar y sumergirse en un silencio tan absoluto que podía percibir el latido de su corazón, la fricción del aire en sus narices y sus pulmones, el sonido de la sangre fluyendo por los oídos, y hasta el imperceptible crujido de los huesos.

Estaban exultantes y eufóricos, tanto que, cuando escucharon cerca de las grandes puertas dobles de la entrada ruidos de goznes girando, pasos y voces, no pensaron que fueran malas noticias.

Estaban aún descendiendo por las escaleras hacia la entrada desde el primer piso cuando vieron el enorme recibidor lleno de gentes vestidas con ropas oscuras o sucias, manchadas con tiznes que podían ser de carbón o de brea. Portaban antorchas y armas como espadas, espadones, rastreros cuchillos y cadenas terminadas en bloques de piedra, mazas y martillos, y eran como cincuenta de ellos, aunque en el exterior esperaba una hueste de hombres que por temor quizá no se atrevían todavía a entrar.

—¿Quiénes sois y qué habéis venido a hacer? —preguntó Briamor con voz retumbante, de manera que ésta sonó poderosa por toda la nave.

—¡Somos gentes de este lugar, y esta tierra es nuestra! —respondió uno de ellos.

—No, que yo sepa —repuso Briamor—. Pues cuando llegamos, aquí nada había, ni cercas ni vallas ni señal alguna que indicase que el terreno tenía dueño.

—¡Pues son de la ciudad de Barrador, y vosotros no parecéis de allí! ¡Mira el ropaje de ese hombre! —exclamó, señalando a Vanegrio —. ¡Veo bordados de hilo dorado en las mangas, y en la capa corta, y el estilo es elegante como se ve en las cortes de los reyes!

—Mequetrefe —lo increpó Vanegrio con el ceño fruncido y levantando el puño—. ¡Que vosotros vistáis con harapos y retales mal cosidos no significa que sirva yo a rey alguno!

—Marchaos —dijo Briamor—. Pues esta torre la hemos construido nosotros, y por tanto, nuestra es.

—¿Vosotros, decís? ¡Pues por seguro que este sitio no estaba ayer por la mañana! ¡Mentirosos! ¡Embusteros! Que uno de los nuestros

dijo que se había construido ella sola, la tierra lanzando hacia ella sus árboles todos, y también las rocas que hacen las veces de paredes.

—No creas en todo lo que ves, y menos aún llegues a conclusiones precipitadas cuando no tienes todos los hechos ante ti —dijo Ellör.

—¡Basta! —dijo el hombre—. ¡Marchaos, pues sois sólo cinco por lo que veo, algunos entrados en años por añadidura, y nosotros dos veces cien, todos jóvenes con mil peleas a la espalda, y antes de que acabe el día recalarán otros buques en nuestra ciudad llenos de amigos que se nos unirán!

—Os lo advierto —amenazó Briamor—, ¡si os enfrentáis a nosotros, muchos de los vuestros morirán antes de que el resto salga huyendo!

—¡Matadlos! —gritó el hombre de pronto—. ¡Con cuerdas y hierro y cuchillos!

Bastó sólo eso para que todos se adelantaran hacia ellos, echando a correr, las antorchas en una mano quienes las portaban, y los cuchillos y las armas en la otra. Había quienes llevaban pesados martillos que esgrimían usando ambos brazos.

—Por las noches sin luna —susurró Valas Ton—. Que lo primero que se vierta aquí sea sangre, y no conocimiento…

—¡No hay que llegar a eso, Valas! —exclamó Ellör—. Podemos expulsarlos con facilidad, ¡y dejarlos fuera de la torre y sellar las puertas como queramos con mil conjuros diferentes, y cualquiera de ellos valdría, sin dañarlos!

—Me temo que un poco de sangre es inevitable —manifestó Briamor con pesadumbre—. Hay que enseñarles, y ellos deben aprender, que la torre es inexpugnable, y que los que la habitan no se pueden matar, así traigan todos los hierros del mundo y bestias grandes que los ayuden, de lo contrario volverán una y otra vez pensando que tienen alguna posibilidad de ocupar la torre, y será una tarea repetitiva y constante de la que no nos libraremos jamás.

—Yo me encargaré… —dijo Vanegrio con los dientes apretados.

Y saltó en el aire y se proyectó hacia arriba, por encima de los escalones; después de eso descendió con suavidad con los brazos extendidos, despacio como pluma y no como hombre. Solamente eso hizo que algunos se detuvieran y soltaran lo que llevaban en las manos, antorchas y armas, y miraran horrorizados lo que nunca habían visto antes.

En verdad Vanegrio era una figura aterradora, la pierna derecha elevada y la otra extendida hacia atrás, como si volara; los brazos proyectados hacia la espalda, con dos círculos rojos envolviendo las manos cuyos dedos se extendían de manera extraña, como haciendo

gestos. Y en su rostro una expresión terrible de rabia contenida.

Cayó entre los primeros hombres y juntó los brazos hasta chocar los puños, uno contra otro, y de allí surgió un círculo de un rojo intenso que se extendió desde él hacia fuera, y que al tocar a los hombres los lanzó por los aires con la ropa súbitamente despedazada, la piel agrietada por muchos lados revelando la carne roja y hasta los huesos, y la sangre salpicando al resto, las paredes y el suelo. Sus expresiones de sorpresa se convirtieron en máscaras de terror, y luego se transformaron en otras de intenso dolor por las muchas heridas abiertas en sus cuerpos. Pero, antes de que empezaran a gritar hubo un instante de genuina sorpresa, los atacantes detenidos en el sitio, el sonido de las últimas gotas de sangre que caían contra el suelo repicando con cierta musicalidad.

Y alguien gritó:

—¡BRUJO!

El hombre en general temía a la Deriva o, como se decía por lo común, la magia. No la entendían, desde luego, y además de eso era poderosa y rompía todas las reglas del juego. Si había un arquero en juego, se usaba un escudo. Contra el fuego se usaba el agua. Pero la magia producía efectos impredecibles y, cuando se detectaba en alguna parte, todo el mundo se ponía nervioso. A los que la usaban no se les llamaba magos, sino brujos, que era una palabra que tenía connotaciones oscuras; los brujos siempre eran de naturaleza oscura, eran peligrosos y, sobre todo, eran enemigos.

Briamor había esperado que la terrible demostración de Vanegrio hubiera sido suficiente para alejarlos a todos, pero la palabra funcionó como un refuerzo para el valor. Una flecha voló por el aire, rauda como una estrella fugaz en el cielo nocturno, y alcanzó a Valas Ton, con tan buena fortuna que le dio en la máscara de madera, donde dejó apenas una muesca, y salió rebotada hacia un lado partida en tres trozos.

Valas retrocedió un paso, y Ellör proyectó un escudo defensivo que era un orbe de aspecto azulado y traslúcido que los envolvía a los cuatro por todos lados. Ocupó su lugar con un sonido hueco y breve.

—Eso ha estado cerca —dijo Elman.

—No parece que vayan a huir —observó Valas.

Briamor miraba hacia abajo, preocupado. Si Ellör se interesaba por las cosas del mundo y su funcionamiento, y de lo que había en el cielo y más allá del cielo, Valas Ton era un humanista y Elman Karas un profundo historiador; Vanegrio, por su parte, era un estudioso del poder de la destrucción. Nada lo emocionaba más que una tormenta del tipo que lanza rayos contra los árboles y los hace incendiarse, o

buscar maneras de conducir el poder a través del cuerpo para provocar la muerte y el quiebro de las cosas. Le preocupaba que cediera al caos y a la violencia y no pudiera controlarse.

Pero por el momento, la cosa no iba del todo mal. Podía haberles hecho cosas atroces a aquellos hombres, desde hervir su sangre de manera instantánea hasta quebrar sus huesos por completo y reducirlos a polvo, de manera que se desplomaran al suelo convertidos en guiñapos de carne sin sentido, el cerebro derritiéndose y derramándose a través de los huecos naturales de la cara, incluyendo los ojos. En lugar de eso, estaba usando golpes de aire para lanzar a sus enemigos lejos: movimientos sencillos de brazos, muñecas y puños que se convertían en fabulosos envites. Los hombres salían despedidos y topaban unos con otros o con la pared, y tal vez alguno viera algún hueso roto, o quedara inconsciente, pero Vanegrio, contra todo pronóstico, no les administraba la muerte. La sala se llenó de gritos de dolor y de guerra.

—Son demasiados, Ellör —dijo Valas, mirando cómo los hombres seguían accediendo a la torre por la puerta—. Retira tu protección.

—Vanegrio se basta —dijo Briamor.

—No lo creo… —exclamó.

En ese momento, otra flecha surcó al aire y se clavó en el hombro de Vanegrio. Éste proyectó la cabeza hacia arriba, sacudida por un ramalazo de dolor, pero el dolor en el caso de un hechicero era un suceso efímero. Le llevó un instante controlarlo y eliminarlo, se sacó la flecha de un tirón y detuvo la hemorragia limpiamente con un pase de la mano. Mientras hacía eso, sin embargo, los hombres se le acercaron demasiado, y Vanegrio, resentido por haber sido herido, se sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda y extendió la palma.

—¡VANEGRIO, NO! —gritó Briamor.

La palma se convirtió en un torrente de llamas de una intensidad cegadora. Los cuerpos ardieron como yesca, y los hombres se convirtieron en teas encendidas, los cabellos llameando hacia el techo de la sala. Hubo gritos y dolor, y los hombres, sorprendidos y cegados, sin ojos ya, corretearon por todas partes. Algunos consiguieron salir otra vez fuera, y al volverse toparon con otros hombres y sus ropas se prendieron, generando un caos abrumador, con llamas por doquier.

Briamor miró hacia arriba, pues las estructuras que unificaban el octágono eran de madera, y las llamas se alzaban tanto hacia ellas que casi las tocaban.

Valas Ton realizó un pase rápido de negación y el escudo de Ellör se quebró y se retiró. Ellör se estremeció ligeramente, como siempre que una proyección se malograba de manera tan abrupta. Pero Valas

se lanzó hacia delante, y también Elman, transmutando su carne en piedra a medida que descendía. Al pie de las escaleras, Valas movió los brazos en círculo, pasando los brazos uno por encima del otro, hasta que una ventisca huracanada salió de ellos y se proyectó contra la planta. El viento expulsó el fuego en dirección a la puerta, también a los hombres, estuvieran en llamas o no. Las espadas, las lanzas y las antorchas salieron volando, y algunas con tanta fuerza que se clavaron en la carne. Cuando el desmedido huracán cesó, Elman corrió hacia la puerta y se emplazó en el umbral convertido en una criatura de piedra, la mirada fría puesta en los hombres que se ayudaban unos a otros.

—¡Marchaos ahora! —exclamó—. ¡Pues la torre es nuestra! ¡Nosotros la construimos, y no permitiremos que ni uno de vosotros la pise mientras traigáis estas intenciones!

—¡Brujo! —gritó alguien, rojo de rabia—. ¡Brujos, asesinos, habéis dado muerte a muchos de nosotros y no vamos a detenernos!

—¡Marchaos, locos! ¡Regresad a vuestras casas y vivid otro día! ¡Aquí sólo encontraréis la muerte!

—¡Muerte sea, entonces!

En algún lugar sonó un trueno trepidante, como una explosión, y parte de la fachada por encima de la cabeza de Elman saltó por los aires. El hechicero se agachó de manera instintiva y un montón de piedra le cayó encima con un sonido retumbante, levantando una nube de polvo que lo ocultó de la vista. Valas Ton, que estaba llegando hasta él, proyectó el brazo hacia delante y dispersó el polvo con facilidad.

Elman estaba arrodillado en el suelo con un brazo levantado, rodeado de cascotes, pero estaba bien: su cuerpo de piedra podía resistir mucho más que eso.

—¡Cañones! —exclamó Briamor mientras se acercaba a la puerta acompañado de Vanegrio y de Ellör—. ¡Eso que ha sonado y que ha alcanzado la portada son cañones de galeón, y de los grandes, si alguna vez he oído alguno!

—¿Cañones de galeón? —preguntó Ellör confundido.

—¡Es una ciudad portuaria, Ellör Litos! —exclamó Briamor—. ¡Son cañones, te digo!

—No permitiré que destruyan lo que acabamos de construir —masculló Vanegrio—, por mucho que no puedan destruirla, aunque sólo sea dañar su belleza.

—Por toda la belleza del mundo, Vanegrio… no te excedas —pidió Ellör.

—Belleza, dices —exclamó Vanegrio—. Admira pues la belleza de

la sangre en el suelo, de los huesos quebrados, los rostros desfigurados por el poder que emana de mi voluntad…

Y diciendo eso, se lanzó hacia la puerta, pasó junto a Elman Karas, que acababa de incorporarse, entumecido aún por los golpes de la piedra sobre su cuerpo, y dando un salto giró sobre sí mismo como un carrete de cuerda, los brazos en aspa, y cuando cayó entre los hombres aquellos cortaron las carnes como si fueran cuchillos. La sangre brotó con fuerza y brazos y cabezas salieron despedidos por el aire, y hubo aullidos y gritos, pero Vanegrio siguió moviéndose, sus dos brazos tornados en cuchillas cuyo filo no había conocido el mundo, y cortaban los ropajes y las sogas y los mangos de madera y marfil de las armas y el hierro de las hachas y todo lo que tocaban.

Mientras tanto, Elman se lanzó a la carrera entre los hombres. Era una roca despeñada cayendo por la falda de una ladera, imparable, retumbante; a todos apartaba a su paso. Su objetivo eran los cañones, situados atrás, a cierta distancia. Pero mientras corría, el cañón retumbó con vociferante vehemencia, y el proyectil partió por el aire a gran velocidad. Esta vez fue Briamor quien blindó la fachada con un escudo, y el enorme bolaño chocó contra ella y se quebró en pedazos mil sin provocar daños.

Fue el último disparo de la bombarda. Elman llegó hasta los cañones y los hundió en la tierra de un solo golpe, y quedaron partidos e inutilizados para siempre, sus componentes quebrados e inservibles. Seguramente con ánimo de frenar al monstruo, alguien prendió la pólvora que utilizaban para disparar los bolaños, que estaban allí apilados en una carreta. Un acto suicida pero, a la vista de las circunstancias, ese alguien debió pensar que era mejor morir de repente que con dolores atroces en el cuerpo. Eran siete sacos de pólvora negra de Malacia en total, suficiente para siete disparos más. La explosión hizo retumbar todo el valle, y hasta los vidrios de los ventanales se estremecieron, pero sin romperse. Elman, en su forma pétrea, salió despedido por los aires, una roca con brazos y piernas y una expresión de vértigo y sorpresa en el rostro; y otra vez saltaron trozos cercenados de los piratas y los corsarios que allí había en una fuente dislocada de sangre y otros fluidos corporales.

Fue en ese momento cuando el cielo se llenó de fuego, conformando un círculo casi perfecto; un palio ígneo se creó como un techo flamígero sobre las cabezas de los hombres, que aún se contaban por la decena, y que miraron hacia arriba atemorizados.

—¡DETENEOS! —bramó una voz colérica que sonó iracunda y bravía como el eco de las montañas. Había tanto poder en ella que todos se quedaron como la voz ordenaba: tan inmóviles que parecían

congelados—. ¡Deteneos os digo, o haré descender el fuego sobre vuestras cabezas, y todos sin excepción moriréis hoy y aquí!

Y cuando giraron las cabezas hacia la torre, vieron a uno de los brujos, de pie sobre las rocas que habían caído de la fachada, con los brazos extendidos, encerrado en un aura dorada que lo hacía parecer luminoso y brillante. Incluso Vanegrio Llamaviva se detuvo, con la palma extendida hacia el cuerpo de un corsario con las costillas hundidas y aplastadas sobre su corazón y sus pulmones por un solo gesto de su mano.

—¡Escuchadme ahora, pues sólo lo diré una vez! —añadió—. ¡Esto que veis aquí no es lugar para hombres, sino para hechiceros, y por nombre tiene Luz del Oeste! Ningún hombre entrará en ella sin el firme propósito, la dedicación y el compromiso de dedicar largos años de estudio y comprensión del mundo y de todo cuanto en él hay. ¡Y ése os digo es su propósito y no otro!

Los hombres se quedaron mirándole, estupefactos. Algunos ni siquiera comprendieron parte de lo que acababa de decir.

—Marchaos ahora y vivid, pues no tenemos ningún asunto con vosotros ni con vuestra ciudad y, si queréis, hoy nos diremos adiós y no volveremos a vernos así vivamos diez veces mil lunas todavía, que todo lo que tenemos que hacer es dentro de la torre, y no fuera, y vuestra ciudad no nos interesa ni nos acercaremos a ella. Mas si queréis vivir mejor, ¡escuchadme!

Hizo una pausa intencionada antes de continuar:

—Dentro de dos lunas tendremos aquí una pequeña comunidad de estudiantes. Cuántos, aún no lo sé. Pero necesitaremos alimentos… Pan de trigo, o pan de avena y centeno si no podéis conseguir otra cosa. Leche, quesos y miel. Sal. Coles, remolachas, ajos y zanahorias, limones, naranjas amargas, pomelos, membrillo y carne. Pero también agua dulce de río, la que podáis transportar hasta aquí, pieles, cueros y calzado, y otras mercancías como carbón, agallas de roble, raíces de mandrágora, musgo de sangre, ginseng, seda de araña y otras más extrañas si podéis conseguirlas, como cenizas sulfurosas o sombra de pantano. ¡Traednos todo eso y otras cosas y haremos buenos tratos!

Vanegrio lo miraba perplejo mientras el silencio se hizo en el valle. Todas las miradas estaban puestas en el maestro Briamor, y por sus expresiones no se podía decir qué pensaban. Elman Karas se incorporaba lentamente en el cráter negruzco y desolador que había dejado la explosión, su cuerpo todavía transmutado en piedra, y también le dirigía una mirada de sorpresa.

Una mano se levantó tímidamente entre la multitud.

—¿Y con qué pagaréis? —preguntó con prudencia el propietario

de la mano.

—¡Acero! —respondió Ellör, adelantándose a Briamor y levantando los brazos—. ¡Y uno aún mejor que el acero Baldus!

Las gentes de Barrador se quedaron mudas.

El acero se conocía, pero no se veía mucho porque el proceso de su creación era en extremo complicado y, de hecho, se lo conocía como hierro palatino, pues sólo aquéllos con numerosos recursos a su disposición podían fabricarlo. Existía por entonces un espadero de segundo nombre Baldus que fabricaba acero siguiendo un tratamiento muy elaborado, con técnicas de forja y templado casi esotéricos. Cada hoja que producía requería varias lunas y la colaboración de un equipo de artesanos, y empleaba la mejor calidad de la arena de hierro, que era muy distinta según de dónde proviniese. Cierta cantidad de esa arena se mezclaba con otros elementos de diferentes calidades en un horno de arcilla alimentado con carbón en cantidades muy precisas, y se vigilaba y se removía por espacio de diez días, sin descanso, aportando carbón según se necesitase para obtener el calor idóneo, constante, hasta que en el interior del horno se formaba un bloque de algo parecido al acero que se podía extraer, únicamente, rompiendo el horno. De ahí se separaban las partes más alejadas del centro, por haber recibido más oxígeno, y esas partes se mezclaban y se unían entre sí con técnicas de fuego concentrado hasta dieciséis veces, usando forjas para ello. Todo eso requería tiempo, días y noches por espacio de tres lunas, y producía poco acero y mucho residuo inservible, y eso significaba muy pocas espadas. Pero esas espadas se vendían por auténticas fortunas, caravanas de carruajes llenos de recursos que incluían cosas como telas exóticas, oro, plata y otros metales escasos y difíciles de obtener y depurar.

Por ese motivo, la mención del acero provocó que todos se quedaran inmóviles.

—¿Podéis hacer eso? —preguntó alguien más.

—He ahí un hombre que era como vosotros o como yo, y ahora su piel es de piedra, su carne es de piedra, y sus tripas todas y su sangre piedras son —dijo Ellör—. Y arriba en el cielo hay un techo de fuego que se alimenta sólo del aire, sin nada que lo sostenga. Y ese hombre de ahí os ha cortado las hachas en dos usando solamente los brazos y las manos desnudas… ¿y aún nos preguntáis si podemos fabricar acero, y uno con la misma calidad que la que produce la casa de Baldus?

Un rumor se extendió entre los hombres, que hablaban unos con otros en voz baja, y a ello se entregaron todavía por un rato. Al fin, uno de ellos se adelantó de entre los demás.

—Trato hecho —dijo.

—Volved en cinco noches con los primeros recursos que podáis reunir, y haremos tratos —dijo Briamor.

Y dicho eso, se marcharon, reuniendo a sus heridos y llevándoselos con ellos, y algunos recogieron los cadáveres de sus amigos o aun sus familiares y se los llevaron también, cargándolos sobre los hombros; pero a otros, que quizá no eran recipientes de la simpatía de los demás, los dejaron allí, entre los trozos varios que quedaron diseminados por el campo de batalla.

Se reunieron los cinco en las escaleras, mientras Briamor miraba ceñudo a los hombres marchar. Elman Karas había abandonado su piel pétrea y volvía a ser un hombre de carne y hueso, desprovisto de cabello, con las cejas bien pobladas, y el anillo de fuego se extinguió de pronto como con un suspiro sin dejar rastro de humo.

—¿Qué has hecho, viejo loco? —exclamó Vanegrio colérico—. ¿Por qué has ofrecido a esa morralla tales cosas si podíamos simplemente erradicarlos y barrerlos de la faz de la tierra, a ellos y a su ciudad?

—No seas bestia, Vanegrion Llamaviva —protestó Briamor—. Y sobre todo… ¡usa tu cabeza, y que la sangre riegue tu cerebro y no la violencia que inflama tu corazón y tus tripas todas! Pues estos hombres tienen familia, y hermanos de batalla y no de sangre, y amigos en otros puertos que buscarán venganza, y de este desatino de hoy y de esta sangre y estas muertes se extenderá la voz por todas partes y la Luz del Oeste no será reconocida como un centro de estudios para la hechicería, sino como otro de esos lugares desoladores donde se erigen reyes negros rodeados de cráneos y huesos y cuerpos caídos.

—Lo que dice el maestro Briamor es verdad —opinó Valas Ton.

—¡Y además quieres armarlos con el mejor acero que existe, acero de la casa de Baldus! ¡Dime por qué les proporcionaremos vías y modos para la guerra! —estalló Vanegrion—. ¡Ellör, sesos secos, no tienes más cabeza que para sentarla en el trono de tu padre!

—De mi padre no dirás tú ni una cosa ni otra —le advirtió Ellör levantando un dedo hacia él.

—Calmaos —exclamó Briamor—. Pues Ellör ha sido más sensato de lo que piensas. Esos hombres que has visto no viven para la guerra ni para la muerte ni ninguna de esas cosas en las que piensas. Esas cosas que hacen, las hacen para conseguir recursos, comida, fermentos de cebada y de trigo, techos sobre sus cabezas, o un barco propio con su tripulación si lo que se les mueve dentro del cuerpo es el oleaje y la sal marina. Al hablarles de un pago tan cuantioso, Ellör los ha atado a

la torre. Los ha comprado. No buscarán su destrucción, sino que la honrarán y la protegerán, y mantendrán el secreto de este comercio entre ellos y nosotros en secreto, para que otros no se beneficien de él y eso haga bajar su valor, como ocurre cuando la cosecha de manzanas es demasiado abundante, que el valor de la manzana disminuye.

Vanegrio sacudió la cabeza.

—¿Acaso debo recordaros que hemos matado como a cien de los suyos? ¡Buscarán venganza!

Briamor negó con la cabeza.

—No creas que sus mentes o sus corazones son como los nuestros, Vanegrio —dijo—. Por menos de un salario les he visto yo traicionarse y arrebatarse la vida unos a otros, padre contra hijo, hermano contra hermano, sí, pero escucha: mientras tengan fortuna en la mano tendida hacia ellos, la honrarán, eso digo, a menos que tengan la oportunidad de cortarla, pero antes volarán los peces por el cielo que puedan hacer algo contra nosotros, y por eso estaremos a salvo.

—También yo lo creo —opinó Elman Karas pensativo.

—Era mucho más sencillo de la otra manera —exclamó Vanegrion, todavía contaminado de ira—. ¡Pues escuchadme, ni un solo cuchillo de mondar esas manzanas que dices transmutaré yo en acero para ellos!

—Es más fácil y rápido transmutar hierro en acero que conjurar esos alimentos y recursos que nos traerán —opinó Valas Ton tras su máscara de madera—. Eso es seguro.

Vanegrio iba a decir otra cosa cuando Ellör señaló hacia arriba con expresión sorprendida.

—¡Que los dedos de mis pies se conviertan en pezuñas y me halle yo berreando entre encinas! —exclamó—. ¡Mirad! ¡Mirad ahora y arriba!

Miraron todos y descubrieron algo inaudito: en el pináculo de la torre brillaba ahora un pequeño sol que era imposible de mirar con los ojos sin tener que apartarlos, redondo y brillante.

—Que me arranquen las venas una por una —soltó Elman— si eso no es la luz que habías vislumbrado en tu visión, maestro Briamor.

—¡Lo es! —exclamó éste, confuso—. Pero… ¿quién…? ¿Cómo es que está ahí, a la vista, si ninguno de nosotros la ha…?

Ellör miraba el campo de batalla, los restos de los marineros caídos, los trozos de sus cuerpos, la sangre que manchaba el suelo y lo había vuelto rojo y negro a partes iguales, las manchas de tizne producidas por el fuego, el socavón dejado por la explosión. Y miró todo eso y miró la luz sobre la torre, la Luz del Oeste, y suspiró sin

atreverse a decir nada, porque mucho intuía, y de lo que intuía, nada era bueno.

Y ninguno dijo nada, pero todos lo intuyeron también, sobre todo Briamor, que sabía que al lugar lo llamaban el Quebranto, y que allí se sentía un helor atroz en el alma, y se veían ojos en la oscuridad y sonidos como de espectros arrastrándose por las rocas. Y se preocupó y frunció el ceño, y se dijo que tendría que pensar mucho en ello, porque...

Porque la Luz del Oeste había tenido su bautismo, y uno suficiente para encenderla, por añadidura.

Un bautismo de sangre.

Capítulo 7

La sombra en el muro

Llevaban juntos ya catorce días, o media luna, y en todo ese tiempo, Helga y Ellör no habían practicado ninguna hechicería ni él le había contado cosa alguna sobre cómo retrasar la muerte o evitarla por completo. Pero habían hablado largo y tendido sobre las cosas, sobre la vida, sobre el origen y el destino de ésta; y Helga había encontrado todas esas cosas tan fascinantes que se había olvidado de la posibilidad de hacer cosas como mover los brazos y conjurar cambios en la realidad.

Esa noche estaban fuera de la casa, como de costumbre, compartiendo unas *tatatas* calientes que Ellör especiaba con hierbas aromáticas y otras cosas como sal y trozos de carne seca que aún conservaba. Despedían un aroma caliente y perfumado que hacía que sus estómagos hicieran ruidos de anticipación.

En un momento dado, cuando las *tatatas* estuvieron ya cocidas y en su mano, Ellör pasó la palma sobre el fuego y lo extinguió. Era la primera vez que Helga le veía usar la Deriva desde que estaba con él, después del episodio en el río, y dio un respingo.

—¿Por qué apaga el fuego, maestro?

—Porque a menudo una luz demasiado brillante no te deja ver el resto de las cosas que tienes alrededor y, recuerda algo, muchacha…: las cosas más valiosas y hermosas no intentan brillar tanto, permanecen en segundo plano.

—Eso no lo entiendo yo, maestro —dijo ella.

—Come entonces tu *tatata* y que te aproveche, que en un rato, cuando hayas terminado, comprenderás.

Helga no dijo nada, porque había aprendido que siempre era mejor hacer caso a su maestro. Y eso hicieron, comieron en silencio toda la carne de la *tatata* y hasta la piel, y cuando hubo terminado, Ellör asintió satisfecho.

—Ahora que tus ojos se han acostumbrado a la oscuridad, mira arriba.

Y Helga miró. Ahí estaba el firmamento, lleno de estrellas, y la luna verde en lúnula menguante parecía una uña o una sonrisa torcida y confiada, según se mirase, que en la oscuridad de ese rincón del mundo centelleaban todas como si las alimentasen hogueras eternas.

—¿Qué quiere que vea, maestro?

Ellör suspiró.

—Pues mucho preguntas tú sobre las ramas y las hojas y todo cuando crece en el mundo para que ahora te presente yo el mayor espectáculo que existe y preguntes qué hay que mirar.

—Estrellas he visto muchas durante toda mi vida. También la luna. ¿Qué tienen de especial las de hoy?

—Y al mirarlas, ¿nunca te has hecho preguntas? —quiso saber Ellör.

—Pues… Sí, eso creo. Al principio, me parece, cuando era más pequeña. Recuerdo que me preguntaba yo qué serían, y de qué estarían hechas para brillar tanto.

—¿De qué crees tú que están hechas?

—De fuego, supongo.

Ellör sonrió.

—Pues la mayoría brillan no porque estén hechas de fuego, sino porque reflejan la única luz que hay en el firmamento: ¡el sol!

Helga lo miró confusa.

—Pero maestro… es de noche. El sol no está ahora en el cielo.

Ellör soltó una carcajada.

—¡Pues deberíamos haber tratado antes este tema, pues por lo que veo tienes en la cabeza un lío de un tamaño considerable!

Helga arrugó la frente.

—Pues… ¿en qué me equivoco, maestro? ¡Todos los días veo el sol esconderse, y salir de nuevo cada mañana!

Ellör soltó una carcajada, pero después de eso le explicó con mucha paciencia cual era la naturaleza de las cosas y dónde estaba el Sol y qué era, y cómo el mundo se movía alrededor de éste y no al revés; y le habló de la luna y de su papel, pues de esos temas había estudiado mucho y observado más, gracias al observatorio de la Luz del Oeste, y había aprendido muchas cosas que le sirvieron y le dieron un conocimiento amplio del mundo.

Helga estaba asombrada. De repente, cuanto había en el cielo lo veía ahora con ojos nuevos y escrutadores, y se sintió pequeña, muy pequeña, y se preguntó si en alguno de esos soles y mundos que observaba no habría otra Helga sentada, mirando hacia arriba,

preguntándose si ella existía.

—Pues había oído yo antes que este mundo no era tan plano como parece —dijo la muchacha—, pues se dice que los marinos que navegan mucho y a menudo hacia el este acaban por encontrarse al oeste de todo cuanto han viajado, y que eso no es cosa de ensalmo, sino de que el mundo tiene la forma de una naranja.

—¿Y eso te extraña?

Helga asintió.

—Mucho, maestro. Pues es raro pensar en el mundo como en una naranja… pero es verdad que la luna redonda es en el cielo, y también el sol…

—¿Y no piensas, como otros bellacos, que tal cosa es un sinsentido porque nos caeríamos al vacío según fuéramos andando hacia uno u otro lado?

—No, maestro —respondió ella—, pues no he oído de nadie que se haya caído hacia ninguna parte en ningún sitio, ni haya nada en el mundo que salga despedido hacia el cielo. Que esas cosas se sabrían por todas partes.

Ellör asintió.

—Pues bien pensado está eso —dijo—. Utilizar la observación común para sacar conclusiones… No me opondré a eso. Pero escucha, que es así: hay una fuerza en el mundo que atrae las cosas hacia él, debido a su tamaño. Tanto más tamaño, más se atraen. Y ahora la parte divertida y bien curiosa de todo esto: todos esos mundos y soles y astros que ves arriba, se disponen en cuidadoso equilibrio, atraídos unos por otros, moviéndose juntos en un baile eterno.

—Oh.

—Uno atrae a otro, pero como a este otro también lo atrae el de más allá, ese mundo se queda en el centro, girando unos sobre otros, siempre moviéndose. Por eso vemos el sol por la mañana y dejamos de verlo por la noche, pues también este mundo nuestro gira a su alrededor. Y mientras el sol ilumina un lado, el otro, el que le da la espalda, está a oscuras. Y por eso ves la luna iluminada, porque el sol le da de lleno, ahí arriba, aunque a nosotros no nos llegue.

—En… entiendo… —asintió ella despacio—. Pero, maestro… ¿cómo… cómo se creó todo eso?

Ellör soltó una carcajada.

—¡Buena pregunta! —dijo—. Pues ni los más sabios de entre los sabios, y de ésos conocí algunos en tiempos, se han puesto de acuerdo en tal cuestión. Hay tres posibilidades: o las cosas se crearon solas, o alguien las creó, o siempre han existido. ¡Y no sé cuál de esas posibilidades es más inquietante! —añadió riendo.

Ella asintió pensativa.

—A lo mejor fue un hechicero —susurró—. Sin duda sólo un hechicero podría crear algo así: el Gran Maestro de la Deriva.

—Es posible —dijo él—. Es posible que alguien así exista en algún otro mundo, pero no en éste, por lo que sé, y de eso sé una o dos cosas. Pero antes de pasar la noche haciéndonos preguntas que no podemos, por ahora, contestar, dime… si pudieras sacar uno solo de esos mundos de su sitio, ¿qué crees que ocurriría?

—No… ¡no lo sé! —exclamó ella.

—Pues que tendrías una destrucción sin precedentes como no la ha conocido jamás el hombre. Más que una destrucción, una… devastación. Mundos enteros cambiarían repentinamente de posición, moviéndose a velocidades que destruirían toda montaña y todo árbol existente en ellos. Chocarían entre sí con una fuerza que haría palidecer los volcanes, y nada en ellos, ni siquiera la tierra de esos mundos, quedaría entera.

La muchacha miraba hacia arriba con cierto resquemor.

—Es el Equilibrio, Helga, muchacha. Entiende bien esto porque es importante: no hay una fuerza mayor, en este mundo o en otros, o en el negro vacío que nos rodea. Del Equilibrio hemos hablado otras veces, pero tienes que entender que la hechicería no se escapa de esos planes. Si conjuras algo, cualquier cosa, si haces un cambio... el mundo se dará mucha prisa por compensar ese cambio. Entiende eso, pues es importante.

—S-sí —balbuceó ella.

—Pues bien —añadió Ellör—. Que por cierto hay una proporcionalidad en las cosas. Si arrancas una flor en este campo, el mundo absorberá ese cambio con facilidad. Las flores sostienen la vida en este mundo, pero... ¿una de ellas? Pues por cierto que tendríamos verdaderos problemas si la pérdida de una flor fuese un problema. El Equilibrio es sabio, y juega con elementos sobrantes, como quien hace un viaje de varios días y lleva en su equipaje más agua de la que necesita. Puede perder un odre, puede perder dos, puede extraviar diez, que aún tendrá bastante para sobrevivir.

Respiró hondo y miró alrededor, pensativo.

—Coge estos árboles, por ejemplo. Puedes talar uno para hacerte un banco, una mesa y unas sillas. O puedes talar veinte y hacerte una casa. Y no ocurrirá mucho. Pero si talas todos los árboles de este bosque… el Equilibrio, o la Deriva, como prefieras tú llamarlo, empezará a moverse. Si talas diez bosques, empezarás a hacer cambios profundos. Lentos, sí, pero cambios, pues la vida de un hombre es efímera y para la Deriva no es sino un pestañeo, y aunque segura, se

toma su tiempo para reaccionar. En ocasiones, los cambios que hacemos hoy afectarán a los hombres y mujeres del mañana, y afectarán a la manera como se mueve el aire a nuestro alrededor, a la quietud de las montañas, al número de pájaros en el cielo, y al agua que bebemos y de la que dependemos. Ten eso... siempre presente.

—Sí, maestro —asintió ella.

Maestro.

La palabra despertó ecos en su memoria, pero como hacía siempre, sacudió la cabeza y los relegó otra vez al fondo de sus recuerdos.

—Te hablo de este Equilibrio —añadió despacio, hablando ahora en voz baja— porque afecta al Bien y al Mal. No creo que en el Equilibrio exista esa diferenciación… en todo caso, el Bien y el Mal son partes de la misma cosa, como ingredientes de un guiso, el cual no puede ser sin una cosa o la otra; agua y miel no pueden formar hidromiel si no se tienen los dos. Los dos conceptos se... equilibran, como cosas de un mismo peso cuando las colocas en los extremos de una balanza.

—Pero el Equilibrio es bueno por naturaleza, maestro…

—Eso depende de los ojos con los que lo veas —repuso Ellör—. Algunos animales paren seis hijos, pero la madre se come a dos de ellos. Podrías decir que eso es el Mal porque, a nuestros ojos, es horrible. ¿Se te ocurre algo más espantoso que devorar a tu progenie?

—No… —dijo ella horrorizada.

—Pero he aquí que lo hacen para tener fuerzas y poder así alimentar a los otros cuatro. Si no lo hiciera así, no sobreviviría ninguno de ellos, y si piensas eso… si piensas eso quizá te inclines a pensar que eso es el Bien. No puedes mirar a un animal y saber cómo se siente, pero a lo mejor lo hace con dolor de corazón y lágrimas del tipo que se vierten por dentro, y no por fuera. ¿Sabes cuáles te digo...?

—Sí —susurró ella.

Ellör asintió.

—Casos así ocurren todos los días y todas las noches, por todo el mundo. Y estoy seguro de que cosas así ocurren en todos esos mundos de ahí arriba —dijo, señalando con el dedo hacia el firmamento—. Un granjero cultiva zanahorias, es lo único que tiene para alimentar a su familia y, para más señas, son muy pocas. Pero durante la noche, un conejo roba las pocas zanahorias que quedan y se las lleva. Dime, ¿eso es el Mal?

—Diría, maestro, que eso es la Deriva.

Ellör sonrió.

—¿Por qué?

—Porque la Deriva es Equilibrio —dijo la joven—, y el conejo, con seguridad, llevó las zanahorias a sus crías, en su madriguera, y las alimentó con ellas, y gracias a eso sobrevivieron.

—Escucha, muchacha… ¿estás diciendo acaso que los conejos son más importantes que la vida de un granjero y su familia?

Ella pensó durante unos instantes.

—Diría que es lo mismo, en los dos casos. Unos viven y otros mueren, de la misma forma que unos podrían morir y otros vivir. Lo triste sería que, habiendo zanahorias, los conejos y los granjeros se pelearan por ellas y murieran ambos, granjeros y conejos. Pero sobreviviendo unos al menos, el Equilibrio… fue complacido.

Ellör no dijo nada por unos instantes. Empezaba a hacer frío sin el amor de la fogata, incluso para él, pero en su interior se encendió una llama que arrojaba un calor tibio escuchando hablar a la muchacha.

—Estoy orgulloso de ti —susurró.

2

Amanecía aún, y Helga aparecía en la puerta de la cabaña con un talego de leña al hombro.

—Por todas las aves en el cielo, niña —exclamó—.¡Que si lanzara un hechizo de fuego sobre ti, tendría fogata y desayuno al mismo tiempo!

Helga rio.

—Pues, ¿a qué hora abres tú los ojos? —siguió preguntando él—. Que anoche se nos hizo tarde ahí fuera y ahora vienes con leña para todo un día, parece. ¿De dónde sacas las fuerzas?

—¡Del bosque, maestro! —respondió ella, fatigada pero exultante —. ¡De los árboles! ¡De la vida! ¡De las ganas! ¡Hasta de usted!

Ellör pestañeó repetidas veces y soltó una carcajada tan estruendosa que unos pajarillos que apenas despertaban al día abandonaron sus escondites entre las ramas y salieron volando.

—¡Qué cosas tienes, muchacha! ¡En verdad lo digo! ¡Pues pasa dentro, vengas de donde vengas hoy, que lo mismo duermes en una zanja que sobre el musgo de una raíz, y una cosa te digo, come hoy bien y recupera fuerzas, que tengo una lección importante para ti!

—Una lección importante… —susurró ella—. ¿Lo ve, maestro? La vida. Las ganas. Usted.

Ellör sonrió. O mucho se equivocaba o la muchacha había experimentado un cambio importante en el tiempo que llevaban juntos. Era, sin duda, una alumna aventajada, pero hasta qué punto… Eso lo verían esa misma mañana.

Desayunaron juntos, un cuenco de leche hervida y pan de trigo, para variar, con la nata que obtuvieron de la leche y, aunque eso era bastante para cada día, Ellör insistió en servir un poco de *gruel* a la muchacha, que era una especie de potaje hecho de harina de avena y centeno cocido en la misma leche que habían bebido. Ellör lo preparaba espeso, con bellotas, y un poco de un ingrediente secreto del que tenía ya poca cantidad y del que Helga no había oído hablar nunca, y que él llamaba azúcar.

—No hay ninguna otra cosa que dé tanta energía como el azúcar —dijo—. Pero cuidado con él, pues cuando le encuentras el gusto, querrás un puño lleno de él en la boca, y luego querrás uno cada día.

—¿Y cuál es la lección? —preguntó ella.

Ahí, la sonrisa de él se desvaneció un tanto, y ella lo notó, pues dejó de hacer viajes con la cuchara entre el plato y su boca. Se quedó mirándola con esa mirada inquisitiva con la que solía mirar, que no le hacía falta de preguntas ni media.

—Impaciente te veo —dijo él, ahora esquivo—. Termina. Termina y veremos.

Corría una suave brisa otoñal que anunciaba, muy a las claras, la llegada del invierno. Fría, pero no demasiado todavía, y fresca y renovada, como si ese aire no fuera el que se arremolinaba por costumbre en el valle, sino que descendiese directamente de las montañas; y el bosque… el bosque se desperezaba todavía, pues aún era temprano incluso para la vida rural de Peleas.

Ellör suspiró largamente. El aire que salía de su cuerpo formaba una pequeña vaharada.

—Muchacha —dijo—. ¿Confías en mí?

—Claro que sí —respondió ella con rapidez.

Él asintió.

—¿Llevas tu arco? —preguntó.

—¿Mi…? Sí. Lo llevo siempre conmigo.

—¿Y flechas?

—Las cuatro que son mías —afirmó.

—¿Un cuchillo?

—Un hacha de mano —dijo ella—. La prefiero.

Ellör asintió.

Entonces abrió las piernas y movió los pies con suavidad, como si buscara la posición idónea, específica. Un poco después movió los brazos lentamente, describiendo movimientos que alguno podría interpretar como un baile, y esos movimientos se aceleraron hasta el punto de que Helga tuvo que pestañear para seguirlos, porque le había parecido que el hechicero tenía ahora tres manos, con la palma extendida, y luego creyó ver más brazos de lo normal debido al movimiento. Pero estaba aún intentando comprender eso cuando una luz brillante y morada se creó en el aire, a su lado, con la forma de un óvalo. En sus bordes cimbreaban estrías luminosas que parecían algas marinas meciéndose con la corriente. Helga trastabilló, sorprendida.

—Esto es un truco —dijo Ellör—. Un simple truco, pura magia de feria de ganado, pero que, como puedes ver con los ojos tuyos... funciona. No pierdas tiempo con el engaño, concéntrate en el destino.

—Maestro… —titubeó ella—… no sé qué espera que haga.

—Crúzalo —dijo—. Cruza el atajo. Alcanza el otro lado.

—¿Quiere que lo… cruce? —preguntó la chica.

—Sí.

Y Helga, sin dudarlo un instante, cruzó.

Lo primero que notó fue el cambio de temperatura. Su cuerpo protestó, obligándola a sacudirse con un escalofrío. Lo siguiente, el cambio de la intensidad de la luz. Sus pupilas no habían tenido tiempo de adaptarse, así que se encontró dando un par de pasos a ciegas, sin ver nada más que un rescoldo púrpura en el fondo de su visión. Luego, una nueva imagen comenzó a formarse ante ella.

Estaba en una suerte de castillo, o en el sótano de él, si bien el techo se encontraba abierto y el ambiente era del todo nocturno. Toda la escena se encontraba teñida de tonos azulados y la luna en el cielo no ayudaba a darle otra tonalidad al conjunto. Pero la piedra era vieja y desgastada, y estaba recorrida por estrías, quiebros y requiebros, y las enredaderas crecían por ellas dejando un montón de raíces raquíticas y medio secas, y como afectas por alguna enfermedad de ellas, pues eran negras y apenas tenían hojas y, si las tenían, eran pardas y diminutas.

Helga tuvo la sensación de que allí había habido una batalla, pues faltaban trozos en el techo y junto a las paredes había piedras amontonadas como si alguien hubiera apilado allí las que faltaban del suelo y las paredes, también de los altos techos, para que entorpecieran el paso.

Y había escaleras que se interrumpían abruptamente y varios corredores partían de allí bajo arcos amplios y desnudos.

Eso veía, pero la pregunta era… ¿dónde estaba?

Se volvió para mirar atrás pero allí sólo había una pared, sin ningún rastro de la luminosidad morada que había cruzado. Extendió un brazo y tocó la piedra, pero aparte de fría como la piel de un muerto, era solamente piedra, y no se pasaba a través de ella ni conducía a ningún lado.

«Pues bien —pensó—, que si he venido aquí por un camino, y ese camino ya no existe, tendré que salir por algún otro.»

Movió el brazo y cogió su arco, que ensambló con rapidez, y en la cuerda preparó una de sus flechas, y miró con cuidado a uno y otro lado. Estaba atenta, pero no sentía miedo alguno, que si hubiera amanecido en aquel lugar como por arte de magia, de repente, sin recordar cómo había llegado, su ánimo sería otro; pero sabía que era una prueba de su maestro Inco Waren, y por tanto, imaginaba que el peligro no sería real. Como mucho doloroso, pero no letal.

De cualquier modo, estaba determinada a hacerlo bien. Era lo que quería, superar la prueba, y que su maestro confiara en ella y la hiciera avanzar por los senderos de la hechicería.

Avanzó por los sótanos con los techos pulverizados y por encima de ellos vio tierra amontonada y, por encima de ésta, a su vez, divisó

la parte de una casa destruida. Las maderas eran negras y mohosas, como si llevaran allí mucho tiempo bajo la lluvia y la intemperie, y parte de esa casa se había precipitado hacia el suelo y se había quebrado en trozos muchos, y vio los tablones pequeños de un barril y hasta la cinta que los mantenía en su sitio, y restos como de muebles y cajas y los restos irreconocibles de trapos y telas y otras cosas.

Pero, cuando siguió por el pasillo y superó una entrada, algo hizo un ruido en su cabeza, un crujido contenido y seco como el de una piña que se quiebra de la rama que la mantiene para dejarla caer al suelo. Confusa, retrocedió un par de pasos.

No. Estaba bien. El muro estaba ahí, y la arcada grande por la que había pasado también. Pero al volver a superarla…

ZAS.

Ahí estaba otra vez el efecto óptico que la había confundido. El muro había desaparecido. Volvió a retroceder, y aparecía de nuevo. De pronto cayó en la cuenta: no es que desapareciese, como había pensado al principio, es que sólo se veía uno de sus lados, y por el otro era invisible a los ojos. Eso pensaba, pero cuando extendió la mano, pasó a través sin problemas.

«Que me cambien la sangre por arena y haga yo ruidos blandos al caminar», pensó.

El muro sólo existía por uno de sus lados.

Ese artificio lo encontró cada vez más a menudo mientras avanzaba. Un corredor llevaba a un sitio al caminar, y cuando lo recorría en sentido contrario, llevaba a otro sitio. Lo mismo ocurría con las escaleras: no llevaban al mismo lugar al subir por sus tramos que al descender por ellos, y lo que veía cambiaba.

Un buen rato estuvo moviéndose por esos lugares extraños a los sentidos, sin desplazarse realmente del lugar, pues avanzaba, giraba a la izquierda, y luego giraba dos veces más y regresaba al mismo sitio, más o menos, aunque lo que veía era otro lugar.

En algunos encontró un símbolo luminoso que brillaba con luz amarillenta, a veces anaranjada, engastado en la pared. A veces estaba cerrado con bandas de hierro y a veces no pero, aunque despedía luz, Helga no encontró en sus proximidades el abrigo del calor, ni siquiera tibieza. Pero el símbolo era siempre el mismo cada vez que lo encontraba, y pensó que en otro tiempo fuera acaso una sencilla luz que iluminase aquellas galerías, oscuras a buen seguro, y que por lo tanto las luces debían marcar el camino real y separarlo de las ilusiones, y decidió seguirlas.

Esa decisión la llevó a salas nuevas, con pasarelas de piedra gris y fría levantadas sobre abismos donde las paredes eran frías y eternas,

sin marcas o cortes, y sin escaleras por las que subir o bajar de ellas, sujetas con cadenas fuertes y gruesas como los brazos de Inco Waren. A veces circulaba por corredores donde había hileras de placas de hierro oxidado ribeteado en las paredes, y otras veía plataformas elevadas pasando por encima de su cabeza, sin que supiera a ciencia cierta cómo llegar a ellas. En todo punto había al menos tres o cuatro corredores por los que seguir camino, y por algunos descendía una corriente de viento suave que podía indicar una salida, pero también un roto en la pared o en el techo, y no podía tomarlo como una salida.

En otras salas encontró agua estancada, a menudo en canales de cierta profundidad, que circulaba junto a las paredes de piedra descolorida y lavada por el agua y el tiempo, y en ellas caían, también a veces, chorros de agua putrefacta que parecían ser excrecencias de algún tipo y que salían de grietas y agujeros en las paredes y el techo, y que olían como tales. En el agua flotaban grupúsculos negros de aspecto blando que temblaban con las ondas.

Sólo un poco más tarde encontró el primer cuerpo.

Era un cadáver. Sabía que era un cadáver, aunque fuera el primero que viera en su vida, tendido boca abajo en el suelo. Llevaba una ropa sencilla, aunque el tiempo y el contacto con el cuerpo y sus fluidos vitales la habían vuelto sucia y como deshecha en partes, y echada a perder. Una capucha le cubría la cabeza, y dio gracias a las estrellas por ello, porque o mucho se equivocaba o ese cadáver llevaba mucho tiempo allí, y estaba segura de que su cara, su cabeza toda, era un espanto rojo desvaído. Pero cuando se alejó de allí a toda prisa por la impresión de ver un muerto y por el fuerte olor dulzón e intenso que desprendía, encontró otros cuerpos más adelante y aún otros más allá, bultos desmañados en cualquier posición, alguno con la ropa como quemada y pegada al cuerpo, y en el suelo y en las paredes localizó marcas alargadas como de arañazos, o impactos de flecha o lanzas, y socavones profundos, como si las piedras hubieran sido alcanzadas por un impacto grande, y alrededor y por el suelo vio marcas negras como las que dejan una fogata después de arder toda la noche.

O mucho se equivocaba, o allí se había combatido.

«O son discípulos del maestro Inco que no superaron la prueba», pensó divertida.

Pero además de los cadáveres, estaba todo lo demás. No vio muebles, ni mesas, ni sillas, ni anaqueles o alguna otra cosa que le hablara del propósito de aquel cúmulo de espacios. Helga veía todo aquello pero no lo entendía demasiado bien. Todas aquellas salas interminables, húmedas, frías, no parecían servir para nada. Eran sólo

cámaras de todos los tamaños y disposiciones que se cruzaban y se entremezclaban entre sí, pues cuando recorría una sala y luego subía unas escaleras, fueran anchas o angostas, y llegaba arriba, volvía a recorrer la misma sala pero a una altura diferente, y veía cadenas y cuerdas podridas colgando del techo que tampoco parecían haber sido dispuestas allí sin razón aparente. Era un…

«Laberinto», dijo su mente.

No era ninguna otra cosa más que eso.

Había oído alguna historia sobre los laberintos antes, en el pasado, y sabía que eran lugares construidos con el único propósito de confundir y retrasar la marcha de quienes los recorrían, en un espacio pequeño. Pero de eso hacía mucho, y casi había olvidado la palabra. Laberinto. No recordaba con exactitud la historia en concreto… algo sobre algún rey o algún jefe del terror en alguna parte que había construido un laberinto para sus enemigos, o sus prisioneros, o sus esclavos quizá, sólo para diversión. No recordaba el cuándo o el quién, pero sí el qué, y a medida que caminaba había llegado a convencerse de la explicación. Era un laberinto. Y los laberintos se construían para confundir.

Recordó entonces que aquello era una prueba, y que como tal, se esperaba algo de ella.

«Encontrar la salida», pensó. Pero si se trataba de eso, se dijo luego, entonces la prueba sería como un juego de niños. Un divertimento excitante, algo lúgubre pero excitante. Podría ir marcando el camino, aunque no tenía la impresión de que los lugares que había recorrido hasta ese momento fueran los mismos y, por lo tanto, podía decir que no estaba desorientada o perdida, sino que avanzaba con lentitud.

«¿Llevas tu arco?», le había preguntado Inco.

Y lo llevaba, sí, aunque a medida que avanzaba había ido relajando la cuerda y ahora caminaba con el brazo caído y el arco cogido por la empuñadura, con la flecha en la otra mano.

«¿Para qué quería saber si llevaba conmigo mi arco?», se preguntaba. No es que tuviera que defenderse de nadie en ese sitio. No parecía ser ese tipo de prueba.

«¿Llevas flechas contigo?», le había preguntado también.

Miró la flecha en su mano.

El arco. La flecha.

«No estaba perdida, sino que avanzaba con lentitud», había pensado.

«Pero la flecha es más rápida», se dijo.

De repente, siguiendo una rara intuición, Helga colocó la flecha

en el arco y lo tensó, apuntó al pasillo que tenía delante y disparó.

La flecha cruzó el aire limpiamente, hasta que…

Desapareció.

Desapareció de repente, en el aire frío y sobrio.

Un sonido a su espalda le llamó la atención. Reconocía el ruido a la perfección pues lo había oído numerosas veces en el pasado, por mucho que allí sonara a metal y a piedra. Pero corrió siguiendo la orientación del sonido y terminó encontrando su flecha en el suelo, junto a una pared. Era la flecha la que había producido el repiqueteo.

Abrió mucho los ojos; estaba… estaba comprendiendo.

«La flecha es más rápida.» La flecha había destapado el engaño, había cruzado por uno de esos sitios que cambiaban según uno caminase en un sentido o en otro.

—Buena flecha —dijo en voz baja—. Buena flecha.

Su propia voz le sonó rara en medio de aquel silencio, roto únicamente por el sonido discurriendo mansamente por canales invisibles, detrás de las paredes.

«Los trucos son el engaño —pensó—. Y el engaño es el propósito del laberinto.» La flecha podía ayudarla a encontrar el camino más allá de ese engaño.

Ese pensamiento la animó, pero… pero sin duda la prueba debía ser otra cosa. Aquello seguía siendo un divertimento.

Durante un tiempo estuvo lanzando la flecha y recogiéndola por donde emergía. No siempre cruzaba un engaño, no obstante; a veces se comportaba solamente como una flecha ordinaria y cruzaba el aire de una sala cualquiera y aterrizaba al otro lado, pues por precaución no tensaba del todo el arco. Era bueno que hubiera reforzado la punta con hierro templado, y que la flecha estuviera hecha con madera de cedro, que no era de las más duras pero sí las más flexibles, y absorbían el impacto.

Repitió el procedimiento una y otra vez durante lo que le pareció una eternidad. Era repetitivo, y hasta aburrido, pero después de mucho lanzar y recoger, acabó llegando a una sala diferente. Era grande, enorme y angulosa y, entre barandillas de madera destruidas y quemadas y ventanas amplias como balcones, en ella se levantaba el marco de una puerta doble, sin hojas, pero en el umbral había una luminiscencia roja y brillante que le despertaba sensaciones ominosas.

«Mal lugar es éste, si alguna vez he visto alguno», se dijo. Miró hacia atrás, pero…

Frunció el ceño.

Allí sólo había, de nuevo y otra vez, una pared.

—Sapos y culebras —soltó.

Pero, al decir aquello, un gruñido reverberante y profundo se despertó en alguna parte, y de éste le llegó el eco contagiado de la sobriedad de las piedras. Helga había aprendido a distinguir el sonido de las alimañas en el bosque, sobre todo en el Páramo, que se abría, agreste, hacia el sur; y si había sobrevivido era porque había aprendido a relacionar el sonido de los gruñidos con el tamaño de la bestia que los profería. Había aprendido a saber cuándo podía quedarse, cuándo debía trepar a un árbol, o cuándo salir corriendo. Y, a juzgar por aquel sonido, Helga tenía ganas de retirar una piedra del suelo, meterse en el agujero, cubrirse de nuevo con la piedra y cerrar tanto los ojos como le fuera posible. Porque lo que fuera que había proferido aquel gruñido era grande. Era enorme.

Pero se quedó inmóvil, quieta, sin atreverse siquiera a respirar.

«Tonta, mentecata. ¡Imprudente! ¿Por qué no te has quedado callada?», se preguntó. Había roto aquel silencio sepulcral y había atraído la atención de…

De algo.

Un sonido arrastrado se deslizaba en el aire. Había algo por allí, en alguna parte, moviéndose lentamente. Una fricción rugosa y desagradable que conseguía ponerle el vello de punta. Helga miró su arco, pero no le pareció que fuese a servirle de mucho.

Miró alrededor con cierta desesperación, pues lo que se movía, se movía hacia ella, y ella era apenas una muchacha por mucho que hubiera aprendido a sobrevivir a los horrores del Páramo; comparado con lo que sentía ahora, aquellas experiencias parecían amables y hasta ingenuas, pues además del terror de estar en un lugar desconocido y lleno de artificios, sentía la fuerza de aquella cosa en sus adentros con tanta claridad como podía sentir la savia de los árboles y el néctar de las flores y las hojas caídas, y esa fuerza era despiadada, era terrible y era antigua. Descubrió, mientras miraba, unos restos de madera que debieron de haberse desprendido de un balcón, y en ellos divisó huecos que producían sombra por donde podía escabullirse. No se lo pensó mucho. Saltó hacia los restos y avanzó con rapidez pirueteando por el suelo, pues hacía tiempo que había descubierto que, de esa manera, hacía menos ruido contra suelos duros; en el lapso de un solo instante, consiguió colarse entre los restos de manera que se quedó allí arrebujada como una ardilla en el hueco de un árbol, el arco sobre el pecho. Pero jadeaba por la tensión, que no por el esfuerzo de hacer piruetas, y tuvo que taparse la boca con una mano para mitigar el ruido.

No veía lo que se acercaba desde allí, pero al cabo descubrió una sombra enorme moviéndose por la pared, una silueta

desproporcionada que abarcaba la sala y que se movía lentamente. Muchas sombras de animales había estudiado ella en el bosque, pero aquella no se parecía a ninguna. Forma no tenía, solo una proporción gigantesca que hacía que se encogiera, pues se percibía abyecta.

«Es una prueba», se dijo de repente.

«Sólo una prueba.»

Se había olvidado de la prueba. «¡Pues claro!», se dijo. Aquello no podía ser cierto ni real.

«¿Es otro... artificio? —se preguntó—. ¿Como el laberinto?»

Un engaño. Un truco. Una trampa. Y se imaginó a su maestro diciendo algo así como: «¡Pues escucha, muchacha, que en algunas situaciones no debes usar los sentidos sino otra cosa!».

¿Era… eso?

Pero no estaba usando los sentidos.

Estaba sintiendo, a través de su conexión natural con la Deriva, que ella había percibido tener siempre, aunque no supiera que se llamaba así.

¿Cuál era la prueba, entonces?

¿Una prueba de valor?

¿De astucia?

La sombra se acercaba, ya inevitable, y su presencia empezó a afectarla sobremanera. La sentía en la piel, en la punta de los dedos… la sentía en cada poro de la piel. Ya no pudo aguantar siquiera la respiración. Estaba a punto de gritar cuando oyó un sonido fuerte como el de un trueno seguido de otro colmado de ecos estridentes que la obligaron a cerrar los ojos, como si una montaña entera se hubiera resquebrajado y un millar de piedras enormes estuvieran golpeando contra el suelo. Y Helga abrió los ojos un solo instante, y a través de las maderas de su escondite vio algo que le heló la sangre en las venas: un tropel de rocas de la pared, que algo había derrumbado de un golpe u otra cosa, se precipitaba hacia ella, imparable.

Helga cerró los ojos y chilló mientras los tablones crujían y se quebraban. Y, después de eso, no supo más.

5

Seguía chillando cuando la zarandearon.

Helga se sacudió, moviendo los brazos con fuerza, como para librarse del alud, pero cuando abrió los ojos sólo vio los de su maestro, Inco Waren, que la miraban con perplejidad.

—¡Por todas las cosas que reptan, muchacha! —exclamaba él—. ¡Tranquila! ¡Estás de vuelta! —Y repetía—: ¡Estás de vuelta!

—Ma… ¡Maestro! —exclamó.

Miró a un lado y llegó a tiempo de ver cómo el círculo púrpura que había atravesado palidecía y perdía intensidad, desapareciendo de la vista.

Ellör se agachó y le puso ambas manos en las mejillas. Ella no comprendía, pero Ellör se examinaba la frente y encontró en ella pequeños rastros de sangre que emanaban de una herida superficial.

—Bien —dijo—. Se ha vertido sangre.

Sin embargo, había otra cosa. Ella estaba helada, muy fría, y eso le resultó extraño.

—¡Pero maestro! —exclamó Helga de repente—. ¡La sombra! ¡La sombra enorme, maestro Inco!

—¿Eso has visto? —dijo riendo—. ¿Una sombra?

—¡La sombra de algo gigantesco! —exclamó ella—. ¡Y el laberinto, y los artificios! ¡Creía que iba a morir aplastada!

—¿Qué dices, muchacha? —preguntó él—. ¿Qué artificios?

—¡Los artificios del laberinto!

Helga hablaba rápido, y en sus ojos bailaba la excitación, pero en su barbilla cabalgaba el miedo, según él creía, pues se movía como si tuviera vida propia.

Frunció el ceño.

«Un laberinto —pensaba—. ¿Y qué sabría esa muchacha de laberintos?»

—Espera, ¡espera te digo! —dijo de repente—. ¡Que por todos los gusanos que oculta la tierra vas a volverme loco! Levanta del suelo y entra en la cabaña conmigo. Encenderé el fuego, que parece que has cogido frío.

Ella asintió. Ahora que la temperatura normal había vuelto, podía decirlo: en aquel sitio de donde venía hacía frío.

—¡Una prueba cruel, maestro! —protestó.

Ellör frunció el ceño.

Helga se arrebujó bajo la piel que Ellör usaba para dormir. La había visto soportar los rigores nocturnos del bosque con la ropilla que vestía, a todas luces insuficiente para el tipo de rigores que harían que hombres curtidos y sanos se apresuraran a encender un fuego y arrimarse a él como ancianos ateridos con poca sangre en el cuerpo, y la había visto dormir a la intemperie, bajo las estrellas, sin que acusara frío alguno, pero ahora estaba como congelada, la piel fría y la nariz congestionada, y todavía se preguntaba por qué.

—Bueno, muchacha, ¿quieres un cuenco de sopa caliente? Pondré una yema de huevo y algunos granos de trigo para que te devuelva las fuerzas, que parece que vengas de correr por la nieve.

—No es frío de nieve, maestro —dijo ella—. Sino frío del sentir.

—Que me muerdan la lengua si comprendo eso que has dicho —respondió él mientras ponía el agua a hervir—. ¿Frío del sentir? ¿Pues a qué te refieres?

—¡Frío del sentir, maestro! Como cuando… como cuando hay algo en el aire que es denso, y oscuro, y desangela el ánimo y te sientes triste y apagada, y después, y sólo después, el bosque enferma por alguna rara afección que dura una temporada entera, hasta que se recupera.

Ellör arrugó la frente.

—¿Eso has sentido alguna vez?

Ella asintió.

—O cuando miras a las montañas y percibes que hay algo cruzándolas, aunque no puedas verlo con los ojos, pero lo sabes... y al día siguiente o a los dos días ves lobos bajando de ellas, como si huyeran, con el lomo erizado pero el rabo bajo, dirigiéndose a zonas que no son suyas, y sabes que tenías razón, que hay algo en las montañas. Pero a los dos días pasa, y todo vuelve a ser como antes. Los lobos regresan y te sientes otra vez mejor.

Ellör asintió. Sí, comprendía la sensación que ella describía, aunque no era algo habitual, más bien una rara intuición fruto de la experiencia más que de la hechicería, y ella era muy joven todavía para percibir esas anomalías de la Deriva.

—¿Tuviste esa sensación cuando cruzaste?

Ella sacudió la cabeza.

—Maestro… ¿Por qué…? ¿Por qué me envió allí? Era un sitio infame, oscuro y cruel… y… y realmente no me di cuenta hasta que vi los cadáveres y contemplé y oí la sombra en el muro…

—¿Cadáveres? —preguntó Ellör—. ¿Sombra en el muro? Mil millones de calaveras en un bote sin remos, muchacha. ¿Qué… qué has visto? Cuéntamelo todo. ¡Todo! ¡Desde que entraste en el círculo

hasta que saliste!

Helga asintió, y le habló de todo lo que había visto: las salas interminables y retorcidas, las cadenas, los muros que sólo se veían por un lado y no por el otro, los cadáveres y los artificios. Los símbolos luminosos de las paredes. Las cámaras inundadas con el agua putrefacta cayendo de las grietas en las paredes y el suelo, el truco de la flecha… y la cámara grande con el umbral luminoso, el grito y la sombra en la pared. Se lo contó todo, pues aún sentía el helor y la inquietud en el cuerpo y lo tenía todo muy reciente y se acordaba tan bien que casi parecía estar viviéndolo de nuevo.

Para cuando hubo terminado, tenía el cuenco de sopa caliente, pero se contentó con rodearlo con las manos para sentir el calor, pues tenía el estómago cerrado.

—¿Qué tipo de prueba era, maestro? —preguntó—. ¿Qué debía hacer? Pues no me queda ninguna duda de que he fracasado, pues nada hice, ni me enfrenté a la sombra en el muro ni conseguí cosa alguna con nada de cuanto vi.

Ellör sacudió la cabeza pensativo. Miraba la superficie de la mesa con la mirada perdida y una expresión preocupada en el rostro, apenas visible por el ala ancha de su sombrero. A Helga le pareció que había envejecido de pronto; de repente no parecía tan altivo, ni su barba tan roja.

—De nada de eso te preocupes ahora —dijo él al fin, despacio y en voz baja—. Porque prueba no hubo.

—¿Qué quiere decir?

—Que algo falló… —dijo con tono lúgubre—. Que no era ese sitio el que debías haber visitado, o al menos no el sitio al que yo quería que fueses...

—¿No era… el sitio?

—No… —susurró Ellör—. El círculo que abrí debía llevarte al interior de tu mente, muchacha. Sólo eso. Por eso te advertí que era un truco, solamente un truco. Era una combinación de hechizos sencilla: un potenciador, un ilusionador, un intensificador, un lector revelador, entre otras cosas. Pero no un atajador. Nunca un atajador, porque esos hechizos… ya no los uso. Deberías haber visto el bosque, este sitio, pues... no puedes viajar a ninguna parte con un círculo como ése, ni de lejos, como no se puede volar sin alas. Deberías haberte enfrentado a tus peores miedos potenciados. Ésa era la prueba. Enfrentarte a tus miedos. Porque el miedo mata la mente y la transforma para siempre, y un hombre, mujer o muchacha, contaminada de miedo no puede servir a la hechicería. Por eso quería yo ver cómo te enfrentabas a esto. Una prueba interna, sencilla, y ni

siquiera concluyente, porque el miedo se puede enfrentar y se puede vencer, aun el que se instala en el corazón, que es peor que el que te hiela la piel pero no penetra. Y una prueba segura, porque si tus miedos te hacían medio rasguño, fuesen lobos u hombres o monstruos del Páramo, la sangre vertida detiene el hechizo, lo rompe y te devuelve de regreso. Aquí. A salvo.

—Por… por eso examinó mi cabeza…

—Sí. Vi que se había vertido sangre y eso significaba que te habías enfrentado a tu miedo. Sólo necesitaba saber cómo, para evaluar la prueba.

—¿La… la sombra era la prueba?

Ellör negó con la cabeza.

—No. No me entiendes, o yo no me explico. La sombra no era la prueba… —Se pasó la mano por la barba, pensativo y preocupado, hasta que se volvió para mirarla.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo.

—Sí, maestro —asintió ella.

Él se le acercó, despacio, y puso ambas manos en la mesa para hablarle.

—¿Conoces la Luz del Oeste? —le susurró.

—¿Luz del Oeste? No, maestro.

—¿Nunca has estado en ella?

—No, que yo sepa al menos, maestro, a no ser que sea un lugar que reciba otro nombre y que yo no lo conozca.

Ellör asintió.

—Eso me parecía. Nunca has estado en el oeste, entonces.

—En el oeste… No, maestro. No mucho más lejos de aquí, al menos.

—Ni se te ocurre qué pueda ser tu sombra en el muro.

Otra vez negó ella con la cabeza.

—Algo grande, maestro. Viejo. Muy antiguo. Y horrible.

Él se pasó la mano por la barba de nuevo.

—Entonces, muchacha… —susurró—… si no has estado nunca en la Luz del Oeste, ni has oído hablar de ella, por cierto, cosa que no dudo ni por un instante… Dime, te lo ruego, y aclárame este misterio que me va a explotar la mente y la cabeza toda... por la lóbrega oscuridad de los Lugares Mazmorra... ¿Cómo…? —Y después de una pausa en la que los dos se miraron sin decir nada, ella expectante y algo asustada, Ellör añadió con cierta desesperación—: ¿Cómo las has visto hoy, hace un momento?

Helga no supo qué contestar.

Capítulo 8

La Guardia de la Luz y la vela de sangre

La leyenda de la Luz del Oeste se había extendido por todo el ancho mundo, de una a otra parte. Para el común de los hombres, las historias de la torre no eran distintas de otras que pudieran haber escuchado en otras ocasiones. Había brujos, una especie de castillo con un faro o atalaya en su punta, y había una ciudad terrible a su alrededor llena de peligros y asesinos. Y había magia, por cierto, cuentos bastante entretenidos sobre magia, pero molestos en general, pues casi nadie gustaba de esas cosas y preferían con mucho los cuentos sobre bestias horribles que uno podía encontrarse en el bosque y que atacaban las aldeas, pues con ésas al menos uno podía tender trampas o utilizar hachas y lanzas y otras cosas. Esas historias se escuchaban en las tabernas y posadas, o al abrigo de un hogar encendido y, para cuando se iban a dormir, esa misma noche, ya la habían olvidado.

Para otros, sin embargo, la Luz del Oeste era algo prodigioso, una especie de sueño hecho realidad, y un destino al que todos trataban de confluir a menudo realizando duros viajes que involucraban navíos, largas jornadas a caballo y numerosas noches al raso. Se hablaba del enclave en el septentrión, en oriente y occidente y, con el tiempo, su leyenda alcanzó las tierras inhóspitas y hostiles de más allá de los océanos y llegó al final de los ríos más caudalosos de toda tierra conocida. Se decían cosas. El nombre de Briamor Candess, conocido por sus hazañas en la Guerra de las Ruinas, se acompañó al mito, que solía variar según donde uno se parara a escuchar. Había quien decía que los hechiceros de la Luz del Oeste podían partir una montaña en dos con un solo gesto y, en los puertos, los marineros rudos aseguraban que los magos eran servidos por seres espectrales e invisibles, mujeres de formas generosas que eran mitad personas mitad demonios, y tenían relaciones con ellos para absorber sus

poderes inconmensurables. Fueran ciertos o no todos esos rumores, y muchos otros, hicieron que no sólo hechiceros de todas partes iniciaran viaje hacia la ciudadela, muchos con diferentes intenciones.

Por entonces, la Luz del Oeste albergaba en su interior a casi sesenta hechiceros entre hombres y mujeres pues, en cuestión de magia, la mujer era la recipiente predilecta por algún raro capricho de la Deriva, o quizá porque la Deriva era naturaleza, y la naturaleza es mujer.

No existía en la Luz del Oeste la figura de un maestro como tal, excepto por el propio Briamor Candess, que fue nombrado Archimago por designar a alguien como cabeza del enclave. Muchos de los hechiceros quisieron diseñar una especie de ritual, una celebración especial para el nombramiento, pero Briamor Candess rechazó la propuesta. Estaba demasiado ocupado con sus estudios y con los trabajos que llevaba a cabo con otros hechiceros, o con el trabajo que otros hechiceros realizaban y que le interesaba sobremanera. Tampoco existían profesores, ni había clases que recibir o que dar; todos trabajaban en diversas materias, de éstas las que cada uno prefería, y compartían sus aprendizajes de manera indistinta, cosa que hacían de manera apasionada y con bulliciosa entrega.

Pero si la torre experimentó cambios en el interior, fuera fue aún más perceptible. Los marineros de Barrador fueron llevando comestibles y mercancías, sobre todo reactivos valiosos como la raíz de mandrágora o el musgo de sangre, que algunos hechiceros usaban en sus estudios por sus propiedades únicas; también piedras especiales que traían de otras partes del mundo, a menudo de allende el mar en las que otro tipo de hechiceros, que seguían una escuela de investigación y trabajo diferentes, grababan runas que les eran esenciales para sus hechizos. Como lo que había que ganar era mucho, fueron empezando a construir sus asentamientos con rapidez, y levantaron almacenes, casas y casetas, y las ruedas de las carretas fueron creando un camino por donde la hierba ya no crecía, y alguien levantó una suerte de taller donde se reparaban ruedas y ejes y se reemplazaban los maderos que se hubieran quebrado por el peso o el trasiego; y luego alguien más edificó un lugar donde servir comidas preparadas y calientes para los marineros de Barrador y finalmente acabó construyendo un altillo en su negocio donde emplazar un catre, como muchos otros. Finalmente, con el paso de las lunas, y de éstas hubo un buen número en todo aquel periodo, se creó una suerte de ciudad que iba consolidándose poco a poco, las casetas se promocionaban a casas, y las casas, a casas grandes. Las historias de la prosperidad de sus habitantes no tardó en extenderse, pues el

marinero es por lo general también un boca grande y estaban acostumbrados, además, a que se les invitase a beber a cambio de sus historias, así que ese asentamiento no tardó en ser ampliamente conocido, y la inmigración fue masiva y constante.

Los historiadores aún se pelean por si el nombre era Gandín, o Gamdin y a veces incluso Adaul, pues si preguntabas a unos y a otros recibías nombres diferentes, y tampoco se conoce el hecho del porqué de esos nombres. Pero el nombre a menudo se asociaba con el del Quebranto, de manera que por el territorio se lo solía conocer como Gandín del Quebranto y, más allá de éste, la Ciudad de las Mil Trampas, pues la vida allí no era fácil ni era sencilla y, quien tenía construía trampas para proteger su propiedad, y quien no tenía construía trampas para quitarle sus cosas a los que sí. Y había bandidos y ladrones muchos, porque para comerciar con los hechiceros de la torre había que pasar por la figura del Trasacto, que era un cargo elegido en asamblea, y era el que negociaba las medidas y los cambios con un representante de la torre y entregaba las mercancías y recibía el acero. El Trasacto cambiaba cada poco, pues por lo normal, el reparto no era del gusto de todos.

Lo que Briamor Candess había soñado, sin embargo, se iba cumpliendo. La consecución de un viejo sueño que él y otros como él habían alimentado durante generaciones. Briamor no sólo quería tener un lugar donde los hechiceros pudieran acelerar sus trabajos, quería hacer regresar a éste de la oscuridad del anonimato y devolverlo al lugar que le correspondía, el de una mente estudiosa dedicada a la investigación, que de forma inequívoca acabaría teniendo un efecto positivo sobre el mundo y cuanto en él se contuviese. No tendría nunca más que alejarse de la ignorancia y el miedo del hombre, acostumbrado a combatir todo cuanto temía, incluyendo sobre todo su corazón y lo que se agitaba en él. Para todo eso, la Luz del Oeste era a un tiempo el medio y el propósito. Los Cinco Fundadores, Briamor Candess; Ellör Litos Ceoril, Vanegrio Llamaviva; la ecléctica Valas Ton, y el preclaro Elman Karas, estuvieron muy ocupados organizando los asuntos de la torre, pero tenían consideraciones superiores al resto y, por lo común, eran los más capaces de todos, pues llevaban estudiando hechicería muchísimos años ya y, sobre todo, la habían estudiado y compartido juntos. La única que se les acercaba era Madna Uliss, conocida como Medianoche, una joven hechicera que había descubierto los caminos de la longevidad, como ellos, y que por eso había podido dedicar mucho tiempo a la observación, a la reflexión y al estudio. Pero, fuera capaz o no, Madna no pertenecía a los Cinco Fundadores, que trabajaban juntos en el pináculo, cerca de

la luz, por encima del observatorio que Ellör gustaba de utilizar a menudo.

Habían pasado las últimas veinte lunas concentrados en un único misterio: el enigma de la pista en los círculos descriptores que Ellör observó en la Dispersión Circular de Hiu Ojos Cerrados. Largo tiempo había pasado desde que Ellör le enseñó a un exultante Briamor las diferencias, sutiles a veces y evidentes otras, que había encontrado en esos círculos, indicando tal vez la pista de que existían o bien otros mundos u otras percepciones del mundo que conocían. Los cinco estaban de acuerdo en que aquél era el camino que podía encerrar notables y reveladores conocimientos sobre el orden de las cosas.

Pero, después de dedicar tanto tiempo a intentar abrir los candados de aquel misterio casi sin resultados, algunos, como Vanegrio Llamaviva, empezaban a desesperar.

—Por las fauces de las alimañas de Giberion, que miden medio brazo de lado a lado, ¡estoy harto y más que harto!

Estaban en la Cámara Redonda, rodeados de un despliegue de hechizos en cadena que habían ido creando para intentar descubrir alguna evidencia de esos mundos. Hechizos de desbloqueo; de exploración remota; de apertura; hechizos de recuperación; de revelación, y hechizos reconstituyentes de hechizos, entre otros, creando una larga cadena. Toda la habitación era un espectáculo de luz, de círculos brillantes, de partículas que se movían siguiendo patrones pálidos como hilos de una tela de araña, pero brillantes como la plata.

Briamor sabía que tenían la capacidad, sin duda. ¡La tenían! Era más bien cuestión de ingenio, de combinar el conocimiento que tenían para crear una permutación que desbloqueara el veto, de entre todas las posibles permutaciones. La cadena de hechizos, su ubicación entre ellos, los potenciadores y los reactivos; y de cómo influían, modificaban y alteraban el resultado. Había tantos patrones posibles que bien podían estar jugando a lanzar hechizos durante toda la eternidad sin conseguirlo.

—Vanegrio —susurró Elman—, vigila tu conducto… Creo que está… un poco demasiado inclinado.

Vanegrio tenía los brazos proyectados hacia delante. Sus manos y sus antebrazos eran de una intensidad anaranjada, como si estuvieran hechos de algo con la consistencia y el tono de la miel de caña, algo más traslúcida. Proyecciones negras como óvalos flotaban en su interior.

—Mi conducto está bien —soltó—. ¡Que sólo me faltaba tener que escuchar tus lloros!

—Elman tiene razón, Vanegrio —dijo Briamor—. También yo lo percibo. No me llega tu emisión.

—¡Mil ciegos pasen junto a un abismo! —bramó—. ¡Estoy proyectando cuanto tengo! ¡Con este caudal desgarraría yo la montaña que está al norte de aquí y la haría ascender como humo hacia el cielo!

—Lo dudo, amigo —dijo Elman con paciencia—. En verdad te digo que está ladeado. Con lo que envías, como mucho esparcerías esa montaña que dices, igual como se extiende la nata de la leche sobre un pan.

—¡Si quieres puedo probarlo contigo, Elman Karas! ¡Y ni mil hombres en mil lunas podrían retirar tus restos de la pared!

Pero Vanegrio estaba enardecido y, aunque ese estado le resultaba útil para canalizar sus hechizos más destructivos e insuflarles poder, no era lo más idóneo para la compleja y precaria estructura que estaban levantando.

—Se cae —susurró Valas Ton—. Mi franja de revelación no está apuntando a nada...

Vanegrio apretó los dientes e intentó redoblar sus esfuerzos. Sudaba por la frente.

—Este enigma… este… misterio... se escabulle de nosotros como un conejo en un prado —susurraba Ellör—. Hemos visto las madrigueras y hemos visto el conejo allí, lo hemos visto aquí, siempre oteando el horizonte… pero cuando nos acercamos… se agacha entre la maleza y desaparece.

—Pues bien —exclamó Vanegrio abandonando su posición y dejando caer los brazos—. ¡Seguid cazando conejos, si os place, que yo tengo otros asuntos de los que ocuparme!

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, cuyas hojas se abrieron a su paso sin que él las tocara y, tan pronto salió fuera, la estructura entera, sin su aportación, se colapsó y se derrumbó entre diminutas explosiones de luz, desvaneciéndose en el aire.

Valas Ton, que había estado concentrado hasta ese momento en su trabajo, se quedó mirándose las manos vacías, desprovistas de luz y de energía de la Deriva. Levantó la cabeza todavía cubierta con su máscara, que era ahora de piedra pulida y negra pero igual de sencilla, y la sacudió.

—¿Adónde ha ido Vanegrio?

—Está ofuscado —dijo Elman Karas despacio—. La paciencia nunca ha sido su fuerte. Supongo que eso no sorprenderá a nadie.

—En verdad son demasiados pasos hasta llegar al punto donde estamos —exclamó Ellör—. Demasiado hechizo sobre hechizo,

conductos y canalizaciones, y encantamientos de base y de apoyo, y parches y añadidos. Y por si fuera poco, a base de repetir, nos confiamos y cometemos errores que pueden llegar a provocar frustración.

—No importa —declaró Briamor—. Se le pasará. ¡La sangre le hierve en las venas! Él es así. Dejad que se desfogue en alguna parte con sus encantamientos de destrucción. Que rompa algo.

—Pues bien podríamos cambiarle la sangre por otra —manifestó Elman—. ¡Y ahorraríamos tiempo y esfuerzo!

Ellör pestañeó.

—Sangre —susurró como para sus adentros—. ¿Y si fuera… más potencia lo que necesitamos? —añadió después, ahora en voz alta de nuevo.

Briamor se había movido hacia la mesa y sentado en una de sus sillas. Estaba todavía más delgado que antaño, pues demasiadas veces se olvidaba de alimentarse y aun de reparar su cuerpo, cosa que un hechicero sabía hacer.

—Explícate, Ellör Litos Ceoril —pidió Valas Ton—. Te lo pido.

—¿Te acuerdas, maestro Briamor, cuando te enseñé los círculos, en mis aposentos del castillo de mi padre?

—Me acuerdo —dijo—. Que no hemos hecho otra cosa desde entonces que escudriñar en aquello que me revelaste.

—En realidad, maestro —insistió Ellör—, fuiste tú quien me revelaste a mí, y de eso se trata. Con mi capacidad, apenas desvelé unos pocos de esos círculos. Pero con tu poder y tu conexión superior a la Deriva, multiplicaste su número, y allí en mi habitación vimos casi una docena de ellos.

Briamor asintió.

—Lo sé —dijo con cierta aflicción—. Pero aquí, amigo mío, tenemos conexión directa con la Deriva. A veces la percibo bullendo por mis venas con tanta intensidad que creo que me va a explotar el corazón, y para dormir no pocas veces he tenido que encerrarme en un hechizo de negación. No creo yo que sea potencia, aunque… aunque algo se nos escapa en verdad.

—Pero maestro, un perro que ha estado encerrado en una jaula pequeña y al que se libera en un prado, verá el prado este y le parecerá un mundo, y durante mucho tiempo no pensará en lo que hay tras la montaña que ni tan sólo ve a lo lejos, ni qué hay más allá del río, pues el prado es enorme comparado con la jaula, y no se le ocurrirá que habrá cosas más grandes.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo Elman pensativo.

—¿Dices que… el poder de la Deriva… podría no ser suficiente?

—Sin duda, maestro —reflexionó Ellör—, ha quedado demostrado que ninguno de nuestros esfuerzos ha sido suficiente. Nuestros hechizos de desbloqueo podrían liberar la energía de la misma tierra para hacer que brote la primavera cuando aún cae la nieve desde el cielo, pero no es suficiente. Hablamos de desbloquear mundos, queridos amigos —dijo, dirigiéndose ahora a todos—, y eso no es cualquier cosa. Sin duda el Equilibrio tiene impuesto en eso un veto de la mayor clase, o lo que veo yo desde mi observatorio no estaría tan lejos ni habría tanto aire entre este mundo y otros.

—Un veto, sí… —asintió Briamor pensativo.

—¿Y cómo conseguiremos aumentar más el canal de la Deriva? —preguntó Valas Ton—. ¿Es eso acaso posible?

—Pues no estoy seguro de las repercusiones de algo semejante —intervino Elman—. Aunque averigüemos cómo, sin duda es algo a lo que echar un pensamiento o dos.

Ellör sacudió la cabeza.

—¿Acaso no recordáis cómo se terminó de encender la torre, como una almenara, después de que lucháramos con los hombres rudos de Barrador?

Briamor abrió mucho los ojos.

—Con… sangre —susurró.

Ellör asintió con gravedad.

—Con sangre.

La sangre, sí.

Los Cinco Fundadores estaban a un nivel muy avanzado en su camino del conocimiento de la Deriva, pero a menudo, para el resto de hechiceros, la mayoría de los hechizos necesitaban el apoyo de reactivos. La sangre era el más poderoso de ellos. Era el fluido vital, el principal vehículo de la vida. Un hombre podía resistir heridas desastrosas y profundas, pero no sobreviviría si hubiera perdido una determinada cantidad de sangre. La sangre contenía el contrato íntimo con la vida y reaccionaba con la Deriva como ninguna otra cosa. Se conocía el desastre de Ritos Mebas, que accidentalmente voló toda su fortaleza por usar sangre al natural, y el caso de Eun Crurian, que acabó convertido en un no muerto adicto a la sangre, con una afección en el organismo que lo hacía sensible a la luz del sol. Nalratra Urmeral, Elroster Alnaira, la alegre Faetora Mugre de Alvara y el degenerado Galaris Eren, que usaba siervos esclavos privados de voluntad, también estaban descritos como desastres relacionados con el uso de sangre en la historia (nunca escrita) del gremio. Con ésos y otros antecedentes, que se supiera, ningún hechicero había tenido la ocurrencia de volver a emplearla como reactivo.

—Has perdido, a mis ojos y oídos, el buen juicio que te caracterizaba, Ellör de los Ceoril —dijo Elman—. Y tú, Briamor, ¡no pongas alas a sus locas ideas!

—Espera un momento, Elman —exclamó Briamor—. Que Ellör y yo estuvimos hablando sobre estos asuntos en cierta ocasión. La sangre es demasiado poderosa, en efecto, pero se puede controlar…

—¿Cómo? —preguntó Valas Ton con genuina curiosidad.

—El agua la niega —dijo Elman—. La leche la corrompe, cualquier cosa que sea alimento para el hombre, incluidas harinas y polvos de lo que sea, extraídos por cualquier método, la hacen inservible, como la carne y las miserias humanas que la contienen. Pero extraída y separada, y dispuesta en cáliz de piedra, cristal o metal, dispara su poder. ¿Cómo harás para frenarlo?

Briamor sonrió.

—Diluida con cera de abeja común.

Elman abrió mucho los ojos.

—¡Por el Misterio Cenital descrito por Godon en su tratado! —proclamó—. Una vez me hablaste de ello, y lo había olvidado. ¡Velas de sangre!

—De muchas cosas os he hablado en todo el tiempo que nos conocemos, y algo me dice que no habéis prestado atención ni a la mitad —exclamó Briamor.

—No —repuso Elman con creciente excitación—. Lo recuerdo. ¡Lo recuerdo!

—Velas de sangre —susurraba Ellör mientras tanto—. Pero… pero claro, no velas cualesquiera, sino fabricadas según los procesos alquímicos ancestrales… para quemar la mecha y respirarla, suficiente como para aumentar la capacidad del lanzador…

Briamor asintió.

—Más velas, más poder —exclamó Valas Ton reflexiva—. Es inteligente.

—Comenzaremos por una —dijo Briamor—. Y a partir de ahí iremos viendo si experimentamos progresos.

—Así vea yo las estrellas caer al suelo todas a una, que esto podría funcionar —opinó Elman. Tanto más lo pensaba, más convencido estaba.

—Podría, sí —dijo Valas—. Bien vale un intento.

—Funcionará. Eso creo —susurró Ellör.

Elman levantó ambos brazos, como era costumbre por sus tierras cuando había algo que celebrar, y Elman y Ellör rieron a la vez mientras el hechicero soltaba un grito de júbilo. No importaba cuántos años hiciera desde que vieran a Elman hacer ese gesto por primera

vez, o chillar de esa manera, seguía resultando tan absurdo y gracioso como ver una vaca panza arriba.

2

Vanegrion Llamaviva caminaba por el pasillo dando grandes zancadas. Estaba enfadado, y eso se notaba en su manera de progresar, en cómo su cabellera rubia se movía en vaivén a su espalda y en su expresión iracunda; pues estaba bien seguro de que la proyección de sus hechizos era más que buena, excelente era, y que tanto Elman Karas como el viejo Briamor empezaban a sentir los achaques de la edad por mucho que hubieran aprendido a retrasar el efecto del tiempo en la piel y en la carne, y que poco a poco iban olvidando ya las buenas artes y la ordenación de pensamientos sincronizados con los movimientos necesarios que efectuaban el proceso de la Deriva. Y estaba harto. Y quería incendiar algo y partir otro algo, sólo para soltar la mano y el fuego que lo quemaba por dentro por causa de la incompetencia de los otros, por muy amigos que fueran.

Y quizá por ese fuego y esa rabia, de una manera tal vez inconsciente, llegó al octógono y continuó luego descendiendo por unas escaleras de piedra gruesa hacia los sótanos, los cuales fueron construidos con posterioridad a la fundación, porque allí el metal de los Antiguos era más grueso y más fuerte, y los hechiceros con menos experiencia practicaban lanzamientos que terminaban por lo general en explosiones, torrentes de llamas, anomalías de rayos y otros efectos destructivos. Pero ese día, mientras avanzaba por el corredor principal preparando ya orbes de fuego en las palmas extendidas para lanzarlos en alguna parte, un coro de voces exultantes le llamó la atención.

Cruzó al arco bajo que tenía a la derecha y se encontró con una sala grande, con poca iluminación, donde un grupo de hombres y mujeres se encontraban distribuidos alrededor de otros dos, ubicados en el centro. Uno lanzaba al otro una suerte de ataques en forma de proyectiles rápidos, como ráfagas, y el otro se defendía desviando los ataques con proyecciones planas en las palmas. No le costó mucho discernir qué ocurría, pues lo había visto antes entre hombres comunes. Era una especie de pelea, acordada o no estaba por ver, donde los combatientes eran arengados por los que observaban, y en vez de puños, cuchillos o palos, como era la norma entre hombres, usaban hechizos.

Vanegrio levantó una ceja de desdén; eran hechizos tan básicos, inefectivos y rudimentarios que empezó a preguntarse en quién recaía la tarea de permitir el ingreso a la torre en los últimos tiempos. Allí no

había técnica, ni concentración, ni clase, estilo, arte o conocimiento alguno. Ataque pobre, defensa tristísima.

Todavía más enfurecido, Vanegrio levantó ambas palmas y lanzó un destello eléctrico por toda la sala. El relámpago alcanzó a todos, dejándolos paralizados por unos instantes, y sobre la sala cayó un silencio vibrante y crepitante mientras los hechiceros reunidos miraban sorprendidos, con los dientes apretados por la sacudida.

—¡¿QUÉ OCURRE AQUÍ?! —bramó, caminando hacia el centro de la sala.

Un murmullo se extendió entre los hombres y mujeres a medida que la parálisis cesaba.

—¡Necio! —dijo un joven acercándose a Vanegrio con el dedo extendido—. ¡A qué vienes aquí a husmear y estropear nuestros…!

No había terminado de decir la frase cuando salió despedido hacia la pared que tenía detrás, que para ello recorrió por el aire una buena distancia de espaldas, los brazos y las piernas extendidas. Algunos tuvieron que apartarse, casi en extremo, a medida que progresaba por el aire. Produjo un sonido quejumbroso cuando golpeó y cayó al suelo hasta quedar sentado.

Vanegrio levantó ambas cejas, pues no había sido él.

—¡Patán! —dijo otra voz a su otro lado. Qué tipo de feria de ganado era ésa, no lo sabía. Un hombre de cabello blanco como el de los muy ancianos pasó junto a él, señalando con el dedo al que estaba caído. Su cabello contrastaba con el negro del traje que llevaba—. ¿Acaso desconoces quién te ha hablado? ¡Ignorante! ¡Eres más tonto que las piedras! ¡Te has dirigido con las peores malas maneras a uno de los Cinco Fundadores! ¡Bodoque, comida de asno! ¿Acaso no reconoces al mismísimo Vanegrio Llamaviva, protector de la ciudadela, señor de la destrucción, primer maestre de la orden de los Llamaviva, puño abrasador, ariete de guerra, grito de muerte?

Vanegrio levantó una ceja. Una media sonrisa apareció en sus labios.

—¡Perdón! —se disculpó el joven que había sido lanzado contra la pared, incorporándose con torpeza. Las manos le temblaban—. ¡Mil perdones pido para mí, os ruego, Vanegrio Llamaviva, señor, y también a usted, señor Dorlun Gwarciryn! ¡Perdón!

El tal Dorlun se volvió hacia él.

Era joven, y su cabellera blanca la llevaba recogida en un anillo en la nuca. Sus ojos eran grises y fríos, tan vivos y despiertos que parecía que no tenía párpados ni parecía necesitarlos.

—Señor Vanegrio Llamaviva —dijo, haciendo una reverencia—. Nos sentimos honrados por su presencia. Es para nosotros un honor

inconmensurable tenerlo en nuestra sala de preparación, pues para nosotros su solo nombre es una inspiración.

—¿Sala de preparación? —preguntó Vanegrio.

—Aquí nos preparamos para servir a la ciudadela, maestro Vanegrio, practicando entre nosotros nuestros hechizos.

—¿Atacándoos unos a otros y vitoreando esas pálidas embestidas como campesinos mirando cómo dos gallinas se picotean entre sí y haciendo apuestas con medidas de trigo y vino?

—Descubrimos, maestro Vanegrion, que el aprendizaje es tanto mayor cuando se realiza sobre una situación de peligro real. Los más jóvenes de entre nosotros aprenden mucho mirando, y se ensalzan, sí… pero no por el ánimo de las apuestas, sino por el fragor de la hechicería en movimiento, por el olor del aire, por el fastuoso esplendor de los poderes invisibles que se esconden en el aire.

Vanegrio asintió.

—Eso puedo entenderlo —admitió—. Pero has dicho: servir a la ciudadela. Dime, ¿cómo servís a la ciudadela vosotros, sacando provecho de ella, en sus sótanos, comiendo y bebiendo?

—Maestro —dijo Dorlun con otra reverencia—, fue Madna Uliss quien nos mostró la historia de la ciudadela con una de sus proyecciones en el carruaje del tiempo, en la primera luna del décimo año del aniversario de la construcción de la ciudadela.

Vanegrio asintió. Recordaba aquella celebración, pero vagamente. Hubo vino y hubo fermento de cebada y hubo vítores y los más jóvenes se entregaron a la celebración comiendo y poniéndose ebrios y conjuraron luces y estelas resplandecientes. Pero ni él ni los otros participaron porque… porque estuvieron trabajando en las salas superiores, por supuesto. Como siempre.

—¿Madna Uliss os mostró la creación de la ciudadela?

—Exploró los eventos pasados y los proyectó en la gran sala del octógono. Y vimos la batalla contra los hombres mundanos, y cómo usted recibió, señor, una herida de flecha y cómo lanzó fuego contra ellos, y luego convirtió su propio cuerpo en un arma y todo lo demás.

Vanegrio levantó la barbilla, altivo.

—¿Y por eso lucháis? —preguntó.

—Luchamos, mi señor Vanegrio, para poder luchar en nombre de la ciudadela si fuera necesario, como lo fue al principio.

—Pero… ¿acaso no os mostró Madna Uliss el acuerdo al que llegó Briamor con los hombres, y por eso ocupan ahora los terrenos que hay fuera? Y por eso conjuramos acero tan a menudo, para poder mantenerlos satisfechos. Pues si a un hombre le entregas un símbolo o un estandarte, o una cosa grabada sobre la otra, tendrás su confianza,

pero si le entregas fortuna tendrás su más desbocada lealtad.

—Lo sabemos, mi señor —asintió Dorlun—. Pero… he aquí que en estos años y estas lunas han llegado a este lugar gentes de todo el mundo. Mire… —Señaló a uno de los hombres y le preguntó—: ¿De qué tierras lejanas vienes tú?

—De Letelia, mi señor Dorlun.

«Mi señor», pensó Vanegrio. Pues… ¿por qué llamaba señor a ese hombre, que de hechicero, a buen seguro, tenía apenas un palmo?

—Letelia —susurró Dorlun—. Un mar y un archipiélago poblado con junglas y fiebres hay que cruzar para llegar allí, después de casi cuarenta lunas en barco y caballo. ¿Y tú? —añadió, preguntando a otra.

—De Tas Daun, al norte de las nubladas montañas que por allí se conocen como Quebrantahuesos —dijo la mujer.

—¿Y tú?

—De Afora Naos, mi señor.

—La Isla de Fuego —susurró Dorlun—. Pocos hombres he conocido que aguantaran allí más de medio día, porque el aire está tan lleno de cenizas que, si no has nacido allí, no tienes capacidad en el cuerpo para sobrellevarlo. Y he aquí, mi señor Vanegrio Llamaviva, de los Cinco nuestro reconocido mentor, el motivo por el que nos esforzamos por formar una leal fuerza de apoyo a la ciudadela.

—A la torre, dices —exclamó Vanegrio.

—Sí, mi señor. A este nuestro hogar ahora. Pues la fama de la torre, de la Luz del Oeste, se extiende rápidamente por todas partes, y la historia de la batalla de los ciudadanos de Barrador y lo que ocurrió en ella está ya en boca de todos. En el norte se conoce el nombre y se asocia con un peligro potencial para todos aquellos que ostentan el poder, en mayor o menor medida, pues muchos no lo han ganado con respeto, como usted, nuestro señor, sino con miedo, y lo que se tiene por el miedo se puede arrebatar con sangre.

Vanegrio echó un vistazo a los hombres. Era imprudente y hasta peligroso evaluar la capacidad de un hombre o una mujer, fuese anciano o muchacha, basándose solamente en la apariencia. Cuando se trataba de hechiceros, el cuerpo tullido y los brazos laxos podían esconder un poder inimaginable. Pero no veía en sus miradas ni en sus expresiones valía alguna más que la determinación de aprender, aunque sólo fuera para destruir cosas. Cosas y gente.

—¿Y con esta chusma quieres defender la torre? —preguntó Vanegrio—. Pues, ¿no crees que para eso nos bastamos nosotros?

Dorlun hizo una reverencia.

—Es por el número, mi señor. Pues si un poderoso terrateniente

de alguna parte del mundo acaba decidiendo que el poder que aquí se acumula puede ser, tarde o temprano, peligroso para su hegemonía, podría quizá examinar su ejército y considerar que es insuficiente para hacer frente a la torre, y podría entonces entrar en tratos con otros señores, que entre ellos se entienden bien, y éstos con otros, hasta acabar conformando un ejército que podría ser un problema, mi señor Vanegrio, pues si atacan a la vez por septentrión, por meridión, por oriente y occidente, ¿qué flanco defenderéis? Pues incluso una hueste de marineros desentrenados y zafios consiguió arrancar unas pocas rocas de la fachada.

Vanegrio escuchó con atención.

—Un ejército de defensores de la torre —susurró.

Dorlun volvió a hacer una reverencia.

—Usted nos inspira, altísimo Vanegrio Llamaviva. Su capacidad ofensiva es algo a lo que aspiramos.

—Capacidad ofensiva —exclamó Vanegrio pensativo —. Pues decidme ahora… ¿a quién habéis dado cuenta de vuestras intenciones y propósito?

—¿A quién, señor?

—¿A alguno de los Cinco acaso?

—No, señor. Perdón, señor. Pues los Cinco son difíciles de ver y de encontrar, aun en este lugar que, siendo grande, tiene zonas comunes de paso en las que todos nos vemos a menudo aunque sea en tránsito de un lugar a otro. Pero a los Cinco no es fácil verlos, y acabamos deduciendo nosotros cómo ayudar mejor. Vea si no que hoy es el primer día que hemos tenido la oportunidad y el honor de verle a usted entre nosotros, ¡de los Cinco el más capaz y terrible!

El más capaz y terrible. A Vanegrio se le hinchó el pecho, y no precisamente de aire.

Vanegrio pensó en las palabras de aquel hombre durante unos instantes, y Dorlun aprovechó para seguir con su discurso.

—Pues maestro, chusma somos, como ha observado, pues comparados con su altura de árbol milenario no somos sino el proyecto de una planta rala que intenta salir al aire entre las piedras más pequeñas, pero… —Hizo una pequeña pausa—. Pero si considerase por un solo instante enseñarnos, aunque fuera de vez en cuando y solo algunas cosas… quizá dejemos de ser chusma para ser alguna otra cosa más elevada que usted valorase con otros ojos.

Vanegrio escuchó sus palabras y miró alrededor. Y ocurrió algo curioso en verdad, pues cuando los miraba, todos y todas al unísono se arrodillaron y bajaron la cabeza, la mano diestra sobre la pierna derecha, en señal de reconocimiento y lealtad.

Y Vanegrio asintió, pero por dentro, y encontró que las palabras de aquel hombre tenían sentido, y que los otros fundadores, Valas Ton, Elman Karas y los demás, estaban atrapados en algún bloqueo que parecía eterno, irresoluble, y que aquella alternativa, la creación de un ejército para la Luz del Oeste le parecía una buena cosa, pues si los atacaban, ni Briamor ni Ellör Litos Ceoril, por cierto, descubrirían que estaban bajo ataque hasta que la torre empezara a desplomarse y a desaparecer bajo sus pies. ¿Y acaso no disfrutaba él mucho más con sus cosas, las cosas que había estudiado, aprendido, y que amaba, como el fragor del combate, la superioridad del más capaz sobre el débil, la llama, el rayo, el puño revestido de capacidades sobrenaturales, resultado de incontables años de estudio y experimentación? ¿No era eso acaso la esencia de la Deriva, la naturaleza de la naturaleza?

—Una guardia, dices —exclamó entonces, reflexivo, los brazos cruzados sobre el pecho como solía hacer cuando pensaba cosas muy sesudas y serias—. Una que defienda la Luz del Oeste de cuantas miradas codiciosas se pongan en ella, de las manos que intenten detener lo que aquí hacemos, para lo que hemos luchado y sacrificado durante tanto, tanto tiempo… Pues buena cosa me parece. Pero ha de ser una guardia a la altura. La Guardia de la Luz. Y para estar a la altura, yo os enseñaré.

Ese día, los sótanos de la ciudadela se llenaron de vítores exultantes como no se habían oído desde aquel aniversario, y éstos duraron mucho, al menos tanto como el vuelo de una hoja seca arrastrada por el viento en una cañada.

—¡Por la Guardia de la Luz! —decían.

Pero, mientras todos celebraban y uno por uno iban desfilando delante de un henchido Vanegrio Llamaviva, que había encontrado allí una razón para la dicha súbita, el tal Dorlun Gwarciryn, al que la chusma ya llamaba señor, sonreía. Sonreía y aplaudía, como el resto, pero por alguna razón que sólo él sabía, si lo sabía, los ojos no le acompañaban.

Capítulo 9

Del descubrimiento de los atajadores

La creación de la vela de sangre no era tan sencilla como algunos pensaban. Ya el viejo Godon, famoso por su magnífica y extensa descripción del Misterio Cenital, cuyo único tomo estaba en poder de Briamor Candess, describía los entresijos de su fabricación y, para seguir sus descripciones tuvo Briamor que viajar a lomos de Príor hasta su hogar, situado a veinte días de camino de la torre, recuperar el tomo, y regresar, a lo que habría que dedicar veinte días más. Príor hizo el camino en sólo seis días. No fue un tiempo del todo perdido, porque, de entre las cosas que recordaba, estaba la necesidad de crear la vela bajo la luz especial de la luna completa y, cosa curiosa, faltaban exactamente doce noches para ello.

Las instrucciones específicas eran minuciosas y detalladas. Como base usaron la sangre de Valas Ton, porque por causas desconocidas era hombre y mujer a la vez, las dos naturalezas mezcladas en una que aparecían de manera indistinta sin que hubiera explicación para ello, y el propio Godon admitía no haber tenido oportunidad de probar el procedimiento más que con su sangre de él, y él hombre era.

La sangre tenía que mezclarse con raíz de mandrágora, una medida de dos onzas de raíz por un jarro y, después de numerosos procesos como el fermentado en el interior de un estómago o vejiga de animal, de entre los cuales Godon recomendaba una hembra, la sangre se volvía compacta y podía cortarse en láminas finas que luego se enrollaban alrededor de una mecha, como en la fabricación de velas de cera de abeja tradicional, pero mientras se hacía, debían realizarse diversos encantamientos de unificación y de pureza y no en su forma directa, sino de viva voz, usando las palabras de poder recopiladas por la extinta Casa de Ememo hacía ya milenios, aumentadas por cierto por Vanegrio Llamaviva para incluir la vertiente llamada Flamma, o Flam, a secas, que hablaba del poder del fuego conducido por la voz.

El resultado... era una vela de un color borgoña suave y que olía a hígado seco.

Cuando la tuvieron terminada, Ellör y Briamor la emplazaron en la mesa de la Cámara Redonda, a la vista de todos. La trajeron sobre una lámina de ébano que contaba con patas de cobre, un tributo y un obsequio para la torre digno de un rey, realizado por un comerciante contento, pues una vez que estuvo terminada y había sido bañada en diversos aceites esenciales, no querían ni tocarla con los dedos desnudos.

El efecto que tuvo entre los Cinco fue de lo más curioso, porque por un largo instante ninguno dijo nada. La miraban sin pronunciar palabra, con expresiones variopintas, cada uno la suya. Había en su sola entidad, aún sin encender, una manifestación elocuente de su poder, sutil pero abrumador, tan poderoso como la fuerza que separaba los astros en el firmamento y que los mantenía en equilibrio y los hacía danzar unos alrededor de otros. Un hombre común podía mirar el cielo cada noche sin advertir nada, pero otro que supiera, que de verdad comprendiera el Misterio Cenital, como lo llamó el propio maestro Godon… se vería obligado a caer al suelo de rodillas y dejar verter lágrimas de emoción.

—En verdad es ésta una cosa curiosa —susurró Elman Karas—. Pues sólo con mirarla me estremezco, y si se la entregáramos a cualquiera de los hombres que han formado aldea ahí fuera, la encendería y olería su olor y bebería su vino bajo la luz sin apreciar nada especial.

—Buena sangre la tuya, Valas Ton —dijo Ellör—. Pues su pureza es extraordinaria y su poder notorio y constatable.

Valas Ton hizo una reverencia en señal de gratitud.

—Dices bien, sabio Elman —musitó Briamor—, pues ahora que percibo su poder, me pregunto si sigue siendo buena idea reconducir los experimentos bajo su amparo.

—¿Qué temes? —exclamó Vanegrio, fascinado por la maravilla de sus tonos uniformes—. ¡Pues yo digo que la probemos, y que su poder dé rienda suelta a nuestras capacidades!

—¿Y si explota la torre toda? —preguntó Briamor.

—¡Pues que explote! —exclamó Vanegrio, los dientes apretados —. ¡Construiremos otra, más grande y mejor!

Briamor sacudió la cabeza.

—¿Y si explotamos con ella, Vanegrio? —intervino Ellör—. ¡Pues a impetuoso no te gana nadie, y mucho me parece que con los años vas ganando brío e insensatez!

—No sigáis por ese camino —indicó Valas Ton—, que ya sabemos

todos adónde conduce.

Ellör asintió y juntó las palmas sobre el pecho como pidiendo disculpas, y después de eso contuvo la lengua y guardó silencio.

—No puede haber otra Luz del Oeste —dijo Briamor de repente—. Es ésta. No hay otra, ni puede haberla, pues un destino preclaro y seguro la ata a este mundo, y es foco y guía a la vez, y no puede cambiar su ubicación.

—Si tan seguro estás del destino de la ciudadela, entonces enciende la vela.

—La encenderá, Vanegrio Llamaviva —dijo Ellör—. ¿Es que lo dudas? Briamor sólo manifestaba sus pensamientos. Pues el proceso de fabricación de ella ha sido largo, y Briamor tuvo que viajar seis días y seis noches de ida, y seis noches y seis días más de vuelta sólo para averiguar cómo se fabricaba. ¡La encenderá!

—No lo haré yo, por cierto —dijo Briamor—. Pues la llama del encendido ata al lanzador a la vela y extrae de él su poder, y lo magnifica.

—Yo lo haré —se ofreció Vanegrio.

—¡Tú menos que nadie, Llamaviva! —exclamó Briamor—. ¡Pues creerás que hemos estado ciegos y sordos a tus trabajos con esos aprendices que viven abajo, fascinados todos con la destrucción, más que con el conocimiento de la destrucción!

—No consentiré que se ponga en duda mi tarea —soltó Vanegrio—, pues es noble y necesaria, Briamor Candess, por muy Archimago que te consideres. ¡Pues estamos formando una guardia para la defensa de este sitio en el que tanto crees y tanto amas!

—Sea, pues —dijo Briamor—. Que ahora todo eso no importa. ¡Haz lo que debas! Lo que importa es quién encenderá la vela. Si queréis mi opinión en lo que valga, propongo que sea Ellör Litos Ceoril. No te ofendas, estimado amigo mío, pero de entre nosotros eres el menos capaz, y se trata de no desbocar el poder en algo que nos resulta inaprensible y descontrolado.

—Nunca he dicho yo otra cosa que ésa, amigos, que bajo vuestra estela me muevo yo contento y a gusto, feliz de seguir los pasos que dais. Y tienes razón, que mi poder no es igualable al vuestro. Y diré más, que si queréis que yo la encienda, eso haré, aunque sea peligroso.

—Peligroso no creo, en verdad —dijo Valas Ton.

—No lo tengo yo tan claro —susurró Elman, pero nadie lo oyó. Aún miraba la vela con ojos valorativos, cruzados por sombras de sospecha, mientras el resto trataba de determinar cuándo harían la primera prueba.

Y se determinó que fuera al alba, después de descansar, porque al

decir de Elman Karas, el cuerpo que no tiene del descanso el suficiente se llena de venenos y ponzoñas que lo contaminan y lo hacen rendir peor.

Pero, cuando tocaba desearse buena noche y retirarse, se encontraron los Cinco mirando todavía la vela, entre temerosos y excitados por la posibilidad, por fin, del éxito. Y esa noche tardaron bastante en retirarse a sus habitaciones.

2

La vida en la Luz del Oeste no se extinguía en verdad nunca. Los hechiceros en general solían tener hábitos extraños y horarios poco comunes: ignoraban al sol cuando se retiraba por el oeste por estar ocupados por sus asuntos y, cosa inaudita, comían cuando tenían hambre, o mucho después. Así que incluso de madrugada se veía hechiceros por los salones y pasillos, yendo y viniendo, y también durmiendo sobre cualquier mesa.

Esa mañana, unos exultantes Fundadores se reunían casi al mismo tiempo en la Cámara Redonda, donde aún seguía la vela. Parecía que su influjo había llenado poco a poco la sala durante la ausencia de éstos, pues percibieron claramente sus emanaciones al entrar.

—Quizá sería sensato cambiar de sitio —apuntó Elman Karas—. Pues cuando he entrado en la sala, ¡las pestañas se me han rizado!

—¡Ya notaba yo un algo especial en ti que me atraía, sin saber yo qué era! —bromeó Ellör.

—¡Bueno! —exclamó Briamor, sin hacer caso de las bromas—. ¡El momento ha llegado! Propongo empezar por el principio, manga tres y dos de cobertura, pero Elman no hará intensificados sino protección, por prudencia.

—Estoy de acuerdo —dijo Valas.

—De acuerdo —confirmó Vanegrio.

—Pues… —dijo entonces, sacando un puñado de canutos de espigas de trigo juntos en un haz—. Utiliza esto, Ellör Litos Ceoril, para encender la vela, y no un hechizo de ignición directamente sobre la mecha, pues será un vínculo más fuerte.

Ellör asintió y tomó los canutos, y todos se dispusieron en sus posiciones.

No dijeron nada más. Briamor empezó moviendo los brazos, y los círculos adecuados se formaron con rapidez alrededor. Siguió Elman, lanzando una línea de transición que anudó los círculos, y sobre ella trazó Vanegrio un arco rojo e intenso. Mientras tanto, Valas Ton hizo brotar un número de orbes que quedaron en suspensión por la sala, y

ésta se llenó de tonos e intensidades y una serie de partículas como ascuas y otras como fragmentos de hielo. Elman recitó algo, en un tono monocorde y desacelerado: palabras de poder descubiertas hacía tiempo y que sólo una garganta bien entrenada podía pronunciar con la precisa corrección. Los círculos de Briamor empezaron a girar, unos sobre otros y, cuando las líneas coincidían, Vanegrio, con delicada precisión, lanzaba un conjuro sobre los círculos que los hacía vibrar y estremecerse.

Era el momento de Ellör. Encendió los canutos acercando la palma y susurrando una sola palabra, y una tenue llama se prendió con suavidad. Parecía insignificante y hasta delicada: un soplo de aire hubiera podido apagarla, pero iba a ser el conducto de un poder desatado y, esperaban todos, el vehículo de descubrimientos abrumadores. Después, aunque en su fuero interno sentía inquietud y expectación a la vez, acercó los canutos a la vela con pulso firme, pues la concentración en un hechicero era lo primero, y dejó que la vela se encendiese.

«Ea —pensó—. Está hecho.»

Al principio no ocurrió gran cosa. El humo ascendió y chisporroteó, pues el aire estaba cargado con los efluvios varios de los muchos hechizos, y reaccionaba a ellos, pero eso fue prácticamente todo.

Fue Valas Ton, que en ese momento era mujer, quien notó algo en primer lugar.

—Pues por las cavernas de Estigedvall… que…. que la proyección se me escapa de las manos…

—¿Qué quieres decir? —preguntó Briamor.

—¿Qué notas? —preguntó Elman, preocupado.

—También yo lo noto —exclamó Vanegrio sonriente.

Su parte de la estructura centelleó. Su canalización aumentó su diámetro, se redobló. Los trazos de su hechizo se volvieron más gruesos, enérgicos.

—¡Espera, Vanegrio! —dijo Ellör—. ¡Entro ahora!

Briamor entrecerró los ojos.

—No… ¡espera, Ellör, espe…!

Pero fue demasiado tarde. Ellör proyectó su conjuro y el afluente saltó con rapidez por todas partes, como el agua que rebosa de una acequia. Picos de energía restallaron en todas direcciones, escapando de los círculos de control, de la armonía del conjunto del hechizo donde cada lanzador era un instrumento perfectamente orquestado, y rebotaron por las paredes y dejaron marcas negras y arañazos profundos, y uno de esos picos golpeó a Elman en el brazo y éste soltó

un alarido de terror.

—¡Controlad esto! —gritó Valas Ton.

—¡Vanegrio! —bramó Briamor—. ¡Desengánchate!

—¿Qué? —aulló éste—. ¡No haré tal cosa!

Briamor apretó los dientes.

La potencia estaba ahí, es lo que Ellör pensaba. Estaba ahí, y sin embargo los círculos de los otros mundos, los que habían visto en los descriptores, no aparecían. Tenían la potencia, pero no…

Arrugó la frente y, con voz clara, conjuró un hechizo con voz de mando y palabras de poder.

—¡An! ¡Grav! —dijo.

—¡Ellör! —gritó Briamor, que estaba teniendo serias dificultades para controlar el caudal de su discurso mágico. Se ladeaba, se descentraba, convergía. Era como intentar sujetar la brida de un caballo furioso y salvaje con un solo dedo.

Pero Ellör continuó:

—¡An! ¡Trym!

Elman miró a Ellör con una expresión de franca sorpresa. Grav era una palabra de poder relacionada con el sosiego, y por un momento pensó que estaba intentando suavizar la canalización, equilibrarla de algún modo, o tranquilizar a los lanzadores, que eso era posible, aunque dudaba mucho que Ellör pudiera incidir en alguien como Briamor, o él mismo. Pero Trym… Trym era una palabra relacionada con hechizos del más alto poder. Pero… ¿qué pretendía hacer con ella?

—¡Kal! ¡Wis! ¡San!

Elman abrió mucho los ojos.

El caudal saltó a sus brazos, como si Ellör les hubiera arrebatado el control. Valas Ton sacudió la cabeza y se estremeció al verse liberada de la carga. Su hechizo, toda su aportación, la estructura, le había sido negada por una capacidad abrumadora, la voz de mando y la palabra de poder Trym, potenciada por la vela de sangre. Y todo el poder de ellos se encontraba ahora entre las manos de Ellör. El componente de revelación inherente al hechizo dejó ver los vórtices de la Deriva que se dibujaron en la mayoría de sus articulaciones: los codos, los hombros, el cuello. Círculos con círculos, conectados entre sí por una miríada de líneas rectas, alineadas, suaves y perfectas. Briamor lo miraba atónito. Si alguna vez había visto un lanzador centrado, alineado y equilibrado… lo tenía sin duda delante.

Y los círculos se concentraron y se alinearon, girando, cosa que nunca habían visto hasta ese momento, y de ellos surgieron una plétora de óvalos de tonos púrpura que se desparramaron por toda la

habitación y aún más lejos, más allá de los muros de la ciudadela, y estos óvalos surgieron en el aire, a varias alturas, hasta llegar muy muy lejos. Mas los hombres abajo, más preocupados por sus asuntos terrenales, nada vieron, y aun si hubieran visto, nadie les hubiera dedicado más que un breve momento para sacudir después la cabeza y concentrarse en otra cosa.

—Que me den humo venenoso en vez de aire para alimentar mis pulmones, y me pase la vida tosiendo y tosiendo sangre, que después de ver esto, no me quejaré —exclamó Elman.

—Pues… ¿lo hemos conseguido entonces? —preguntó Valas Ton en voz baja—. ¿Es esto?

—Es… Es esto —afirmó Briamor, pero desvió la mirada hacia Ellör y lo miró valorativamente, con una mezcla de sorpresa y respeto —. ¡Es esto, amigos! Pero que me arranquen cuanto sé de las cosas de la cabeza y lo tiren a un agujero si Ellör Litos del linaje de los Ceoril no ha conseguido lo imposible.

—Lo ha hecho en verdad —dijo Elman—. Que si hubiera ido más despacio, lo habría detenido pues pensaba que nos llevaría al fracaso o algo peor, la muerte de las muertes.

—Pues como ocurre a menudo —intervino Vanegrio—, teníais más miedo que razón en el cuerpo, y en cosas de usar el poder, el poder de verdad, os quedáis siempre cortos.

—Pero... ¿Trym, Ellör? —exclamó Valas Ton—. ¡Trym!

—¿Cómo se te ocurrió? —preguntó Elman—. ¿Cómo pensaste que funcionaría? ¡Pues mil años hubiera yo dado vueltas al asunto y nunca se me hubiera ocurrido esa solución!

—No sé qué contestarte a eso, querido Elman, en verdad te lo digo. Sólo intentaba… equilibrar. La hechicería se basa en el Equilibrio, ¿o no os habéis dado cuenta de la astucia de Briamor cuando nos convocó a nosotros, lo pensara o no? Pues Elman es la calma y Vanegrio es su par, impulsivo y furioso, y Briamor es el maestro con experiencia y yo el joven discípulo con mucho que aprender; y la ecléctica Valas Ton es el Equilibrio en sí misma, pues a veces es mujer y a veces hombre.

Briamor, mientras tanto, no dijo nada sobre eso. Estaba concluyendo el proceso que habían comenzado allí, y era un proceso emotivo y bonito, y muy satisfactorio en verdad, pues por lo general marcaba el fin de una larga serie de sacrificios; había vuelto sus palmas blancas y había hecho pases especiales, y reclamó para sí uno de los fragmentos de roca descarnados de las paredes y embutió en ella la descripción de la secuencia de hechizos que se habían llevado a cabo, constituyendo así una runa cargada, para preservarla y no

olvidar nada.

Levantó la piedra ante ellos con un gesto de triunfo.

—Lo tenemos, por fin… —exclamó.

Todos asintieron, emocionados, y se volvieron hacia los círculos morados, de los cuales había diez veces cien, dentro de la habitación y más allá de ella.

—¿Son todos… mundos? —preguntó Ellör con prudencia.

—Todos mundos —afirmó Briamor.

Vanegrio se adelantó un paso, los dos puños levantados delante de él.

—Mundos nuevos, conocimiento nuevo, poder nuevo —dijo exultante.

—¿Son éstos accesos a los mundos que vemos en el cielo cuando cae la noche?

Briamor negó con la cabeza.

—No, amigo. Que nos hayas desbloqueado el paso y no lo intuyas al menos… Pues dime, ¿ves acaso la Deriva, sus marcas sutiles, con tus ojos? Pues sólo después de mucho entrenamiento puedes percibirla o intuirla, y sólo a veces y no siempre. O un hechizo básico de revelación, ¿mostrará algo para el lego? Pues no. Nada verá. Porque hay cosas que no están hechas para ser vistas por el orden de las cosas.

—Entonces… esos accesos…

—Son lugares que están aquí, amigo Ellör —intervino Elman—. Aquí mismo, superpuestos, simultáneos, latentes.

Ellör asintió despacio.

—Pero diferentes —susurró.

—Eso está por ver —dijo Vanegrio—. Abramos uno. El primero. ¡Echemos un vistazo!

—¿Por qué no? —dijo Valas Ton.

Briamor se volvió hacia él. Hacia ella.

—Muy decidida te veo, Valas Ton —dijo—, pues supongo eres consciente de los riesgos.

—Con un escudo de protección —exclamó ella.

—¿Y si al cruzar perdemos la conexión con la secuencia de apertura y el acceso se cierra? —quiso saber Briamor.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque hay un sentido en todo esto, maestro Briamor —dijo Valas—. Desde que levantaste la torre sin saber nada de cómo se construyen torres lo supe, pues la hechicería se basa en el conocimiento profundo de cómo funciona la realidad, y así como no se

puede hacer que el río vaya contracorriente sin comprender los fundamentos del agua, su composición, propiedades y características, no se puede levantar una torre con toda su complicada estructura de forma tan perfecta, como esta torre, sin saber de ello.

Ellör se admiró. Hacía mucho que no veía a Valas Ton entregarse a un monólogo tan largo. Ella, a veces él, debía de haber considerado que todas y cada una de esas palabras eran importantes para transmitir su mensaje.

—Así que he comprendido que el viaje no termina aquí —siguió diciendo Valas—. No tendría sentido. Lo armónico del momento. La cadena de causalidades. Si cruzamos el acceso, algo veremos y algo comprenderemos, pero no puede terminar ahí.

Briamor asintió.

—Como siempre, ves más detrás de tu máscara que muchos que van a cara descubierta. ¡Pues sea! ¡Abriré uno de estos accesos!

Vanegrio Llamaviva, se fijó Ellör, adoptó una pose defensiva. Elman Karas, en cambio, parecía irradiar la curiosidad genuina de un niño. Valas Ton generó un escudo de defensa similar al que invocó Ellör durante la batalla del Quebranto, pero en su superficie uniforme y bien formada se notaba la mayor experiencia del lanzador.

Sólo entonces Briamor extendió los brazos, con las palmas juntas, y comenzó a separarlos. El círculo púrpura se desgarró por la mitad, a la vez, y la luz se coló dentro como goterones de mantequilla. El aire también pareció colarse dentro, como si al otro lado no hubiera, o hubiera menos, dejando en el camino rastros blanquecinos como de nubes formándose. Y a través del hueco vieron un prado giboso donde crecía una hierba alta, delicada, del mismo tono rojo que la barba y el cabello de Ellör.

—Que me dividan el cuerpo en trozos y escondan cada uno en una parte del mundo —susurró Elman.

Vanegrio no dijo nada, fue el primero en pasar al otro lado y mirar alrededor.

Era un valle, sí, pero los tonos de color estaban todos cambiados. La hierba era roja, y el cielo era de un añil intenso donde flotaba una neblina baja. Lo primero que vieron fue el círculo de fuego en el cielo, más grueso por arriba que por abajo, que ocupaba todo cuanto se veía. Todos habían visto cosas así en su vida, antes, cuando se producía un eclipse, que era una coincidencia excepcional de posiciones entre la luna y la tierra, pero ésta duraba poco tiempo, y aquélla parecía fija en el cielo y no parecía afectar la luz.

Por todos lados había estructuras extrañas, como formaciones de vidrio formando grupos que crecían en ángulos indistintos del suelo, y

había algo parecido a la nieve creando piscinas irregulares en sitios aleatorios. A la izquierda había una suerte de árboles pero de tonos azules: la base era gruesa y se ramificaba en un montón de pequeños brazos alargados como tentáculos, hasta seis decenas de ellos, que coronaban en ramilletes de grupúsculos extraños, como flores, pero parecían suaves y carnosos, como cuando se batía la clara de un huevo para crear una crema blanca y densa. Y aún más allá, al fondo, el suelo parecía ascender y ascender hasta que cambiaba de sentido y se elevaba hacia arriba, de manera que más parecía pared que suelo, aunque en ella creciese la misma hierba; y alrededor había islas, tan remotas que eran apenas siluetas de tonos añiles, y flotaban en el aire sin esfuerzo aparente, como si fuera natural para las rocas y la tierra de allí flotar, ingrávidas, a la deriva.

—Por las... runas perdidas de Flavo Nasso —exclamó Briamor en un susurro.

Miraron alrededor durante un rato, perplejos. A veces, cuando soplaba una brisa repentina e inesperada, la parte más alta de la hierba cambiaba su tonalidad y creaba variaciones de color que daban lugar a formas caprichosas y suaves.

—Es hermoso —susurró Valas Ton.

Se había agachado y acercado la mano a la hierba para tocarla, pero ya no estaba tan seguro de que fuera algo vegetal, como en su mundo. Ni era una criatura tampoco. Era otra cosa, pero se movía y se estremecía para apartarse de la mano, como si pudiera verla, sentirla, o ambas cosas.

—¿Habrá gentes aquí? —preguntó Vanegrio.

Briamor sacudió la cabeza.

—Me sorprendería —exclamó.

—¿Por qué?

El hechicero sacudió de nuevo la cabeza e hizo un gesto vago.

—Me sorprendería, eso es todo, por cosas que he leído, de las que he hablado y sobre las que he reflexionado. Estos mundos penden del nuestro y se cohesionan como resultado de la Deriva. La Deriva se expande, crece, cambia, como las flores y sus muchos filamentos y hojas y cosas. Diría que las dos cosas siguen los mismos patrones de crecimiento. Y en estos mundos, dado que hay Deriva, hay vida, pero es distinta. Aquí todo es distinto, sigue otras reglas, otras descripciones fundamentales, como sabemos por los círculos que nos trajeron aquí. Habrá otra cosa, pero no gentes, pues las gentes no pertenecen a éste ni a ninguno de los otros mundos cuyos accesos tenemos.

—Otras reglas, otra fundamentación, otros hechizos —susurró

Valas Ton.

Briamor asintió.

—En efecto —dijo—. ¡Ahora lo entendéis!

Ellör pestañeó. Estaban en lo cierto. Si los hechizos que habían aprendido en su mundo se basaban en la descripción de los mecanismos de la vida y del estado de las cosas, de las leyes que permitían su movimiento y evolución, allí eran otros. Nuevas plantas, nuevas leyes, nuevos sistemas de crecimiento, nuevo todo, y por lo tanto, nuevos hechizos. Miró a lo lejos. Aquellas islas que se veían en la distancia, por ejemplo, escondían secretos, normas, leyes que allí eran normales; pero si conseguían aprenderlas… con el tiempo suficiente... podrían enseñar a un hechicero la manera de quedarse suspendido en el aire sin hacer movimiento alguno.

Sólo ese mundo, de los muchos que tenían a su disposición, suponía toda una vida de estudio. Otra vez. Y suponía, por supuesto, poder.

Poder complementario.

Poder inaudito, desconocido.

Nuevo.

Poder ilimitado.

La risa exagerada de Vanegrio Llamaviva lo sacó de su ensimismamiento. Todos se dieron la vuelta. Parecía haber comprendido las posibilidades que el mundo, o el acceso a mundos, le brindaba.

Estaba lanzando un haz de luz minúsculo, por la punta del dedo índice, a una de las formaciones de cristal. El haz atravesaba su superficie y alcanzaba su centro, y allí se multiplicaba en diez, en dos veces diez, en más de cincuenta rayos de mayor intensidad, que salían despedidos en todas direcciones, y cuando tocaban la hierba, o lo que fuera lo que parecía hierba en el suelo, la quemaban y la volvían gris y dejaba de moverse y moría.

Vanegrio reía.

Reía de manera exagerada y descontrolada.

Ellör tuvo un pensamiento extraño mientras miraba el rostro pálido de Vanegrio Llamaviva, contaminado de esa risa tan inquietante como siniestra. Y ese pensamiento los incluía a ellos, llegando inesperadamente a un mundo que parecía hermoso y apacible a través de un roto en el aire. Y pensó: «Ha llegado el hechicero». Y luego pensó aún peor: «Ha llegado el hombre», y mirando la hierba muerta, si acaso era hierba, que Vanegrio había quemado, añadió: «Y la muerte es su jinete».

Era un momento de triunfo, sí, pero era, como siempre, cuestión

de perspectiva.

De triunfo para quién.

Capítulo 10

Asesinos y granjas en llamas

–No le entiendo, maestro —decía la muchacha—. Si usted hizo una cosa, que era ese círculo morado, con un propósito, ¿cómo pudo convertirse de repente en otra cosa?

—Eso trato yo de averiguar —dijo Ellör—. Mas las cosas del pensar, sin evidencias que examinar, tienden a retorcerse y desparramarse y se escapan de los senderos del pensar con corrección, y al final no hacen más que consumir tiempo, como un hogar consume troncos sin que haya nadie allí para disfrutar del calor.

Helga asintió.

—¿Y no podría, maestro, volver a conjurar ese… truco, púrpura como una violeta, y ver qué hay al otro lado? Así quizá averiguase usted qué ha ido mal.

—No —dijo él—. Pues sé con exactitud adónde has ido y dónde has estado, y a ese sitio no volveré.

—Usted… ¿usted estuvo allí? ¿En el laberinto?

Ellör miró la chimenea ceñudo. ¿Estaba fallando el tiro otra vez? Le parecía que olía demasiado a humo. En ocasiones, después de los meses amables de verano, los pájaros más bobos hacían en el tubo de salida sus nidos, y los llamaba bobos porque estaba el bosque lleno de lugares excepcionales donde crear nidos y criar huevos, y no el interior de un tubo de piedra sucio y lleno de hollín.

Sacudió la cabeza y volvió a intentar concentrarse en sus pensamientos.

—Sí —contestó—. Yo estuve allí, hace… demasiados años. Mucho tiempo antes de que nacieras, incluso antes de que nacieran tus padres, estuve allí. Pero me marché, me alejé de aquello, y no sé a cuento de qué está ahora en tu cabeza, que no tienes más vida que todo lo que vive un lobo o un perro manso de ovejas que vive caliente y come a diario.

Ella asintió.

—Maestro… —dijo—. Si he estado en un sitio que usted conoce, y del que yo nada sabía, y he ido allí por medio de usted, entonces usted ha cometido un fallo, con perdón.

Ellör se volvió para mirarla.

—Decididamente eres una díscola y una deslenguada —dijo Ellör—. Pero no te falta razón. No te falta razón… Un error, sí.

Pensó en la posibilidad de que hubiera errado el destino del atajadero, que hubiera creado uno real, perfectamente formado, en lugar del pequeño truco de hechicería que debía conducir a la muchacha a una realidad inventada, alternativa, que sólo existiría en su mente. ¿Era posible? ¿Era remotamente posible haber cometido tal error? ¿Formular unos hechizos y no otros?

Hacía años, y años muchos por cierto, cuando empezaron a trastear con los atajaderos, no hubiera sido capaz de formar uno él solo. Ninguno de los Cinco Fundadores hubiera podido. Pero con lo que ocurrió después y con el paso del tiempo, que era también un maestro determinado, Ellör podía abrir un atajadero casi sin pensárselo. En cuestión de un instante, de hecho, y quizá… quizá, pensaba ahora, ahí radicaba el problema; cuando las cosas se hacen tan rápido se vuelve campo abonado para errores, sobre todo si ese algo no se había hecho desde hacía de décadas una mano de dedos llena.

—Es posible —admitió.

Había estado pensando en la Luz del Oeste, sí, desde que apareció la muchacha y decidiera formarla en los caminos de la hechicería, y le habían venido recuerdos que no había manejado desde hacía tiempo. Era posible que hubiera creado un atajadero a los sótanos de la ciudadela, por lo que ella había dicho, pues las cosas allí cambiaron para ser como ella había descrito, y hasta había visto los cadáveres de cuantos cayeron aquellos días, y los engaños y artificios que se crearon cuando la Luz cayó, y perdieron su hogar y, muchos, la vida.

Agachó la cabeza.

—Maestro —dijo entonces la muchacha—. Huele demasiado a humo.

Ellör volvió a mirar la chimenea. Era un fuego pequeño, creado únicamente para calentar la sopa, entonces…

Oyeron un relincho conocido en el exterior. Era Príor, de eso no había duda.

—Pero… ¿qué viene a hacer aquí ese caballo? —preguntó.

El relincho sonó por segunda vez, y Ellör comprendió. No era un relincho cualquiera. Era un relincho de alarma.

Se caló el sombrero y salió fuera, raudo como una centella. A Helga siempre la sorprendía verle moverse así, con esa velocidad, pues su cuerpo era grande y su altura mayor aún, pero fue como si hubiera saltado de un punto a otro, y conociéndolo, se dijo si realmente no había sido así.

Dejó la piel a un lado y corrió tras él.

Lo primero que notó es que el olor a humo era todavía intenso. Ellör estaba junto a Príor, con la mano colocada en su lomo, y levantaba la cabeza hacia la distancia, mirando por encima de los árboles. Allí vio la niña una columna de humo levantándose hacia el cielo.

—¡Maestro! —exclamó ella.

Ellör se volvió para mirarla.

—Están atacando las casas en todo Peleas —dijo—. Un grupo de vándalos, ladrones y asesinos. Todas cuantas pueden encontrar. Quédate aquí, muchacha, que iré a ver.

—¡Maestro! —protestó ella—. ¿Pues dónde cree que estaré más a salvo? ¿Aquí, en su casa, o con usted a lomos del caballo más inteligente y rápido que existe?

Ellör pareció pensarlo unos instantes. Después, montó sobre Príor y, sin que le hiciera ninguna seña, el caballo se acercó a la niña y se puso a su lado.

Y Ellör le tendió la mano.

2

No fue difícil localizar los problemas a través del bosque. Los ladrones no se contentaban con robar, ni siquiera con asesinar a las familias, como ocurría en el mundo de vez en cuando; quemaban las casas hasta sus cimientos, y quemaban también los cultivos, las carretas y carruajes, daban muerte a los animales y dejaban los cuerpos colgados con cuerdas si encontraban un árbol o un poste o una arcada apropiada para ello.

Granjas así encontraron tres mientras buscaban al grupo de vándalos y, cuando se topaban con ellas, Ellör parecía encolerizarse más y más. Para Helga, lo que veía conformaba en su interior más bien tristeza e impotencia; una tristeza insondable que la consumía por dentro, la aniquilaba y la dejaba sumida en una suerte de tranquilidad vacía preñada de una pena honda. Pero no era furia. No era rabia. No era violencia. Ellör en cambio… Podía sentir su sangre bullendo por sus venas, su espalda erizada como la de un lobo, su aura hostil, y cada vez le pedía a Príor redoblados esfuerzos para que

aumentara la velocidad, que ya era inusitada.

Por fin, encontraron un grupo de hombres a caballo cerca de una de las casas. Llegaron a tiempo de ver cómo uno de los hombres arrastraba a una mujer al exterior, donde yacían ya otros cuerpos, pero no para detener lo que pretendía hacer: cortarle el cuello con un tajo rápido y profundo.

Ellör apretó los dientes y Príor se detuvo. Los hombres se sobresaltaron, sacando sus espadas y espadones. ¿Cómo se había acercado tan rápido ese caballo?

Ellör levantó la cabeza, el rostro transformado en una máscara de rabia.

Uno de los hombres lo señaló con la espada.

—¡Es él! —gritó—. ¡Es el hechicero!

Tres de los hombres tiraron de las riendas y dieron la vuelta, y empezaron a galopar alejándose de la casa. Ellör comprendió.

¡Es el hechicero!

Lo habían encontrado.

Habían estado matando gentes de Peleas porque el rumor de su longevidad había circulado y había llegado lejos. Un gigante de cabello y barbas rojas, grande como dos hombres puestos uno al lado del otro, y alto como el umbral de una puerta de granero, una por donde debe cruzar una carreta con carga. La noticia debía haber viajado rápido hacia el oeste, hacia la Luz del Oeste, donde hacía demasiado que lo buscaban.

Se estremeció.

Aquellas muertes... eran por él.

Apuntó con dos dedos de la mano a los hombres a caballo y de ellos salieron sendos haces de luz, más rápidos que las flechas. Los haces golpearon las espaldas de los jinetes y las abrasaron con una repentina llamarada, y ambos cayeron de los caballos con las ropas súbitamente renegridas y humeantes, gritando de dolor. Los caballos continuaron camino, como si no se hubieran enterado de que habían perdido su carga.

—¡Detenedlo! —gritó el hombre—. ¡Detened al brujo!

Seis de los asesinos se lanzaron hacia él. Helga espiaba, asomada por detrás de la espalda de Ellör. Pensó en ayudar. Aún podría utilizar su arco para lanzar una flecha a uno de ellos, aunque llevaban armaduras, pero mucho sospechaba que Ellör podría ocuparse de ellos con facilidad.

Con demasiada facilidad.

Ellör también mantenía un discurso mental parecido. Si la ciudadela había enviado a aquellos hombres debía estar atento, pues a

buen seguro debían ser muchos más de lo que parecía. Era imposible que hubieran enviado simples soldados a por él. Imposible o, cuando menos, absurdo.

Pero hizo un pase sencillo, un hechizo sin complicaciones, y los seis hombres recibieron un impacto profundo en sus pechos. La armadura que llevaban se perforó, se hundió hacia dentro y afectó sus pechos y sus pulmones. Cayeron de los caballos como los primeros, las espadas y espadones expulsados de sus puños, fardos inútiles, morralla humana, nada que pudiera enfrentarse a un hechicero.

El último hombre había levantado una mano hacia el cielo. En ella llevaba una piedra.

«Una runa preparada de antemano —pensó Ellör—. Ahí está el truco. Un Trym. Algo grave.» Preparó un hechizo de escudo pero, cuando iba a lanzarlo, vio un destello rojo y humeante que se dirigió hacia el cielo como una flecha, y allí explotó con un sonido retumbante, y se formó una luz centelleante que podía verse a mucha, muchísima distancia.

Lanzó otro rayo de luz hacia el soldado y el impacto lo alcanzó en el cuello. La cabeza saltó limpiamente, seguida de un chorro de sangre. Salió volando, chocó contra el suelo con un sonido húmedo, y luego rodó hasta perderse de la vista entre unos arbustos. Pero la señal… la señal se había enviado.

Ellör apretó los dientes.

«Viejo lento e idiota», se regañó.

Era una marca. Era una señal que muchos ojos atentos buscaban en el cielo y que lo señalaba a él. La marca era un mensaje. Decía: «El hechicero está aquí. El hechicero largamente buscado está en este mismo lugar».

Miró los cadáveres. Uno de los soldados estaba todavía allí, con el cuchillo en la mano. Lo miraba con una expresión consternada.

Príor los llevó a pocos pasos de él. El gigante tenía su mano extendida hacia el soldado, la palma encendida con un rutilante centelleo, los ojos inflamados por un fuego ancestral que brotaba de su interior.

—¡Señor hechicero! —suplicaba el soldado, hablando entrecortadamente—. ¡Ellör, señor, por favor, señor gigante de Peleas, imploro a su misericordia y buen corazón!

—¿Tuviste tú acaso misericordia con esta familia? —preguntó el hechicero—. ¿Sentiste compasión cuando los arrastraste fuera de su hogar y les pasaste el cuchillo por el cuello?

—Yo… —dijo el soldado—. ¡Yo cumplía órdenes!

—Yo también —proclamó el hechicero—. Sigo el dictado de la

repugnancia que me recorre al mirar la sangre en tus manos.

Y cuando dijo eso, extendió la palma embriagada de luz y emitió un resplandor tan intenso que Helga tuvo que cerrar los ojos un buen rato. El soldado gritaba, y nada se veía, pues todo era blanco, el mismo blanco fulgurante que se graba en los ojos cuando se mira el sol.

Cuando la luz se extinguió, el soldado estaba en el suelo, humeante.

—A ti, asesino ejecutor, te condeno en cambio a vivir —dijo Ellör—. Deshecho, ciego y sordo, para que experimentes la muerte en vida, sin que nadie pueda hablar contigo y sin que puedas ver a nadie, ni la luz del sol, ni todas las cosas que son hermosas en este mundo.

El soldado cayó al suelo llorando.

Príor protestó con un relincho.

—Lo sé, lo sé —admitió Ellör, y luego añadió—: Hay que irse.

3

Habían cabalgado mucho y muy lejos para alejarse de la zona y para esconderse; Ellör escogió el Páramo, pues nadie en su sano juicio los perseguiría hasta allí. Sin embargo, la noche cayó tras ellos y, en la oscuridad, el Páramo se volvía ominoso y las rocas puntiagudas del suelo, rugosas e irregulares como muelas de hierro quebradas, hacían que Príor cabalgase con dificultad.

—¡Detente, amigo! —dijo Ellör—. ¡Para! ¡Pues puedo sentir tu dolor a través de tu cuerpo!

Príor obedeció.

—¿Dolor? —preguntó Helga—. ¿Qué le pasa?

—Nuestro amigo es duro, muy duro, pero este suelo es peor que una trampa de abrojos si no puedes ver por dónde caminas. ¡Descansaremos aquí y pensaré un poco, antes de que amanezca otra vez!

—¿Aquí? —preguntó Helga—. ¿En medio del…?

Se interrumpió.

Había relacionado el lugar con su propia experiencia en el Páramo, que había sido siempre difícil y esquiva, con mucho mirar, mucha prudencia, y siempre bajo el sol del día, nunca de noche. Pero se había olvidado de que estaba con aquel hechicero, el mismo que se había ocupado de nueve hombres sin apenas esfuerzo, y que para él las criaturas del Páramo no serían sino una molestia.

Después de lo que había pasado, consciente o inconscientemente, Ellör ya no quiso disimular más, o se olvidó de la necesidad de

hacerlo. Después de todo, lo habían encontrado. Así que movió el puño hacia el suelo, como si lanzara algo, y la tierra se sacudió con violencia. Quedó un hueco en el suelo, uno no demasiado profundo, como si hubiera cavado con ambas manos, y allí hizo brotar una pequeña fogata. Su calor llegó hasta ellos de inmediato.

La muchacha miraba el fuego. De qué se alimentaba, no lo sabía, porque allí no había madera, ni hierbas secas ni maleza ni ninguna otra cosa, pero allí estaba el fuego, altivo y potente.

—¿Siempre… ha podido hacer eso? —quiso saber ella.

—¿Hmm? —respondió él, sumido en sus propios pensamientos.

—El fuego. ¿Siempre ha podido… hacer brotar llamas… espontáneas?

—Ah —dijo él—. Sí. Sí, desde luego.

—¿Por qué…? ¿Por qué talaba árboles, acarreaba leña, cortaba madera y preparaba el hogar, por no hablar del pedernal y la yesca, si podía… hacer esto?

Ellör asintió.

—Estaba escondido, muchacha —respondió él—. Por eso.

Ella pensó por unos instantes.

—¿Escondido sin magia?

—Sí.

—¿Por qué no... escondido con magia? ¿No es más… fácil?

—Es… una historia muy larga —respondió él.

—¿Te llamas Ellör? —preguntó ella entonces.

Ellör la miró.

—¿Cómo has sabido eso?

—El soldado le llamó así —dijo—. Como ha dicho que... ha estado escondido, he pensado que, en algún momento, quizá, decidió esconderse también de su nombre.

—Sí —asintió él—. Así es.

—Inco Waren —dijo ella.

—Inco Waren… —repitió él.

Se sentaron ambos alrededor del fuego. Habían cabalgado durante todo el día y ella empezaba a tener hambre. Pensó en la sopa que se había quedado sobre la mesa, en la cabaña, y en lo a gusto que daría buena cuenta de ella.

—¿Quién es Inco Waren, entonces? —preguntó ella de repente, como si la pregunta hubiera brotado inesperadamente de su boca.

—Es sólo un nombre, muchacha. Lo inventé. No es tan difícil.

Ellör estaba mirando el fuego con una expresión ilegible. Estaba claro que estaba pensando en todo lo que había pasado ese día, y en los cambios que traería. Ella no sabía lo que pasaba, ni entendía del

todo lo que había ocurrido, pero comprendía que estaba andando por terreno pantanoso y que tendría que ser muy cuidadosa con su elección de las palabras. Estaba claro que el hechicero, Ellör, tenía un pasado, y quería saber qué tenían entre manos.

—La luz roja que lanzaron contra el cielo, maestro… ¿Qué significa?

Ellör tardó un rato en responder.

—Probablemente, malas noticias —dijo.

—¿Era un hechizo?

—Un hechizo, por cierto, pero uno sencillo. Nada importante. Una marca. Una… señal. Como encender una fogata para que otros vean el humo desde lejos, pero más visible, más intensa, y más duradera.

—¿Era un hechicero, entonces?

Ellör negó con la cabeza.

—No, sin duda que no. No lo era. Cualquier hechicero habría detenido mis ataques con facilidad. Hombres eran. Alguien los envió aquí para buscarme.

—Alguien le busca, entonces… y por eso mató a esas familias… ¿Por qué le buscaban?

Ellör miraba las llamas, alimentadas del aire.

—Me buscaban, sí. Mucho me sospecho yo que los rumores sobre un… gigante de barba y cabellos rojos que no sentía el paso del tiempo en su cuerpo pudo haber circulado desde la casa de Musgoverde hasta otros lugares, de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, día y noche. Y esa descripción pudo haber llegado, en algún momento, a oídos de mis enemigos, allá en el oeste.

—En el oeste…

Ellör asintió.

—Pero es una descripción algo vaga, por mucho que por aquí mi aspecto llame la atención, pues de donde vengo hay muchos con el cabello y la barba rojos, y el viaje desde el oeste es largo. Así que quizá consiguieron ayuda de alguien de por aquí, y alguien de por aquí mandó un grupo de soldados, o mercenarios, o guardias de alguien, para que cribara todo Peleas buscando al hechicero rojo.

—Pero… esas familias… no tenían el cabello rojo, ni eran grandes.

—Esa gente no se anda con miramientos —dijo Ellör en voz baja, sin apartar la vista del fuego—. Si no hubiera aparecido, habrían quemado el bosque entero para asegurarse de que no me escondiera yo debajo de una piedra. Colgaban a las familias de los árboles y los postes usando sogas, no por placer ni para resultar macabros o

siniestros, ni siquiera para producir terror en sus enemigos, como se hace en otros lugares…

—Entonces, maestro Wa… maestro Ellör… —se corrigió—, ¿para qué? ¿Para qué mataron a esas familias?

—Para sacarme de mi agujero —susurró Ellör—. Pues bien sabían que mi corazón me mandaría ir en su ayuda, y me verían. Esos soldados o esos mercenarios ni siquiera sabían a qué se enfrentaban.

Helga consideró sus palabras.

—Eso es… terrible —exclamó, súbitamente sobrecogida—. Maestro, eso es…

—Lo sé.

—¿Quién hay en el oeste que le desea tanto mal? ¿Tiene que ver con eso que llamó… la Luz del Oeste? ¿Con el laberinto?

—Tu sesera trabaja bien, muchacha. Habrías sacado provecho de la Luz del Oeste en tiempos, cuando allí se trabajaba mucho y bien y, sobre todo, todos juntos....

—¿No querrá… contarme la historia completa?

Ellör suspiró.

—Debo irme, muchacha. Lejos, mucho más lejos. No deben encontrarme.

—Pero… ¡Pero es fuerte, maestro! —dijo ella—. ¡Puede luchar!

—¿Contra soldados? Sí. ¡Claro! Por supuesto. Pero los soldados eran meros exploradores, muchacha. Durante todos estos años deben haber estado mandado un montón de ellos en todas direcciones, siempre haciendo preguntas, siempre escuchando, atentos a los indicios. Apostaría a que instalaron espías en las posadas y tabernas donde corren los chismes y las murmuraciones. Hasta que oyeron hablar del Gigante Rojo de Peleas. Y los espías informaron. Enviarían pájaros mensajeros con una marca, una pluma manchada con tintes, quizá, y en la ciudadela sabrían dónde.

—¿Y qué? —preguntó Helga—. ¡Aún puede combatirlos!

—No lo entiendes, muchacha… —exclamó Ellör—. Te estoy diciendo que lo que hemos visto y destruido hoy eran exploradores. Es como cuando ves una hormiga roja en tu casa y no le prestas atención, y a los pocos días tienes un hormiguero codiciando cada migaja de pan que tengas guardada.

—Aunque sean muchos, puede con ellos —dijo Helga.

—Puedo enfrentarme a los hombres, pero detrás de ellos vendrán los hechiceros. La Guardia de la Luz. Y tal vez pueda con algunos de ellos… tal vez. Pero no podré con muchos. Y con algunos de ellos no podría ni de uno en uno, en combate de igual a igual.

—No… no lo creo, maestro. ¿Acaso hay otros hechiceros mejores

que usted?

Ellör sonrió.

—Será mejor que descanses, muchacha. Mañana, yo partiré, tan lejos como Príor me lleve, y tú regresarás al bosque y vivirás tu vida.

—Maestro… Eso no puede ser…

—Créeme, muchacha. Es lo mejor.

—¡Pero maestro…!

Ellör estaba exhausto. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Acaso si se hubiera marchado cuando sintió el impulso, las cosas habrían sido diferentes. Pero había sido descuidado, y se había confiado, y había dejado que el apego por las cosas, por el bosque, por su cabaña, por las filigranas talladas en la madera alrededor del hogar, lo retuviera allí. Ahora era tarde, desde luego, pero…

Pero necesitaba pensar.

Necesitaba dedicar un rato a pensar. En soledad.

Movió la mano en dirección a Helga.

—Duerme dulcemente —dijo—. Y recupera fuerzas.

Helga se desplomó y, sentada a su lado como estaba, cayó su cabeza sobre el hombro Ellör y descansó allí. Él pasó el brazo por detrás y la abrazó para mantenerla cómoda a su lado.

—Eso es —dijo.

Y su cabeza repitió: «Eso es».

Estuvo toda la noche pensando.

4

—Buena mañana —dijo él cuando la chica empezó a moverse, y añadió—: Por decir algo.

Ella dio un respingo. Miraba alrededor, confundida, también al cielo que empezaba ya a clarear. Y vio a Príor, a cierta distancia, olisqueando el suelo en busca quizá de alimento, por mucho que por allí sólo crecieran hierbas ralas, demasiado lánguidas y secas para que fueran de provecho.

—¡Que me atiborren de miel, me pongan alas y me llamen abeja, que creeré más que soy una que esto que veo! —dijo.

—¿Qué es tan extraño a tus ojos? —quiso saber Ellör.

—¡Pues que estaba despierta y ahora es de día! ¡Y me siento descansada y bien!

—Pues para eso es el dormir —dijo Ellör—. Estabas cansada, y viste cosas que se quedan grabadas en el ánimo y el recuerdo así vivas mil años. No te preocupe haber sido superada por el sueño.

—Sí… —asintió ella—. Debe ser esto… pero… maestro, las

alimañas y las bestias y los hombres deformes que viven por aquí… ¿no le han atacado durante la noche?

—Las alimañas, como las bestias, saben medirse bien con el resto de seres vivos —dijo él—. Cualquiera de ellas sabe quién es su presa y quién el depredador. Ninguna se acercaría aquí, y menos con este fuego, que brilla como un fuego pero no huele como tal, y no hay cosa que dé más miedo a una alimaña o bestia que algo… poco natural.

Entrecerró los ojos.

—Maestro… sobre lo que dijo anoche…

—Sí —la interrumpió Ellör—. Lo he pensado mucho. Es mejor desaparecer. No debo ser encontrado… Sería… desastroso.

—Pero maestro… ¿qué ocurrirá si le encuentran? ¿Podrían darle muerte? ¿Es lo que teme?

—¿Temer... a la muerte? —preguntó Ellör confuso—. No, muchacha. Cualquiera que haya estudiado la vida no teme la muerte, pues sería como si una oruga temiese su proceso de larva por ignorar que, luego de eso, tornará en mariposa. No puedo ser encontrado porque… conmigo, mis enemigo podrían acceder a un poder vastísimo, inimaginable.

—Con… ¿con usted?

—¡Sí, muchacha! —exclamó Ellör—. Podrían obligarme a que les diera acceso a ese poder. Y eso no debe ocurrir jamás. Antes me quitaría la vida yo mismo, con mis propias manos, que consentir tal cosa. —Hizo una pausa, reflexivo—. Es curioso que para un hechicero, un estudioso de la vida, acabar con ella sea... cuestión de mera voluntad.

—Pero maestro Ellör —insistió la muchacha—. No me parece que tenga opción…

—¿Qué dices? —preguntó Ellör, confuso.

—Pues que…

De pronto, percibió algo con la visión periférica. Allá a lo lejos, más allá del linde del bosque, empezaba a elevarse otra columna de humo.

—Pues eso, precisamente —dijo ella—. ¡A eso me refería!

Ellör entrecerró los ojos.

Como él no dijo cosa alguna, la muchacha siguió hablando:

—No puede desaparecer y esconderse, maestro —insistió—. Porque los soldados, o los hechiceros, o quien sea que manden después de lo de ayer, seguirán matando a todo el mundo hasta que no quede nadie en Peleas.

Ellör no respondió.

—Lo harán porque… ¡porque saben que eso le hará salir de su

escondite, maestro!

—Eso quieren, sí —asintió él.

—¡Pues tiene que enfrentarse a ellos! —exclamó Helga—. ¡Esas familias están muriendo por su culpa!

—¡No es por mi culpa! —protestó Ellör sorprendido.

—¡En cierto modo sí, maestro! —siguió ella alzando la voz—. ¡Pues si no se hubiera escondido aquí, nada de esto habría pasado!

—En cierto modo, dices… ¡Pues bien, por eso me voy, y me voy ahora mismo!

—¿No va a enfrentarte a ellos primero?

—¡Otra vez, niña! ¡Tienes que poner las cosas en perspectiva! Quizá mueran algunos, y quemen algunas casas. ¡Quizá acaben con todo Peleas, y con las gentes que trabajaron en las minas de hierro que viven al otro lado, y con el pueblo que está a continuación! ¡Pero es un pago pequeño para mantener al mundo libre de unos horrores que ni sospechas! Una escuela de hechiceros con el cuerpo y la mente corruptos por el poder se apoderarán de todo y de todos, ¿y quién les hará frente? ¿Quién los parará? Yo te lo diré: ¡nadie! ¿Prefieres eso?

—¿Sacrificará… pueblos enteros para salvar la vida? —susurró ella en voz baja, atónita.

—¡No la vida! —protestó Ellör enfadado—. ¡Ya te lo he dicho! ¡Pueden capturarme y obligarme a…!

—¿No decía, maestro, que se quitaría la vida antes de ser capturado? —lo interrumpió ella—. ¿No decía… que se quitaría la vida antes de ser capturado? —repitió—. ¡Pues luche por esas familias, maestro! ¡Defiéndalas! ¡Y si caes, caes, que así no podrán ellos conseguir su propósito!

—No lo entiendes —insistió él—. No es…

Príor se les había acercado, y ella subió a su lomo con un solo movimiento grácil. Era menuda y delgada, y cuando quería, se movía como el viento.

—Iré yo a salvarlos —dijo.

Y antes de que pudiera decir nada, Príor empezó a cabalgar a toda velocidad y a alejarse de él.

—¡Príor! —llamó.

Pero su amigo no respondió.

Cosa más increíble no había visto nunca.

Ellör se quedó solo en el Páramo, confuso, desorientado y, a decir verdad, enfadado.

Príor cabalgó rápido, tal vez más rápido que nunca. Ella ni siquiera tuvo tiempo de preparar su arco, pues sentía que si se despegaba de su lomo, caería y, a esa velocidad, se imaginaba, sería como despeñarse por un acantilado: tres días y tres noches estaría dando vueltas sobre sí misma, dándose golpes contra raíces y piedras.

Pero no tuvo tiempo de pensar mucho más. Cuando llegó al fuego encontró otra granja que estaba siendo devorada por las llamas, en un pequeño claro entre los árboles, y había unos hombres vestidos con ropas sencillas que miraban a…

No podía creerlo.

¿Cómo había podido correr más que Príor?

Miraban a su maestro Ellör, que estaba allí de pie, dándole la espalda a ella y al caballo, y todo lo que veía de él era su abrigo y su sombrero, y su cabello borgoña rizado y largo asomando por debajo.

6

—Ellör Litos Ceoril —dijo uno de los hombres. Sonreía bajo la esclavina larga que llevaba cubriéndole la cabeza—. Sin duda.

—Lo soy —asintió él.

—Hemos venido a buscarte —exclamó otro de los hombres. Llevaba la cabeza afeitada y llena de tatuajes que conformaban líneas concéntricas distribuidas por su calva y sus facciones.

—Pues ya me habéis encontrado —exclamó.

—¿No estás contento, Ellör? Reunirte con tus viejos compañeros —dijo el que llevaba la esclavina.

—Compañeros no sois, que no os había visto antes, y no tengo por compañeros a asesinos y vándalos.

—¡Asesinos y vándalos! —dijo un tercero. Estaba jugando con su brazal, de cuero para más señas, dándole medias vueltas sobre el antebrazo— ¡Bueno, bueno! Mucho me parece que hemos empezado con mal pie. ¿No nos saludarás como hermanos?

—No sois mis hermanos, no os conozco, y no os quiero conocer —replicó Ellör.

—Más nosotros sí te conocemos… ¿Cómo no conocer a Ellör Litos Ceoril, de noble linaje, el Gigante Rojo de Peleas?

Los otros rieron.

—Ya sé qué ocurre, quizá —continuó diciendo el asesino—. En aquel entonces no tenías ojos para la chusma… aprendices que pasaban los días en los sótanos mientras vosotros os movíais por las partes altas de la torre. Los Cinco Fundadores. Muchos nos estremecíamos cuando os veíamos pasar, aunque nunca tuvisteis

tiempo ni para un saludo.

—Basta de cháchara —exclamó Ellör—. Abandonad este territorio ahora, y haced juramento de que no se os verá más por aquí.

—¡Pero señor Ellör Litos Ceoril! —exclamó uno de los hombres—. ¡Maestro fundador de la Ciudadela del Oeste!

—¿Así la llamáis ahora, perros, Ciudadela del Oeste? ¿Acaso ya habéis apagado la luz en su pináculo?

—¡Por cierto que no! —le contestaron—. Pues allí sigue. Dinos, ¿no vendrás con nosotros para verla de nuevo y otra vez?

—Bien sabéis que no —dijo él.

—Tenemos que insistir —repuso uno de los hombres, pero desde la distancia vio Helga que sus antebrazos comenzaron a emitir una luz espectral, negra como el carbón, que emitía un sonido como el del viento a su paso por una cañada.

—No —respondió Ellör con tranquilidad, y proyectó dos dedos sobre su mano y se la llevó al pecho, y allí los dejó, mientras guardaba el otro puño a la espalda, oculto de la vista de ellos, y allí vio Helga que en la mano tenía extendidos otros dos dedos.

Entonces los asesinos lanzaron una serie de relámpagos contra él, haces rápidos que salían de sus manos y no iban siempre en línea recta, sino que daban vuelta en el aire y buscaban sorprender al hechicero, mas éste se movía con una rapidez difícil de seguir con los ojos, y todos los ataques fueron rechazados con movimientos de sus dos brazos; más ellos eran muchos y él solo uno y, como ellos se movían con rapidez, abriéndose a su alrededor para atacar desde más ángulos, uno de aquellos hechizos le golpeó de lleno, y Ellör quedó atrapado en una especie de cristal facetado traslúcido.

Helga, sin poder evitarlo, soltó un grito.

Salió al claro, saltando por encima de los arbustos, con el arco en las manos.

—¡Brutos! —gritó—. ¡Bestias! ¡Salvajes! ¡Asesinos!

Tensó su arco y lanzó una flecha a uno de ellos, mas el asesino levantó su antebrazo y allí creció una superficie plana en la que la flecha rebotó limpiamente y, tan pronto cayó a un lado, el escudo desapareció.

Uno de ellos hizo un sencillo pase con la mano y Helga se quedó inmóvil, como petrificada, incapaz de moverse.

—Mas… ¿qué es esto? —preguntó—. ¿Una muchacha de la aldea?

—Nunca he visto yo que una aldeana quisiera luchar contra seis hombres a la vez —dijo otro de ellos.

—Debe conocer bien a nuestro amigo Ellör —exclamó un tercero.

—¿Eres amiga de este hombre, niña?

—¡Olvídate de esa chusma! —soltó uno de ellos—. Tenemos a Ellör encerrado. Volvamos a…

Pero entonces, el cristal en el que Ellör estaba encerrado se resquebrajó y saltó por los aires en un montón de esquirlas pequeñas que se desvanecieron a medida que se alejaban de él.

Ellör salió de la trampa avanzando un pie, la mano derecha proyectada hacia delante, los dedos extendidos todos y encendidos con un aura anaranjada; con la otra se ajustaba su sombrero sobre la cabeza.

—Un enigma entretenido —dijo—. Pero inocente, como el de un niño, sólo me ha retra…

De repente vio a Helga a su derecha, a cierta distancia, y vio su cara de sorpresa y su pose inusual, como si estuviera corriendo, pero detenida en el sitio.

—¡DEJADLA EN PAZ! —bramó.

Y junto con su grito se levantó una fuerte corriente de aire que hizo estremecer las copas de los árboles todos, y del suelo se levantaron el polvo y la tierra que escaparon en forma de nubes, y el fuego de la casa se avivó como un titán y redobló sus llamas con un sonoro fogonazo.

—Pues… —dijo uno de ellos—… parece que sí se conocen…

—¡Apresadlo de nuevo! —gritó alguien.

—¡Se escapa! —ladró un tercero—. ¡Es más poderoso de lo que nos dijeron!

—¡Apresadlo os digo!

Pero esta vez Ellör atacó primero. Extendió el brazo y surgieron cinco lenguas de tonos púrpura que se movieron por el aire como serpientes. Los asesinos lanzaron diversos hechizos contra ellas, pero unos fallaban y otros no tenían efecto, pues alcanzaban las lenguas y desaparecían con una pequeña explosión de partículas.

Las lenguas acabaron alcanzando a los hombres. La mayoría las repelieron con diversos métodos: unos permitiendo que se enredaran en sus muñecas, y allí las estiraron y las sacudieron como si fueran raíces, y otros las congelaron en el aire y las quebraron con un ataque sencillo. Pero a uno de ellos le enmarañó la lengua por todas partes y empezó a humear y a proferir gritos cada vez más agudos, hasta que quedó recubierto por entero y reducido a un volumen imposible para contener un cuerpo humano.

Aún tuvo tiempo Ellör de lanzar un encantamiento en dirección a Helga, que quedó libre y dueña otra vez de sus movimientos. Cayó al suelo con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos y las rodillas temblorosas, intentando comprender lo que había pasado.

Mas luego se reanudaron los mismos ataques. Ellör los desvió todos, esta vez con ayuda de aspas luminosas que producían sonidos siseantes.

—¡PRÍOR! —gritó Ellör mientras esquivaba los ataques—. ¡SÁCALA DE AQUÍ!

El caballo salió de entre los arbustos dando un salto imposible y se colocó cerca de la niña.

—Eso no es un caballo… —susurró uno de ellos.

—¡Osno, Bando! —gritó otro—. ¡Lanzad la jaula a la niña! ¡Los demás conmigo, contra el hechicero!

Ellör apretó los dientes.

—¡DEJADLA OS DIGO!

Levantó los brazos con las palmas juntas, y cuando extendió los dedos hacia arriba, el suelo entero se sacudió como afectado por un terremoto. Grietas profundas se abrieron en la tierra y varios de los asesinos perdieron el equilibrio y cayeron derribados. Ellör aprovechó para apuntar a uno con el puño.

—¡An Vie Val! —exclamó.

El hombre se deshizo sobre el suelo, como si en lugar de carne estuviese hecho de mantequilla. La carne, al retirarse, dejó al descubierto los huesos.

Pero seguían siendo demasiados, y Ellör no tenía manos para todos. Mientras se ocupaba de su enemigo, Helga había caído prisionera de la jaula facetada de cristal. Príor estaba todavía a su lado, pero no podía hacer mucho.

Pero Ellör conocía el hechizo. La niña estaba prisionera, sí, pero viva al menos. Aún... Aún tenía oportunidades.

Continuaron intercambiando hechizos, ataques y contraataques. Una serie de raíces crecieron bajo los pies del hechicero y se enredaron por sus piernas con rapidez para llegar a los brazos, pero el hechicero se deshizo de ellas con un sencillo movimiento de manos. La cadencia de conjuros se volvió demasiado rápida; el enemigo sabía que estaba en ventaja numérica y presionaba al hechicero con sortilegios de todo tipo. Decenas de ellos. Cuantos más, mejor. Incluso un lanzamiento débil y estúpido podía ser la baza ganadora si con él conseguían desestabilizarlo, retrasarle el brazo aunque fuese durante un solo segundo, lo suficiente como para que no pudiera evitar el siguiente ataque.

Había resplandores, destellos y sonidos tan estridentes que los vecinos de Peleas que aún quedaban por allí y que no habían huido tras los incendios y asesinatos del día anterior, miraron al cielo y creyeron que éste se les caía encima. Pero de base, de manera

constante, había un rumor continuo, una vibración incesante que era producto de la fricción del cúmulo de esfuerzos mágicos que se estaban desarrollando allí. Los hechiceros y los conjuradores lo llamaban «rever», que era una abreviación sencilla de reverberación, y había que prestarle atención porque, cuando aparecía, podía alterar las características de los hechizos.

Desviar tantos hechizos requería mucha concentración. Al final, podía tener un libro de trucos tan ancho como el mundo, pero la forma física del cuerpo tenía mucho que decir en cuanto al éxito o el fracaso. Era simple coordinación, pero con tan poco margen que si acababa un rechazo con la mano abajo, tenía que utilizar la otra para desviar un ataque alto, porque era físicamente imposible llegar a tiempo. Y eso le decía una cosa, que era sólo cuestión de tiempo que fallase.

En un momento dado, sin embargo, descubrió un hueco en la cadencia. Sólo le bastó eso. Lanzó un empuje básico hacia uno de los lanzadores y éste salió despedido hacia atrás. Tuvo tiempo incluso de ver su expresión de horror y sorpresa mientras se perdía entre las llamas. Su grito se ahogó con el trepidante sonido del rever.

—¡Tres fuera! —gritó—. ¡Quedan tres!

Los asesinos arrugaron la frente. Habían parado todos de lanzarse hechizos, una tregua temporal que necesitaban, aunque los tres asesinos que restaban mantenían escudos activos en sus antebrazos. Empezaban a pensar que quizá no era tan sencillo apresar a Ellör, quien, les dijeron, debía ser ya un viejo apagado sumido en la derrota.

—Bando —susurró uno de los que quedaban—. Voy a hacer una dispersión de campo.

—Pues... ¿para qué?

—Para distraerle. Cuando empiece, llévate a la muchacha de vuelta a la ciudadela, que veo yo que es cosa importante para él; acaso sea su hija o algo parecido. Y si la llevamos, la seguirá y vendrá hasta nosotros, como desea el maestro. Kraso, ábrele tú el atajadero. Hazlo justo a su lado, para no perder tiempo.

—Entiendo lo que dices, y tu plan también.

—¿Qué murmuráis, cobardes? —bramó Ellör—. ¿Ya os habéis dado cuenta de que no tenéis nada que hacer? ¡Pues aunque consigáis atraparme, me libro yo de vuestras jaulas en poco tiempo, y más veces me atrapéis, antes conseguiré salir! Pero escuchad, que yo en cambio puedo atacaros a placer y hacer crujir vuestros huesos y arrojaros a las llamas si me place. ¡Marchaos, salvad la vida! Pues no quiero yo mataros, que no está en mi naturaleza.

Pero los asesinos no le escuchaban. Habían trazado sus planes y

empezaban a ejecutarlos.

Lo malo de la hechicería es que los movimientos de un lanzador no daban ninguna pista sobre lo que estaba conjurando. Cada movimiento era una interpretación personal que ayudaba a realizar el hechizo, así que no vio el truco hasta que éste estuvo en marcha. A su alrededor, todo cambió: el suelo se volvió curvilíneo y sinuoso, y el fuego se extendió hacia arriba, como si en vez de llamas fuese un caudal de agua. El bosque se precipitó hacia los márgenes de su visión, fluyendo y esquivando su mirada, y por doquier se tejieron líneas con retazos de la escena, inflamadas por esferas de piedra, de tierra, de madera. Hasta los colores cambiaron. Ellör se sintió caer desde la altura de varios hombres.

Era una... dispersión de campo.

Era un hechizo que requería de experiencia; no había imaginado que aquellos asesinos tuvieran ese nivel, pero… ahí estaba. Al menos uno de ellos lo tenía.

Apretó los dientes, ceñudo. Podía revertirlo, pero le llevaría un tiempo, y eso era precisamente lo que no tenía. Ahora era vulnerable, así que conjuró un hechizo de escudo y empezó a concentrarse, buscando la fuente del hechizo. Para ello cerró los ojos, pues en una dispersión de campo ya no le servían. Y realizó un hechizo de negación de lanzador seguido de una serie de reveladores y otras cosas, y finalmente consiguió eliminar la dispersión.

Cuando pudo ver otra vez, sin embargo, oyó el relincho de Príor. Estaba enmarañado en una zarza espinosa que le impedía moverse y le provocaba heridas cuando se sacudía, cosa que hacía como si tuviera la cola en llamas.

—Príor… —susurró.

Pero otra cosa era diferente. Los lanzadores se habían ido. Habían comprendido que no podían enjaularlo y, dado que lo necesitaban vivo, como él sabía muy bien, para llevarlo de vuelta la ciudadela, habían tomado otro camino…

Había un atajadero abierto en el suelo, al lado de donde había estado Helga encerrada en la jaula, pero de los lanzadores no quedaba ni rastro.

—Nul Crea Des —exclamó, y bajo el influjo de sus palabras, la zarza se deshizo como si hubieran transcurrido mil años de repente, y se convirtió en polvo nauseabundo que la brisa hizo desaparecer rápidamente.

Príor, herido por todo su cuerpo, se acercó rápidamente hasta él.

—¿Se la han llevado? —preguntó.

Puso la palma en su lomo.

—Se la han llevado —susurró—. Por el atajadero…

Apretó de nuevo los dientes, preso de cólera.

—No lo permitiré —exclamó.

Corrió hacia el atajadero, pero Príor se lanzó hacia él y, usando la cabeza contra su pecho, lo empujó a un lado.

—¡Príor! —exclamó—. ¿Qué haces?

Intentó moverse a un lado pero otra vez Príor se interpuso, empujándole con la cabeza.

—¡Príor! —bramó enfadado—. ¡Se han llevado a Helga! ¡Debo salvarla! ¡Aparta, te digo!

Príor relinchó. Era un relincho triste. Ellör dejó de luchar contra él y se quedó quieto, la expresión consternada. Se encontró con sus ojos negros, que eran ya bastante expresivos, pero puso otra vez la palma sobre su lomo.

Y escuchó.

—Ya sé que es una trampa… —dijo él en voz baja—. Pero…

Escuchó otra vez.

Ellör asintió. Bajó la cabeza y dejó que una lágrima resbalara por la mejilla.

—El mundo, sí… —susurró—. Qué me importará a mí el mundo… tan hostil…

Príor relinchó de nuevo y Ellör arrugó la frente.

—¿Puede… puede hacerse? —preguntó—. No por el atajadero, sin duda… pero… ¿cabalgando? ¿Nos acercaremos por donde nadie me espera?

Escuchó de nuevo mientras el fuego crepitaba terminando de consumir la granja.

—Serán muchos días de camino, amigo. Muchos. —Y después de un rato, añadió—: Está bien. Hagámoslo. Si la puerta principal tiene un comité de bienvenida, usaremos la puerta de atrás. ¿Quieres que curemos antes tus heridas?

Príor relinchó.

—Está bien —respondió el hechicero.

Y subiéndose a lomos del caballo, exclamó:

—¡A la ciudadela pues, rápido! ¡A la Luz del Oeste!

Príor abandonó el claro quemado de la granja como una exhalación, dejando nubes de polvo y tierra en suspensión a su paso.

Capítulo 11

Los lugares mazmorra

Gandín, o Adaul (según con quien hablases) había crecido mucho más en los últimos años. Muchas de las antiguas casas originales se habían echado abajo para ensanchar las calles principales, porque las carretas y los carruajes que traían mercancías bloqueaban las estrechas callejuelas con sus idas y venidas constantes. Había casi tanto comercio entre sus gentes como con los hechiceros de la ciudadela, y se traficaba con todo a todas horas. El camino entre Barrador y Gandín (o Adaul) se volvió ancho y llegó a estar empedrado allí donde las lluvias solían dejar la tierra embarrada, o donde se formaban charcos grandes que retrasaban el comercio.

Los habitantes de aquel lugar estaban acostumbrados a las cosas de la torre. No era inusual oír explosiones o ruidos extraños, incluso gritos, y de noche, algunas paredes brillaban de manera misteriosa, y al decir de muchos, se movían, o se desvanecían, y había quienes aseguraban haber visto figuras caminar por el aire, o aparecer y desaparecer. Todas esas cosas asustaban más a la gente de fuera que a la de allí, pues decían que el lugar estaba embrujado, y los de fuera aún lo conocían como el Quebranto quizá y precisamente por eso.

También estaban las otras cosas. Los comercios más pegados a los muros de la torre, que eran muchos porque la base octogonal de la ciudadela era enorme, sufrían o se servían de efectos colaterales raros. Las verduras crecían y maduraban incluso después de cortadas, y a veces, cosas como el pan sufrían una coloración extraña, o mostraban una proliferación de hongos que, por lo demás, se cortaban y se servían aparte vendiéndose como buenos. Y en no pocas ocasiones se ahorraba en velas y aceites para farolillos porque esos establecimientos solían disfrutar de una luminosidad extraña que, aunque tenue, era diáfana y no proyectaba sombras. Esas cosas eran las bondades, aunque en raras ocasiones había también casos de

misteriosas muertes súbitas, no pocas desapariciones y el célebre caso de Nogo Díspalos, que venía de una población perdida de Aguacuevas; se le hinchó la cabeza tanto que los ojos se le hundieron en la cara y acabó explotando y arrojando una lluvia de sangre todo alrededor.

El interior de la ciudadela era otro mundo, y aunque en tiempos los hechiceros solían mezclarse de vez en cuando con la población de la Ciudad de las Mil Trampas en tabernas y otros sitios de beber, eso ya ocurría mucho menos o no se veía. Las grandes puertas dobles, el único acceso al interior, estaban siempre abiertas pero, en su umbral, un elaborado conjuro impedía el acceso a aquéllos que no tuvieran relación con la Deriva. Cualquiera que sospechara o intuyera algo de ella, como hubiera sido la propia Helga, podía pasar y utilizar la torre para aprender y estudiar con los otros hechiceros, pero para el común de los mortales, el hombre de a pie que se despertaba por la mañana y trabajaba, comía y descomía y volvía a dormir… para ese, el acceso estaba vetado.

En aquellos días, la torre se había llenado de hechiceros de mayor o menor nivel, y se crearon una suerte de aulas de enseñanza donde algunos de esos magos enseñaban a otros en determinados momentos del día. También se definieron varias escuelas, pues los aprendizajes y el conocimiento de cada una de esas escuelas, aunque compartían la misma base, recorrían caminos diferentes. Para designarlas, el propio Briamor sugirió usar el mismísimo lenguaje de los Antiguos, que se llamaba DICCIONARIO, tal y como fue encontrado y recopilado hacía milenios por Sheol el Rojo y sus dieciséis hijos, y del que sólo unos pocos sabios habían oído hablar siquiera. Así, una de las casas fue la *Rune Scientia*, o escuela de runas; otra, la *Vox Virtutis*, o escuela de voz, y la *Decanus Magicae*, que se ocupaba de las bases de la hechicería y unificaba el conocimiento de las tres.

De estas escuelas, Elman Karas, con ayuda de Valas Ton, creó una que impartía clases a los novicios recién llegados a la torre, sobre todo por jóvenes más que por su conocimiento. La llamaban *Virtutes Principia* y enseñaba tres principios fundamentales: la verdad, el amor y el coraje, de los cuales se desprendían ocho virtudes fundamentales: la honestidad; la compasión; el valor; la justicia; el sacrificio; el honor; la espiritualidad, y la humildad, que se correspondía con la forma octogonal de la base de la ciudadela. Cualquier virtud podía ser explicada con los tres principios fundamentales; por ejemplo, la justicia era la verdad suavizada por el amor, y el sacrificio correspondía al coraje para darse uno mismo en nombre del amor. A los estudiantes se les enseñaban también las némesis de estas virtudes, como el orgullo. Tanto Elman como Valas estaban firmemente

convencidos de que las enseñanzas de estas cuestiones básicas producirían hechiceros más centrados, comprometidos y cabales, pues la bondad y el equilibrio estaban íntimamente relacionados, así como la maldad se relaciona más con el caos.

Había, además, otras divisiones conformadas, con tareas muy específicas, que trabajaban de manera concreta el estudio de diversas materias sobre las que se apoyaba la hechicería, como la *Scientia Chemiae*, la *Reagentibus Communem* o el *Mundus In Mundo*, aunque esta última parecía haberse creado únicamente para servir de apoyo al Archimago, que seguía siendo Briamor Candess.

Por éstas y otras cosas, la torre fue requiriendo más y más espacio y, como estaba comprimida por las construcciones de los hombres, el único lugar hacia el que podía crecer era hacia abajo. Allí ya existían subsuelos, pero por debajo de las salas de pruebas donde la Guardia de la Luz entrenaba duramente, se cavaron grandes túneles y espacios cavernosos donde se instalaron muchas salas necesarias, desde almacenes de reactivos a salas de estudio y una biblioteca a la que llamaban, en el idioma de los Antiguos, *Communem*, y que incluía el saber que algunos de los viejos hechiceros pudieron compilar en códices y volúmenes.

La *Communem* era otro de los sueños de Briamor. El Archimago tenía mucho interés en volcar el conocimiento de que disponían, tanto el existente como el que se iba descubriendo cada día, en códices y tratados, para que futuros hechiceros pudieran consultar todo lo que se había aprendido de una forma sencilla que no involucrara a un maestro. Para eso se creó la *Scriptor Et Pergamenum*, que llamaban abreviadamente la *Scripta*, donde había un gran número de trabajadores, maestros pergamineros que preparaban las pieles de carnero, cabra, ternera y oveja, macerándolas en cal durante tres días y tres noches, y luego les quitaban el pelo, las raspaban y pulimentaban con piedras especiales hasta que la superficie quedaba lisa y uniforme. Estos pliegos los hacían por millares y se empleaban para dar cobertura al papel que fabricaban de pasta de telas y cuerdas de cáñamo, que presionaban usando hechizos y secaban por el mismo procedimiento, y del que conformaban resmas para los maestros escribientes que transmitían el conocimiento. La mayoría de esas escuelas fueron organizadas por el propio Ellör Litos Ceoril, pues fue el único de los Cinco Fundadores que se prestó a ello.

Pero solamente la *Scripta* requería una cantidad de espacio enorme, cada vez mayor, y el espacio físico empezó rápidamente a ser un problema.

—Es raro que viera yo la torre como es ahora, en mi visión, y no

la viera mucho más gruesa, o el doble de alta, o dos torres, como parece que necesitamos —decía Briamor.

—Pero podemos construir otra —dijo Elman Karas.

Briamor asintió, y el plan parecía bueno. Se llamarían las Luces del Oeste, una comunidad el doble de grande, y Valas Ton sugirió tender un puente de piedra entre ellas, o una serie de puentes a distintas alturas, para que no hubiera que bajar al pie de una para subir a la otra. Y eso a Briamor le pareció bien, mas no terminaba de ver la forma en su cabeza, no como la otra vez.

Aun así, intentaron repetir el prodigio que obraron hacía ya muchos años, y se emplazaron los cinco en las afueras de la ciudad creada por el hombre para no afectar sus casas; pero, cuando Briamor intentó invocar aquel poder, no ocurrió cosa alguna.

—Es inútil —declaró—. No veo esa segunda torre en mi mente, y aunque podría extraer las rocas de las montañas y cortar los árboles en tablones como aquella vez, no sabría cómo encajarlos ni en qué forma o medida van dispuestos ni para hacer un corral de gallinas.

—Algo así presentía yo —dijo Valas Ton.

Ellör pensaba en ello, pasándose la mano por la barba, que era ya por entonces grande y rizada, y tan roja como de costumbre.

—Pues esto me dice que en verdad hubo un propósito de la Deriva para este sitio, si la Deriva no brinda ya los medios para hacer una segunda torre.

—¿Y qué explicación le encontráis? —preguntó Vanegrio.

»—Quizá nos falta sitio porque no estamos usando la torre como la Deriva pensó —exclamó a continuación el propio Vanegrio Llamaviva.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Ellör.

—Pues… que el espacio es finito, y quizá el que usamos ahora no es el adecuado. Mis hombres se hacinan en los sótanos y entrenan y se adiestran codo con codo mientras hay salas grandes destinadas a tratar pieles y prensar pastas repugnantes para escribir un montón de volúmenes que no muchos leerán.

—¿Eso piensas? —preguntó Ellör.

—¡Ya ni siquiera hay habitaciones para los hombres de la Guardia de la Luz! —exclamó Vanegrio—. Lo sabríais si os pasarais por las cámaras que rodean la escalera central de vez en cuando. ¡Aunque sólo sea para ver cómo la Guardia tiene que compartirlas y los hombres dormir como pueden, unos pegados a otros!

—Quizá sea que tú tienes demasiados hombres en esa guardia tuya —musitó Ellör.

Vanegrio compuso una mueca de desdén.

—No es eso —terció Elman—. Ni una cosa ni la otra. Es un problema de espacio…

—Espacio… ¡pues claro! —exclamó Ellör de repente—. ¡Pero si contamos con espacio en esta misma torre, espacio para levantar mil torres!

Todos lo miraron, sorprendidos, pues por el tono de su voz estaba claro que tenía algo que acababa de brotar entre oreja y oreja.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Valas Ton.

—¡A todos esos mundos que hemos desbloqueado! ¡Están aquí, dentro de la torre! Se tarda más en bajar a los sótanos desde aquí que en cruzar un atajadero y llegar a otro mundo.

Valas Ton asintió.

—Tuve una idea parecida hace tiempo —exclamó—, cuando vi que la base de la ciudadela era un octógono. Me pareció a la vez casual e intencionado, pues el octógono es un mundo que aúna todas las posibles combinaciones de los siete momentos del hombre conocidos.

No habían hecho gran cosa con los mundos que habían descubierto, porque comprendieron que necesitaban mucho estudio. Y mucho era mucho. Habían accedido a un gran número de ellos, y algunos de esos mundos eran bastante parecidos al que ocupaban, pero otros eran incomprensibles, sin que hubiera manera de entender dónde estaba el suelo, qué era el cielo o si en verdad había alguno, y en ellos la materia fluía como aceite flotando en una medida de agua, y las entidades vivas no se distinguían de las rocas, por llamarlas de alguna manera, si es que lo eran.

Por los principios fundamentales de la hechicería, era necesario primero entender cómo funcionaban esos mundos, sus leyes, reglas, estructuras fundamentales, y la configuración de elementos esenciales que permitían a las cosas existir. Solamente entonces se podían practicar hechizos nuevos, basados en un poder nuevo, pero para eso harían falta años… incontables años de observación, pruebas y estudios.

Briamor Candess pensó que si un solo hombre tardaría cien años en estudiar la mayor parte de las características de un mundo, dos hombres tardarían quizá cinco veces diez, y cuatro hombres, dos veces la mitad de eso. Por ese motivo estaba creando la *Mundus In Mundo*, donde estaban concentrando estudiosos de todo tipo. Se enviarían como embajadores a través de los atajaderos atendiendo un modelo de estudio que aún había que definir. La idea de que esos estudiosos pudieran tener su propia Luz del Oeste le resultaba… maravillosa.

Hicieron eso mismo en aquel mismo momento. Ya ni siquiera les

hacía falta la vela de sangre, porque cuando un hechicero practicaba con éxito un hechizo, pasaba a formar parte de sus capacidades, como si sus habilidades crecieran, cosa que hacían. Y regresaron a la Cámara Redonda y Briamor utilizó la runa que había comprimido de la última sesión y desplegó los mundos allí mismo. Pero, cuando pasaron al otro lado e intentaron construir otra torre, tampoco esta vez hubo resultado alguno.

—¡Por la Deriva! —exclamó Briamor—. ¡Qué tampoco esto funciona!

—Algo se nos escapa —apuntó Valas Ton.

—Os lo he dicho —soltó Vanegrio—. Hay que vaciar algunas salas. ¡La creación de escuelas fue un error! ¡Se ocupa espacio, y es todo la misma cosa, pues la hechicería es la hechicería!

—¿Y qué propondrías tú? —preguntó Elman Karas—. ¿Dedicar toda la torre para tus… soldados?

—La Guardia —le corrigió Vanegrio con voz grave—. La Guardia de la Luz.

—Un momento… —pidió Valas Ton—. Se me ocurre… que la solución quizá no está en el origen, ni en el extremo…, en un mundo o en otro, sino en el medio.

—¿Cómo en el medio? —preguntó Vanegrio.

—En el medio —repitió Valas—. Estamos concentrados en el dónde. Dónde ponemos las cosas. Dónde metemos a la gente. Dónde construimos la torre. Pero nos hemos olvidado del cómo.

—Continúa, por favor, Valas —pidió Briamor.

—El cómo es la solución. Hemos desbloqueado mundos que existen a la vez que éste, encima de éste, en el mismo espacio y el mismo tiempo, pero nos hemos olvidado de ese mecanismo. ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo existen las cosas en el mismo lugar?

—En el mismo lugar… —susurró Elman Karas.

Ellör se pasaba las manos por la barba.

—Imagino… —dijo Briamor pensativo—… que esos fundamentos que permiten la existencia conjunta de varios lugares a la vez están ya en este mundo, pues lo permiten.

—Así debe ser —asintió Valas Ton.

—Si pudiéramos… entender la naturaleza de esos fundamentos, como hemos comprendido poco a poco cómo funcionan las cosas en este mundo… —susurró Elman—, podríamos…

—Tener tanto espacio como necesitáramos —concluyó Ellör.

—Múltiples salas simultáneas en el mismo espacio físico —aportó Vanegrio.

—La torre sería tan grande como el mundo. Como diez mundos.

Como cien veces mil mundos, y aún más —exclamó Ellör.

Se miraron, abrumados por las posibilidades.

—Espero… —susurró Elman—… que tengáis al día vuestros hechizos de revelación, disipación, intuir y adquirir conocimiento.

—¿Empezamos? —preguntó entonces Briamor levantando la barbilla.

Sonreía.

2

Vanegrio Llamaviva fue el único que se desligó parcialmente de los estudios, pues estaba ocupado con la Guardia de la Luz. Ocasionalmente les enseñaba nuevas capacidades ofensivas para que las practicaran y trabajaran en ellas, pero no era sencillo, porque el nivel de los hombres era bajo, en el mejor de los casos, y su falta de técnica le desesperaba y agotaba su paciencia; y de ésta, Vanegrio Llamaviva, de entre todos los hechiceros, no andaba muy sobrado.

Aquel día, Vanegrio se reunió con Dorlun Gwarciryn, que estaba a la cabeza de la Guardia mientras Vanegrio no estuviera presente.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Vanegrio.

—Mi señor Vanegrio, trabajamos sin cesar, durante el día y también la noche, sin guardar descanso un solo día. Las frías y estériles paredes es todo cuanto los hombres ven todo el tiempo, pues comen y beben aquí, y mucho me parece que la oscuridad de los sótanos mina sus corazones y sus ánimos. Por eso sospecho yo que sus avances son lentos.

—Pues… ¿qué sugieres? ¡Que salgan fuera y se paseen entre los árboles y bajo el cielo de vez en cuando, si es lo que quieren!

—Mi señor —dijo Dorlun—. Vuestra generosidad es mucha, sin duda, y os agradecemos que proporcionéis asueto a los hombres, pues un poco de descanso y aire los fortalecerá y hará honores a su salud. Mas si me permitís, glorioso Vanegrio Llamaviva, estaba yo pensando en otra cosa que insuflará ánimos renovados en sus quehaceres.

—¿Y qué cosa es ésa?

Dorlun hizo una reverencia.

—No quisiera yo apartaros de vuestros deberes y responsabilidades, mi señor, pero si aceptarais hacer una demostración de vuestro poder a los hombres… una demostración de poder elevado, hechizos del más alto nivel de los que solamente vos, uno de los Cinco, puede disponer… estoy seguro de que eso inspiraría a los hombres. Tendrían una meta elevada a la que aspirar, la certeza de que si trabajan duro y durante mucho tiempo, podrían quizá algún

día aspirar a parecérseos.

Vanegrio soltó una carcajada.

—¿Esa chusma? ¿Parecérseme? ¡Me haces reír!

Dorlun sacudió la cabeza.

—No quería yo decir eso, mi señor Vanegrio, pues una cosa es lo que crean y otra la realidad. Pero si les mostráis vuestras más altas capacidades, los hombres verán en ello aliento, y su asombro y admiración les hará trabajar más duro y poner más atención.

Vanegrio consideró sus palabras. No creía tanto en el efecto como en el hecho innegable de que las palabras de Dorlun, llenas de agasajos y elogios, actuaban como un masaje en su disposición. Pensó en la posibilidad de mostrar a aquellos hombres y mujeres sus enormes capacidades, y eso… eso le gustó.

—Me parece buena cosa —dijo él.

—¿De verdad, señor? —preguntó Dorlun, visiblemente complacido—. Vuestra generosidad no conoce límites. ¡Los hombres verán en vos a un líder, alguien a quien seguir, honrar y obedecer cuando llegue el momento de defender la ciudadela! ¡Señor de la Guardia de la Luz!

—Prepara a los hombres —dijo Vanegrio—. Que yo siempre estoy listo.

Dorlun se deshizo en una última reverencia.

3

Los hombres y mujeres de la Guardia de la Luz estaban reunidos en el sótano, formando un círculo alrededor de Vanegrio Llamaviva. Vanegrio estaba sorprendido por el hecho de que su número hubiera aumentado tanto desde la última vez que estuvo con ellos, y se dijo que aunque portaran hoces y rastrillos podrían defender quizá la torre, aunque sólo fuera por su cantidad y no por sus talentos.

—¡Guardia de la Luz! —habló Dorlun con voz clara—. ¡Honrad al maestro Vanegrio Llamaviva, de los Cinco el más alto, señor de la destrucción!

Los presentes en la sala se arrodillaron todos a una, la pierna izquierda atrasada, la palma sobre la rodilla derecha, la otra mano en el pecho, y la cabeza agachada.

Vanegrio sonrió.

—¡Admirad ahora su conocimiento y dominio de la hechicería!

Vanegrio inspiró y espiró.

—La destrucción —dijo— es el corolario de la vida. La naturaleza es destrucción constante, y por ende, la Deriva lo es, pues la Deriva es

naturaleza. El fuego, los huracanes, los terremotos, son maneras de las que dispone la Deriva para renovar el escenario del mundo. También los seres vivos. El águila caza al lobo, el lobo caza al zorro, el zorro a la oveja, la oveja come las plantas, y el hombre los caza a todos. Todo ello se realiza mediante un proceso de destrucción constante, necesario, vital, que ha funcionado desde que el mundo es mundo. Quizá por ello, cuando os comunicáis con la Deriva para generar destrucción, ella responde, os abraza, se entrega. La destrucción elimina lo viejo para permitir lo nuevo, pues incluso allí donde hay ciudades de piedra que el hombre ha levantado con sus brazos hubo árboles y hierbas altas.

Hizo un sencillo pase con la mano y allí, a la vista de todos, brotó una columna de llamas del suelo. Tenía la particularidad de que estaban contenidas en un cilindro, y las llamas, muy vivas e intensas, llegaban hasta el techo, que estaba muy alto, separado de ellos por la altura de cuatro hombres.

—El fuego, por ejemplo, es el gran caballero negro de la destrucción, su príncipe, su heraldo. Cuando la Deriva quiere purgar un bosque por estar enfermo, o viejo, hace surgir un rayo del cielo y golpea un árbol, y el fuego crece allí y acaba con todo sin tener en cuenta la vida de los roedores, de las aves, los insectos, las culebras y todos los animales que viven en tales sitios, porque la destrucción es... implacable, y se destruyen muchas cosas que quizá no debieron ser destruidas. Pero el hechicero puede, como lanzador, controlar la destrucción.

Movió los brazos alrededor del fuego y éste empezó a extenderse por el techo, como si echara raíces, y sus ramificaciones sinuosas reptaban por él con una progresión lenta, creando un entramado que era a la vez terrible y hermoso; y todos miraban hacia arriba, asombrados, pues muchos de ellos podían crear llamaradas y explosiones, pero ese control del fuego ni siquiera lo soñaban.

—El control de la llama es esencial para un hechicero de la escuela de la destrucción, pues de él nace toda luz, y la luz es energía que, cuando se concentra, convierte nuestra voluntad en ejecutora de terribles cataclismos. Incluso ahí fuera, en el exterior, ¿de dónde pensáis que viene la luz?

—Del sol, mi señor Vanegrio —dijo alguien.

Vanegrio asintió.

—¿Y qué es el sol? —preguntó.

—Una bola de fuego, mi señor Vanegrio —exclamó una mujer.

—En esencia, así es. Una inconmensurable, inabarcable, cataclísmica bola de fuego. Pero todo cuando nos llega de ella es luz.

Pues fijaos ahora lo que hago con la luz que emite este fuego, sin servirme de conjuro alguno más que esta pequeña luminiscencia.

Levantó ambos brazos hacia arriba y, casi al instante, unos discos luminosos se concentraron en el aire. Daban vueltas sobre sí mismos como aspas de molino, pero girando en horizontal por encima de las cabezas de los hombres, y eran enormes y parecían peligrosos.

—Sólo es luz —dijo Vanegrio con calma—. Pero un hechicero con experiencia puede hacerlos reales.

A otro gesto suyo se produjo un cambio notable: el movimiento de los discos empezó a arrojar viento sobre sus cabezas, y todos supieron, con asombro que, por ensalmo, y repentinamente, los discos se habían vuelto reales, y tenían cuerpo físico como las hojas de las espadas, pues podían sentir su movimiento en los cabellos, que tremolaban de manera alocada.

—Y siendo la luz su base esencial… —siguió diciendo Vanegrio— … pueden controlarse de manera precisa...

Vanegrio empezó a mover los brazos con verdadera rapidez, y los discos respondieron a su mandato como si los controlara con palos, ejes y cuerdas, y evolucionaron por la sala primero por el aire, girando alrededor de la columna de llamas y atravesándola, y cuando lo hacían arrancaban chispas y partículas incandescentes; y luego se pusieron en vertical y pasaron a gran velocidad entre los hombres y las mujeres, algunos de los cuales chillaron atemorizados, mas los discos no tocaron a ninguno y regresaron a su posición sobre ellos.

—También pueden transformarse —continuó Vanegrio, y añadió —: A voluntad. El límite aquí... es el de la imaginación.

Los discos se desdoblaron, se dividieron en haces que salieron despedidos en todas direcciones y, allí donde golpeaban, en el techo, en el círculo del suelo alrededor de Vanegrio, en las paredes, por encima de las cabezas de los alumnos, provocaron explosiones fulgurantes que arrancaron la roca de la pared y dejaron marcas oscuras, como de tizne, y la habitación se llenó de un estruendo ensordecedor y de humo, y cuando el ruido y las explosiones terminaron y todos se incorporaron, vieron a Vanegrio en el centro de la sala, rodeado de humo, y sus dos antebrazos y también sus puños eran puras llamas sin que acusara él dolor o daño alguno en la piel y en la carne; y pasaba además otra cosa, que sus ojos eran ahora dos llamaradas furiosas que sobresalían del rostro y llegaban dos palmos más allá, y tenían el color de la lava incandescente.

Nadie dijo nada por unos instantes; estaban todos tan asombrados como maravillados ante lo que veían, pues aunque habían oído cosas sobre los Cinco, y en particular sobre Vanegrio, nunca hubieran

imaginado que un cuerpo mortal de hombre pudiera ser capaz de esos prodigios.

Vanegrio sacudió los brazos y extinguió las llamas de sus brazos y de sus ojos, y también la columna del centro se extinguió, colapsándose sobre sí misma, como absorbida por un agujero invisible, y desapareció de la sala.

Todos aullaron al unísono. Hubo brazos levantados y expresiones de júbilo, y vociferaron loas y usaron palabras grandilocuentes y luego clamaron su nombre todos a una: ¡Vanegrio! ¡Vanegrio! ¡Vanegrio! Y Vanegrio se quedó inmóvil, aceptando todos los vítores y los aplausos y la pleitesía y la adoración de toda aquella plebe que lo proclamaba líder de la Guardia y otras cosas, como Señor de la Llama.

Y eso le gustaba. Le enardecía. Le colmaba.

Pero en medio de todo aquello, Vanegrio localizó a Dorlun entre los miembros de la Guardia. Y cosa rara: no sabía por qué con exactitud, pero de todos parecía el más sonriente, iluminado, complacido… e infinitamente satisfecho.

4

Pasaron varias semanas, y los Cinco hicieron muchos progresos en sus estudios. La Cámara Redonda se llenó de hechizos perpetuos de revelación, de negación de ocultamiento y de reclamo de conocimiento, que se manifestaban en cualquier mecanismo que tratasen de manipular. Para acelerar las cosas, utilizaron la potencia de la vela de sangre que aún les quedaba, y su uso resultó ser una mejora sustancial: la revelación llegaba más lejos y, por primera vez en la historia del mundo, ojos humanos pudieron ver con sus propios ojos las Diez Líneas Maestras de Sustentación de la Realidad descritas por el maestro Godon, sólo que, tal y como comprobaron, no eran diez, sino once. La última mostraba unos nodos que plegaban las otras diez líneas y que les servían de anclaje, formando hipersuperficies en las que los hechiceros pensaron que podría estar la clave de la Inflexión espacial.

Averiguar cómo llegar hasta ellas iba a requerir de mucho trabajo. Y bastante poder.

—Hay que fabricar otra vela —dijo Briamor.

Valas Ton extendió el brazo.

—Estoy preparada —dijo.

—Mas no ahora —repuso Briamor—. No todavía, pues la vela requiere de la luna llena.

—Maestro Briamor —exclamó Vanegrio—, sería prudente fabricar

más de una vela, pues … esta espera nos hará perder unos días y unas noches y… ¡estamos tan cerca!

Briamor asintió despacio.

—Así como a los mineros no les gusta tener la pólvora cerca de donde duermen o donde hay antorchas y fogatas encendidas, no me gusta a mí tener muchas velas cerca, pues incluso su presencia afecta a cómo se perciben las cosas. ¡Pero sea! Que tienes razón en eso, y yo también siento que estamos cerca. ¡Y esta vez al menos no tendré que galopar a lomos de Príor, por mucho que sea un honor hacerlo!

Esperaron al día señalado y fabricaron la vela, mas cuando estaban fabricándola y Valas Ton cedía la sangre suya para comenzar el proceso, Vanegrio se adelantó hasta Briamor y le habló:

—Maestro, quizá pudieras fabricar una vela con mi sangre.

—¿Con tu sangre dices, Vanegrio? —preguntó—. Mas… ¿por qué ahora se te ocurre tal cosa?

—Para que el efecto sea más poderoso, pues… no te ofendas, Valas, que te tengo en alta estima, pero en combate, no tendrías nada que hacer contra mí.

—No se trata de combate, Vanegrio —manifestó Briamor—, sino de conocimiento, y de equilibrio en el conocimiento de las cosas. Todo eso permea la sangre del hechicero y le infunde máculas que generan el poder. Y tu escuela es la destrucción, cosa que me parece muy noble y útil, ¡pero no quiero ni imaginar el tipo de poder que engendraría una vela hecha con la sangre tuya!

Elman y Ellör rieron el comentario, pero Vanegrio asintió y se retiró a las sombras de la habitación. En su cabeza, las palabras de Briamor se repetían una y otra vez: «No quiero ni imaginar el tipo de poder que engendraría una vela hecha con la sangre tuya. No quiero ni imaginar…».

Se quedó apartado, algo molesto por la negativa de Briamor, pero exaltado por la naturaleza del comentario, por lo que se leía entre líneas. Y mientras Briamor trabajaba fabricando la vela, Vanegrio observó con ojos atentos, y tomó buena nota de las medidas, los ingredientes, las pausas, las palabras de comando, los pases mágicos necesarios, y todo lo demás.

Y empezó a soñar despierto mientras los demás hablaban de practicar cambios en sus métodos de búsqueda y a teorizar, cosa que era muy de hechiceros, por cierto, y a imaginar el efecto que tendría la vela sobre sus hechizos. Y en sus delirios de grandeza, imaginó algo más… Algo desbocado, loco… una suerte de armadura recubierta de cera de vela de sangre que infundiera en sus hombres, la Guardia de la Luz, un poder inimaginable.

Ellör miró a Vanegrio en ese momento, y se preguntó por qué sonreía como un enamorado en la esquina más sombría de la habitación, pues allí parecía un espectro, pero uno enamorado.

5

Llegó la mañana de continuar con el trabajo, y Ellör Litos Ceoril encendió la vela, como la otra vez. Mas apenas había prendido la mecha cuando los demás empezaron a percibir algo.

—Viene fuerte esta vela, maestro Briamor —exclamó Elman.

—También yo lo percibo —dijo Valas Ton.

—¿Qué notas? —preguntó Ellör.

—Sentía más armonía con la otra vela —dijo Valas.

—¿Deberíamos probar las otras velas, maestro? —preguntó Ellör.

—No —exclamó Vanegrio—. ¡Empecemos! Somos hechiceros con experiencia. Si algo va mal, nos ocuparemos de ello.

Briamor pensó durante unos instantes, pero terminó por acceder.

Empezaron todos en sus posiciones. Habían practicado aquella rutina tantas veces que no tenían que decir nada: todos sabían cuándo empezar y qué marca le tocaba a cada uno. Hechizos de revelación, de conocimiento… se creó toda una estructura para desvelar los secretos de la apertura de los atajaderos y de la explicación que había tras ellos. Y obraron algo prodigioso, un descubrimiento que les llevó algún tiempo conseguir: para ver los atajaderos en todo su esplendor volvían la Cámara Redonda traslúcida, paredes y techo, incluso hasta el suelo, de manera que pudieran verlos todos a su alrededor, extendidos por el aire como si colgaran de él.

Mas cuando llegó el momento de desplegar los óvalos púrpura, ocurrió algo de veras inaudito: por debajo del nivel de éstos se reveló otra serie de atajaderos pero de color rojo, un rojo intenso y espectral, y de éstos había la misma cantidad, como si fueran su espejo.

—¡Por la irrefrenable buena fortuna del Capitán Clavijo! —soltó Elman Karas—. ¿Qué prodigio es éste?

—Pues ¿qué tenemos aquí? —exclamó Briamor mirando hacia abajo.

—¿Más mundos? —preguntó Valas Ton—. Pues, ¿qué ha cambiado en lo que hemos hecho para que se revelen ahora?

—¿Y por qué cambia su color? —quiso saber Ellör.

—¡Un momento, un momento digo! —pidió Briamor—. ¡Dejadme pensar!

Cerró los ojos, con la mano extendida hacia delante. Ninguno tardó en comprender que estaba haciendo un sencillo hechizo de

clarividencia que lo ayudara a entender lo que había ocurrido. Vanegrio arrugó la frente.

—¿Qué problema hay? ¡Hemos desbloqueado nuevos mundos! Seguramente la experiencia de hacer el proceso ha mejorado nuestras habilidades… ¿qué os tiene tan prudentes?

—Todos por debajo —susurró Ellör—. Como los… sótanos de los mundos.

—Suena ominoso, amigo Ellör —dijo Valas—. Lugares mazmorra.

—Esta vela… —susurraba Briamor mientras tanto, dándose la vuelta.

Vanegrio se adelantó.

—¡Como siempre, sois demasiado prudentes! —exclamó—. ¡Hemos desbloqueado mundos, mundos diferentes, más ocultos, más vetados, escondidos del poder!

—Vanegrio… —lo interrumpió Briamor.

Pero Vanegrio extendió la mano y realizó gestos con los dedos hacia uno de los atajaderos rojos.

—¡VANEGRIO, NO! —gritó Briamor. El grito pilló tan por sorpresa a Ellör que dio un respingo. Aún no había entendido lo que pasaba cuando Briamor lanzó un empuje suave hacia Vanegrio, que cayó hacia un lado. Pero era... demasiado tarde.

Demasiado tarde.

El atajadero rojo había empezado a abrirse.

Capítulo 12

Lo que vino desde la otra parte

El atajadero rojo se abría y nadie podía hacer nada para cerrarlo hasta que estuviera abierto del todo. Briamor Candess temía lo peor, porque había leído antiguos grimorios, de la época de los primeros alquimistas, que en ocasiones habían atisbado algunas de las verdades de la Deriva, y solían incluir en sus testimonios medias verdades o suposiciones como cosas hechas, incluyendo consejos estrafalarios sobre la fabricación de talismanes, que supuestamente atraían la buena suerte; pero cualquier hechicero que hubiera estudiado la Deriva con un poco de rigor sabía bien que tal cosa no existía; sólo prevalecía el resultado de la casualidad y la estadística, combinado con el azar.

Pero aquellos primeros grimorios, al menos los que Briamor pudo consultar, ya hablaban de mundos terribles que existían «por debajo» de éste, y que encerraban abominaciones ancestrales que se crearon como experimentos anteriores a la época del hombre en el mundo, y se mencionaba que el acceso a esos mundos eran ojos de tonos carmesí.

Fueran fantasías tempranas de hombres que aún no habían comprendido del todo la realidad del mundo y sus entresijos o no, Briamor pensó en ellos cuando Vanegrio empezó a abrir los círculos, y en ese infinitesimal segundo, llegó a convencerse de que aquellos grimorios estaban en lo cierto. Incluso recordaba un párrafo concreto con bastante exactitud, pues lo leyó cuando era aún muy joven y gustaba de releerlo en ocasiones para sentir escalofríos y estremecerse en cierta medida, pues sentía que el texto cabalgaba entre la verdad y la exageración. Y decía así:

Pues existen lugares por debajo de éste que son y están alejados del Equilibrio

y sólo existen como cubil y fuente de bestias innombrables, pues nadie inventó nunca nombres para ellos aunque son primeras en la creación antes que la tierra y los árboles y todas las cosas comunes. Quienes observan esos horrores desesperan y pierden su facultad de pensar razonadamente, pues vienen de los otros lados, y caen al suelo arrodillados y mueren, pues lo que vive a los otros lados no se puede comprender, y ay de quien permita que escapen de su confinamiento, pues de ése y de todos cuantos le rodean no se sabrá ya nunca nada más.

Con esas líneas en la cabeza observaba Briamor abrirse los atajaderos rojos, intentando convencerse de que ese texto y lo que tenían delante eran cosas distintas, y que estaba dejando que miedos antiguos e infantiles perturbaran su juicio; mas cuando el atajadero se abrió como una grieta y estuvo él presto para sellarlo de nuevo, una putrefacción negra como una raíz hecha de brea irrumpió del interior y se agarró a los bordes, impidiendo que se cerrasen.

—Por el horror y la muerte —soltó Elman.

Briamor extendió los brazos, pero no lo suficientemente rápido. Un chorro negro como un cubo de heces podridas y fermentadas emergió del agujero y lo alcanzó de lleno, y cayó Briamor hacia atrás como si fuera un anciano que alguien hubiera empujado en un mercado atestado de gentes. Pero el chorro no cesaba y, aunque parecía líquido, observaron con horror que se trataba, más bien, de una suerte de gusano inmundo, de aspecto viscoso, y ancho como el tronco de un roble.

Valas Ton fue la primera en reaccionar. Retrasó el brazo derecho y apareció allí un cristal afilado y reluciente que se adaptó a su mano como un guante, mas cuando golpeó con él el tentáculo, el cristal se quebró con un crujido y cayó Valas al suelo lanzando un alarido y agarrándose el antebrazo, porque se había quebrado por el hueso.

Para entonces, Vanegrio se había recuperado del empuje. Viendo la suerte de Valas, conjuró un torrente de llamas que salieron directamente de la silueta de su rostro, desde la barbilla a la frente, y lo hizo con ambos brazos extendidos hacia atrás. Y en verdad fue ésta una llamarada atroz, mucho más intensa que la de su demostración en los sótanos, pero cuando el fuego abrasador terminó, contemplaron que no había tenido ningún efecto.

Briamor estaba en el suelo, con la cara cubierta de aquella repugnancia. Emitía una pestilencia tan acusada y nauseabunda que le cortaba la respiración y, ciego y con miedo en el cuerpo, fue incapaz de reaccionar.

Ellör y Elman, los dos al mismo tiempo, lanzaron un empuje hacia

la vela. Pensaban, con mucho conocimiento de lo que ocurría, que si apagaban su llama el atajadero colapsaría, pero no lo hizo. El fuego se extinguió con un último suspiro humeante y el atajadero siguió abierto.

—¡An, Exo, Des! —gritó Valas Ton; acababa de reparar su brazo con unos pases y estaba ya incorporándose. Pero el hechizo, que habría hecho explotar una vaca, un caballo o un buey, partiéndolo por la mitad, y quebrando sus costillas y lanzando sus tripas todas todo alrededor, no tuvo impacto en el apéndice de mugre negra.

—¡SALID TODOS! —gritó Vanegrio— ¡VOY A…!

Pero no pudo terminar. De repente, el atajadero colapsó, y se venció como un tendón que salta de sus anclajes en el hueso, liberando un torrente negro que los empujó a todos contra las paredes. Sólo en el último momento pudo Elman Karas realizar un sortilegio de protección, no sólo hacia sí mismo, sino para todos, y en verdad aquel día salvó la vida de los cinco porque el espanto negro y pringoso escapó por el otro lado con tanta fuerza que derribó las paredes de piedra y las hizo caer hacia abajo. La repugnancia rebosó por los huecos, formando pompas abyectas y traslúcidas que crecían como si alguien les insuflara aire y luego reventaban.

Los cascotes y trozos de roca se precipitaron hacia la calle a gran velocidad. Muchos cayeron sobre la base de la torre, que era más ancha, pero alguno rebotó con violencia en algún balcón y se lo llevó en su camino, y aun otros rebotaron y cayeron sobre las casas de los hombres, y atravesaron los tejados y las paredes algunas y restallaron con un sonido ensordecedor contagiado del crujido de la madera. Hubo gritos pero, por puro azar, ninguna víctima.

Mientras tanto, los Cinco, llenos de aquella brea repulsiva y hedionda, se encontraban atrapados en la excrecencia. No podían siquiera moverse con libertad, así que una gran parte de su capacidad ofensiva había quedado limitada.

Elman Karas era el más versado en hechizos con palabras de poder, así que intentó cerrar la brecha. Intentó varias cosas, pero con mucho asombro descubrió que ninguna de ellas parecía tener efecto en el atajadero. Ni siquiera si reforzaba la secuencia con palabras de poder de alto nivel, que normalmente habrían tenido un impacto demoledor, funcionaban.

Hubo un segundo vómito. Cuando todo parecía haberse calmado, la brecha roja volvió a expulsar más de aquella sustancia espesa, densa y maloliente, que parecía el líquido que resulta de dejar pescado podrido en el interior de un cubo por un largo periodo de tiempo. Era insoportable, y realmente anulaba los sentidos al meterse dentro del

cuerpo, respirases o no, porque se metía como por la nariz y los poros del cuerpo y era imposible no percibirlo. Pero no tuvieron mucho tiempo de darse cuenta. Se sintieron empujados y transportados, como dentro de una corriente rápida en un río, y sintieron que daban vueltas sin poder ver nada, embutidos todavía en el hechizo de protección de Elman Karas. Sin él hubieran muerto todos ahogados, pero Briamor sabía que no dudaría demasiado, así que cuando atisbó la puerta de la sala en una de las muchas vueltas, realizó un conjuro rápido de control sobre la materia y la hizo saltar de sus goznes con facilidad. El líquido salió expulsado de la sala, inundó el pasillo formando pequeñas olas tan espesas que parecían moverse mucho más despacio de lo que resultaría normal, y se extendió por todas partes hasta alcanzar la escalera de caracol que rodeaba el eje de la torre. La porquería cayó chorreando por allí, de escalón en escalón, tiñendo la piedra de un negro mate que la hacía parecer hulla, pero una hulla ominosa, condenada por alguna maldición.

Justo a tiempo, por cierto, porque cuando el volumen de ponzoña oscura disminuyó, el hechizo de Elman palideció y se quebró, desapareciendo.

Valas Ton fue la primera en conseguir ponerse en pie. Lanzó una exclamación ininteligible e introdujo sus dedos por los agujeros redondos de su máscara para limpiarlos y miró alrededor. Allí estaba Ellör, desorientado, la barba roja teñida de negro, y también Vanegrio, boqueando, como si le hubiera faltado el aire durante mucho tiempo. Miró entonces a la brecha, y vio que dentro de la cámara se habían tendido unos jirones oscuros y brillantes, como cuerdas o telas de araña, de los que chorreaba aquella viscosidad. Qué era, no lo sabía, pero había irrumpido en su mundo y los había sorprendido y vencido de una manera fulminante.

Vanegrio empezó a gritar. Valas se volvió para mirarlo y lo encontró encogido sobre sí mismo, como partido por la cintura. Su rostro era una máscara como la suya, pero parecía hecha de rabia, de impotencia, congelada en un gesto atroz. Agitaba los puños apretados delante del cuerpo con violencia, como poseso. Estaba encolerizado, fuera de sus cabales, la boca abierta más allá de lo que parecía posible. Valas Ton no recordaba haberlo visto así nunca. Le conocía bien, le conocía demasiado bien, y sabía que debía sentirse humillado. Vanegrio Llamaviva, señor de la destrucción, capitán de la Guardia de la Luz, arrojado por el suelo y rebozado de basura putrefacta de la peor clase. Temía por su reacción. Temía… temía que lo que estaba pensando hacer fuera peor que aquella amenaza inesperada.

—¡Vanegrio! —gritó.

Pero la voz de Briamor sonó justo a la vez, poderosa, a su espalda.

—¡Atentos! —gritó—. ¡Atentos os digo! ¡Tenemos que expulsar eso y cerrar!

Pero cuando estaba levantando la mano para hacer un conjuro, el atajadero, que parecía haber terminado por fin, volvió a vomitar de nuevo.

Esta vez, sin embargo, fue otra cosa.

2

Los golpes de los escombros contra el octógono resonaron por toda la torre, fuertes, hostiles, retumbantes. Nubes de polvo viejo se desprendían de los altos techos con cada golpe a medida que la estructura se resentía.

Los hechiceros se movían inquietos por las salas, y miraban arriba, y oyeron fuera de la torre gritos de gentes y exclamaciones de asombro y ya no tuvieron dudas de que algo ocurría.

—¡La torre! —gritó alguien que llegaba de fuera—. ¡Algo pasa en la torre, cerca del pináculo!

Salieron todos en tropel para verlo y, cuando miraron, vieron la excrecencia negra chorreando por los huecos de las paredes agujereadas por mil estropicios, y la baba densa y repugnante caía a goterones y formaba espeleotemas abyectos.

Pero aunque veían todo eso, no sabían decir si los Cinco estaban en peligro o se trataba de algún experimento, un descubrimiento, o algo en ese sentido.

—¡Que alguien suba a comprobar! —dijo alguien.

—¡Nunca los Cinco han querido ser molestados! —exclamó otro.

—¡Los Cinco saben lo que hacen! —opinó un tercero.

Fue Madna Uliss, que no solía salir de sus habitaciones, quien salió fuera, miró hacia arriba y se quedó observando un cierto tiempo, y mientras lo hacía, todos la miraban, pues era mujer y la Deriva favorecía a las mujeres, y era además la mítica Madna Uliss, de la que se contaban historias a manos llenas, y todos la miraban con admiración y respeto. Y después de observar aquello, con todos en silencio alrededor, dijo:

—Eso no es un experimento, ni es de este mundo.

Y alguien gritó:

—¡La Guardia! ¡Llamad a la Guardia de la Luz!

3

El suelo, que era un fango bajo y pulsante, oscuro como el lodazal de una pocilga, comenzó a hincharse. De ahí emergió otra vez el gusano, venoso, que se movía como si respirase o arrastrase por su interior alguna presa. Pero mientras eso ocurría, la cicatriz en el atajadero expulsó algo sorprendente. Una caterva de cuerpos oscuros provistos de alas membranosas como los murciélagos o las gárgolas, con patas delanteras llenas de garras, y de éstas algunos tenían sólo una y otros mostraban un racimo de ellas, y las cabezas pequeñas y contraídas contra el cuerpo estaban cuajadas de dientes afilados. Llenaron la habitación rápidamente, como un enjambre, pero cada una de esas criaturas tenía el tamaño de un ternero o un perro de granja, y colmaron la sala con el sonido de sus aleteos y de sus dientes entrechocando pues, mientras volaban, daban mordiscos al aire sin hacer pausa alguna.

—¡Malicias! —exclamó Briamor, y compuso un gesto con los dedos y de ellos surgió una onda blanca y veloz que las hizo retirarse, pero sin más daños. Casi al instante, volvieron a ocupar su sitio de nuevo.

Mientras eso ocurría, un número de ellas cogieron a Valas Ton de la ropa y la alzaron como si no pesara más que una ardilla. Vanegrio apuntó con sus manos, los dedos índice y pulgar extendidos, y lanzó rayos rojos contra las criaturas, y éstas chillaron con gruñidos guturales y horribles, como los cerdos que intuyen que es día de matanza; pero aunque parecía que sentían dolor, no conseguía el hechicero derribarlas, y llevaron a Valas Ton por el aire al exterior y allí la dejaron caer.

—¡NO! —gritó Elman. Lanzó un hechizo de escudo, que era como una esfera, con la intención de recogerla, pero no llegó a tiempo, y Valas cayó al vacío.

—¡ABANDONAD LA SALA! —gritó Briamor—. ¡ABANDONAD LA SALA Y LOS SELLAREMOS DENTRO!

Pero Ellör miraba con horror como un pequeño ejército de ellas se lanzaba desde los agujeros en las paredes hacia abajo, a las casas de los hombres. Intentó varios hechizos y palabras de poder, pero por alguna razón no tuvieron demasiado éxito.

—¡No funciona nada! —exclamó desesperado.

—¡SALID DE ESTA ZAHÚRDA! —gritó Vanegrio—. ¡QUE LOS ABRASARÉ YO A TODOS!

Ellör asintió. Tomó a Briamor por el brazo y le forzó a salir de la sala, chapoteando por el suelo carcomido por la excrecencia de otro mundo, pero Elman seguía asomado pendiente del destino de Valas Ton y luchaba utilizando escudos para impedir las acometidas de las

gárgolas deformes, negras como la noche, sin conseguir nada más que rechazar sus ataques.

—¡ELMAN! —gritó Ellör.

Pero acababan de cruzar el umbral de la puerta, ya sin hojas, y la sala explotó en un infierno de llamas concentradas, como el interior del horno de un maestro herrero, y oyó Ellör chillidos espeluznantes que le helaron el corazón.

Pero, sobre todo, porque sabía que Elman estaba aún dentro.

4

El enjambre de malicias caía sobre las casas y las gentes que se congregaban en las calles, y cuanto más se acercaban, más de ellos miraban arriba y empezaban a sentir terror porque eran negras y sus alas húmedas y membranosas se agitaban como las de una avispa, e incluso en la distancia vislumbraron sus dientes afilados y brillantes como si estuvieran hechos del metal de los Antiguos, que a pesar del tiempo relucía en muchas ocasiones como recién bruñido.

Y algo más caía también: vieron todos que se trataba de un hombre, o tal vez fuera una mujer, y Madna Uliss extendió el brazo y frenó su caída en el aire, pero no lo bastante. Sin embargo, la figura adoptó una pose vertical, y cuando aterrizó en el suelo, golpeando con fuerza la tierra batida, lo hizo como si hubiese caído de una altura de unos pocos metros, sin hacerse un solo rasguño, como hubiera sido lo esperado.

—¡Valas Ton! —exclamó la hechicera cuando le vio la máscara sobre la cara.

—Madna Uliss —contestó—. Mucho tiempo desde que nos vimos la última vez.

—¿Qué ocurre ahí arriba? ¿Os habéis metido en problemas?

—Eso me temo —contestó. Y miró hacia arriba e inclinó la cabeza como si estuviera confusa—, pues estas cosas resisten todo lo que les echemos, como si fuesen...

Pero las malicias estaban acercándose, y Madna Uliss la interrumpió, pues el tiempo apremiaba.

—¡Proteged a la gente! —gritó Madna Uliss y, cosa increíble, ante la vista de todos se elevó por el aire y en su puño derecho, el cual tenía adelantado, apareció una lanza de luz que comenzó a hacer girar por encima de su cabeza.

—¡Mirad! —dijo alguien—. ¡Madna vuela por el aire!

Todos, incluso Valas Ton, se mostraron asombrados, pues no conocían de ningún hechicero que pudiera abandonar el suelo y alzarse por los aires como si fuera humo. Valas desde luego no pensaba ni que fuera posible, y sabía que ni el propio Briamor podría hacer algo así.

—¡Es una hechicera, patán! —exclamó el hombre a su lado—. ¿De qué te sorprendes ahora? ¡Aprieta los dientes y préstate al combate!

Los hechiceros se movieron por las calles, mirando hacia arriba. Los hombres abandonaban lo que llevaban en las manos y salían corriendo a refugiarse en cualquier sitio, pero los rezagados tenían que ir más lejos porque las puertas se cerraban y se atrancaban con portazos y los batientes se cerraban, y no faltó quien avivó el fuego en

su hogar para el caso de que aquellas cosas aladas intentaran descender por el tiro de la chimenea, hasta que las malicias llegaron hasta ellos y se ensañaron con todo, sin distinguir cosas de personas: lo mismo atrapaban con sus patas un cestillo de mimbre colmado de frutas y lo desgarraban y lo arrojaban con violencia contra el suelo o una pared, que atacaban a hombres y mujeres mientras corrían, y los empujaban para que perdieran el equilibrio y cayeran. Entonces daban cuenta de ellos.

Los hechiceros armaron un jaleo descomunal. Había ráfagas y explosiones, y las cosas explotaron y se prendieron en llamas que contagiaron con ellas a otras cercanas, pero ninguno de aquellos ataques, en realidad, parecían hacerles daño; como mucho caían a uno u otro lado, como aturdidas.

Valas Ton luchaba también, pero entre ataque y ataque se tomaba un tiempo para reflexionar, pues mucho había comprendido que ese combate no lo ganarían con hechizos al uso, sino con ingenio, pues las malicias, por mucho que vinieran de otro mundo, eran creaciones de la naturaleza y ésta siempre dotaba a todos sus hijos de un punto débil, aunque fuera descabellado e impensable o difícil de imaginar o encontrar.

Mientras tanto, Madna Uliss, en el aire, las golpeaba con su lanza de luz a medida que descendían, pero se sentía como un pastor entre lobos, un pastor con un arma no más peligrosa que una garrota, y eso la desconcertaba, pues en el pasado había quebrado piedras grandes como una casa y cavado fosas descomunales en el suelo con su lanza, y dado muerte a enemigos con apenas rozarlos.

—Por los bosques todos —soltó—. ¡Que me pase yo mil años golpeando estas cosas sin hacerles daño!

Entonces miró hacia arriba. No podía contener el agua que ya había sido vertida, pero quizá pudiera recurrir a la fuente y cortar el manantial: atacar la raíz del problema. Y mientras pensaba eso y miraba, la torre de la que brotaba la basura líquida podrida explotó con una llamarada cegadora, y las llamas brotaron por todos lados con una furia desmedida.

—Que el sol se apague y la luna muera —exclamó—, si no tienen ahí arriba un problema de algún tipo.

Y diciendo eso, ascendió tan rápido como podía, que no era mucha velocidad, a decir verdad, pero mejor que subir por las escaleras.

Las llamas abrasaban la habitación y oyeron un ruido burbujeante, producido por la brea inmunda que había entrado en ebullición. Vanegrio era diestro con las llamas y hacía mucho que había dominado el problema de las temperaturas en contacto con la piel, pero Elman...

—¡Ya es suficiente! —exclamó Briamor, y movió su mano en el aire y las llamas se sofocaron al instante como la llama de una vela cuando se sopla. Dejó una cantidad considerable de humo, pero éste no se agitaba por el batir de alas de los murciélagos, así que eso al menos era una buena cosa.

Apartó el humo con un sencillo encantamiento de viento, y cuando éste desapareció, conducido a través de los huecos en las paredes, descubrió una estructura extraña junto a una de las brechas: una cosa negra, rugosa, que parecía una especie de huevo pero de piedra. Y al pensar en piedra, su rostro cambió por uno de alivio.

—¡Elman! —exclamó.

La roca se movió y se desplegó, y como había intuido, allí estaban los brazos de Elman y también la cabeza, aturdido pero vivo, porque había tenido que soportar una temperatura atroz que hubiera podido fundir cualquier hierro, y su piel convertida en roca humeaba.

—Esto no ha acabado… —dijo Briamor, señalando la cicatriz en el atajadero. Seguía abierto, por cierto, y de él salía humo, como si las llamas hubieran atravesado la grieta y hubieran prendido allí otras cosas.

Una voz les llegó desde el exterior de la torre y llamó su atención. Ellör miró, y no podía creer lo que veía. Era Madna Uliss, desde luego, con su cabellera blanca tremolando y su ojo derecho del mismo tono, sin iris, circundado por un tatuaje negro en forma de lágrima; pero flotaba en el aire sin esfuerzo, las dos piernas juntas y extendidas con ambos pies en punta; y, aunque flotar en el aire era una cosa, ella parecía haber caminado por él desde el exterior, y eso era otra cosa.

—Uliss —la saludó Briamor—. ¡En buena hora acudes a nosotros!

—El fuego las destruye —dijo Vanegrio—. Si es lo que vienes a averiguar. ¡Pues mira!

Y vio Uliss las malicias quemadas y contraídas, las alas echadas a perder, formando una alfombra de cuerpos por todo el suelo, y vio también el atajadero, el único que quedaba, pues los demás, los que no se habían abierto, habían vuelto a ocultarse sin el poder de la vela.

—¿Es eso lo que creo, Briamor? —preguntó ceñuda.

—Lo es.

Uliss sacudió la cabeza.

—¡Ya me explicaréis bajo el influjo de qué alocada luna se os

ocurrió abrir esos senderos, señor Archimago de la torre! —exclamó—. ¡Pues esas cicatrices no pueden ser cerradas más que desde dentro! Y ahora que habéis descubierto que el fuego las somete, dime, maestro… ¿podrás contener a esas malicias si vuelven a aparecer!

—Por cierto que sí —afirmó Briamor.

—¡Pues entonces me llevo a Llamaviva conmigo! —dijo ella—. ¡Pues ahí abajo hay caos desatado y el fuego de mis hechizos no es tan bueno como otros que sé bien!

—¡Olvidaos de esa morralla! —replicó Vanegrio—. ¡Por haber construido sus casas tan cerca de la torre estamos como estamos!

—¡Vanegrio! —gritó Briamor—. ¡De culpas mejor no hablemos! ¡Ve a salvar a los hombres, o tú y yo tendremos unas palabras!

—¿Vienes entonces, Llamaviva? —preguntó la hechicera.

Vanegrio apretó los dientes. Su tez, generalmente pálida, estaba encendida.

—¡Llévatelo, Uliss! —exclamó Briamor—. Que por la cicatriz no pasará ya nadie.

Vanegrio corrió hacia el borde y saltó hacia abajo, y Uliss se dejó caer a su lado, y los dos se precipitaron hacia las calles y se perdieron de vista.

Elman se miraba las manos de piedra.

—Que sea Vanegrio maestro de llamas es buena cosa —afirmó—, mas mucho me gustaría a mí hacer algo más.

—Maestro —dijo Ellör—, ¿es cierto lo que ha dicho Uliss?

—¿Qué cosa, de todas las que ha dicho?

—Pues que la cicatriz sólo puede cerrarse desde dentro.

Briamor agachó la cabeza.

—Cierto es, me temo —susurró—. Al menos en su mayor parte, pues aunque es verdad que la cicatriz puede cerrarse desde dentro, sin duda debe de haber otros métodos, aunque no los conozcamos. ¡Pero daremos con ellos!

Estaba diciendo eso cuando la grieta se estremeció, y de ella salió un sonido gutural similar a un eructo, y Briamor se preparó, juntando las muñecas.

—¿Podemos hacer algo, maestro Briamor? —preguntó Elman.

—Prestadme apoyo con cobertura al lanzador —respondió Briamor, preocupado—. ¡Pues confiemos que mi fuego sea tan potente como el de Vanegrio!

Se pusieron detrás de él y colocaron las manos sobre su espalda, ceñudos, casi en el último momento, pues del espanto rojo comenzaban a salir otra vez malicias, aunque por algún motivo éstas parecían más grandes aún, sus cabezas más puntiagudas y sus garras

más afiladas.

Briamor soltó un chorro de fuego contra la brecha, y el fuego fue suficiente porque las malicias chillaban y salían volando envueltas en llamas, pero sus alas perdían la capacidad de volar y caían al suelo, retorciéndose por el dolor.

—¡Está funcionando, maestro! —gritó Elman—. ¡Está funcionando!

Y funcionaba, sí, pero viendo la cabeza de Briamor desde atrás, llena de sudor, la pregunta que correteaba por su mente era: ¿por cuánto tiempo?

6

El caos reinaba por doquier. Antes de caer hacia el suelo y detener su caída con chorros de fuego que expulsó por sus brazos extendidos, pudo ver Vanegrio la escena general de las construcciones de los hombres. Unas malicias estaban elevando a una mujer por el aire, y ésta se sacudía con una expresión de horror en el rostro, con múltiples heridas sangrantes en la cara y los brazos. Otra estaba saliendo por una ventana rota; estaba manchada de sangre, la boca y los dientes llenos de ella. Había casas en llamas, y las bestias las sobrevolaban como si el fuego no las afectara, y una plétora de hechiceros disparaban mil conjuros, todos fútiles, que eran como mantener alejadas a unas alimañas agitando una sencilla antorcha. Un hombre sin ojos, con la cara llena de sangre, corría por la calle gritando y llorando desesperado.

Vanegrio cayó en una pequeña plaza donde los hechiceros se habían hecho fuertes, cubriéndose las espaldas unos a otros. Vanegrio se acercó a ellos y lanzó un torrente de llamas contra las malicias que les acosaban, y éstas chillaron y se encogieron como muchos insectos cuando mueren, y cayeron al suelo envueltas en llamas.

Los hechiceros lo miraron con los ojos muy abiertos.

—¡Hechiceros de la torre! —exclamó Vanegrio—. ¿Acaso sois de la Guardia de la Luz?

—¡Los que buscas, señor, los de la Guardia de la Luz, están sobre el tejado, en la calle de al lado! —dijo uno.

Vanegrio asintió y se dirigió hacia allí, saltando por encima de muchos cadáveres, y supo qué tejado era por los ruidos de los hechizos y los relámpagos luminosos. Subió hasta allí dando un solo salto, y encontró un numeroso grupo de hechiceros que mantenían a las malicias tan alejadas como podían, combatiendo sin descanso y en buena técnica, pues cuatro de ellos se encargaban de proyectar escudos cuando alguna hacía un picado hacia ellos con intención de arrojarlos a la calle o arañarlos.

—¡Guardias de la Luz! —los llamó Vanegrio. La mayoría se volvió, y sus rostros se iluminaron cuando vieron a su señor.

—¡Nuestro señor Vanegrio Llamaviva! —exclamó uno.

—¡Estamos salvados! —dijo otro.

—¡Escuchad! ¡Estas bestias sólo mueren con fuego! ¡Fuego vivo de primer grado, no simples llamas! ¿Quién de vosotros puede conjurar esa intensidad?

—¡Yo, señor! —afirmó uno.

—¡Yo, por cierto! —exclamó otro.

En total, solamente cuatro de los hombres podían, al menos al decir de ellos, que para Vanegrio era como decir nada. No sabía ni por

qué había hecho la pregunta, pues no esperaba que ninguno pudiera y, a juzgar por su aspecto y la duda en sus ojos, estaba convencido de que no llegarían a la intensidad que él mencionaba.

—¡Pues vosotros seréis los lanzadores! —ordenó aun así—. ¡Y los demás tenéis que trabajar como equipo! ¡Prestad vuestra energía con hechizos de cobertura a los lanzadores!

—¡Sí, mi señor! —gritó alguien.

Un grupo de malicias se lanzaba hacia ellos ahora que estaban distraídos escuchando a Vanegrio, pero Madna Uliss emergió de alguna parte y las hizo alejarse dando giros de su lanza de luz en el aire.

Vanegrio y ella compartieron una breve mirada, y él asintió.

—¡Guardia de la Luz! —gritó—. ¡Por la Luz del Oeste! ¡Quemad a esas bestias!

Se agruparon, creando una sola unidad de ataque, y cuatro haces de fuego salieron despedidos desde el tejado en diferentes direcciones. Eran cañones de llamas casi tan buenos como los que hacía el propio Vanegrio, y cruzaban el cielo arrasando cuantas malicias encontraban, que caían al suelo como insectos que mueren en pleno vuelo, las alas plegadas contra el cuerpo y las bocas abiertas entregadas a gritos de terror. Muchos miraban al cielo con una mezcla de alivio y terror, pues algunos de esos gritos eran tan agudos que recordaban a los llantos desesperados de los bebés.

—Que me pinchen el cuerpo, que no sangraré —dijo Madna Uliss pensativa desde el aire—. Que la gente de la Guardia está sirviendo para algo.

Vio a Vanegrio saltando al suelo y fue tras él hasta ponerse a su lado.

—¡Llamaviva! —gritó—. ¿Adónde vas?

—A combatir en tierra —respondió, henchido del caos reinante que parecía brillar en sus ojos—. ¡Registraré cada casa hasta dar con la última de esas cosas!

—Y yo te ayudaré —dijo ella con suavidad.

Briamor detuvo el cañón de fuego cuando dejaron de oír los gritos. El suelo se estaba llenando de cadáveres con rapidez; había tantos que Elman hizo varios empujes para lanzar algunos de los cadáveres por los laterales de la sala, donde no había muros, hacia la calle.

—Maestro Briamor —dijo Ellör—. ¿Estáis bien?

—Bien estoy —asintió éste—. Pero el fuego es una cosa curiosa, porque se nutre y fluye de algún ánimo especial en la sangre y en el cuerpo del lanzador, y hay que tener fuego en el corazón para servirse de él con esta intensidad. Mas yo tengo ya unos años y jamás podré igualarme a Vanegrio, que tiene el corazón permanentemente encendido.

—Entiendo, maestro… —dijo Ellör—. ¿Y si lo hacemos al revés?

—¿Al revés? —preguntó Elman.

—Yo hago de lanzador —explicó—. Y vosotros me hacéis de soporte.

Elman sacudió la cabeza.

—No creo que eso funcione, amigo… No te ofendas, pero…

Ellör asintió. No tenía que decir nada más.

No funcionaría porque sus hechizos no eran lo bastante potentes.

Ellör se sentía frustrado.

Briamor había dicho que cerrar la grieta por dentro era una cosa, pero de qué manera podrían averiguar cómo cerrarla por dentro. Y ¿cuándo? ¿Cuándo harían eso? Si tenían que mantener el torrente de llamas enfocado a la cicatriz… ¿cuándo podrían dedicar tiempo al estudio? El estudio, todos lo sabían bien, requería tiempo, pensar, planear, practicar… ¿cómo podrían hacer ninguna de esas cosas si tenían que mantener la cicatriz en llamas?

Incluso si Vanegrio volvía, y volvía pronto, que era ésa otra cuestión, ¿cómo lo solucionarían?

Ellör pensaba, pero no se le ocurría qué hacer.

En ese momento, un buen montón de hechiceros llegaron a la Cámara Redonda por las escaleras. Encontraron cadáveres de malicias y aquella brea espantosa chorreando por los escalones, y entraron en la sala con los puños iluminados por los efectos de los hechizos que llevaban preparados por si tenían que atacar.

—¡Señores de la torre! —dijeron—. ¡¿Qué ocurre?!

—¡Prestad asistencia con apoyo al maestro Briamor! —exclamó Elman, pero aún tenía el cuerpo transmutado en piedra y lo miraron como si fuera un enemigo o un golem de roca que quisiera embaucarlos. Se transmutó de nuevo y todos compusieron expresiones de alivio.

—¡Maestro Elman Karas! —dijo el primero de ellos—. ¡Eso

haremos!

Ellör se relajó un poco. Elman había tenido buena idea. Y la ayuda llegó a tiempo, por cierto, porque llegó una nueva oleada, esta vez en un intervalo más corto que la anterior. Pero Briamor lanzó un cañón de fuego bien potente y pareció que podía relajarse un poco, pues los conjuradores, aunque poco entrenados y con mucho camino por delante, eran jóvenes y de energía vital tenían los cuerpos llenos.

Sin embargo, algo fue mal, de nuevo y otra vez, y Briamor lo presintió primero.

—¡ATRÁS! —gritó.

La brecha aumentó de tamaño. Se desgarró por los laterales, y de allí brotó de nuevo más putrefacción negra que volvió a llenar la sala de un tufo insoportable que les obligaba a doblar el cuerpo por efecto de las arcadas. Muchos de los magos dejaron de prestar cobertura a Briamor y el torrente de llamas palideció un poco, y tuvo el Archimago de la Luz del Oeste que corregir su postura para concentrarse y redoblar sus esfuerzos.

—¡ATRÁS OS DIGO!

La cicatriz, ahora grande como un hombre, regurgitaba cantidades inauditas de líquido ponzoñoso e inmundo que se vertía por los laterales y caía hacia el exterior, pero lo que Briamor temía no había llegado aún.

—¡FUERA DE AQUÍ! —gritó Briamor de nuevo.

—¡Maestro! —exclamó Elman—. ¿Qué?

Pero cuando la grieta se estremeció, retumbante, Elman volvió a adquirir la forma de la roca desnuda y Briamor reconcentró sus energías… en vano.

De la cicatriz brotó algo parecido a las ramas de un árbol, desnudas e intrincadas, sin hojas, pero se movían como serpientes, todas negras y bañadas en la inmundicia oscura que era ya seña y emblema del otro lado; qué había más allá de la grieta ninguno podía imaginarlo, pero viendo lo que se les venía encima debía ser un lugar de pesadilla donde tal vez no se pudiera ni respirar.

—¡AY! —gritó Briamor y, como si hubiera visto el futuro con apenas un instante de diferencia, una de las ramas lo golpeó con fuerza en la cabeza y lo empujó a un lado. Los hechiceros, la mayoría de ellos, no pudieron soportar la visión y cayeron arrodillados al suelo con las manos en la cabeza. Solamente Elman Karas, con su cuerpo de piedra, soportaba la presión.

—Es un Ancestro... —susurró Briamor, y luego repitió—: Un Ancestro. Nunca lo venceremos...

Pero oyendo eso, Ellör apretó los dientes y tuvo una idea. Sabía

dónde había caído la vela de sangre, así que corrió hacia allí, retiró la porquería de la mecha y la prendió con un sencillo hechizo de fuego. La mecha chisporroteó encendiendo el aire con pequeñas partículas alrededor de ella, pero después de eso quedó encendida, y Ellör la llevó junto al maestro Briamor, que estaba en el suelo, superado por la situación.

—Maestro —dijo, tendiéndole la vela.

Briamor la miró, perplejo al principio, más luego endureció el gesto como con decisión y tomó la vela, y la inclinó dejando caer la cera sobre la mano mientras Elman intentaba detener, con poco éxito, las ramas. Hacía tanta fuerza que gritaba como un loco, y las rocas en su cuerpo crujían como si fueran a quebrarse todas ellas.

Briamor cerró el puño alrededor de la cera caliente y lo extendió hacia la amenaza, que empezaba ya a adherirse a las paredes y a hacerlas temblar y estremecerse. Grietas profundas se apresuraron a recorrer toda la superficie, sobre todo por el techo, y muchos de los hechiceros se lanzaron a realizar hechizos para contener y reparar los daños, pues la estructura superior de la torre, donde estaba asentada la espectacular Luz del Oeste, amenazaba con derrumbarse.

—¡APÁRTATE, ELMAN! —gritó Briamor.

—¡Ma… maestro! —exclamó Elman.

Briamor no podía esperar más. Tenía un poder inconmensurable almacenado en el cuerpo, concentrado, decidido, y tenía que soltarlo o su carcasa humana se vería incapaz de almacenarla. Utilizó la otra mano para empujar a Elman hacia atrás y éste salió despedido y fue a parar sobre los otros magos, que cayeron al suelo bajo su peso.

—¡MAESTRO! —gritó entonces.

Pero del puño extendido del Archimago surgió un torrente de fuego tan bárbaro, intenso y espectacular que por un instante nadie vio nada más que un muro blanco delante de sus ojos, y sólo pudieron oír el estruendo imposible del cañón de fuego mezclado con unos crujidos espantosos como de árboles desgajándose del suelo, sus troncos partidos, y de fondo, como si viniera de lejos, un estruendo retumbante y profundo, muy parecido al rever que los magos experimentados conocían bien.

Y, cuando pestañearon numerosas veces y pudieron volver a ver, contemplaron con asombro dos cosas: que las raíces negras imposibles se retiraban al interior de la grieta, y que Briamor estaba en el suelo, con la cara convertida en la escultura de un dolor exquisito, y que su brazo derecho había sido reemplazado por un pellejo negro humeante donde aún ardían algunas llamas.

—¡Maestro Briamor! —gritó Elman, corriendo a su lado. Apartó

los pellejos inútiles y se apresuró a poner su mano sobre el muñón quemado y retorcido. Había sido cauterizado por el fuego, por fortuna, así que no sangraba, pero dolía como picotazos de cuervo en la cara o aún más, y Elman hizo lo que pudo por aliviar su dolor con hechizos.

—¡Qué horror! —susurraron los hechiceros—. ¡Ha perdido el brazo!

—¡Iros de aquí! —gritó Briamor con la cara contraída—. ¡Todos! ¡Todos los hechiceros, todos los hombres! ¡Qué torpe he sido, qué botarate, mentecorta, inútil!

—¡Maestro! —dijo Elman preocupado—. ¡Qué dices! ¡Has expulsado a la bestia!

—¡Idiota! —exclamó Briamor con los ojos muy abiertos—. ¡Es un Ancestro! ¿Es que no lo entiendes? ¡Un Ancestro, te digo!

—¿Un Ancestro? —preguntó Elman confuso.

—¡Alejaos no sólo de la torre, sino del territorio! ¡Pues agrandará la grieta y vendrá aquí, y toda hierba verde morirá, y el cielo morirá, y la tierra y el mar se volverán negros y pútridos por toda la eternidad!

—No sabe lo que dice, Ellör —opinó Elman volviéndose al hechicero con lágrimas en los ojos—. El dolor y el esfuerzo le han superado...

Ellör estaba roto por dentro. La visión del brazo de Briamor, desaparecido, convertido en una tira de piel lacia e inútil, muerta y carbonizada, era suficiente para alentar su dolor y su terror, pero sus palabras eran aún peor, pues sabía que el Archimago no era dado a charlatanerías ni desvaríos, por mucho que estuviera consumido por un dolor lacerante como aquél. Y sus palabras rebotaron por su mente: «Y toda hierba verde morirá, y el cielo morirá y la tierra y el mar se volverán negros y pútridos por toda la eternidad».

Negó con la cabeza.

«Se puede cerrar por dentro», se repitió a sí mismo.

Lo había dicho Uliss, que de hechicería sabía más de lo que decía o anunciaba, pues la había visto volar por el aire como un pájaro o como un colibrí, como si las terribles fuerzas que atan a los hombres y a las cosas todas al suelo no fueran con ella.

Y pensando eso, y sin dudarlo más porque la vida, al decir de Briamor, ya la había perdido, él y todos, miró la grieta, echó un último vistazo a Briamor Candess y a Elman Karas a modo de despedida, y se lanzó a través del atajadero.

—¡Ellör Litos Ceoril ha entrado en la cicatriz! —dijo alguien.

—¡También yo lo he visto! —afirmó otro.

Briamor miró, con ojos despavoridos, y en ese momento…

En ese momento la grieta se cerró, rápidamente, y una vez cerrada, lo siguiente ocurrió deprisa: el atajadero se desvaneció en el aire.

—Ellör Litos Ceoril ha caído —anunció Briamor en voz baja y solemne—. Lo recordaremos.

El silencio descendió sobre la sala.

8

Madna Uliss, Vanegrio Llamaviva y Valas Ton llegaron por el aire, al abrigo del embrujo de Madna, cuando nadie se había atrevido aún a pronunciar ni media palabra.

—¡Por el fuego y la Guardia de la Luz! —exclamó Vanegrio exultante cuando se posaron en el suelo de la cámara—. ¡Que mi Guardia ha repelido los ataques de esas cosas, y veo yo aquí que habéis cerrado el atajadero! ¡Qué celebración nos espera!

Valas Ton giraba la cabeza a uno y otro lado, mirando alrededor.

—Mas… ¿qué ocurre? No parece que…

Elman se apartó un poco para mirarlos y vieron los tres que Briamor había perdido el brazo derecho, y en lugar de éste había un muñón contrahecho y requemado.

—¡Maestro Briamor! —exclamó Valas—. ¡Tu brazo!

—Ellör Litos Ceoril ha cerrado el atajadero —susurró Elman.

—¿Cómo? —preguntó Vanegrio.

Uliss se adelantó.

—Imposible… —dijo con rapidez—. ¿Cómo lo…?

Y entonces mudó su expresión a una cruzada por una comprensión fría y terrible.

—Esperad —dijo, y añadió—: ¿Desde... dentro?

—Desde dentro —respondió Elman.

Uliss agachó la cabeza.

—Está muerto, entonces —murmuró con tristeza. Después se volvió resuelta a los hechiceros allí reunidos y les habló con voz clara —: Aquí todo está resuelto ahora y otra vez. Podéis ser útiles si vais abajo y ayudáis a los hombres con sus heridas y sus daños, pues hay cosas que reparar, heridas que curar y ánimos que tranquilizar. Gracias, y gracias una y mil veces.

—Contad con nosotros —dijo uno de ellos, y agachando la cabeza, añadió con prudencia—: Sentimos en el corazón y el ánimo la pérdida del maestro Ellör Litos Ceoril; sin duda lo lloraremos largamente. Y lamentamos también la pérdida de tu brazo, maestro Briamor, si acaso no puede recuperarse.

—No se puede —dijo Elman—. Pues incluso las cosas que podemos alterar en la Deriva tienen un límite. Pero gracias también en mi nombre y en el del maestro Briamor por la ayuda prestada.

Briamor no dijo nada. Miraba al techo con lágrimas en los ojos.

Hubo más reverencias, después de eso, pero los hechiceros marcharon escaleras abajo, pisando la repugnancia negra y prestando atención a no resbalar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vanegrio.

—También me lo pregunto yo —exclamó Valas Ton—. Pues nos

habéis dejado el corazón ensombrecido con estas noticias que vemos y oímos.

—Una pesadilla infame emergió por el atajadero —explicó Elman hablando despacio, su mano todavía sobre el muñón de Briamor Candess—. No… No podíamos con ella. Cada vez que algo aparecía por la cicatriz, era peor que la cosa anterior. Incluso las malicias eran diferentes, más agresivas, con más dientes en sus ominosas cabezas. Después de eso, llegó otra cosa…

—Un Ancestro —susurró Briamor.

Madna Uliss retrocedió un par de pasos.

—Espera… —exclamó—. ¿Un Ancestro, dices? Maestro Briamor, ¿estás seguro de eso?

—Un Ancestro —repitió.

—Mas… ¿cómo es posible? —quiso saber ella.

—¿Qué es… un Ancestro? —preguntó Vanegrio.

Briamor, no sin esfuerzo, se incorporó de manera que pudiera verlos bien.

—¿Qué es un Ancestro, preguntas, Vanegrio Llamaviva? Pues bien. Te lo diré, ya que lo preguntas, aunque luego espero me respondas tú a mí unas preguntas que tengo.

Vanegrio cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, nervioso. A nadie se le pasó ese detalle.

—Un Ancestro… es… algo que existió primero, en primer lugar. La Deriva es sabia por antigua, que no por el mero existir; así como el hechicero se forma con estudios, reflexión y práctica, y no por nacimiento, también la Deriva tuvo que experimentar en sus orígenes, hace de tiempo una cantidad que no puede entenderse con la cabeza. —Hizo una mueca de dolor y luego cerró los ojos por un rato.

—Maestro —dijo Elman—. Quizá deberías descansar primero y explicarnos después.

—No —rehusó Briamor—. Es soportable gracias a tus hechizos de curación. No me devolverán el brazo, pero el dolor es más tenue ahora. Gracias, pero continuaré.

Elman asintió.

—Así que, al principio de los tiempos, mucho, mucho antes de que los Antiguos empezaran a poblar este mundo, la Deriva creó cosas en mundos mucho más sencillos que éste. Mundos animales, si quieres llamarlos así, con reglas simples en extremo. Había materia, y había vida, pero eso era prácticamente todo, y la materia era de un solo tipo, y la vida también. En esos mundos originales la vida era acorde al descomunal tamaño del firmamento, pues la Deriva tenía entonces demasiado espacio que ocupar. Su volumen, su tamaño, era titánico,

desproporcionado, era enorme como un mundo, y sus creaciones se movían entre la materia con un hambre infinita, devorándolo todo; y tras la materia consumida dejaban un rastro de excrecencias nauseabundas que acabaron por llenarlo todo, porque la Deriva no planeó ningún ciclo para ellos y estaban exentos del privilegio y la responsabilidad de la muerte.

Valas Ton sacudió la cabeza, perpleja.

—Maestro Briamor —susurró—, cómo… ¿cómo puedes saber todo eso si ocurrió hace tanto…?

—Sobre todo mucha paciencia —dijo el Archimago—. Aplicada a hechizos de clarividencia, conocimiento y revelación, puede dar para mucho descubrimiento.

—Entiendo —exclamó ella agachando la cabeza en señal de reconocimiento.

—Creía... que todo eso ocurrió hace mucho, en este mismo mundo —dijo Briamor—. O en otros, quizá… no lo tenía claro, pero pensaba que todo eso se había extinguido hacía tiempo. Pensaba que la Deriva los había purgado, como hace a veces. Como hizo con los Antiguos. Su civilización era gloriosa y consiguieron grandes logros, pero… su fin llegó. Cuando vi los mundos de color rojo, dispuestos bajo los demás… comprendí que se trataba de… ¿cómo los llamaste tú, Valas? Ah, sí. Los lugares mazmorra. Los mundos apartados, vetados para los hombres mortales y todas las criaturas de la creación por fuerzas y entidades que se nos revelan solamente al final de todos los caminos, los de la vida y los de la muerte, relegados al olvido por la Deriva, escondidos en capas tan profundas que fue necesario de este lugar específico, el Quebranto, la mente conjunta de cinco hechiceros de gran capacidad y equilibrio, incontables horas de estudio e investigación… y... el poder de una vela de sangre hecha con el poder del fuego.

—¿El... poder del fuego? —preguntó Elman.

—La sangre de Vanegrio —dijo despacio—. Cambió la vela que fabricamos con la sangre de Valas Ton por otra hecha de la suya propia.

Vanegrio alzó la barbilla.

—Sí —admitió—. Lo hice.

—¿Cómo? —preguntó Elman—. ¿Por eso… encontramos los lugares mazmorra? Porque la vela que usamos…

—Pero… ¿por qué? —preguntó Valas—. ¿Por qué, Vanegrio?

—Porque necesitábamos más poder, y sabía que la vela fabricada con mi sangre la tendría. ¡Mucho más poder que el que tú puedes dar, Valas!

—Loco insensato… —musitó Elman—. Todo este desastre… es culpa tuya.

—¿Culpa mía, dices? —exclamó Vanegrio—. ¡Pues gracias a mí descubrimos esos lugares de gran poder! ¡Yo contuve las malicias! ¡Yo! ¡Y yo descubrí la pista de su vulnerabilidad! ¡Y mi Guardia salvó la situación allí abajo, bajo mi mando, mientras aquí, el propio Archimago perdía el brazo! —Y con la cara roja de rabia, añadió—: ¡¿Cómo es todo esto culpa mía?!

—Me parece que vemos las cosas desde distinto punto de vista —observó Valas Ton con tristeza.

Elman sacudió la cabeza y la escondió en el interior de una mano.

—En todo caso, todo eso no es relevante ahora —dijo Briamor—, en cuanto a que entendamos el cómo, y no tanto el porqué, que podemos atender luego. Mas lo que vimos aquí en esta sala, era… sabedlo, parte de un Ancestro.

—¿Estás seguro, maestro Briamor? —insistió Uliss.

Briamor asintió.

—Era una de esas criaturas mundo —siguió diciendo— titánicas, inconmensurables, inabarcables, vastísimas. Más grandes aun que el firmamento. La forma original de la vida, la primera creación, de cuyo estudio la Deriva moldeó todas las otras. Nuestro… ancestro. Mas lo que vimos era una parte pequeña, como si un niño asoma su uñita por la boca de un hormiguero, pero más pequeña aún, mucho más. Puede parecer horrible, pero en verdad hemos asistido a una visión que ningún hombre ha tenido jamás, un misterio que ni los Antiguos llegaron a conocer.

—Pero maestro… —intervino Elman—, ¿puede una criatura tan bestial cruzar por un atajadero?

—Una vez abierta la brecha —intervino Uliss esta vez—, un Ancestro es muy capaz de resquebrajarla. Era cuestión de tiempo.

—Sospecho que las llamas debieron llamar su atención. Rompimos la bolsa de su mundo y las llamas de Vanegrio primero y las mías después debieron de captar su curiosidad, como… como si estando nosotros en mitad del bosque observáramos un agujero minúsculo, de tan pequeño imperceptible, tan tan insignificante que dudáramos incluso de su existencia como si fuera mácula en nuestros ojos; pero al constatar que salía de ese agujero una suave y pequeña corriente de aire acercáramos entonces la punta del dedo para tocarlo, y en el otro lado, donde estamos nosotros, pulgas insignificantes, mil veces más pequeños que eso, observáramos el dedo como una pared rosada llena de cráteres cuyos fondos ni siquiera veríamos, o eso nos parecerían los abismos insondables que son las líneas de su yema.

Esta vez hasta Vanegrio se quedó boquiabierto y abrumado, pues había conseguido Briamor transmitirles a todos la compleja perspectiva de las dimensiones de un Ancestro, al menos al decir de él.

—Esa entidad descomunal, bárbara, cósmica —siguió diciendo Briamor—, habría acabado consumiendo este mundo. Ignoro cuánto tiempo le habría llevado, pues imagino yo que no hubiera desgarrado la cicatriz del atajadero de inmediato. No, no lo creo —añadió pensativo—. Pues decidme… ¿qué prisa puede tener una criatura que lleva existiendo desde el mismo principio, desde que la Deriva se postuló como cosa que existe, precisamente, por el hecho de dar vida a un ser vivo? Quizá accedería aquí un poco cada vez, medio cuerpo aquí y medio allí; y con el paso del tiempo, la abertura se iría ensanchando. ¿Cuánto tiempo le llevaría? Diez años. Mil. Diez mil. No importa. La Deriva es muy permisiva con el tiempo, pues dispone de él en cantidades ilimitadas.

—¿Y conseguiste… que se retirara? —preguntó Elman atónito—. ¿Conseguiste que se aplacara y se marchara al otro lado?

—¿Acaso no puede una picadura de pulga o de mosquito hacer que te revuelvas y que retires el dedo, o el brazo entero, Elman Karas? —preguntó Briamor—. Pues si Ellör no hubiera cerrado la abertura habríamos visto el equivalente del aceite de amagrosa, o corteza de cedro, o vinagre blanco de manzana entrando por la brecha y arrasando todo el territorio, si no más.

—Entiendo —susurró Elman.

—Fue únicamente por la vela de sangre que pude hacerlo —añadió—. Calenté la cera y la deposité en mi mano, y conjuré el hechizo de fuego en comunión con ella, y con la Luz del Oeste, no lo olvidemos.

—¿Sabías ya por entonces que la vela tenía la sangre de Vanegrio? —quiso saber Uliss.

—Sí, por cierto —asintió Briamor—. Un hechizo de clarividencia cuando intentaba averiguar por qué encontramos los accesos a los lugares mazmorra me lo reveló. Pero sabía que era la única manera de ganar tiempo. Y… he tenido suerte. Debo admitir que pensé que la vela utilizaría todo mi cuerpo como conductor de su poder, y no sólo el brazo.

—Los lugares mazmorra —susurró Vanegrio, pensativo y fascinado—. Eso es… mucho poder…

Briamor le dirigió una mirada severa.

—¿Mucho… mucho poder? ¡¿Mucho poder dices?! ¡Apartad a este loco de aquí! —exclamó, súbitamente enfadado y asustado a la vez—. ¡Su ansia de poder no conoce límites! ¡Va más allá de lo sensato!

¡Tiene una obsesión enfermiza en el corazón y en la mente!

—Maestro… —exclamó Elman, perplejo.

—¡Abrirá los atajaderos! —añadió Briamor—. ¡Lo hará! ¡Lo he visto en su mente al embutirme con el poder de su sangre! ¡La seducción de la promesa de poder lo perderá, a él y a todos!

—¡Está loco! —gritó Vanegrio, sorprendido y molesto—. ¡Ha perdido mucha sangre! ¡Está desvariando!

Madna Uliss había estado escuchando a unos y a otros. De repente, se acercó a Vanegrio y se colocó delante de él. Vanegrio retrocedió levantando los brazos.

—Dime —dijo—, ¿abrirías los accesos a los lugares mazmorra, aun cuando se te prohíba, porque codicias el poder que encierran?

Vanegrio se quedó mirándola, incapaz de responder, saltando de manera alternativa entre uno y otro ojo. Iba a decir algo, pero ella se volvió para mirar a Elman y a Valas Ton, que estaban confusos y expectantes.

—Sí —dijo Uliss con voz clara y completa serenidad—. Lo hará.

Se produjo un momento incómodo en el que todos se quedaron inmóviles, sin decir nada.

—¡Un momento! —gritó Vanegrio—. ¿Qué estáis diciendo o pensando?

Valas Ton y Elman Karas intercambiaron una mirada, pero no resolvieron nada con ello.

—No… No lo sabemos, Vanegrio —dijo—. Sin duda este asunto debe tratarse con calma, en otro momento.

—¡In… ingratos! —balbuceó Vanegrio—. ¡Yo ayudé a fundar esta ciudadela! ¡Cabalgué hasta aquí con vosotros y dejé toda mi vida y mis cosas atrás, sin dudar! ¡He estado aquí, en esta cámara, estudiando y maquinando y explorando con vosotros! ¡Yo fundé la Guardia de la Luz que hoy ha salvado el día! Y… ¿qué me decís ahora? ¿Que tenéis que tratar qué cosa?

—Briamor… —se oyó a Elman decir de pronto—. ¡Briamor!

Le daba golpes en suaves en las mejillas y lo sacudía, pero el maestro tenía los ojos cerrados y no respondía.

—¡Briamor!

—Déjame ver —dijo Uliss acercándose a él.

Puso sus labios cerca de los del maestro y los mantuvo allí unos instantes. Luego se apartó con suavidad.

—Vive —dijo—. Pero su esencia vital está muy castigada. Debe descansar, y por largo tiempo.

—Gracias a la creación —suspiró Elman.

Y se quedaron en silencio, sin añadir nada más, mientras Elman y

Valas Ton colaboraban para alzar el cuerpo del maestro y llevarlo a sus habitaciones. Vanegrio se quedó en la sala, con el rostro enrojecido por la rabia y la impotencia. Así estaban las cosas, pensaba, era un héroe y el miembro fundador más capaz de todos para los hombres y mujeres de la Guardia, allá abajo, en los sótanos; mas para los que creía ser sus amigos, era un… codicioso, y un peligro por añadidura. Él, que había salvado el día y había hecho tantos sacrificios.

Apretó los dientes y arrugó el gesto.

Más tarde estudiarían el caso, habían dicho el patán de Elman y esa malformación de la naturaleza de Valas.

«Apartadlo de mi vista», había gritado Briamor.

Pues bien, se dijo, colérico. Si así estaban las cosas, así estaban las cosas.

Y se cruzó de brazos y se dedicó a mirar los cadáveres de las malicias durante un buen rato mientras pensaba.

Capítulo 13

Un jarrillo de agua

De la caída de Ellör Litos Ceoril se ocupó la ciudadela en los días posteriores. Se rindieron honores y se celebró una vigilia con velas que duró toda una noche, y a título póstumo se le concedió el título de Héroe de la Luz, y se mandó un jinete a Nogalera, que eran las tierras del rey Ceoril, para comunicar la triste noticia. Además de eso, Briamor encendió una llama eterna en una de las fachadas de la torre en señal de su sacrificio y mandó escribir la historia en el Libro de la Torre, para que las generaciones futuras dieran fe de ella, y en sus páginas se escribió su nombre con letras de pan de oro, que eran láminas de esa materia extremadamente finas obtenidas a través de la presión constante por medio de rodillos y el posterior martillado. De eso quiso Briamor que se ocupara el maestro entallador Eletor Atabio, pues era además esgrafiador y practicaba la escultura, la pintura y había hecho trabajos de arquitectura.

La Cámara Redonda la reconstruyó Briamor sin apenas esfuerzo, utilizando los mismos métodos de los que se sirvió cuando levantó la estructura de la Luz del Oeste, hacía ya mucho tiempo. Era curioso que para esa actuación respondió la Deriva sin dilación y con toda potencia, y la sala estuvo reformada de nuevo en poco tiempo. Briamor consideró ese hecho por unos instantes, pero por qué la Deriva quería esa torre allí, y no en ninguna otra en otra parte, no lo pudo deducir.

Las casas de los hombres en la ciudad de Gandín, a veces Adaul, y siempre la Ciudad de las Mil trampas, no tuvieron esa suerte. Había numerosos destrozos, techos y paredes enteras derribadas, y el fuego había lamido muchas de las estructuras, de manera que, a pesar de que aguantaban en pie todavía, hubo que derribarlas o reforzarlas, de mala manera la mayor parte de las veces.

Y hubo muertos muchos, hombres y mujeres, que se contaban por

la veintena, y heridos de consideración, muchos de los cuales perdieron ojos, o las proporciones de la cara, o quedaron tullidos de alguna forma. Hubo que rastrear los cuerpos por las calles y en el interior de las casas, y algunos los encontraron solamente porque alguien empezó a acusar el mal olor del cadáver. Los cuerpos se quemaron en piras, como era costumbre sobre todo entre marinos, para que no se tornaran los cuerpos en espectros, o resucitados, o fueran ejército de nigromantes o algunas de las otras cosas que había por el mundo. Mas alguno cogió el cuerpo caído de su mujer, o de su marido o amigo, y se marchó con él hacia la orilla, y allí cogió un bote y no volvió a ser visto ni quiso saber de aquellas tierras más.

La gente estaba enfadada y miraba la torre con desconfianza, por mucho que hubieran sido los hechiceros quienes les salvaran de las malicias, pues fueron éstos quienes las habían arrojado sobre ellos en primer lugar. Mucho se les habían olvidado los bolsillos, estómagos y despensas llenas, pues de nada les servía si quien les daba de comer les arrebataba la vida, y se rumoreaba que los hechiceros comerciaban con ellos para tenerlos cerca y usarlos en sus experimentos; y la desaparición de muchos de manera misteriosa por las calles de la ciudad, lo cual ocurría a menudo, se atribuyó ahora a la torre, y las gentes imaginaban hechiceros cubiertos con capuchas que husmeaban por las calles buscando víctimas, pues… ¿para qué querían los hechiceros verduras y hortalizas y panes y carnes si podían conjurar de ellas las que quisieran?.

De Vanegrio no se sabía mucho; pasaba las horas recluido en su cámara o en paradero desconocido, aunque tampoco es que los Cinco, ahora los Cuatro, hubieran organizado sesión de trabajo alguna, pues mostraban luto por Ellör y estaban de ánimos caídos. Valas Ton y Elman Karas trabajaban investigando cómo restituir el brazo perdido de Briamor, por su cuenta y en secreto, y aunque la hechicería no podía hacer crecer un brazo de nuevo, habían oído historias sobre los Antiguos en las que éstos reemplazaban las extremidades perdidas o debilitadas o dañadas por otras de metal, y sabían por descontado que estas historias eran sin duda verdad, pues se conocía el hecho de que llegaron a fabricar hombres metálicos que les ayudaban y les servían, y hablaban con voz surgida de las propiedades de los metales con los que los construían. Mas los hechiceros sabían que, para obrar esos prodigios, los Antiguos no se habían servido de la Deriva, pues no la estudiaban ni la conocían, sino de su ingenio moldeando metales y dándoles formas, y los hacían moverse con cosas naturales del mundo, en cuya extracción se habían vuelto expertos. Su idea era trabajar con excelentes maestros artesanos de los que había en el mundo los dedos

de una mano, y con famosos orfebres de la hermosa ciudad de Luallen, y ver cómo podían ayudar con la hechicería allí donde fuera necesario, pero avanzaban con lentitud, pues esos artesanos estaban todos desperdigados por el mundo, y el mundo era tan grande que se tardaba en recorrerlo.

El propio Briamor estaba un poco apesadumbrado. No es que hubiera perdido poder, ni estuviera impedido para la hechicería, pero ahora se veía obligado a reformular muchos de esos hechizos para poder lanzarlos con una sola mano, pues entre otras cosas, las dos extremidades procuraban equilibrio a los conjuros, un lado y otro, diestra y siniestra, y de esa manera se balanceaba el poder de la Deriva con los puños antes del lanzamiento.

En el día diez desde la caída de Ellör, Briamor convocó a los otros Fundadores a la Cámara Redonda. Ocultaba ahora su muñón y el brazo perdido con una túnica de tonos pardos, y llevaba el cabello recogido hacia atrás, no tan suelto como antes, y había en los márgenes de la cámara, cerca de las paredes, unos jarrones de cobre de los que brotaban llamas suaves que nunca antes habían brillado allí. De algún modo, todo aquello confería a la reunión un cierto carácter ceremonial.

También Madna Uliss estaba allí, junto a Briamor.

—Señores Elman Karas, Vanegrio Llamaviva, señora Valas Ton —los saludó con calma—. Hemos llorado juntos a Ellör Litos Ceoril, y la Luz del Oeste lo ha llorado también, y de nuevo cada uno por su cuenta lo ha llorado a su manera como lo ha entendido y necesitado y, aunque su sacrificio será recordado siempre así vivamos diez vidas de un hombre, o diez veces diez, es hora de continuar nuestros trabajos, que esto es lo que Ellör quería más que ninguna otra cosa.

Valas Ton asintió.

—Pero he aquí que éramos cinco y aun así nos las veíamos y deseábamos para avanzar en nuestras investigaciones, pues nos enfrentamos a dilemas y rompecabezas que ni los Antiguos pensaron llegar a resolver por mucho que los intuyesen, y es una tarea que requiere ingenio y capacidad. Y ahora, sin Ellör, estamos mermados e incapacitados para ciertas estructuras de hechizos en cadena que formábamos y que nos eran útiles.

Se volvió hacia Uliss y extendió su brazo izquierdo hacia ella.

—Sin duda conocéis a Madna Uliss. Uliss llegó a la torre de noche, y cruzó la puerta a solas, sin nadie que la esperase o recibiese, y allí, en el octógono, esperó a encontrarse con alguien a quien preguntar. Habló entonces con un joven hechicero, quien le explicó cómo funcionaba la vida en la Luz del Oeste, y ella misma escogió un

cuarto de los que estaban vacíos por entonces y nada grandilocuente dijo sobre su llegada, o sus capacidades. Y desde entonces ha estado trabajando, usando la Deriva para comprender todo aquello que le estaba oculto, y ayudó donde pudo y cuando fue preguntada, y poco a poco, mientras nosotros éramos ignorantes de esto, se ganó el respeto de los hechiceros en la torre, y cuando se atascaban en algo nadie decía: «¡Preguntad al maestro Briamor!», pues el maestro Briamor estaba siempre ocupado e inaccesible, sobre todo en esta última época, sino que decían: «¡Preguntad a Uliss!». Y Uliss respondía.

Esta vez fue Elman Karas quien asintió con un gesto rotundo.

—Pues en eso tienes razón, maestro Briamor —dijo—. Que también yo lo he observado.

—Mas… todos hemos visto con nuestros ojos que Madna Uliss es una hechicera más que capaz. Ella sola ha resuelto misterios que nosotros ni nos hemos formulado, como el misterio del vuelo, que ella lo hace con soltura sin que nadie lo supiera porque no hacía falta que se supiera hasta que fue necesario que volara, ¿comprendéis lo que quiero decir y lo que quiero señalar de su naturaleza?

—Sí, maestro —asintió Valas Ton—. Es evidente.

Briamor asintió.

—¿Acaso no enseñamos eso nosotros mismos, aquí en la ciudadela? Y os miro a vosotros, Elman Karas y Valas Ton, pues vosotros pusisteis en marcha vuestra *Virtutes Principia*, donde se enseña a los jóvenes hechiceros los principios de la virtud esencial que todo hechicero debe respetar.

—Así es —dijo Elman Karas—. Veo ahí humildad, cualidad muy noble, pues es lo opuesto del orgullo, que es la ausencia de los tres principios esenciales: Verdad, Amor y Coraje.

Otra vez movió Briamor la cabeza en señal de aceptación.

—Su conocimiento es amplio. Mucho he hablado con ella este último día y noche, y ha progresado tanto en su sendero particular que no está a un nivel muy diferente de cualquiera de nosotros, y en ello me incluyo. Eso lo descubrí por sus palabras cuando el Ancestro accedió a este mundo y ella supo de qué se trataba y cuál era su peligro real.

Vanegrio, cruzado de brazos, no decía nada.

—Dicho esto… —continuó Briamor—… quería someter a voto la inclusión de Madna Uliss en este grupo de trabajo, de manera que seamos cinco de nuevo, y podamos reanudar los...

Se interrumpió y giró la cabeza para mirar a Madna con curiosidad, pues le pareció que había Madna hecho un ruido, sin poder identificar cuál. Pero Madna parecía igual de confusa, y se

apartó de donde estaba mirando el suelo.

—También yo lo he oído —dijo.

Valas Ton inclinó la cabeza y, muy lentamente, hizo subir su mano derecha.

—Percibo... algo… —susurró.

Vanegrio y Elman se adelantaron, expectantes. Miraban paredes y techo, porque el sonido se dejó oír de nuevo. ¿Acaso era la estructura, que finalmente, a pesar de las reparaciones, colapsaba? ¿Otra cosa?

De pronto, para desconcierto de todos, uno de los atajaderos rojos emergió ante ellos. Todos tuvieron muy claro que lo había hecho en el mismo lugar donde surgieron las malicias días atrás, y palidecieron y sintieron sorpresa y temor, y se prepararon todos en sus posiciones de ataque.

—No puede ser —dijo Briamor.

—Maestro… —exclamó Uliss—. ¡El lugar mazmorra!

—¿Qué ocurre? —preguntó Elman.

El mayor temor de todos, aunque nadie lo dijera, era el Ancestro. ¿Podía una criatura tan descomunal y titánicamente enorme abrir el atajadero una vez que descubrió que tal cosa era posible? Podía ser. Desde luego, no podía descartarse, pues una criatura como esa, tan antigua, podía tener una mente vastísima, capaz en principio de obrar el prodigio y, lo que era más cierto: que un ser primigenio como un Ancestro hubiera adquirido una relación de mutua comprensión con la Deriva, y entonces… entonces el atajadero era un juego de críos.

—Creía que nos habíamos librado de esto —dijo Briamor.

—¿Cómo nos enfrentaremos…? —preguntó Uliss.

—Si es el Ancestro, temo que…

Pero un sonido terrible de alta intensidad, similar al siseo agudo de una serpiente, acompañó a la formación de una grieta vertical que desgarró el atajadero como un cuchillo desgarra una tela, y de esa grieta emergió de nuevo la brea abyecta, y lo hizo a borbotones, como atendiendo los latidos de un corazón.

—¡Vanegrio! —gritó Briamor.

Pero en ese momento apareció algo, y lo hizo tan repentinamente que todos retrocedieron un paso. Era una forma negra, alargada, pero en el extremo vieron cinco proyecciones más pequeñas, como dedos de una mano, y cuanto más miraban más convencidos estaban de que aquello no era una monstruosidad sino una mano, una mano de hombre, y una grande, por añadidura.

—¿Pero qué…? —dijo Briamor.

—¡LO QUEMARÉ! —exclamó Vanegrio pasando al lado de Briamor, mas éste adelantó su brazo izquierdo y lo retuvo.

—¡Espera, por las cosas que amas! ¡Espera!

Tras el brazo surgió algo más. Otra forma negra, monstruosa, como un huevo… Pero en ese momento se movió y todos pudieron ver que en su masa oscura se abrían dos ojos castaños que resultaban sorprendentemente humanos. Y la mugre se retiró para revelar una boca que se abrió para decir:

—¡Tirad de mí, por las tumbas meadas por perros!

Las palabras los congelaron a todos en el sitio. No sólo era una voz humana; era una voz que conocían bien.

—Ellör Litos Ceoril… —susurró Valas Ton, y de no haber estado tan paralizada por la sorpresa y el estupor, se hubiera quitado la máscara del rostro para asegurarse de que sus ojos no la engañaban.

Pero no hubo tiempo.

—¡Tirad! —gritó Briamor—. ¡Tirad de su brazo! ¡Pues es Ellör, que regresa del lugar mazmorra!

—Es imposible —susurró Uliss—. No se vuelve de allí, y menos después de diez días… Es una trampa…

—¡No, Uliss! ¡Es Ellör sin duda! —afirmó Valas precipitándose hacia el brazo y agarrándolo con fuerza—. Son sus ojos y es su voz. ¡Ningún Ancestro podría imitar jamás eso!

—Pues siendo mujer como yo, te creo, que cuando una mujer mira a los ojos, desnuda la verdad y descubre la mentira.

—¡TIRAD! —gritó Briamor.

Ahora sí tiraron todos de él con gran fuerza, y se impregnaron todos de la mugre que traía en el cuerpo, y tanto más tiraban, más escapaba el cuerpo de la prisión y más se revelaba de él. Y salió el torso y el otro brazo, y cuando a base de tirar de las manos de él se limpiaba su cuerpo de la ponzoña, vieron que estaba desnudo, y vieron otra cosa también.

—Por los altos hornos de Buen Natoli —exclamó Elman—. ¡Decís que es Ellör pero yo no lo veo!

—¡Ellör es, te digo! —exclamó Briamor—. ¿Están ciegos tus ojos?

—¿Qué quieres decir, Elman? —preguntó Vanegrio—. ¿Es o no es? ¡Decídete ya, que tengo la llama presta!

—¡Por las malicias y sus madres y sus padres todos! —bramó Elman con cierta cólera—. ¿Acaso no veis como yo que este hombre es gigante? ¡No puede ser Ellör!

Pero el gigante le miró y dijo:

—¡Elman Karas, hijo de Penegar Karas y de Halasta Cañamodulce! ¡Si no tiras de mí ahora mismo, cuando salga de esta pesadilla te daré de patadas en el culo hasta que te crezca membrillo en él!

Elman abrió mucho los ojos.

—¡Por los cielos! —exclamó al fin—. ¡Sí que es él!

—¡TIRAD! —seguía diciendo Briamor.

Y tiraron, pero costaba una considerable cantidad de esfuerzo y les dolieron los músculos de los brazos y tuvieron que apretar los dientes hasta sentir dolor para sacarlo; pero, cuando lo hicieron, Ellör se volvió hacia el atajadero y con las palmas extendidas lo cerró hasta que desapareció por completo. Sólo entonces reposó la cabeza, con la respiración agitada, y sonrió a sus amigos

—He salido —dijo—. Lo he hecho. Por fin.

Y se desmayó.

2

Cuando despertó estaba en una cómoda cama, tan confortable en realidad que por un instante pensó que estaba de vuelta en sus habitaciones reales, en el castillo de su padre, el rey Ceoril de Nogalera. Mas después de abrir los ojos, vio delante de él al maestro Briamor, y también a Elman Karas, y al otro lado vio también a Valas Ton, y los dos primeros sonreían, mas de Valas Ton no pudo decir nada porque aún llevaba su máscara.

¡Tanto tiempo después y seguía llevando la máscara!

—Bueno bueno… —dijo Briamor—. Mil perdones te pedimos por sacarte de tu sueño, mi querido amigo, por muy merecido que sea, pero... ¡tres días y tres noches nos parecía ya demasiado descanso, incluso para un grandullón como tú!

—¿Qué…? Maestro Briamor…, ¿tres días, dices? —preguntó Ellör confuso.

—¡Buena mañana, Ellör Litos Ceoril! —lo saludó Elman—. ¡¿O debería decir… Gran Litos?!

—Gran Litos… —susurró Ellör pensativo—. Conseguí salir… ¿no es cierto? Realmente lo conseguí...

—¡Puesto que estás aquí, lo conseguiste sin duda! —afirmó Briamor.

—¿Podría, por la altura de los cielos, beber un poco de agua? —preguntó Ellör.

—¡Mil veces sí! —exclamó Elman, y se adelantó a coger un jarrillo de agua que había dispuesto junto a la cama y se lo entregó a Ellör, quien lo recibió con manos temblorosas. Se asomó al interior del jarro y observó la superficie del agua como si atisbara un misterio insondable, un tesoro de valor incalculable, un prodigio cósmico de la madre naturaleza, fuente de toda vida.

Y Ellör bebió, y el agua llenó su boca y mojó sus labios, y fue como si se asomara por las ventanas de los más hermosos y altos palacios que el hombre hubiera construido jamás, y viera por ellas los jardines más verdes y colmados de flores y plantas y árboles frutales, y respirara el aire fresco que descendía de las montañas y se embriagara del frescor de los ríos a su paso.

Terminó de beber y derramó una lágrima, extasiado y agradecido.

—Gracias, amigo Elman —susurró, devolviéndole el jarro—. Gracias de corazón y mil veces gracias… pues… he visto y sentido cosas en mi vida, pero nada como esta agua en mi boca y mi garganta, aquí y ahora, en este momento.

Elman asintió, sintiéndose demasiado torpe para decir nada apropiado en esas circunstancias.

—Nos alegramos mucho de verte, Ellör —intervino Valas Ton con

la mano en el pecho—. ¡Y de que disfrutes de algo tan nimio como un jarro de agua, y de verte tan grande!

—¿Tan grande, dices?

—Gran, gran Litos —repitió Elman.

—¡Tu cuerpo, Ellör! —exclamó Briamor—. ¡Tienes en verdad muchas cosas que contarnos, pues lo que has conseguido es sin duda algo que nos tiene a todos tan alegres como desconcertados!

—Mi cuerpo —susurró Ellör, confuso, y levantó la mano para mirarla y se miró el cuerpo tendido en la cama y observó en él que había una gran diferencia entre éste y el cuerpo de sus tres amigos, y es que ahora era grande, mucho más grande lo que solía ser, pues de tamaño no solía ser muy diferente de Elman o de los otros, y ahora se apreciaba una diferencia más que notable.

—Dime, Ellör, amigo —le preguntó Elman mientras Ellör se miraba—, ¿cuando empezaste a escapar de ese sitio… en verdad no se te ocurrió nada mejor que decir que… por las tumbas meadas por perros?

Los tres rieron con ganas. Se les veía en verdad contentos.

—Mi cuerpo —susurró—. Por cierto que es más grande ahora…

—¡Ya lo creo! —dijo Elman—. ¡Eres un gigante, amigo! Mas me pregunto… ¿fue por tu voluntad? Pues... ¡se diría que acabas de darte cuenta de ello!

Briamor lo miraba con verdadera curiosidad.

—En verdad sí —respondió Ellör incorporándose, y tan pronto lo hizo descubrió que se encontraba bien y descansado, y que estaba de vuelta en el mundo, fuera cual fuese ese sitio, y que había paredes, y un techo, y muebles pegados a las paredes y todas las cosas que había echado tanto de menos, incluyendo a sus amigos—. ¿Cuánto… cuánto tiempo he estado fuera?

—¡Nada menos que diez días! —dijo Elman.

—Hoy es el decimotercer día de tu partida —le informó Valas.

Ellör soltó una carcajada.

—¡Diez días! —exclamó, todavía risueño—. ¡Vamos, decidme, os lo ruego! Pues allí donde he estado no había manera de calcular el paso del tiempo, pues no había sol, ni día ni noche ni manera alguna de saber el momento en el que estaba.

Valas inclinó la cabeza con suavidad.

—Te lo hemos dicho, Ellör, querido —afirmó, y luego añadió despacio—: Diez días.

Ellör la miró durante unos instantes. Si lo hubiera estado diciendo cualquiera de los otros… Elman, Vanegrio… o el propio Briamor, incluso, habría insistido para que dejaran la broma a un lado. Pero

Valas Ton era diferente: era parca en palabras pero sincera y sencilla, como la verdad desnuda; si ella decía diez días, quería decir... diez días.

—Amigos —dijo—. Estáis confundidos. No sé cuánto tiempo ha pasado con exactitud, pues donde he estado… donde he estado todo era siempre lo mismo. El mismo sitio, la misma luz, las mismas cosas, siempre en movimiento pero siempre iguales, mas no han sido diez días. Eso es imposible.

—Pues… ¿cuánto tiempo crees que has pasado ahí dentro? —preguntó Briamor en un tono calculado.

—A veces intentaba calcular los días por la pura necesidad de alimento de mi estómago. No había otra manera. Dos veces me alimentaba, sumaba un día. Llegué a contar cien y luego cien más… y me cansé de contar.

Elman abrió mucho los ojos.

—Perdona, querido Ellör… ¿cómo has… cómo has dicho?

Briamor asintió.

—Sabía que… Sabía que algo así ocurría cuando he visto la transformación de tu cuerpo y tu nueva mirada, Ellör —musitó, y se entregó a un largo suspiro antes de continuar—: Los lugares mazmorra son diferentes a todo cuanto hemos conocido y a todo lo que conoceremos, como ahora bien sabes. Su naturaleza, sus reglas, sus fundamentos, son tan diferentes que te aseguro, Ellör, amigo, que aún no doy crédito al hecho de que estés entre nosotros. Te miro y hay una parte de mi mente que aún no lo cree. Porque es tan diferente… que ni siquiera el tiempo transcurre allí de la misma manera.

—Pues claro… —susurró Elman a su lado.

—Corrientes distintas de tiempo —dijo Valas en voz baja, pensativa—. ¿Por qué no? Mundos sótano por debajo de éstos… abandonados, olvidados, antiguos, los primeros…

—Ensayos de la Deriva —apuntó Briamor—. Sólo eso. Y por consiguiente, probablemente acelerados, pues la Deriva era todavía joven cuando creó esos lugares, muy muy joven y nueva y, como todas las cosas nuevas, era impaciente e impetuosa y quería ver… resultados.

—Cuanto antes mejor —susurró Elman.

Briamor asintió.

—Así que el tiempo que he estado allí… todo ese tiempo… tanto tanto tiempo... aquí ha transcurrido como un suspiro —manifestó Ellör —. Pues pensé que había pasado un año entero, todas las estaciones otra vez, y mucho más aún, y en algún momento pensé que aunque consiguiese salir no volvería a ver ni a mi padre ni a mis amigos del

reino de éste, porque habría pasado…

—Demasiado tiempo —terminó Valas Ton.

—Pero… ¿cómo? —quiso saber Leman, impresionado—. ¿Cómo sobreviviste, Ellör? ¿Cómo es que no has muerto? ¿Y cómo conseguiste salir? ¿No nos lo contarás?

—Quizá Ellör esté demasiado fatigado para contar esa historia ahora —apuntó Briamor.

—No —dijo él—. Estoy bien. De hecho, estoy mejor que bien. ¡Tumbado en una cama blanda, con paredes y un techo, y cosas que tocar con la mano! Aunque en verdad os digo que mucho me sospecho que he perdido el olfato…

Volvieron a reír, y después de eso, Briamor le pidió que se levantara y se vistiera, y ya había pedido a las gentes del pueblo que le confeccionaran ropa nueva de mayor tamaño y las tenían preparadas, pues había dormido por días tres, y que se reuniera con ellos en la Cámara Redonda, que habían dispuesto una mesa y seis sillas.

—¡Sí! Seis asientos, y digo bien, Ellör Litos Ceoril, pues Madna Uliss se ha unido a nosotros desde que pensábamos que habías muerto —lo informó Briamor.

—¡Madna Uliss! —exclamó Ellör—. ¡Es una buena noticia! ¡Pues por ella no diré... tumbas meadas por perros, sino altares florecidos con primaveras embutidas en ellos!

Rompieron a reír de nuevo.

Y fuera de la Luz del Oeste brillaba el sol con intensidad, ignorante tal vez del destino al que había escapado por poco, y en el suelo crecía la hierba verde. Pero no por mucho más tiempo.

3

Los Seis de la Luz, como se los conocía ahora, estaban reunidos en la Cámara Redonda. A esas alturas, Ellör había visto la llama eterna que coronaba la fachada de la torre, y se sintió abrumado, emocionado y halagado de que le recordaran de esa manera. Y se lo agradeció de corazón y les pidió disculpas por no haber podido enviar una misiva sobre su retraso para llegar a tiempo a la cena, cosa que volvió a arrancar risas entre los presentes.

—Que si hubiéramos sabido que preferías tumbas meadas por perros, ¡eso habríamos puesto en lugar de una llama!

Rieron otra vez.

Solamente Vanegrio seguía mustio y se mantenía algo apartado del resto, muy tieso en su silla, con los brazos cruzados.

—Pues te vi marchar por la cicatriz, Ellör Litos Ceoril, y te veo aquí sentado, y sigo sin creerlo —dijo Uliss—. Y confesaré que cuando te he visto entrar, tan grande tu cuerpo, tu cabeza y tus manos, ¡hice con disimulo unos hechizos de revelación de la verdad por si no fueras otra cosa!

—Soy yo, soy yo —dijo Ellör—. Pero sobre mi tamaño no tenía yo constancia ni me di cuenta de nada porque allí no había nada con lo que comparar mi cuerpo…

—¡Empieza por el principio! —pidió Briamor—. Cuéntanos esa experiencia tuya.

Ellör asintió.

Antes de empezar, sin embargo, inspiró profundo y dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—Lo que hay al otro lado —dijo despacio—, no es fácil de describir con palabras. Es tan diferente, tan… esencialmente básico, que al principio pensé que no me encontraba en otro lugar, sino que había muerto, pues el sitio se parece bastante a la descripción que hizo Astur Zapico de los lugares que están más allá de todos los mundos.

—Que me den con un balde en los dientes —exclamó Briamor—. ¿Conocías las descripciones de Zapico?

—Maestro, las leí en tu casa durante mi visita, hace de eso bastante tiempo, por indicación tuya.

—¡Cierto, cierto! —admitió Briamor contrariado—. ¡Continúa, te lo ruego!

Ellör asintió.

—Allí no hay tierra, no hay cielo, no hay materia más que esa sustancia negra que conocéis. Ninguna otra cosa, sea hierba, tierra, arena, árboles o rocas. No hay arriba ni abajo, ni nada que te mantenga pegado al suelo, pues allí todo flota en un inmenso caos sin

sentido, y todo es así, por siempre y para siempre en cualquier dirección en la que flotes. Y esto de flotar y desplazarse no tiene sentido alguno, por cierto, pues como todo es similar vayas donde vayas y todo cambia constantemente, da igual que marches o permanezcas.

—Y dices… que has estado allí por tiempo… —susurró Elman.

—Mucho. Mucho tiempo, sí.

—¿No perdiste la cabeza, amigo Ellör? —preguntó Uliss—. Pues estoy convencida que yo habría desesperado.

—No estés tan segura, Madna Uliss, pues no me consideraba yo una persona fuerte, ni de cuerpo ni de mente, y sin embargo… allí es todo tan distinto, tan carente de estímulos, de cosas que provoquen deseos y despierten sueños y sugieran esperanza, que es fácil pasar a formar parte de esa realidad y confundirse con ella.

—¿Y las criaturas?

—Criaturas había muchas, en verdad. Seres extraños, incomprensibles, de naturaleza tan indescriptible que de algunos no se sabía qué eran miembros y qué era cabeza o cuerpo. Algunos eran pequeños como las malicias que vimos en la torre, otros tenían el tamaño de un caballo, y otros eran grandes como una casa. Pero había otros que eran largos como ciempiés y nunca llegué a ver ni el principio ni el final de sus cuerpos, tan largos eran.

—Por el poder de la tormenta —soltó Leman.

—¿Te sorprende? Pues había otra cosa cuya presencia era irremediable, pues lo ocupaba todo, y si digo todo es todo. Un ser grande como un mundo, ausente de todo, que abarcaba todo cuando alcanzaba la vista. Miraras arriba o abajo lo veías, pues era omnipresente.

—El Ancestro —susurró Briamor.

—El Ancestro —repitió Ellör—. Es una buena manera de referirse a él. Entonces, Briamor, ¿lo conoces?

—Había leído sobre ello, que fue intuido por clarividencias y visión profunda, mas no conozco a nadie que lo viera con sus propios ojos. ¿Y no desesperó tu corazón? ¿No tuviste miedo, ni tuviste que enfrentarte a él?

—¿Enfrentarme a él, maestro? —preguntó Ellör—. Cuando el sol entra por la ventana e ilumina el polvo que flota en una habitación, ¿te enfrentas a eso? ¿Lo atacas? Pues no creo yo que ese ser ni siquiera reparase en mí, ni advirtiera mi presencia o supusiera yo nada en su existencia. Como no creo yo que haya nada en este mundo que pueda… enfrentarse a él, así haga esfuerzo conjunto todo hombre en este mundo nacido de mujer.

Vanegrio escuchaba ahora con atención, los brazos apoyados en la mesa.

—Por empatía —susurró—. Por la sola empatía de las cosas, unas con respecto a otras, como lo hemos observado y estudiado por milenios, la sola existencia de ese ser… es un generador de poder... inconmensurable.

Ellör le dirigió una mirada valorativa.

—Has llegado muy rápido a una conclusión a la que yo tardé mucho tiempo en llegar, Vanegrio Llamaviva, razón por la cual yo te saludo, pues quizá de la estancia en ese sitio habrías sacado tú más provecho que yo.

—Entonces, ¿así sobreviviste? —quiso saber Uliss—. ¿Te alimentabas con su poder? ¿Así sostenías tu cuerpo físico, que requiere de alimentos y de agua para mantenerlo en funcionamiento?

—¡Ay, Madna Uliss! ¡Por cierto que no! Si hubieras sido tú quien estuvo allí tal vez habrías averiguado la forma de hacerlo, pero no yo. Pues al principio, observando el lugar que me rodeaba, pensé que moriría por falta de alimento y de agua, como dices, pues podía reparar mi cuerpo para que aguantara sin tales cosas, sí, pero sólo un tiempo, como sabéis. Así, después de estar allí flotando a la deriva por un largo, largo tiempo, mi estómago empezó a protestar, seguramente cuando la pared de uno de sus lados tocó la otra. Me resigné a morir, cosa que había aceptado antes incluso de que decidiera atravesar la cicatriz en el atajadero, pero… ¡ay! el hambre es una cosa terrible en verdad. El hambre, cuanto aprieta, lo hace con mano tan férrea que podrías darle un bocado a un dedo para que la sensación te abandonara y saliera del cuerpo.

—Muy cierto es eso —dijo Valas Ton.

—Allí, todas las criaturas se alimentaban de lo mismo: la materia que estaba por todas partes y era lo único que había. En eso ocupaban su existencia, en pulular por ahí y mordisquear esa brea negra que llegó por el atajadero.

—Esa porquería espantosa que olía como cadáveres rellenos de pescado putrefacto —exclamó Vanegrio.

—La misma —confirmó Ellör—. Pues viendo que allí era alimento, con toda la desesperación de mi cuerpo cogí una mano llena y me la metí en la boca.

—¡Por la cólera de Sonara la sorda cuando descubrió que sus hijas eran impúdicas! —soltó Elman.

Ellör asintió.

—La primera vez lo expulsé todo apenas entró en mi boca, pues la boca y la nariz se comunican por dentro, y no pude contener mi

repugnancia. Más la segunda vez tragué un poco, y el estómago recibió esa cantidad con agradecimiento, y tragando un poco cada vez empecé a sentirme mejor.

—¿Has estado comiendo eso… durante…?

—Todo el tiempo —admitió Ellör—. Y en verdad eso ayudó, pues empecé a sentirme en equilibrio con ese sitio, flotando en mitad de aquellas criaturas, y me dediqué a pensar, pues sólo eso tenía.

—Ahora entiendo la lágrima que vertiste cuando bebiste del jarrillo —musitó Elman—. Habría bebido yo una alberca entera con su musgo y sus insectos flotando.

Ellör lo miró con una sonrisa.

—¿Ninguno de aquellos monstruos te atacó? —preguntó Vanegrio entonces.

—Alguno, cuando topaba por azar conmigo. Casi siempre corregían su camino y se apartaban, pues lleno como estaba de la mugre, no era yo diferente de otras cosas. Pero cuando alguno intentaba mordisquearme, le propinaba una patada y lo alejaba, y perdía interés en mí, pues allí no había hostilidad ni malas intenciones, como aquí, sólo la búsqueda básica del alimento.

—Aquí se ensañaron bien, en cambio —observó Vanegrio.

—Eso pensé yo, y muchas veces, durante mis días allí. Como si al irrumpir en este mundo se hubieran contagiado de las miasmas naturales que destila aquí la Deriva, y corrompen el corazón de los hombres. Un mundo concebido para la guerra, pues la guerra inflama el corazón del hombre y dirige su puño.

—Ésa es una reflexión a la que tendremos que volver más calmadamente en algún momento, Ellör —susurró Elman.

—Y será para mí un placer hacerlo.

—¿Y tu cuerpo, Ellör?

—No me había percatado yo de que era más grande —exclamó—. Recuerdo que la ropa empapada era molesta y me distraía de la experiencia de flotar, así que, como no había allí calor ni frío ni ninguna de esas cosas, me la arranqué del cuerpo toda ella, hasta el calzado, y quedé desnudo. Mas veo ahora que quizá me molestaba porque se me iba quedando pequeña a medida que pasaba el tiempo, sin que me diera yo cuenta de que mi cuerpo aumentaba de tamaño.

—Un corolario del poder que de allí emana —susurró Vanegrio.

—Así creo yo que es —dijo Briamor en un tono bajo—. Pues… Ellör…, ¿mientras estuviste allí no hiciste hechizo alguno? Pues por lo que cuentas no te hizo falta.

—No al principio —comentó Ellör—. No hacía falta, como has dicho, maestro. Mas después de tanto pensar y dar vueltas a las cosas,

llegué a algunas conclusiones sobre aquel lugar, y en cierto momento, que no diré en cierto día o cierta noche, se me ocurrió tratar de averiguar más sobre ese lugar utilizando hechizos de los que hemos usado más de un millar de veces.

Briamor se adelantó sobre la mesa, expectante.

Ellör percibió su interés y sonrió.

—¡Mucho me pienso yo, maestro, que te hubiera gustado estar en mi lugar, para experimentar esas cosas! —dijo.

—No diré que no —respondió Briamor—. Aunque de saberlo, habría llevado conmigo unos bollos de trigo.

Todos rieron con la ocurrencia, pero Briamor extendió el brazo para que callaran y reparó Ellör por primera vez en el hecho de que le faltaba el brazo derecho, cosa que había olvidado.

—¡Sigue contando, Ellör Litos Ceoril!

—¡Pues bien! —exclamó él—. ¡He aquí lo que encontré! Que si este lugar es fuerte con la Deriva y todos nuestros esfuerzos son mucho más sencillos, allí la hechicería surgía como el pestañeo de los ojos, sin concentración ni esfuerzo ni agotamiento alguno.

Vanegrio abrió mucho los ojos.

—Así pude acceder a la realización que ya describieran Viaca Mialdever y el maestro Godon sobre los círculos descriptores y las diez líneas maestras de sustentación, de las que nosotros luego, en tiempo, aprendimos que eran once. Y eso comprobé yo mismo allí, con mis propios ojos. Y en la undécima línea descubrí cómo se sustentaban los mundos solapados, aplicando numerosos esfuerzos de revelación y conocimiento, pues cada vez que los aplicaba, más fácil me era realizarlos.

—¿Qué… qué has dicho? —susurró Briamor.

Vanegrio se recostó en su silla sacudiendo la cabeza.

—¡A nuestro amigo Ellör le chorrea la mente por los oídos a base de comer tanta mugre!

—No parece el caso —dijo Uliss despacio, los ojos entrecerrados, como valorando las palabras y los gestos de Ellör.

—Pues… ¿cómo piensas que conseguí salir, Vanegrio? Mi cuerpo flotaba y mi mente tenía todo el tiempo que precisaba para pensar, hacer y observar, pues los hechizos respondían a mi voluntad y los resultados los obtenía yo casi en el acto. Así que observando las líneas y desplazándolas a mi alrededor pude rastrear yo dónde se unían, y en ese punto empecé a trabajar hasta que pude... hacer visible y practicable el atajadero…

Todos se miraron asombrados.

—Tú entre todos, Ellör… —musitó Elman—, conseguiste... lo

imposible.

—El sitio está lleno de poder, ya lo habéis oído —exclamó Vanegrio, con los brazos cruzados—. Así que Ellör estuvo flotando, desnudo y comiendo mugre, hasta que… ¿se le ocurrió hacer unos hechizos de revelaciones? Decidme, ¿cómo es eso conseguir lo imposible?

Sus palabras fueron recibidas con sorpresa.

—¿Cómo dices tal cosa, Vanegrio Llamaviva? —preguntó Elman Karas, perplejo.

—Sólo digo lo que me parece evidente —replicó el otro—. Que cualquiera de nosotros habría escapado de allí mucho antes.

—Escuchad a Vanegrio —apuntó Ellör—. Que no digo yo que no tenga razón. Sólo cuento las cosas como han ocurrido.

—Veo ahora que tuve buen instinto cuando te elegí sobre otros más capaces —dijo Briamor—. pues acaso esos otros habrían desesperado encontrándose en las mismas circunstancias que tú, anulados por la necesidad de la espera. ¡Pues escucha aquí y ahora, Vanegrio Llamaviva, que todo el poder que encierras se alimenta por una mecha muy corta, pues de paciencia tienes la justa y un poco menos!

—¿La necesidad de la espera? —preguntó Uliss—. ¿A qué te refieres con eso, Briamor?

—Pues que aquí ocurren dos cosas que no sospecháis, por lo que veo. Y me pregunto por qué, pues el conocimiento no sirve de nada si no puedes combinarlo y relacionarlo. ¿De qué te sirve averiguar cómo extrae un pez el oxígeno del agua si no sabes aplicar ese conocimiento para hacer un hechizo que te permita respirar bajo las olas del mar? Pues escuchad, que aunque el poder allí sea grande, no está en el aire mismo ni en la materia comestible de la que Ellör se estuvo nutriendo, sino en la comunión con el mundo, como deberíais saber. Ellör consiguió eso cuando se dedicó a flotar, desnudo, día tras día, o como él dice, momento tras momento, durante toda una eternidad, sintiéndose a gusto y bien, calmado, existiendo y pensando entre todas esas criaturas. ¡Sólo así consiguió el poder!

—No lo creo… —dijo Vanegrio.

—¡Pues abriremos para ti el atajadero y te lanzaremos dentro, a ver cuánto tardas en enloquecer y en abrasar todo ese mundo, hasta que el Ancestro repare en ti y te elimine! —soltó Briamor.

—Mmmm… amigos, por favor —intervino Ellör sin comprender.

Vanegrio compuso una expresión desagradable.

—Tus palabras son sabias —dijo Valas Ton—. Lo que dices resuena como cierto.

—También yo lo creo —afirmó Elman—. Pero… ¿cuál es la otra cosa, maestro?

—La otra cosa, que intuyo todos pensáis, es que Ellör encontró ayuda en la Deriva, que es allí fuerte, y que ese poder reside en el lugar mazmorra y no se puede transportar. Pues os digo que no habéis salido mucho de la ciudadela, que si lo hubierais hecho, ¡veríais que vuestra estancia aquí ha sellado el poder de este lugar y podéis ahora llevarlo con vosotros!

Todos miraron a Briamor con incredulidad.

—Maestro, ¿estás diciendo que Ellör…?

Ellör se miró las manos. Aún no se había acostumbrado a verlas tan grandes, comparadas con todo lo demás.

—Ellör… —dijo Briamor despacio—… cuando pensamos que habías fallecido, enviamos un jinete al reino de tu padre con la noticia, para que supieran de ella y pudieran llorarte y despedirse de ti…

—¿Có… cómo? —preguntó Ellör en voz baja, dubitativo y balbuceante.

—Lo hicimos, Ellör —afirmó Elman—. Pensamos que era lo mejor. Mucho me temo que… querrás cabalgar hasta allí para…

—¡No! —exclamó Briamor—. ¡Que me quiten el otro brazo y se lo tiren a los cerdos! ¡Que si digo esto ahora no es para hablar de otra cosa como de repente, sino porque Ellör puede abrir un atajadero hasta la corte de su padre desde esta misma habitación!

Vanegrio dio un golpe en la mesa.

—¡Eso es imposible! —gritó.

—¡Contén tu puño en esta cámara, Vanegrio! —le exigió Briamor.

Ellör dio un respingo. No sabía lo que ocurría entre esos dos, pero saltaban el uno con el otro mucho más fácilmente que antes.

—¿En verdad lo crees posible, maestro Briamor?

—Si eso es cierto… —murmuró Valas Ton—… si lo es…

—Tan cierto como que la ciudadela crece hacia arriba, hacia el cielo, y no hacia abajo, adentrándose en las profundidades de la tierra. ¡Hazlo ahora, Ellör!

—Pero maestro Briamor… —dudó Ellör—. Sólo abrí el atajadero entre mundos en el punto donde se superponen, pero no…

—¡Es el mismo principio, querido Ellör! ¿Parece un dilema para ti? Piensa un poco sobre ello. Lo mismo que aprendiste para abrir el atajadero desde el otro lado, te llevará donde quieras.

—¿A otro sitio dentro de este mundo? —preguntó Ellör—. No lo creo, no…

—¡Piensa un poco! —insistió Briamor—. ¡Detén tu boca llena de

negativas y dedica la mente a pensar en ello! Lo tienes en la punta de la lengua, pero siempre te has conducido por caminos humildes, Ellör Litos Ceoril, pues te conozco desde hace tiempo, y te has apartado cuando tocaba beber el vino de la victoria si había otros a tu lado que lo reclamasen. ¿Sabéis quién descubrió las diferencias entre las líneas en los círculos de Viaca Mialdever? Pues fue Ellör. Ellör me las enseñó a mí cuando fui a visitarlo. Mas… ¿lo habéis visto hacer proclama de ello? Que si los hubiera descubierto Vanegrio, en todas partes estaría escrito que son los Círculos Llamaviva!

—¡Eres desagradable a propósito! —protestó éste.

—¡Silencio te digo! ¿O le contamos a Ellör que su experiencia en el lugar mazmorra fue culpa tuya?

Ellör abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? —exclamó éste, ahora más sorprendido que antes, si ello era posible.

Los demás miraban sorprendidos, incapaces de decir nada.

—¡Abre el atajadero, Ellör! —exclamó Briamor.

—Pero…

—¡Sí, Vanegrio cambió la vela de sangre de Valas por una extraída de sus mismas venas, y por eso el poder se dislocó!

Ellör miró a Vanegrio.

—Tú… ¿hiciste eso, Vanegrio? —quiso saber Ellör—. ¿Sin avisarnos?

—Maestro Briamor… —empezó a decir Elman.

Pero Briamor le lanzó una una mirada severa y Elman se calló.

—¡Lanza tu hechizo, Ellör! ¡Lo has hecho antes!

Ellör sacudió la cabeza, sintiéndose extraño. Una sensación caliente crecía en su interior. Vanegrio… o era malo de corazón o era redomadamente estúpido, porque el equilibrio de sus hechizos estaba calculado para el poder de la vela de sangre de Valas Ton. Cambiarlo sin advertir a los otros, era lo que lo había llevado a padecer una eternidad en el lugar mazmorra. Pues una cosa era la historia como la había contado, y otra había sido la realidad de lo ocurrido. Pues antes de alcanzar la paz y la serenidad que había mencionado había llorado de impotencia y de rabia, sí, y había gritado en la profundidad sepia de aquel horrible vacío siempre cambiante y siempre idéntico, con temor a dormir por si alguna de aquellas bestias monstruosas y repugnantes le arrancaba la pierna mientras dormía; como tampoco había contado que se enterraba en aquellas excrecencias para no quedar expuesto, y dormía superado por los gases nauseabundos que allí se respiraban, como a podredumbre ácida y vieja, como a brazo o pierna gangrenada, a enfermedad y a muerte. Y saber ahora que había

sido por la estupidez de Vanegrio...

Sintió que se le encendían las tripas.

Briamor pareció leer sus pensamientos en ese momento.

—¡ABRELO TE DIGO! —gritó, mas su voz sonó terrible y profunda, como un trueno, y Ellör se estremeció y, con los dientes apretados y el rostro encendido, se levantó de la mesa con un solo movimiento brusco y rápido, proyectó su brazo a un lado y… ¡ZAS!. Allí se formó el atajadero, como Briamor quería, y no solo se formó, se abrió como la piel de una mandarina, con facilidad, revelando tras él otro lugar, un lugar hermoso de suelos de mármol blancos y negros formando un elegante damero sobre el que había una alfombra del color del nogal, y las paredes estaban recubiertas de paneles de madera, todos decorados, y había candelabros y lámparas de techo con muchos brazos, similares a una araña pero de tonos plateados y dorados.

No todos habían estado allí, pero todos supieron que lo que veían era la mismísima corte del rey Ceoril.

—Por las cenizas de los Antiguos —exclamó Elman, poniéndose en pie—. La corte del rey Ceoril que está en Nogalera, a tantos días y noches de aquí.

También los demás se levantaron, mirando atónitos a través del atajadero.

—No es posible —exclamó Vanegrio.

—Así que la leyenda era cierta —susurró Uliss en voz baja—. El hechicero puede, con la práctica y el saber, desplazarse por el mundo sin dar cuenta a caminos y barcos o botes...

Briamor suspiraba y soltaba todo el aire de sus pulmones sonriendo. Se acercó a Ellör despacio y lo abrazó con su único brazo.

—Perdóname, amigo mío —dijo entonces—. Estoy viejo para estas cosas, pero… mi treta ha funcionado, pues sabía que eras capaz de esto, y de mucho más que ni te planteas ni sospechas. Lo sabía demasiado bien puesto que conseguiste escapar del lugar mazmorra, y no se consigue tal cosa sin haber aprendido y digerido un poder descomunal. ¡Hiciste algo prodigioso, y aún no lo sabes, Ellör Litos Ceoril! Pero la humildad que te caracteriza es una piel demasiado difícil de sacar del cuerpo, y ningún maestro peletero habría conseguido arrancarte esa humildad tozuda que tienes encima, algo increíble para ser hijo de un rey y digno heredero de una dinastía muy noble, que la mayoría de la realeza es engreída, altiva y orgullosa. Perdóname te digo. Tuve que recurrir a un pequeño truco: conducirte a través del enfado para sacarte lo que llevabas dentro.

—Como a un crío —susurró Ellör—. No solo te perdono, sino que

te agradezco —dijo —, pues sé que lo hiciste con el corazón en la mano y la mejor de las intenciones para ayudarme a que me diera cuenta de mi potencial.

En eso, unos soldados se acercaron al atajadero desde el otro lado, armados con espadas y lanzas, y se mantenían a cierta distancia, mirando con estupefacción hacia ellos.

—¡Mejor que vayas a darles la buena nueva a tu padre y a tu familia, Ellör! —sugirió Leman—. ¡Pues imagina la escena, que en el corazón de la sala del trono de tu padre se abra un agujero en el aire y vean a través de él al príncipe heredero, que estaba muerto, en compañía de un hombre con un solo brazo!

Y el comentario suscitó risas y alguna carcajada, pues en verdad la escena, contemplada del otro lado, debía ser algo de lo que muchos hablarían por largo tiempo, hasta el fin de sus días, porque en toda la tierra del mundo no había ocurrido algo semejante.

—Pues que me conviertan en madera y me echen al fuego si esto no es, en verdad, el comienzo de una nueva era para la Luz del Oeste —susurró Uliss, y su comentario, pronunciado en voz baja más para ella que para los demás, fue oído por Briamor, y éste le dirigió una mirada más bien curiosa, entre orgulloso y temeroso, pues lo que decía Uliss era bien cierto: se encontraban ahora en posesión de capacidades desmesuradas, que el secreto de los atajaderos, ahora completamente resuelto, era sólo una pequeña parte de algo cósmico, y que más les valdría aprender a controlar pronto todo ese conocimiento y habilidades si no querían que se les volvieran en contra.

Y Ellör cruzó mientras Vanegrio se consumía de envidia e incredulidad, y todos vieron cómo los soldados tiraban las armas al suelo y se arrodillaban, tan pálidos como incrédulos, pues el hijo del rey había regresado al hogar y lo hacía ahora como un gigante, aun con su cabellera y su barba roja y rizada, y la sonrisa en su rostro. Y no oyeron bien lo que Ellör les dijo, porque el atajadero distorsionaba el sonido, pero vieron al rey Ceoril aparecer apresurado desde el fondo y contemplaron en silencio cómo padre e hijo se reencontraban y se abrazaban, los dos fundidos por el cariño que se profesaban; y Valas Ton pensó que siempre que quisiera podría abrir un atajadero y ver a su padre, que el mundo era ahora, y de repente, mucho más pequeño. Que Ellör estaba a días y noches muchas de distancia, y también a la vista, las dos cosas a la vez.

Y eso era tan sorprendente como… inquietante.

Fue un día memorable para la Luz del Oeste.

Capítulo 14

La montaña funeraria

La noticia del regreso de Ellör Litos Ceoril corrió por la Luz del Oeste como el vuelo en picado de un halcón peregrino, y se recibió con estupefacción y alegría, ambas cosas a la vez, pues lo que se había dicho era que Ellör había cruzado por el sitio por donde llegaron las malicias, y que en esos sitios no es posible sobrevivir, pues era cubil de alimañas espantosas que buscaban sin cesar el dulce alimento de la carne humana. Su vuelta significaba que Ellör era mucho más capaz de lo que se decía y, como suele suceder, corrieron rumores sobre encantamientos desconocidos y poderosos a los que había recurrido para agrandar su cuerpo primero y enfrentarse a los monstruos después.

Fueron muchos los que se atrevieron a subir a las cámaras superiores para mostrar a Ellör su alegría y darle la bienvenida, y la mayoría tenía preguntas muchas, pero Ellör no podía contar la misma historia cada vez, de manera que contaba un poco a cada uno, y dejaba que completaran los huecos entre ellos.

Además de eso, las nuevas capacidades de Ellör sirvieron bien a la Luz del Oeste en los días que siguieron. Los atajaderos a distancia eran una cosa, desde luego, pero de los entresijos de ese nuevo conocimiento increíble se decantó otra capacidad que necesitaban y que motivó el estudio de los círculos en primer lugar: la Inflexión.

La Inflexión era la solución al problema de espacio.

El secreto de los mundos solapados que ocupaban el mismo lugar físico estaba ahí, pero a Ellör le costó verlo. Tenía el poder metido en la sangre, pero le faltaba experiencia para manejarlo. Fue con ayuda de Briamor, sobre todo, y también de Madna Uliss, en segundo lugar, que consiguieron algo prodigioso: salas dentro de salas, umbrales que llevaban a dos sitios diferentes según se tuviera en mente una cosa u otra. Este logro también despertó una curiosidad y una fascinación

mayúscula entre todos los hechiceros. La primera sala que se creó fue en el propio octógono, en la base de la torre, junto a la entrada, de manera que cuando un hechicero recién llegado que no supiera qué esperar atravesara el umbral, fuera conducido a un arco del piso duodécimo y se encontrara con la visión imposible de la misma ciudad que había dejado atrás vista desde las alturas. El efecto visual y psicológico de ese prodigio fue visto y comprobado por todos, y provocaba estupor y carcajadas por partes iguales, porque esas inflexiones no se percibían como círculos que pudieran verse con los ojos, y el truco era, sencillamente, perfecto: lo que se veía desde la calle, a través del umbral de la doble puerta de la torre, era el cielo y las montañas. Después de que todos los hechiceros disfrutaran de él como niños con juguetes nuevos tallados en madera, Ellör retiró el hechizo, porque en verdad podía ser peligroso.

Pero después se planificó con seriedad la nueva estructura de la torre. Había mucho trabajo, pues todas las escuelas precisaban salas nuevas, almacenes, aulas, escaleras, y los dormitorios engastados alrededor de la escalera también requerían más espacio, además de más habitaciones, y lo mismo ocurría con los sótanos donde entrenaban los Guardias de la Luz. Para afrontar toda esa tarea, Ellör, Madna Uliss y Briamor encapsularon el hechizo que abría los atajaderos, ahora que sabían cómo, y los conectaron con palabras de poder. Pero aun así, la tarea seguía siendo demasiada para sólo unos pocos, y crearon una escuela nueva, la *Claustra Arquitectorum*, y se les confió a unos pocos escogidos la tarea de ampliar la Luz del Oeste.

En sólo un tiempo, la torre triplicó su tamaño interior, extendiéndose por todas partes alrededor. Por fuera no se veía nada ni se apreciaba cambio alguno, pero técnicamente toda la ciudad quedó cubierta por las salas que se cruzaban unas con otras y se superponían en diferentes ángulos para dar cabida a la creciente, bulliciosa y prodigiosa Luz del Oeste.

Mientras tanto, Valas Ton y Elman Karas se entregaron a una importante tarea. Conocían hechiceros por todo el mundo, pero la distancia siempre había sido una traba. Con los nuevos atajaderos, podían viajar allá donde quisieran siempre que hubieran visto el lugar con anterioridad, y Elman Karas los conocía prácticamente todos. Aparecieron en Ganiel y visitaron al celebérrimo Oltel Hodial, que estudiaba el fascinante y complejo mundo de los astros y sus muchas características para construir nuevos y elaborados hechizos con lo que aprendía de ellos. Visitaron las ruinas de Olna y Barro, las dos ciudades que se destruyeron mutuamente por un conflicto relacionado con una reliquia de los Antiguos, y donde vivía Algres Hiedemiel, de

aspecto turbio y mirada torva, obsesionado con los espectros pero sin entrar en los desagradables asuntos de los nigromantes, y un gran conocedor de los senderos que se abrían ante uno cuando su vida en los días de tierra y carne tocaban a su fin. También se presentaron en los bosques de Aguacerde buscando al hechicero de la luna nueva, que así lo llamaban, y que Elman había conocido como Enome, sólo Enome, pues se decía que había compilado un tratado sobre botánica y que de ese estudio obtuvo numerosos hechizos que curaban enfermedades muy raras que, por lo común, degeneraban en una muerte inevitable. Todos ellos habían oído hablar de la Luz del Oeste, pero a muchos de ellos la distancia y el viaje les habían hecho reconsiderar la idea de unirse a sus esfuerzos. Enome, por ejemplo, contaba ya novecientas lunas, que era una edad muy avanzada para el mundo en aquellos días. Todos, sin excepción, decidieron ir a la ciudadela sin dudarlo un instante, sobre todo porque les dijeron que, cuando quisieran, podrían regresar a sus hogares con sólo dar un paso adelante.

Fue en esa época cuando la Luz del Oeste conoció su más esplendoroso apogeo, pero eso pronto iba a cambiar.

2

Poco a poco, Vanegrio Llamaviva se concentró en el entrenamiento de la Guardia de la Luz y se desentendió cada vez más de los asuntos de la Cámara Redonda. Al fin y al cabo, ahora tenían a Uliss, que era más que capaz y tenía buena relación con todo el mundo. Vanegrio no se sentía cómodo con el resto. Cada vez que le miraban, creía ver en sus ojos una sombra de reproche por el asunto de la vela de sangre.

Una noche, sin embargo, observando a los hombres realizar sus prácticas, reparó en algo. Algo que faltaba, algo que estuvo antes y que ya no se encontraba por allí desde… desde hacía más tiempo del que podía recordar.

Pensando en eso, se acercó a uno de los hombres que se había apartado al recibir un empuje en la nariz y sangraba como un guarro en día de matanza.

—¿Es que no te han enseñado nada? —preguntó.

—Mi… ¡mi señor Vanegrio, señor! —dijo el hombre poniéndose rápidamente en pie.

—Siéntate —dijo Vanegrio—. Aprieta con suavidad la porción blanda de la nariz con los dedos pulgar e índice y espera un tiempo largo. Inclínate hacia delante para no tragar tu propia sangre y respira por la boca.

—Se… señor… sí, señor Vanegrio. Gracias, señor.

—Y ahora dime: ¿has visto a Dorlun Gwarciryn?

El hombre negó con la cabeza.

—No, mi señor Vanegrio. Pues hace tiempo que ninguno de nosotros sabe nada de él, y eso comentábamos justamente hace unos días.

Vanegrio asintió.

—¿Desde cuándo?

—Pues… mi señor Vanegrio… desde el día que nos atacaron las bestias aladas y las combatimos con fuego, me parece.

—¿Cuántos de vosotros murieron ese día?

—Siete, mi señor. Entre ellos mi hermano Salas Sena, que luchó con valentía por la torre —dijo orgulloso.

—Y… ¿no encontrasteis a Dorlun entre esos cuerpos?

—No, señor —respondió el hombre, algo contrariado. Vanegrio no lo sospechaba, pero el hombre había esperado algún comentario sobre la muerte de su hermano.

—¿Alguien lo vio luchar, acaso?

—No, señor. Ninguno recuerda tal cosa, porque como os he dicho, estuvimos hablando de eso el otro día.

Vanegrio movió la cabeza de nuevo, pero después de eso se dio la vuelta y se marchó, sin despedirse ni decir nada más.

Qué había sido de Dorlun Gwarciryn no lo sabía, pero una sombra de inquietud cruzó de repente su ánimo, y ya no lo abandonó por el resto de la noche. Aún al día siguiente, Dorlun volvió a su mente en un momento u otro, pues si no había caído en combate con las malicias ¿qué otra explicación restaba? Dorlun contaba con su favor y la lealtad de la Guardia, pues todos lo trataban de señor, y para ellos era una especie de capitán sin que nadie le hubiera otorgado cargo alguno. ¿Por qué un hombre en esa posición iba a marcharse sin dar cuenta a nadie, y sin decir nada, como un ladrón en las sombras? A fin de cuentas, la Luz del Oeste contaba con más popularidad que nunca, y hasta la ciudad de los hombres comunes ahí fuera no paraba de crecer, atraídos éstos por las oportunidades de negocio que representaban los hechiceros y sus necesidades.

Finalmente, Vanegrio llegó al convencimiento de que Dorlun debía haber muerto entre las casas. Era, claramente, un hombre de acción, como lo era él y todos los que constituían la Guardia, que por entonces formaban legión, así que pudo haber caído entre las llamas, o bajo algún derrumbe, o bajo los cuerpos de cualquiera de los hombres y mujeres que habían caído aquel día. Era muy posible que alguien hubiera arrastrado su cuerpo y lo hubiese depositado en la pira junto con los demás, pues nadie en la Luz del Oeste, ni siquiera la Guardia, vestía con uniformes ni llevaban emblema alguno como los soldados de otros reinos que conocía.

Y con eso, no pensó en él por más tiempo, hasta que lo encontró de nuevo.

3

Una mañana, Briamor convocó a los Seis en la Cámara Redonda, en la hora tercera después del amanecer. Llegaron todos puntuales y prácticamente coincidieron en la antesala, pues Briamor no solía convocarlos a todos desde hacía tiempo y tenían la seguridad de que se trataba de algo importante.

Briamor los esperaba de pie, con los seis jarrones en llamas y la túnica sobre los hombros, como le gustaba llevarla desde que perdiera el brazo. Y cosa curiosa, Vanegrio Llamaviva estaba ya sentado a la mesa.

—Por favor, tomad asiento, amigos, pues tenemos algo importante que tratar.

—¿De qué se trata, viejo amigo? —preguntó Elman.

—Vanegrio Llamaviva, aquí presente, ha solicitado a esta mesa permiso para acceder a los lugares mazmorra tal y como hizo Ellör Litos Ceoril en su día.

Todos se miraron, tan sorprendidos como incómodos. Madna Uliss inclinó la cabeza, hierática, mostrando una expresión difícil de interpretar.

—Pero… ¿qué petición es ésta, Vanegrio? —preguntó Elman.

—Vanegrio… —dijo Ellör con suavidad—, ¿acaso no estabas presente cuando conté mi experiencia en ese lugar?

—Sí. Lo estaba —respondió el aludido.

—¿Y por qué quieres…?

—Por la promesa de poder —interrumpió Valas Ton con voz solemne.

Todos la miraron.

—Vanegrio lo busca —añadió—. Lo quiere. Está en su naturaleza, que es visceral, de sangre y de fuego. Siempre ha sido así, y si no habéis pensado mucho en ello, bastará con que os hagáis la pregunta para conocer la respuesta. Mas me extraña a mí que no haya hecho esta petición antes, mucho antes.

Vanegrio no dijo nada.

—Valas Ton habla con sabiduría —observó Elman—. Como siempre. Es su naturaleza. No es algo necesariamente malo si uno sabe controlarse… Búsqueda de poder es una frase, pero también podría decirse que Vanegrio busca el conocimiento para mejorar como hechicero, y eso no se diferencia de lo que hacemos nosotros.

—Se diferencia en una cosa —intervino Uliss—. Nuestra búsqueda no entraña riesgos. Lo que propone Vanegrio, sí.

—¿En qué forma entraña riesgos? —quiso saber Elman—. ¿Para él, dices?

—Para él por descontado, pero también para todos —opinó Uliss

—. Al abrir el atajadero a los lugares mazmorra, estamos irrumpiendo de forma notable en su mundo. Será una grieta en su mundo, visible, ostentosa, ruidosa incluso, que los atraerá como un farol de aceite atrae a los insectos voladores en la oscuridad. —Miró a Briamor por si quería añadir algo, pero para entonces parecía claro que el Archimago prefería escuchar las opiniones de los demás—. Ellör lo dijo, tenéis que recordarlo. Cuando la cicatriz estaba cerrada, todas aquellas criaturas estaban ocupadas con sus vidas, pacíficas incluso. Moverse, alimentarse. Pero cuando accedieron aquí… cambiaron. ¿Cómo lo dijimos cuando hablamos de ello? Se contaminaron. Se contagiaron de la esencia del ser humano, que es belicoso, egoísta y pendenciero por naturaleza.

—Eso es exacto —afirmó Valas Ton.

—Claro —dijo Elman—. Ése es el problema. Es peligroso.

—Tuvimos mucha suerte la otra vez —les aseguró Ellör—. Mucha suerte. Allí hay muchas más criaturas que las malicias, que son manejables por mucho que sean terribles y resistentes a nuestros hechizos. Hay seres grandes, enormes y gigantescos moviéndose entre la materia, y cuando digo gigantescos creo que no os transmito las dimensiones de lo que allí se mueve bajo la espectral luz desvaída que ilumina el lugar mazmorra. Si el atajadero se abre cerca de una de esas criaturas… no habrá fuego suficiente en este mundo que pueda detenerla. Y en verdad os digo, que una vez que la grieta dé de si y ellos la destrozan, tampoco habrá fuerza que pueda volver a restaurarla, recomponerla o cerrarla.

—Eso creo yo también —susurró Uliss.

Vanegrio escuchaba, sereno e inmóvil como una escultura, sin interrumpir a nadie, sólo escuchando.

—Vanegrio —susurró Ellör—, fui… fui muy prudente cuando conté mi historia. No tengo nada contra ti por haber cambiado la vela y todo lo demás después de eso. ¿Te comportaste de manera imprudente? Por cierto que sí. Pero entiendo que tus motivaciones eran nobles y que tus actos estuviesen justificados en tu cabeza, pues sólo querías llegar más lejos en los estudios y sus resultados. Pero una cosa es decir que pasé más de cuatrocientas noches en ese lugar, que se dice muy pronto, y otra muy diferente es vivirlo. Y también te digo: una cosa es quedar atrapado allí porque no había más remedio, y otra cosa es ir por voluntad propia. Escucha, Vanegrio: lloré como un niño y grité como un loco durante una incalculable cantidad de tiempo. No lo he dicho porque no me agrada despertar atención sobre mis pesares, pero si estás determinado, si quieres, hablaré contigo sobre lo que supone pasar un tiempo en ese lugar.

Tampoco esta vez Vanegrio contestó, ni siquiera cuando se produjo un silencio que todos respetaron sin consenso previo.

—Creo que está todo dicho —dijo Briamor entonces—. Ahora os pediré vuestro voto, pues es cuestión importante. No porque lo que votéis vaya a determinar que Vanegrio acceda al lugar mazmorra o no, pues como Archimago de la Luz del Oeste me reservo mi decisión final, sino porque vuestra valoración la tendré yo muy en cuenta a la hora de decidir.

—Yo voto que no —dijo Uliss con rapidez—. El lugar mazmorra es un atajo demasiado peligroso para buscar la consecución de poder, o de conocimiento, como queráis llamarlo.

—También ése es mi voto —exclamó Valas Ton—. Por las mismas razones.

Elman Karas carraspeó antes de hablar:

—Vanegrio, amigo —empezó—, hay muchas maneras de llegar allá adonde quieres. Tenemos la Luz del Oeste, y tienes compañeros de estudio y tienes juventud y tiempo. ¿Qué más buscas? Arriesgar tu vida de esta manera no me parece cabal, ni sensato, pero entiendo que es tu vida y que puedes hacer con ella lo que te plazca. Pero… teniendo en cuenta el riesgo para la torre, para todos nosotros, para todos los hechiceros, y para el hombre y el mundo que ocupa, mi voto es un no rotundo.

—Bien —dijo Ellör—. También voto que no, por las mismas razones que Elman Karas ha expuesto tan concisa y brillantemente. Y por la experiencia que tuve allí, voto dos veces no.

Briamor asintió.

—Vanegrio Llamaviva —dijo—: escuchadas todas las partes, pensaré sobre tu petición en estos días y te comunicaré mi decisión cuando la tenga.

—¿A qué esperar? —preguntó Vanegrio de repente—. ¿Acaso no vas a hacer caso a tus amigos por encima de lo que yo piense?

—¡Tus amigos son también, y por eso han hablado como lo han hecho! —repuso—. Mas… ¡no me presiones! Pues quiero pensarlo con calma, como me gusta hacer con todas las cosas. Si tuviera que contestarte ahora, te diría: no.

—Pues ea —contestó con desdén, se levantó de la mesa con hostilidad y abandonó la sala dando grandes zancadas.

—¡Vanegrio! —lo llamó Briamor, y otros como Ellör lo llamaron también, pero fue en vano. Vanegrio abandonó la sala y cerró la puerta tras su paso sin tocarla con la mano.

—Pues que me pinchen con cuchillos en los ojos, que no gritaré —dijo Elman en voz baja, pasándose la palma por la frente—. ¿Qué

pasará ahora?

—Me preocupa —susurró Uliss.

—De lo que vaya a pasar no tengo ni idea la media —dijo Briamor con tono afligido—. Pero… ¡ay! Témome que estemos perdiendo a nuestro amigo, si no lo hemos perdido ya.

—Hablaré con él —se ofreció Ellör.

—Eso… no ayudará —sentenció Valas Ton.

Y durante un rato largo, nadie añadió nada más.

4

Esa noche, la noche en la que todo cambió para siempre, Briamor Candess estaba en la Cámara Redonda sentado a la mesa. Pensaba en Vanegrio, por cierto, pero no tanto en su petición como en el hecho de que se había apartado totalmente del grupo. Se preguntaba si no habría sido un error recriminarle sus actos delante de todos; quizá hubiera debido llamarlo aparte y haber tratado el asunto con más discreción. Quizá.

En cuanto a su petición… el resto de los Seis de la Luz tenían probablemente razón. Un gran poder se ocultaba en los lugares mazmorra, por descontado, pero el riesgo de que aquellos seres ancestrales se colaran en este mundo era demasiado alto. ¿Y qué harían contra ellos? ¿Cómo puede un mosquito joven, pequeño aún para lo común entre los mosquitos, derribar a un hombre adulto con su insignificante trompa? No se podía. No era posible. Había cosas que, simplemente, eran irrealizables. Antes conseguiría un hechicero mover el sol a otra ubicación que aquello.

Y entre esas ideas consideraba la existencia de los otros atajaderos rojos, los mundos espejo cuyas entradas se habían revelado como una cantidad idéntica de los otros, y se contaban por el millar. Habían abierto uno. ¡Uno solamente! Y su ya sola existencia traía una abrumadora cantidad de posibilidades, tantas que les llevaría toda una vida de hombre hacer frente a su estudio. Sabía que era importante acceder a la petición de Vanegrio para recuperarlo si no quería que se retirara a un micromundo privado de rencor y de envidia, porque en su cabeza sólo había una única premisa: que Ellör Litos Ceoril había accedido allí y había vuelto victorioso, con su poder crecido, y con la admiración y atención de todos, mientras él había luchado en las calles, salvando la vida de los hombres comunes que él consideraba prescindibles y de poco valor. Y, cosa importante, lo había hecho porque él se lo pidió. Se lo exigió.

Todas esas cosas juntas eran como un veneno muy potente circulando por el corazón de fuego de Vanegrio, y Briamor se lamentaba de ello. Mas... ¿qué solución había?

Estaba pensando en retirarse a la cámara que la Luz del Oeste había construido para él al principio de los principios, acorde a su costumbre de pensar sin ruido alrededor, cuando de manera irónica oyó un pequeño crujido a su espalda. Se volvió, sin pensar en nada concreto, sólo como respuesta inconsciente a algo que era anómalo e inesperado, y allí vio flotando en el aire, a poca distancia de él, una diminuta marca, tan pequeña y borrosa que por un instante pensó que se trataba de alguna mota en el ojo, y parpadeó varias veces para apartarla hasta que, moviendo la cabeza apenas un poco a un lado,

comprendió que no era una mancha, sino algo que pendía en el aire.

—Por el Misterio Cenital —soltó con voz ronca.

Se incorporó con rapidez, de manera tan inesperada y violenta que la silla que ocupaba cayó hacia atrás y golpeó con el respaldo en el suelo. Un halo frío se apresuró a cubrir su frente y su mano izquierda empezó a temblar, pero aún no había tenido tiempo de hacer o pensar ninguna cosa cuando la mancha empezó a crecer de manera vertical, rasgando todo cuanto se veía, y de esa brecha surgió un resplandor carmesí, que según se mirara se apreciaba también como azulado, o púrpura.

Briamor extendió el brazo y empezó a lanzar hechizos. De negación, de restauración, de contención… pero ¡ay! sin su mano derecha, los hechizos eran zafios y torpes cuando menos y salían mermados en su capacidad o se desviaban o fallaban con un sonido quejumbroso que rebotaba y le subía por el brazo como un doloroso hormigueo.

Algo se acercaba. Algo venía por la brecha desde un lugar que desconocía pero, aunque su mente pensó en varias posibilidades, no acertaba a imaginar qué, o de dónde; mas cuando atisbó las insondables profundidades cósmicas que se veían a través de la brecha, Briamor confirmó lo que más temía: era un atajadero, sin duda, uno muy refinado y sofisticado, sin círculos rojos o púrpura, como los que hacía Ellör para sus inflexiones, y uno que conducía a los lugares mazmorra; no al que Ellör sobrevivió, sino a otro, a uno de los miles, pero sin duda un lugar mazmorra

—No… —exclamó, casi sin voz.

¿Cómo? ¿Cómo podía ser? ¿Habrían provocado quizá algún tipo de reacción en cadena interna al abrir la primera brecha, que había levantado ecos en el interior de aquellos lugares, abriendo brechas en aquellos mundos? ¿Habrían encontrado algunas de aquellas criaturas la manera de realizar atajaderos, observando quizá la que Ellör utilizó para entrar o salir, puesto que eran seres vivos, y por ello estaban en comunión con la Deriva?

Tenía que llamar a los otros. A Ellör, sobre todo. Tenía que avisarles para que pudieran sellar aquella amenaza antes de que fuera tarde.

Mas, mientras pensaba eso, una sombra oscura ocultó la luz que se escapaba del interior, y al poco esa sombra avanzó a través de la cicatriz e irrumpió en la Cámara Redonda como un titán.

Briamor abrió tanto los ojos que parecía se le iban a salir de las cuencas.

No dijo nada, sin embargo. No podía.

No daba crédito a sus ojos.

Era una figura de aspecto humanoide, porque allí tenía las piernas, el torso y los brazos, y en la parte superior coronaba una cabeza llena de líneas verticales. Mas cuando la figura avanzó un paso más, pudo ver Briamor que no eran líneas, sino rendijas en un casco de aspecto inusual, pero un casco como los que vestían los soldados de los reinos más ricos del mundo, y todo el ser estaba revestido con una suerte de armadura muy basta y tosca que le cubría el cuerpo entero, incluso los dedos flexibles.

Qué era, o quién era, Briamor no lo entendía. No tuvo tiempo. Estaba tan sorprendido que no reaccionaba, entre otras cosas porque su instinto, curtido por muchas décadas de comunicación íntima con la Deriva, le avisaba de que aquello era algo… terrible. Algo tan nefasto que lo mismo podía intentar algo como que no, pues tanto daba.

El titán acorazado alargó un brazo y lo agarró por el cuello. Briamor, en un rescoldo de lucidez pensó que su mano gigantesca olía a hígado seco.

Lo alzó en el aire de manera que sus piernas quedaron colgando.

—Archimago Briamor Candess —dijo la voz, y tan pronto hubo hablado soltó Briamor un grito de dolor, pero no por el lacerante apretón en el cuello, sino por la voz, pues solamente la voz… ¡solamente la voz!, estaba preñada de una fuerza tan descomunal y un poder intrínseco de una naturaleza tan desmedida que sintió como si le rasparan la piel con una navaja oxidada llena de mellas.

—Qui… ¿quién eres? —logró preguntar Briamor.

—Soy tu sucesor —dijo despacio—. Soy el nuevo Archimago de la Ciudadela de la Luz.

Briamor apretó los dientes. Tal vez no tuviera brazo, pero aún tenía voz, y tenía a la Deriva a su lado. Y mirando el rostro que se adivinaba tras las rendijas del casco, del cual apenas se vislumbraba la brillante circunferencia blanca de unos ojos humanos, dijo:

—¡An Tyr Des Crom Tar!

El aire se calentó de manera repentina alrededor, tanto que los fuegos en los jarrones se avivaron con un sonido fastuoso, y entre el Archimago y la figura acorazada se formó una bola de luz de una potencia y una intensidad tan cegadora como la mismísima Luz del Oeste, un hechizo de aniquilación total magnificado por la sílaba de poder «Tyr», que explotó entre ambos como un meteorito cuando choca finalmente contra el suelo después de un viaje entre las estrellas. Briamor se había protegido con un hechizo, aun cuando se encontraba detrás del ataque, que no delante, pero fue a todas luces

insuficiente. Cuando la luz se extinguió, tenía la cara abrasada, la piel ennegrecida y cuarteada revelaba la carne roja bajo ella, y los ojos ambos habían desaparecido y eran una resina blanda y parda que flotaba en el interior de las cuencas.

Briamor dejó escapar un gemido lastimero.

Pero la armadura acorazada estaba intacta, sin ninguna marca, muesca o quemadura que indicara que acababa de recibir un ataque que habría quebrado en dos una montaña.

—Qué honroso —dijo el titán con suavidad—. Sacrificar la propia vida para frenar una amenaza. Es tan conmovedor que me dan ganas de vomitar. Gracias por el hechizo, me servirá bien.

Aun sin ver nada y con los labios replegados en arrugas carbonizadas de manera que dejaban a la vista los dientes amarillentos, Briamor consiguió decir:

—¿Qui… quién... eres?

La figura abrió la mano y Briamor cayó al suelo con un sonido blando, como el que produce un fardo de broza de desecho.

—Ahora yo hago las preguntas —dijo.

Y extendió la mano y Briamor se esparció como la blanda defecación descompuesta de un enfermo cuando se pisa con el talón de una bota, quedando restregado en el suelo como una mezcla inmunda de ropa, piel, cabellos, carne, órganos y sangre, sin que quedara nada reconocible más que los dedos de una mano. Pero no contento con eso, la figura cerró el puño con un gesto violento y las baldosas del suelo y la piedra se apresuraron a formar una atropellada y confusa bola alrededor de la descomposición orgánica que era ahora Briamor, y luego se hundió en el suelo no una ni dos ni tres veces, sino cuatro, un golpe cada vez, cada vez un poco más profundo, resquebrajando todo el pavimento alrededor y produciendo grietas que llegaron hasta las paredes. Y, como si de un toque de la providencia se tratara, una burla u otra cosa, uno de los seis jarrones con fuego se venció a un lado y cayó, y como no había brasas ardientes por ser fuegos alimentados por magia, éstos se extinguieron.

El titán sonrió.

Ellör estaba visitando a su padre, como solía hacer por costumbre desde que tenía a su disposición los atajaderos. Para ello, abría una brecha desde sus aposentos privados hasta una sala especial que el Capitán Real, Gresla Procen Tercero, quiso designar para ese propósito, pues no le gustaba que hubiera un acceso de naturaleza mágica en la corte, dentro de los muros de la ciudad y aun más, traspasados el foso y la guardia real que formaba en el patio de armas, más allá incluso del rastrillo que daba acceso al castillo. Ese acceso, cuando Ellör estaba allí de visita, estaba custodiado de manera permanente por una escogida guarnición de los mejores hombres del rey, provistos de lanzas, espadas cortas y cuchillos, en cuyo uso estaban muy versados. Ellör quería cerrar el atajadero cuando llegaba, para no quebrar la tranquilidad del Capitán Real, pero como quiera que éste insistiese en velar el sitio por el que había aparecido, por sencilla comodidad, Ellör lo dejaba abierto.

Esa noche, los hombres del rey custodiaban la entrada como de costumbre, todos en pie, lanzas en mano, sin mover un solo músculo de la cara y sin decir palabra ni media, pues de todos los anuncios de problemas llegando en la distancia eran los sonidos los más reveladores.

En ocasiones, aun después de veces y veces, los soldados seguían girando los ojos para mirar a través del atajadero. Por mucho que lo mirasen y vieran a Ellör aparecer y desaparecer por él, seguían sin entender cómo a través de una superficie que de grosor tenía el de un espejo se podía ver un sitio que estaba en un lugar remoto, y cómo dando un paso podía uno ir hasta allí sin ir allí, y que ya no estuviese en un sitio sino en otro. Ninguno se atrevía a decir nada pero, a la mayoría esas brujerías no les complacían y, cuando se encontraban a solas con un jarro de vino o una medida de cebada fermentada, solían decirse: «Esto traerá problemas, y nosotros los habremos de ver».

Los problemas llegaron de madrugada, cuando el sol aún estaba lejos de asomar por el horizonte y sobre el reino de Nogalera se extendía la oscuridad.

Primero oyeron el ruido, retumbante en los suelos lejanos más allá del atajadero. El sonido llegaba desde allí, distorsionado pero cierto, y los hombres empezaron a girar el cuello con lentitud y a apretar los puños alrededor de sus lanzas. No estaban acostumbrados a que hubiera movimiento al otro lado, pues por allí sólo cruzaba el príncipe heredero Ellör Litos Ceoril y nunca vieron ni oyeron nada ni a nadie. Mas era un aviso seguro, y poco a poco, los hombres cerraron filas frente al atajadero, algunos con las espadas en una mano y la lanza en la otra.

Finalmente, una figura enorme, más grande aún que el propio hijo del rey, apareció en el atajadero. Los hombres soltaron todo el aire de sus pulmones, pues la figura era ciertamente amenazadora, vestida con una armadura pesada de combate que le cubría todo el cuerpo. La fuerza que debía hacer falta para moverse con todo ese hierro a cuestas debía ser mucha, más que mucha, pero el hombre o mujer que la llevaba se movía con desenvoltura.

Mas como la visión a través del atajadero la entendían ellos como un retrato u otra cosa irreal que no acababa de entrar en sus molleras, esperaron sin decir nada a que ese gigante acorazado atravesara el atajadero e irrumpiera en la sala, y vieron que la armadura tenía vetas de tonos borgoña y que olía como un cerdo después de haberle sacado toda la sangre, mas no se echaron atrás, y apuntándolo con las lanzas, dijeron:

—¡Alto en nombre del rey Ceoril! ¡El acceso está prohibido y vetado por orden del Capitán Real, en nombre del primero! ¡Por aquí sólo cruza el príncipe heredero Ellör Litos Ceoril! ¡Dinos que asuntos te traen, pero no des un paso más!

—¡Y si mueves un solo brazo te ensartamos! —dijo otro de los soldados—. ¡Para el caso que hechicero seas y albergues malas intenciones!

La figura se detuvo, y permaneció inmóvil por unos instantes. Era mucho, mucho mayor que ellos, medio hombre más alto al menos y más del doble de ancho. Mas cuando todos esperaban a que dijese algo, empezaron a sentir calor en el hierro de sus lanzas y la empuñadura de sus espadas, y tanto era que empezaron a mover los dedos para aliviar la temperatura, confusos y consternados sin saber qué ocurría, hasta que uno de ellos dejó caer sus armas al suelo y todos acabaron por imitarlo.

—¡Brujería! —gritó uno.

—¡Dad la alarma! —bramó otro.

Mas cuando dos de ellos se dieron vuelta y echaron a correr, el titán levantó el brazo en su dirección y los hombres salieron despedidos contra la pared del fondo de la sala, y allí se dieron contra ella con un ruido metálico y cayeron de espaldas al suelo, donde ya no se movieron más, pues sus ojos habían quedado abiertos y un hilo de sangre escapaba por la comisura de sus bocas.

—¡Por el rey! —gritó uno.

—¡Defended al rey! —exclamó otro, y se lanzaron todos a una contra la figura, aun sin armas en las manos de las que valerse. No habían llegado a tocarlo cuando salieron despedidos con violencia inusitada hacia las paredes, y contra ellas se golpearon con un crujido

atroz y se quebraron sus huesos todos, y cayeron desmadejados al suelo, muertos o inconscientes, con sangre en los ojos, nariz y boca. Y la figura avanzó sin que nadie quedara para advertirla y sin que nadie le hiciera frente, pisando las lanzas y las espadas caídas, inútiles en el suelo.

6

Un ruido espantoso le despertó de sus sueños, que desde que había vuelto del lugar mazmorra eran negros e inquietos, como si su mente se hubiera quedado impregnada de la brea repugnante que allí conformaba todas las cosas.

Se quedó escuchando. ¿Había oído un ruido? Eso creía. O quizá fuera algo en su sueño que lo había sacudido, cosa que no era rara. Mas cuando se estaba relajando de nuevo oyó gritos lejanos, gritos de dolor y de terror mezclados, y eso sí que no era parte de ninguna pesadilla, así que saltó de la cama y se apresuró a ponerse las largas medias y las calzas, y también las botas, pero por no perder más tiempo salió desnudo de la cintura para arriba, y cuando estaba dirigiéndose a la puerta oyó gritos de hombres que se acercaban:

—¡Alarma! ¡Alerta! ¡El castillo está siendo atacado!

Y un hombre llegó corriendo hasta su puerta y la abrió con ojos despavoridos y la boca abierta de respirar con ella, y pálido como una neblina dijo:

—¡Mi señor Ellör! ¡Atacan el castillo y están en la sala del trono!

—¿Quién ataca? —preguntó Ellör.

—¡Un guerrero monstruoso! —exclamó el mensajero.

Ellör extendió el brazo e invocó un atajadero allí mismo por donde se veía la corte. Y en primer plano, en el suelo, vio la cabeza de un hombre caído, con sangre en la nariz y en la boca, y la lengua hinchada y gruesa asomaba por ella como un gusano abyecto. Detrás, unos bancos que usaban los asistentes a la corte pasaron volando, hechos trizas, y había polvo en movimiento, como si allí se hubiera derribado una pared o algo similar.

—Pero qué… —susurró Ellör entre dientes, y saltó por la brecha al otro lado.

Miró alrededor. En el suelo había cuerpos desmadejados, brazos y piernas doblados en ángulos en los que una extremidad no podía posicionarse, los rostros inmóviles trastocados en expresiones de terror. Eran soldados fuertes, bien entrenados, leales al rey y a la Casa Ceoril, y Ellör había crecido con muchos de ellos y los había tratado y los conocía por sus nombres, y a bastantes los había visto unirse en rito de convivencia con mujeres y tener hijos.

La rabia empezó a crecer en su interior.

A su izquierda estaba el enemigo. Un ser infame, indeciblemente grande, colosal, ataviado con una armadura fría y de aspecto burdo, rodeado de soldados que lo increpaban y le gritaban, y detrás de él estaba el muro roto, como si lo hubiera atravesado para llegar allí. Al verlo, Ellör pensó en los hombres gigantes de la marca de Edeniel, pues lindaba con Nogalera y se decía de ellos que eran hombres

fuertes, de gran altura y pechos y hombros anchos, y por lo general preferían usar los puños y las manos a las armas, que de ellas se servían bien, pero nunca había oído que usaran armaduras ni cubrieran sus rostros.

Ellör no se lo pensó mucho. Levantó ambas manos y preparó hechizos en ellas, y corrió hacia los hombres alzando la voz, proyectada y encumbrada con otro sencillo hechizo (del tipo que le gustaba al propio Briamor), de manera que sonó grave y amenazadora, sólo para asegurarse de que se le podía oír bien.

—¡Apartaos! —ordenó—. ¡Que yo me ocupo de este enemigo!

Los soldados se hicieron a un lado todos, dejando el espacio vacío entre el titán y Ellör. Y el titán se quedó quieto, mirándolo. Y cosa curiosa, el hijo del rey parecía pequeño en comparación.

—Soldado —preguntó en voz baja al hombre que tenía más cerca —, ¿dónde está mi padre?

—En sus salones, mi señor Ellör, custodiado por una hueste.

Ellör asintió.

—¿Cuántos son? —inquirió.

—¿Cuán… cuántos, mi señor Ellör?

—Los enemigos —dijo Ellör mirando a través de las rendijas del casco del enemigo por si ver pudiera los ojos del que atacaba así la corte de su padre—.¿Cuántos como éste?

—Mi señor —exclamó el soldado—, sólo hemos visto uno, que está aquí delante.

Ellör le dirigió una mirada perpleja.

—Sólo uno —se dijo contrariado.

—Ellör Litos Ceoril —dijo el titán y, como en la Cámara Redonda, el poder de su voz se extendió por la estancia, que era grande y hermosa y tenía columnas a los lados, hasta veinticuatro de éstas, doce a cada lado, y los techos eran muy muy altos y acababan en bóveda con sustentos de madera, pues era el salón del trono, detrás de Ellör, a muchos pasos de hombre, estaba el asiento del rey, decorado con filigranas doradas y con plata de las minas de la tierra, extraída con esfuerzo y dolor y trabajo, y por ello honraba al rey cuando se sentaba a dirigir el territorio.

Por eso la voz del titán sonó invasora y hostil, la voz del enemigo en el seno de la casa, junto al lugar mejor protegido del reino. Algo que ninguno de los hombres de allí pensó que ocurriría jamás y que les hacía sentirse desprotegidos y hasta vencidos a pesar de que ellos eran muchos y el enemigo sólo uno, y pensaban que podían ganar.

—¿Quién eres tú? —preguntó Ellör.

—Quién quién quién —respondió el titán con desdén—. Soy

Haras Tir de Broncemar. Soy Eflevio Ciensalas. Soy Anid Vantra de la lejana marca del sur, que linda con el páramo sombrío al que nadie acude jamás. ¿Lo ves? Te da igual. Pues tú sólo conoces a los tuyos. A los de tu casa. A los Cinco Fundadores. Ahora seis, claro, pues ahora contáis con Vagina Uliss, la del ojo a la virulé.

Ellör entrecerró los ojos.

—¡Contestarás al príncipe heredero con respeto! —bramó uno de los soldados.

El titán giró la cabeza hacia él y, sin hacer nada, su cabeza explotó como si le hubieran introducido una carga de pólvora en un barrilete dentro de la sesera. Trozos de cráneo, materia blanca, bilis y una considerable cantidad de sangre saltaron por los aires y alcanzaron al resto de los soldados que estaban alrededor, manchándoles las caras con un sonido acuoso.

Los hombres levantaron las espadas, encendidos de rabia.

—¡QUIETOS! —bramó Ellör.

La cabeza le daba vueltas. ¿Quién era esa cosa, ese hombre de gran tamaño, que empleaba hechizos de alto nivel sin usar gestos conductores, sin palabras de poder, accionándolos con la fuerza de su voluntad?

Los hombres se paralizaron.

—Retiraos —añadió—. O al menos, poneos detrás de mí, a distancia de cincuenta pasos.

Los soldados se miraron confusos.

—Pero mi señor Ellör —protestó uno de ellos—, que los soldados se protejan detrás del príncipe heredero, ¿dónde se ha visto semejante co…?

No pudo terminar. Su cabeza explotó, arrancándole parte del cuello. El hueso de la espina vertebral asomó como si fuera un espantajo como los que usan los granjeros para ahuyentar a los pájaros. El cuerpo cayó hacia delante y se estrelló contra el suelo con el sonido tintineante de las hebillas de sus cintos.

Al ocurrir eso, los otros soldados se apresuraron a obedecer a Ellör.

—Escucha —dijo Ellör dirigiéndose a su enemigo—, ¡no matarás ni a uno solo de estos hombres más, pues si intentas otra cosa, te destruiré, que ya has agotado mi paciencia, y de tus crímenes darás cuenta luego! Pero dime ahora… ¿cómo sabes tanto de la Luz del Oeste? ¿Acaso eres un enemigo de ella?

—¿Tú, Ellör? ¿Destruirme a mí? —preguntó despacio—. ¿Cómo harás eso?

Ellör extendió los brazos y a su alrededor, formando un arco

sobre su cabeza, desplegó una línea de poder anaranjado que brillaba como el sol. Crepitó y crujió como el velamen de un galeón de gran tamaño cuando se despliega precipitadamente, y esa luz llenó de sombras alargadas la estancia, acentuando los contrastes. Los rostros de los muertos se perfilaron haciéndoles parecer espectros atormentados en el suelo.

—Plumas de pavo real —dijo el titán—. No tengo tiempo para esto, príncipe heredero. He venido para cobrarme tu vida, y con ella me iré.

El titán levantó ambos brazos y lanzó un torrente de luz de un tono carmesí. Ellör tuvo el tiempo justo para proyectar un escudo, que era grande, brillante como el metal de los Antiguos y tan sólido como él. Pero aun así, el empuje del rayo le hizo retroceder muchos metros, aun clavando él las piernas contra el suelo. El damero de baldosas blancas y negras saltó por los aires dejando un surco profundo. La intensidad era insoportable y Ellör sintió que se resquebrajaba como un vidrio chapucero de los que se hacían en lugares sin mucho conocimiento de ese arte, que a veces se quebraban por los cambios de temperatura; y mientras aguantaba, conjuró muchos hechizos de refuerzo sin que sirvieran demasiado.

Cuando la luz cesó, Ellör cayó de rodillas al suelo, la frente cubierta de sudor, y en el suelo había quedado un rastro llevado a cabo por una fuerza destructora que había hecho añicos las baldosas, la estructura de madera e incluso la dura piedra que servía de cimientos al castillo.

Ellör lo miró.

No había conocido a muchos que fueran capaces de generar un poder desatado como ése.

—¿Quién… eres tú? —susurró perplejo.

—No más cháchara —exclamó el titán acercándose resuelto—. ¡Muere ya!

Lanzó más hechizos: bolas de poder de una naturaleza desconocida que Ellör no reconocía, todas envueltas en un resplandor púrpura. Algunas las desvió creando Triángulos de Naiar, y otras las absorbió con otro tipo de soluciones de hechicería que restaban su poder. Pero cuando estaba en ello, el titán proyectó un arco terrorífico que se elevó hasta los más altos techos, esquivó a Ellör y cayó al suelo a su espalda, impactando entre los soldados. Hubo una explosión terrorífica y volaron trozos de piernas y pedazos de carne que ni un curandero acostumbrado a cortes, vísceras y amputaciones, hubiera podido reconocer.

—¡NO! —gritó Ellör furioso.

Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras miraba a los soldados estremecidos en el suelo, muchos superados por el dolor, los ojos fijos en los altos techos, consumidos por la muerte inevitable.

Se sentía impotente.

Les había…

Les había fallado. Ni todo su poder había bastado.

Y un pensamiento aterrador y asesino de la mente cruzó por su cabeza como una señal de muerte: si no podía detenerlo, si fallaba, ¿qué pasaría con la corte, el castillo, los sirvientes? ¿Qué pasaría con su padre?

Se volvió hacia la figura acorazada, colérico, los músculos del cuerpo hinchados por el esfuerzo, la tensión y la concentración, y mentalmente empezó a preparar un hechizo de destrucción como no lo había creado jamás. Pero cuando estaba a punto de lanzarlo… el suelo desapareció bajo sus pies. De pronto se encontró cerca del techo, sin nada que lo sostuviera. La impresión le cortó la respiración, y el hechizo de destrucción que estaba configurando, secuencia a secuencia, se le fue de la cabeza. Vio el salón del trono allá abajo y, mientras caía a gran velocidad, tuvo tiempo de ver un atajadero en el suelo, justo en el sitio donde él había estado hacia sólo un instante. Y comprendió: el gigantesco enemigo con armadura había conjurado un atajadero con salida en el techo de la sala.

Ellör pudo haber hecho muchas cosas mientras caía. Desde luego contaba con la capacidad, más no tenía mucha experiencia en combates, que entrenaban la mente para la respuesta rápida; como mucho, su estancia en el lugar mazmorra lo había acostumbrado a pensar con calma, con tiempo, con todo el tiempo del mundo. Así que cayó, sin hacer nada más que caer, y cuando pasó a la altura del titán, éste lo golpeó usando el puño con una técnica primitiva, el Puño de Poder, pero acrecentada muchos enteros.

El impacto fue descomunal. Cosa en principio imposible, desvió su trayectoria de vertical a horizontal, y Ellör cruzó la sala como un proyectil, a toda velocidad, y se estrelló contra el trono de su padre. El golpe desmontó el trono por completo y lo dividió en sus partes esenciales, y la estructura de piedra noble revestida con elegantes telas regias saltó en un millar de pedazos que volaron por toda la sala.

La Deriva protegía el cuerpo de Ellör, por descontado, pero hasta cierto punto. Quedó tendido en el suelo, con fuertes dolores en el costado, el torso y la cabeza, entumecido y confuso. Era incapaz de pensar en ningún hechizo de respuesta, ni en ninguna otra cosa, en realidad, más que en las sensaciones que emitía su cuerpo, duramente castigado. Movió una mano para incorporarse, pero sólo consiguió que

los restos del pesado trono que tenía alrededor se desplazaran sobre él, acentuando la presión. Cerró los ojos, hasta que una voz que conocía bien lo hizo abrirlos con rapidez.

—¡QUÉ AFRENTA ES ÉSTA! —dijo la voz, que sonó atronadora.

Ellör se estremeció.

Era la voz de su padre, el rey Ceoril.

7

Valas Ton daba vueltas en su cama, que era una fina lámina de ébano pulido. Mas aunque solía dormir profundamente desde que se tumbaba hasta que el sol empezaba a clarear por el este, esa noche no paraba de dar vueltas y más vueltas, respirando con tranquilidad bajo su máscara de madera, con los párpados cerrados pero sin caer en el sueño.

Después de un rato, terminó por concluir que algo pasaba. Algo, en alguna parte, no estaba yendo bien. Algo fallaba. Podía percibirlo, intuirlo en el flujo sutil y profundo de la Deriva, pero de una manera incierta.

—¿Qué pretendes? —preguntó a la habitación vacía, sin más enseres que su cama.

No obtuvo respuesta.

Finalmente, cansada de esperar al sueño, se incorporó y salió fuera, a los pasillos de la ciudadela.

Era agradable pasear por allí de noche porque, aunque la Luz del Oeste nunca dormía, el volumen de gente deambulando por allí era mucho menor, y ninguno decía «buena noche» o cosa similar por no hacer ruido, sino que hacían un movimiento de cabeza y sonreían. Eso, Valas Ton lo prefería. Y le gustó pasear por los pasillos y salas iluminados por antorchas, faroles, farolillos y llamas alimentadas por hechizos básicos pero efectivos, y descender por las escaleras de piedra con barandillas de madera, los travesaños elevados de madera fuerte y recia, los arcos grandes que desplegaban pasillos en todas direcciones por mor de la Inflexión. Y así por las escaleras hasta la base de la torre, donde, cosa curiosa, encontró al maestro Elman Karas de pie, mirando al exterior.

Se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

Elman Karas se volvió y le sonrió.

—Mi buena amiga Valas Ton —susurró—. ¿También tú lo sientes?

—Sí —contestó ella.

—Mala cosa, entonces —respondió él en voz baja—. Pues me esperaba yo que fuera cosa de la edad, o esa esperanza tenía.

Valas dejó escapar una risa suave.

Miraron al exterior, a la ciudad, donde a pesar de la hora aún se oía cierto bullicio lejano, incluyendo algún grito y alguna bravata escapada de una garganta ebria y baladrona.

—¿Qué hacemos, pues? —preguntó Valas.

—Vigilemos —respondió Elman, y luego repitió—: Vigilemos.

La noche, ignorante de todo, o casi todo, se limitó a transcurrir.

—¡Oh, rey Ceoril! —exclamó el titán con mofa—. ¿Has vaciado el bacín y plegado la camisola de dormir antes de venir?

El rey venía acompañado de una hueste de sus hombres, entre ellos el Capitán Real, todos equipados con las armaduras de soldados reales con los emblemas de la guardia personal, y seis de ellos eran arqueros y estaban formados en los flancos, con flechas de punta plateada dispuestas en sus arcos largos.

—¡Contén tu lengua, canalla! —ordenó el Capitán—. ¡Estás ante el rey!

—Déjame hablar a mí, mi buen Gresla, ¡pues yo me basto solo para dirigirme a esta chusma!

Miró alrededor y vio el destrozo y los cadáveres en el suelo, la sangre y los pedazos, y su trono destruido y hecho añicos.

—¿Todo este mal has traído tú a mi casa? —preguntó.

El titán no contestó.

—¿Y con qué fin? —quiso saber el rey.

—He venido a por tu hijo, a darle muerte y marcharme —contestó el titán.

El rey permaneció callado unos instantes.

—Gresla —dijo en voz baja—, ve a los aposentos de mi hijo y asegúrate de que…

Se interrumpió. Algo se movía a su derecha, entre los restos del trono. Y miró y vio un brazo grande que le era conocido, pues el vello en él era de un tono que era propio de los Ceoril, y sintió una gran congoja atravesándole el pecho.

Los hombres se dieron cuenta y corrieron a asistir a su señor, y Ellör por fin asomó la cabeza, pero la sangre manaba de su frente y tenía un ojo cerrado y la cara fatigada y exhausta.

—¡Padre! —bramó—. ¡Aléjate de este lugar!

El rey se volvió hacia el gigante.

—¿Tú… has hecho esto? —preguntó con rabia contenida.

Los arqueros no esperaron más. Dispararon todos a una, pero las flechas volaron raudas hacia las rendijas de su casco y rebotaron antes de llegar a su destino, como si hubieran chocado con un muro invisible. Recargaban rápido y disparaban con más celeridad si cabe, y así enviaron tres andanadas completas, sin que ninguna flecha pudiera alcanzarlo.

—¡Padre! —gritó Ellör—. ¡SAL DE AQUÍ!

En ese momento se oyeron caballos al galope en el exterior, un ruido *in crescendo*. Cuarenta y tres caballos con sus jinetes llegaban por el patio de armas, más allá del pasillo, y otros cien hombres se aproximaban desde los puestos de vigilancia en los muros, informados

de que la corte estaba siendo atacada. Pero el titán ni siquiera se volvió; estaba mirando al rey y también a Ellör, el príncipe caído, mientras sonreía debajo del casco sin que nadie lo advirtiera. ¿Los soldados? Los soldados le daban lo mismo. Que se acercaran o se quedaran. Eran una molestia solamente. Él sólo quería eliminar a Ellör que, después de Briamor, de los Cinco era el de más poder. Pero ahí tenía al hijo y también al padre, por añadidura. El príncipe y el rey. Era una manera de eliminar futuros problemas, pues los reyes tenían amigos que, a su vez, tenían amigos, y no quería que ningún padre deshecho con el corazón abierto por el dolor pudiera ser un quebradero de cabeza en el futuro.

Y no se trataba sólo de una cuestión práctica, ni de estrategia, ni un asunto político; en realidad, el titán sonreía para sí porque podía hacer más daño del que había calculado. Y el daño… el daño era parte de la destrucción.

El rey Ceoril desenfundó su espada, la misma con la que expulsó a aquellas criaturas del reino hacía de aquello muchísimo tiempo, y la hoja centelleó en la pálida penumbra nocturna de la sala del trono con el mismo brillo que se había encendido en sus ojos cargados de rabia, pues la visión de su trono destruido era terrible, pero la de sus hombres asesinados era demasiado, y la de su hijo herido y vapuleado… imperdonable.

Pero cuando el rey cogió su espada con ambas manos y la levantó por encima de la cabeza para lanzarse a por su enemigo con los gritos de su hijo resonando en la sala, rogándole que se detuviera, ocurrió algo inesperado: el rey bajó los brazos con violencia y se clavó su propia espada en el pecho.

Ellör se quedó inmóvil.

Todo el mundo se quedó inmóvil.

Pero el rey siguió atrayendo su espada hacia sí, las manos asidas a la empuñadura, mientras sus ojos se ponían en blanco de puro dolor y la sangre escapaba a borbotones por su boca. Hasta que cayó de espaldas y se detuvo cuando la punta tocó el suelo y su cuerpo resbaló a lo largo de ella con una lentitud espantosa.

Ellör gritó. Un grito desgarrador, hondo, desesperado, y hasta incrédulo, porque su padre había… se había quitado la vida delante del enemigo, en mitad del combate, delante de sus hombres, y eso en aquellas latitudes tenía un nombre: «cobardía». Y la cobardía no sólo había acabado con muchos linajes en la historia del mundo, sino que había arrasado con su memoria, el recuerdo, el cariño y el respeto.

Negó con la cabeza.

No, su padre no se había quitado la vida; ¿cómo había llegado a

pensar eso siquiera? Miró al titán y sus manos ligeramente levantadas y comprendió. Comprendió que su padre no se había quitado la vida. El titán lo había obligado. Con uno de sus hechizos. Lo había privado de su voluntad y la había retorcido, usurpado.

—¡Ellör, idiota! —gritó el gigante acorazado—. ¡Aún puedes salvar a tu padre! ¿No lo entiendes? ¡Estuviste en los lugares mazmorra! ¡Tu poder es inconmensurable! ¡Puedes salvar a tu padre reconstituyendo su cuerpo!

Ellör miró al titán, consumido por el dolor. Sus palabras rebotaban en su mente.

¡Poder inconmensurable!

¡Salvar a tu padre!

La visión del rey Ceoril resbalando por la espada y dejando un rastro de sangre era demasiado para su mente atormentada y su cuerpo castigado por fuertes dolores. Se libró de los restos del trono con un hechizo de empuje omnidireccional y se movió, cojeando, hacia su padre.

Poder inconmensurable.

Un triple hechizo triangular de negación de verdad, tal vez, que revirtiese el hecho innegable del deceso. Una cadena de hechizos de reparación mientras le sacaba la espada. Empezó a pensar en las palabras de poder adecuadas mientras la visión se le iba poniendo borrosa. Sería… In Mani Tyr Val, pensaba con desesperación. No, más bien sería... In Mani Val Cor… o In Mani Cor. Menos palabras de comando, más concentración. Pensó en cenizas sulfurosas. Si tuviera… si tuviera cenizas sulfurosas tal vez pudiera llevarlo por un atajadero a los almacenes de la Luz del Oeste y…

Los soldados accedieron a la sala del trono en ese momento. Decenas y decenas de soldados irrumpieron en la sala con el sonido de sus botas golpeando el suelo. Rodearon al enemigo por los flancos, también por detrás y hasta por delante, y lo apuntaron con lanzas y espadas y todas las armas del reino, y los que vieron al rey clavado en la espada no daban crédito a tan terrible imagen, y se llevaban las manos a la boca y los ojos para contener sus lamentos y sus lágrimas.

—¡Ayudad al príncipe! —dijeron cuando vieron a Ellör arrastrarse con sufrimiento hacia el cuerpo de su padre.

Pero cuando Ellör llegó hasta su padre, consumido por un dolor de corazón más insoportable que una brecha en el pecho que separase los pulmones, el titán empezó a reír como un poseso.

—¡Ellör «Niño Mimado» Ceoril, que duerme entre telas suaves y mama de la teta del linaje más inútil que haya existido jamás! ¡Eres rematadamente imbécil, y un crédulo por añadidura! —Y levantando

ambos brazos, añadió—: ¡Comparte la tumba de tu padre, anda!

Con un solo movimiento, la estructura entera del castillo se vino abajo.

Muchos miraban aquella noche hacia el castillo desde diversas distancias, pues a pesar de las horas, la alarma se había extendido ya por todas partes, y muchas de las gentes que vivían allí habían salido de sus casas tan asustadas como preocupadas pues amaban a su rey y amaban la prosperidad con la que vivían bajo su reinado. Y esas gentes, después de aquellos días, dijeron que el castillo explotó primero por los laterales de la alta estructura que era el palacio, con la sala del trono en su centro; y que cuando esos descomunales pilares laterales se vencieron, cosa que parecía imposible, toda la parte superior se vino abajo.

La cúpula, los embellecedores de madera, los pisos superiores y las torres, todo cayó sobre el rey muerto y su hijo, y también sobre los soldados. Solamente el titán consiguió escapar en el último momento abriendo un atajadero por el que se lanzó dando un salto imposible a gran velocidad, y su risa se transformó en un sonido inmundo al colarse por él.

Pero el salón del trono se había convertido en una escombrera de una altura impresionante, todo piedra y maderas y telas y cobres y paneles destruidos que formaron una montaña, una montaña funeraria, y que levantaron una nube de polvo tal que ocultó las casas de alrededor hasta bien entrado el amanecer.

Y aquél…

Aquél, dijeron todos cuantos miraban, fue sin duda el final del linaje Ceoril.

Capítulo 15

Ascensión

Aquella misma noche, unos pocos miembros de la Guardia de la Luz se ejercitaban en los sótanos, pues preferían las horas nocturnas para hacer sus entrenos, que de la noche conseguían ellos sus mejores hechizos y tener la mente clara. Y mientras trabajaban, practicaban y buscaban nuevas reformulaciones para hechizos sabidos, viejos y muy manoseados, de manera que fueran sorprendentes e inesperados otra vez; que de eso se trataba, muchas veces, el camino de la Deriva.

Mas cuando estaban en eso, una de las paredes pareció explotar de repente, pues lanzó un puñado de bloques de piedra, trozos de vigas de madera gruesos como un tronco y una desorbitada cantidad de humo y polvo que formaron bucles y tirabuzones tan compactos como opacos. Y se miraron unos a otros, convencidos de que alguno se había propasado con sus hechizos de destrucción, mas cuando otros disiparon el humo con unos sencillos pases de viento, vieron que ninguno de los muros había sufrido daños, tampoco el techo, y que de entre los escombros se alzaba una figura amenazante.

—Que me metan brasas encendidas en el pecho, que aún seguiré tan helado como ahora —exclamó uno de los hechiceros.

Era un hombre, el doble de ancho de hombro a hombro que cualquiera de ellos, y medio hombre más alto, cubierto por una armadura de aspecto cobrizo y vetas carmesíes.

Se puso en pie ante ellos y ordenó :

—Llamad al resto de la Guardia de la Luz. Y hacedlo rápido, que este asunto quiero yo resolverlo antes del amanecer.

Los hechiceros prepararon sus puños con bolas de ataque y se dispusieron a hacer frente a la figura.

—¡Quién habla así a la Guardia, y con qué autoridad!

Y el titán se quitó el casco, que era apenas una rejilla de rendijas verticales, y cuando vieron su rostro se quedaron mudos de asombro

primero, pero a continuación hincaron la rodilla en el suelo, la palma derecha sobre ella y la otra en el pecho, como señal de pleitesía.

—Id ahora y cumplid, que ya he hablado —exclamó el hombre.

Y obedecieron.

2

Un estrépito de pasos, el crujir de la puerta y gran algarabía metálica despertó a Vanegrio Llamaviva. Saltó literalmente de la cama y se puso en pie con un solo movimiento, su puño derecho envuelto en una llama que surgía de su mano desnuda, su melena rubia enmarañada alrededor de la cara.

—¡Mi señor! —dijo el hechicero asustado, levantando ambas palmas como acto de rendición—. ¡Vengo a advertiros!

—Advertirme de qué —exclamó Vanegrio ceñudo.

—Traición, mi señor Vanegrio.

Vanegrio inclinó la cabeza confuso, los ojos entrecerrados en su pálido rostro.

3

Valas Ton y Elman Karas seguían en la puerta principal de la torre. Recordaban, cada uno por su lado (cosa curiosa) los días lejanos en los que se enfrentaron a un montón de marineros y piratas armados con hierros y consiguieron destrozar parte de la fachada con un sencillo cañón. Por lo que Elman sabía, aquel cañón seguía enterrado en el suelo, pues estaba destrozado y era demasiado pesado para sacarlo de la tierra, así que el primero que quiso construir allí su casa o caseta, lo hizo sin más.

Había pasado mucho tiempo y habían pasado muchas cosas, sí, mas todavía esperaban que pasaran muchas más, porque esa intuición que los mantenía despiertos seguía aguijoneándolos con sutil tenacidad.

Pero sus pensamientos se detuvieron cuando oyeron pasos precipitados que bajaban las escaleras. Y se volvieron ambos a la vez para mirar

Era Vanegrio Llamaviva seguido por un hechicero.

—¿Qué ocurre, Vanegrio? —preguntó Elman.

Mas Vanegrio les dedicó una mirada de desdén y no contestó. Continuó bajando entonces por los escalones que conducían a los sótanos, ahora saltándolos de dos en dos y de tres en tres, raudo cual gacela en peligro.

Elman y Valas intercambiaron una mirada preocupada.

—Creo que sigue enfadado —dijo Valas Ton.

Y avanzaron con pasos cautelosos tras él.

4

Cuando Vanegrio llegó abajo, encontró a la figura entre los hombres. Estaban todos reunidos en la sala común, que se encontraba frente a las escaleras. En realidad, había al menos seis salas frente a las escaleras, todas ocupando el mismo espacio físico, pero la sala común era la visión por defecto.

Y todos quería decir todos, cientos de ellos, todos arrodillados en el suelo ante la imponente figura, que les hablaba con los brazos extendidos.

Desde esa distancia, que era mucha, la figura se atisbaba más que se veía, y Vanegrio pensó en Ellör Litos Ceoril, pues nadie en toda la ciudadela era tan grande como él, y compuso una expresión de rabia repentina que coloreó su rostro de un rojo intenso y revistió sus mejillas de una calidez malsana.

—Por los Nueve Elementales ocultos del ojo del hombre desde hace milenios, ¿qué tipo de jugarreta sucia es ésta…?

Se acercó airado a la sala, y en la entrada de ésta, dividida por columnas coronadas con arcos, gritó:

—¡ELLÖR LITOS CEÖRIL! ¡¿QUÉ HACES CON MI GUARDIA?!

Los hechiceros se incorporaron todos a una y se volvieron para mirarlo. Más ninguno se postró ante él, como solían hacer, ni hicieron reverencia alguna.

—¿Qué pasa aquí?

—¿Ellör dices? —gritó la figura desde el fondo de la sala—. ¿Acaso has perdido la vista y el oído, entre otras cosas? ¡Pues llegas oportunamente, que en este momento hablaba de ti y de los otros como tú a los hombres!

Vanegrio se quedó inmóvil.

No, no era aquélla la voz de Ellör. Era otra, diferente sin duda, como era otro el color del cabello, que era blanco y no rojo, como observaba ahora que la figura había empezado a andar resuelta hacia él mediante grandes zancadas.

Y sacudió la cabeza intentando comprender.

Porque había reconocido el cabello, y la voz, y también el rostro, y cuanto más cerca lo veía, más estaba seguro de no equivocarse. Y sacudió de nuevo la cabeza, todo embriagado de incredulidad, pues lo que veía en sus ojos no lo entendía.

—Dorlun Gwarciryn —susurró.

—Llegas tarde, señor de la llama —dijo Dorlun.

—Pero… —exclamó, mirando su tamaño ahora desproporcionado y su armadura tosca pero cargada de una energía abrumadora que podía sentir desde donde estaba—. Pero qué… ¿Es tu tamaño algún truco que hayas aprendido, Dorlun? ¿Acaso quieres parecerte a Ellör el héroe de la torre? ¿A eso estás jugando? ¡Dime qué pretendes con este juego, por qué has reunido a los hombres y a qué viene todo esto!

—¿Tus hombres, dices? —dijo Dorlun—. ¡Pues hablad, hechiceros de la Ciudadela de la Luz! ¡Decidle a Vanegrio a quién servís!

Y los hechiceros, todos a una, alzaron la voz y dijeron:

—¡A Dorlun Gwarciryn!

—¡Qué decís! —exclamó Vanegrio, súbitamente sobrecogido, pues mirando a los hombres y mujeres que los rodeaban no encontró en ellos más que férrea determinación y rostros que le miraban con indiferencia.

El canalla, pensó, había alterado sus voluntades. No había otra explicación. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo había hecho semejante cosa? Los hechizos de control de voluntad eran complicados y requerían un notable esfuerzo. Él podía hacerlo, sí, pero sólo con ciertos individuos de ciertas características, como una predisposición a ser controlados, como era el caso de la mayoría de los hombres comunes. Pero… ¿otros hechiceros? Quizá pudiese. Quizá. Pero de uno en uno. Y sobre mantener el vínculo y el control y el dominio de ellos tenía capacidad como para diez. Diez hombres a lo sumo. Y dudaba mucho que ni el maestro Briamor pudiera controlar a veinte de ellos. Pero… ¿cientos?

Su mente trabajaba rápido. Había allí demasiadas cosas que no comprendía.

Lleno de rabia, lanzó un hechizo de dispersión de ilusión para privar a Dorlun de su aspecto, pero el hechizo no cambió nada. No hubo ninguna alteración en lo que tenía ante los ojos. Nada.

Vanegrió pestañeó varias veces.

Redobló su concentración y reforzó el hechizo con palabras de poder que apenas susurró, y volvió a hacer un pase con la mano, pero de nuevo el hechizo no cambió nada.

—¿Qué haces, Vanegrio? —preguntó Dorlun mientras exhibía una sonrisa picada de curiosidad.

—Tu aspecto… —dijo—. Es… ¿es real?

Dorlun soltó una carcajada.

—Eres tan necio… Si miras dos ovejas y paren dos borregos, no sabrás por cierto cuántas ovejas tienes. Pues ya has visto antes a alguien tan grande como yo, aunque no tanto, y no sabes atar cabos…

Vanegrio sacudió la cabeza.

Se refería a Ellör, pero Ellör… Ellör había conseguido su poder de…

—Los lugares mazmorra —dijo una voz a su espalda.

Vanegrio se volvió, todavía aturdido, y vio allí a Elman Karas y a Valas Ton, que habían descendido del piso de arriba y estaban entre los hombres, a no mucha distancia.

—El decrépito Elman y la cosa llamada Valas Ton —exclamó Dorlun—. Que no es mujer ni es hombre, pues mal respira entre medias escondiéndose del mundo tras una máscara, por vergüenza.

—¿Qué ocurre aquí, Vanegrio? —preguntó Valas Ton.

Vanegrio no respondió. La cabeza le daba vueltas.

—¿Ha estado ese hombre en los lugares mazmorra? —preguntó Elman despacio—. ¿Es eso lo que tratamos aquí?

—Pero… no ha podido hacerlo —exclamó Valas con tranquilidad —. No sin ayuda.

—Cierto es —observó Elman.

—He aquí a tres viejas glorias decidiendo, como siempre, cómo deben ser las cosas —exclamó Dorlun con mofa—. Sin tener en verdad conocimiento de ellas. Esto se puede… Esto no se puede… Pues, ¿acaso no veis con vuestros ojos lo que es un hecho, magos patanes y engreídos?

Elman se adelantó y se puso a la altura de Vanegrio.

—No sé qué pretendes —exclamó—, pero tu actitud no es correcta aquí. No sé a qué artificio has recurrido para aumentar tu tamaño, pero nos acompañarás y te encerraremos en la primera prisión de la torre, que vamos a crear para ti, hasta que encuentres de nuevo la razón.

Dorlun se cruzó de brazos.

—¡Guardias de la torre! ¡Cerrad filas ante vuestro señor!

Los hechiceros respondieron como un solo hombre y se apresuraron a ocupar el espacio entre Dorlun y los tres hechiceros, todos en actitud de ataque, las miradas concentradas y los puños levantados con distintos hechizos preparados en ellos.

—Pero ¿qué…? —dijo Elman.

—Los controla a su voluntad —susurró Vanegrio con la frente cubierta de un sudor helado.

—¿Cómo dices? ¿A todos?

—A todos, parece.

—Es otra cosa —opinó Valas—. Pues ningún hechicero que haya conocido, que conozca o conoceré, puede controlar tantas mentes a la vez.

—Sin duda ha contaminado a estos hombres con mentiras y engaños para ponerlos en nuestra contra, Vanegrio —dijo Elman.

—Otra vez caéis en el error de vuestro orgullo —manifestó Dorlun—. Pues si vosotros no podéis, ¡nadie puede!

Entonces, sin decir nada, levantó un brazo en el aire y todos los guardias de la Luz hicieron lo mismo, aun cuando ninguno lo miraba, y muchos le daban la espalda, y resultaba imposible que vieran lo que hacía, ni tampoco dio orden sobre ello.

—¡Por la balanza del bien y del mal! —soltó Elman.

—Dice la verdad —observó Valas Ton.

Vanegrio estaba encolerizado.

—Cobarde sabandija conspiradora —dijo entre dientes—. Has encontrado la manera de hacer este truco, ¿y piensas que estos hombres te servirán para salvar la piel? Pues... ¿qué quieres que hagamos… que luchemos con ellos y matemos a cien y dos veces esa cantidad hasta que lleguemos a ti y te arranquemos esa armadura del cuerpo para prender fuego en el veneno de tus entrañas? ¿Sacrificarás sus vidas de manera tan inútil para tener un instante de efímera gloria?

Dorlun sonrió.

—La Guardia de la Luz es para después, señor de la llama, para los planes que tengo cuando me haya erigido Archimago.

—¿Tú Archimago, Dorlun Gwarciryn, rata despreciable y poca cosa? —graznó Vanegrio con rabia—. ¡Saca a estos hombres de aquí, pues son buenos hombres y antes de tu ponzoña defendían una causa justa y no quiero matarlos! ¡Que si tengo que hacerlo para acallar tu boca, lo haré!

—Guardia de la Luz —dijo Dorlun despacio—, esperadme fuera de la torre, en la ciudad, hasta que os reclame.

Y ante esas palabras, los hombres dieron la vuelta y empezaron a marchar en dirección al exterior de la sala, y subieron por las escaleras con diligencia, el sonido de sus botas resonando por la sala.

Valas y Elman intercambiaron una mirada preocupada. No les gustaba nada cómo estaban desarrollándose las cosas.

—Este asunto parece serio —comentó Valas en voz baja—. Creo que sería prudente avisar a Briamor, a Ellör y a Uliss.

—No intentes retirarte ahora, Valas Ton —dijo Dorlun, ahora con semblante serio—, o haré que tu máscara se funda con tu rostro y no puedas ya ver, ni oler, ni decir cosa alguna, pues la carne será toda una masa mezclada con madera. De Briamor ya me he ocupado, y también de Ellör, por cierto, y de su padre el rey Ceoril, que está enterrado con todo su castillo encima a modo de monumento

funerario, junto a cientos de sus soldados.

Los tres fundadores dieron un respingo. Bravatas habían oído muchas, pero en aquel anuncio terrible, sorprendente e inesperado, captó Valas Ton el aroma de la verdad, que era diferente de todas las otras cosas, y sintió que se le marchitaba el ánimo en el cuerpo.

—Voy a comprobar eso —dijo. Pero cuando se dio la vuelta, Dorlun gritó:

—¡HE DICHO QUE NO!

Y los señaló con el dedo y, girando el cuerpo, los lanzó a los tres a la otra punta de la sala, de manera que quedó él bloqueando la salida. Cayeron al suelo y rodaron por él, y Vanegrio fue el primero en recobrar el equilibrio y ponerse en pie de un salto, también Valas se recuperó con rapidez, ajustándose la máscara en el rostro; mas Elman permaneció sentado y confundido, pues doblegar así a tres hechiceros como ellos a la vez requería un poder descomunal, y él lo sabía bien.

—Por las hermosas alabanzas que cantaba Venora Tormento a su padre… —susurró.

Dorlun se cruzó de brazos sonriente.

—Antes de mataros, quiero contaros una historia, ya que no podéis deducirla por vosotros mismos, pues mucho tiempo llevo conspirando y urdiendo en las sombras… Y debo confesar que estos momentos previos a mi ascensión son para mí dulces, y quiero experimentarlos antes de que todo cambie y me tenga que ocupar yo de tantas cosas que no tendré descanso en bastante tiempo. Y además, debo confesar que os he cogido cierta simpatía, pues el enemigo, cuando se le vence, despierta emociones tranquilas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Vanegrio, encendido por una cólera creciente, como el burbujeo del agua colocada encima del fuego.

—Pues escucha y sabrás —respondió Dorlun.

Dio unos pasos a uno y otro lado, mirando al suelo, con las manos a la espalda. Verle desplazarse con esa suavidad y esa rapidez, dado su tamaño, era algo que los ojos se resistían a creer.

—Existió un hombre, una vez, que vivía encandilado con el profuso mundo de los insectos. Los amaba y los admiraba por igual, y por ese motivo los estudiaba cuidadosamente. Era cosa curiosa porque nadie presta atención a los insectos: son molestos, pican, traen enfermedades y arruinan la cosecha, y por...

—¿ES ACASO ESTO UNA BROMA? —gritó Vanegrio interrumpiéndolo.

Dorlun extendió el brazo hacia él sin mirarlo, y Vanegrio se encogió como una bosta de vaca, brazos y piernas plegados contra el

cuerpo, y el titán levantó la mano con un movimiento rápido y lo lanzó contra el techo, donde golpeó con una fuerza que hizo que Elman y Valas Ton se encogieran sobrecogidos, pues pensaron que le había quebrado los huesos todos. Mas luego retiró la mano y Vanegrio cayó al suelo. Elman y Valas se acercaron a él con rapidez. Sangraba por la nariz y tenía la melena rubia cubriéndole el rostro alargado.

—Es… grosero y desagradable interrumpir así a un hombre cuando está abriendo su corazón —dijo Dolun en voz baja—. No lo hagas más.

Vanegrio encendió su puño, el rostro transmutado en el de una bestia a punto de morder, pero Elman le sujetó el antebrazo y lo contuvo.

—Paciencia, amigo mío —le susurró con disimulo.

—Ese hombre apocado, enjuto y poco agraciado, como decía, era un alquimista —siguió hablando Dorlun—. Un alquimista, para resumir una larga historia en pocas palabras, que encontró el afecto de una joven hechicera llamada Eben Dulcior Vairena. Su cabello blanco coronaba un rostro de unas proporciones tan equilibradas y agraciadas que Eben Dulcior cautivaba a quien la mirara, mas ella… eligió a aquel alquimista de entre todos los que la pretendieron, sin duda porque vio en su amor por los insectos una bondad que lo hacía… único. Los cielos de aquellas latitudes donde establecieron hogar dan fe todavía del amor incomparable entre aquella extraña pareja, feo él y hermosa entre las hermosas ella, y de ese amor… —siguió, tocándose su cabello blanco—… nació un niño, al que llamaron como el padre, Dorlun Gwarciryn.

Hizo una reverencia, y Vanegrio esbozó una mueca de asco.

—Formaron un gran equipo entre los dos, sin duda, pues lo que aprendía uno de la naturaleza y de los insectos en particular, la otra lo aplicaba a sus hechizos —siguió diciendo Dorlun—. En verdad os sorprendería saber las muchas cosas que se pueden aprender de los insectos. La simple mosca que todos apartan y desdeñan porque es molesta y repugna es capaz de captar la dirección en la que se propaga la luz. De esta manera pueden saber dónde se encuentra el sol aunque esté oculto tras las nubes, y ello les sirve de orientación. Es un hechizo muy útil, ¿no os parece? Más útil aún es el que obtuvo del estudio de las chinches, que recién nacidas pueden ayunar durante dos lunas a la espera de encontrar comida.

Se llevó la mano a la sien y cerró los ojos por unos instantes, tal vez como haciendo esfuerzo por recordar, y Vanegrio miró a Elman buscando su complicidad, porque creyó ver una oportunidad para atacar, pero Elman negó con la cabeza, otra vez con disimulo. El

enemigo estaba revelando cosas, y de las cosas se extraía mucha información importante que podía ser útil para buscar en él un punto débil.

—No sé muy bien cómo ocurrió —continuó hablando Dorlun—. Mi padre estudiaba las propiedades de un insecto que imitaba su entorno. Los trajo de un largo viaje que hizo, allende el mar, como regalo para mi madre: una jaulita con ocho de ellos. Si los ponías en un tronco, adquirían su color. Si estaban entre hojas, una hoja parecían. Eran en verdad fascinantes. Mi madre se interesó mucho por sus propiedades, pues pensaba que era el secreto de raras capacidades.

Llegados a este punto, tanto Valas como Elman escuchaban con verdadero interés.

—Mucho tiempo pasó ella estudiándolos y comprendiendo aquellos insectos sin nombre, raros como ninguno. Los observaba y pasaba mucho tiempo con ellos encima, los ojos cerrados para interpretar su vínculo particular con la Deriva. Sacrificó la mayoría, con el tiempo, para analizar su composición y sus miserias internas, para lo que destilaba sus escasos fluidos en los aparatos de alquimia de mi padre.

»Un día, sin embargo, un grupo de hombres nos sorprendieron. No fueron los primeros que llegaron hasta nuestra casa, claro, pero de los que aparecían abiertamente haciendo grandes aspavientos y ladrando más que mordiendo se ocupaba mi madre con sus hechizos. Aquellos se escabulleron con sigilo y traición, mataron a mi padre y capturaron a mi madre quien, antes de morir, lanzó su hechizo aún experimental sobre mí. El hechizo sobre el que estaba trabajando, fruto de sus experimentos y estudios sobre aquel insecto sin nombre.

Suspiró e hizo una pausa. A aquellas alturas de la narración, incluso Vanegrio Llamaviva había olvidado parte de su cólera y escuchaba sus palabras, aunque aún con un gesto de desprecio reflejado en su rostro alargado.

—Me salvé —dijo Dorlun—. El hechizo me volvió invisible a los ojos de aquellos bandidos, y a los de cualquiera, en realidad. Completamente… invisible.

—No puede... ser... cierto —susurró Valas Ton, que no conocía de hechicero alguno que hubiera desarrollado esa técnica.

Dorlun sonrió y, mientras lo hacía, desapareció de su vista sin más, en un solo instante, en el lapso en el que ocurre un pestañeo. Los tres fundadores se sobresaltaron y miraron alrededor por si aquel gigante había cambiado su posición.

La voz de Dorlun siguió sonando en el mismo sitio que ocupaba.

—Tan pronto comprendí lo que ocurría quise hacer algo, pues

como la mayoría de los niños amaba a mis padres más que a cualquier cosa de este mundo. Pero... la invisibilidad no se sobrelleva tan bien como parece. No es sencillo moverse, las piernas se vuelven torpes y te mueves tropezando con las cosas pues no tienes referencia de la posición de tus piernas, tus brazos o ninguna otra cosa. Así que… llegué tarde. Asesinaron a mi madre y yo huí.

»Estuve en ese estado invisible durante varias lunas enteras. Me movía con sigilo y robaba la comida que iba encontrando, de los huertos, de los almacenes, de las casas. Los únicos que podían rastrearme eran los animales, como los lobos, así que me mantenía lejos de los bosques y me movía por los caminos, pero cuando trataba de pedir ayuda las gentes chillaban de terror pensando que les hablaba un ánima, un espectro o similar, y no pocas veces se echaron a los caminos con antorchas y perros, que podían olerme y me obligaban a huir.

»Pensé que me quedaría siendo invisible toda la vida, y ese pensamiento, unido al recuerdo del asesinato de mis padres, me torturaba, y lloraba de día y lloraba de noche, martirizado por lo cruel de mi destino. Mas he aquí que un día, casi rendido ya a mi existencia invisible, me encontré con un ciego, y él me trató como la persona que era, y no como un monstruo, y estuve a su cuidado mucho tiempo.

Dorlun seguía invisible mientras hablaba. Su voz sonaba a veces a la izquierda y a veces a la derecha, y mientras hablaba y contaba su historia, Leman intentó varios hechizos en secreto para revertir su invisibilidad y anular el encantamiento, pero sin conseguirlo. Y ese fracaso le preocupaba, y Valas Ton se dio cuenta de ello y agachó la cabeza abrumada porque significaba que el poder de aquel hombre era varias veces superior al de ellos, y eso no les daba muchas esperanzas sobre el combate que, a buen seguro, se verían obligados a tener.

—Un día, el ciego quiso que fuera a hablar con alguien en su nombre, y tuve que confesarle lo que me ocurría y la historia de mis padres. El ciego pensó sobre ello, y me dijo: «Chico, ese bicho que dices no se volvía invisible, así que... o tu madre aprendió eso de alguna otra parte, o no eres invisible. Ese insecto sólo se mimetizaba con el entorno, imitándolo de tal manera que parecía el entorno y no él mismo. ¿No será eso lo que te ocurre?». Le dije que no lo sabía, y él miró en mi dirección y me dijo: «Pues yo si lo sé. Eres un mimético. Y mira a ver si no sabes cómo revertir ese hechizo de tu madre que tan preocupado te tiene que has de pasar tus días hablando con un ciego inútil, pues igual que mimetizas el entorno… quizá puedas mimetizar los hechizos».

—Fas… cinante —susurró Elman Karas.

—Así que… probé. Busqué en mi interior, intenté recordar cómo hacía mi madre sus hechizos. Me llevó mucho tiempo, mucho mucho tiempo, hasta que probé con los hechizos más sencillos, como el de imitar a las moscas y descubrir de dónde venía la luz. Y así, un día, sentado bajo las estrellas…

En ese momento, Dorlun apareció de nuevo ante ellos, con los brazos extendidos y la barbilla levantada, sonriente.

—… revertí el hechizo —concluyó.

—Un... mimético —susurró Valas Ton. Intentaba anticiparse a lo que eso significaba realmente, pero lo que iba encontrando en su cabeza le gustaba cada vez menos.

—¿Puedes… puedes aprender cómo se lanzan hechizos… mirando a otros hechiceros…? —susurró Vanegrio.

Dorlun soltó una carcajada.

—Por fin comprendéis algo por vosotros mismos. ¡Os diré que de veras empezaba a pensar que erais idiotas! —Y extendiendo de nuevo los brazos, gritó—: ¡Gracias por esto! ¡Gracias por la Luz del Oeste! Antes de la creación de este lugar pasaba mucho tiempo rastreando hechiceros, pues su ubicación no es precisamente algo que se comente en tabernas o posadas ni en ninguno de esos lugares, y cuando los encontraba me costaba mucho trabajo que me mostraran sus habilidades por mucho encanto que le pusiera yo a mi trato o muchas estratagemas que les contase. Pero aquí…

Sonrió.

—Aquí a un mimético le falta tiempo para absorber todos los hechizos que se ejecutan en sus muchas cámaras continuamente.

—Así es, por cierto —asintió Dorlun.

—Por eso… por eso me pediste que hiciera una demostración de alto nivel frente a los hombres —exclamó Vanegrio—. Rata cobarde y ladrona, urraca de hechizos y tramposo…

Dorlun sacudió la cabeza.

—En un momento me ocuparé de esa lengua bífida que tienes, señor de la llama —dijo—. Pero déjame terminar, porque... como comprenderéis, me cansé de hechizos básicos de aprendiz, hechizos sin interés alguno, hechizos repetitivos, poco creativos, sin nada que aportar.

—En lugar de aportar a la torre todo lo que habías aprendido de tu madre, todo su interesantísimo trabajo y sus descubrimientos —intervino Valas Ton con su voz femenina—, decidiste robar el trabajo de otros.

—¡Sobre todo el vuestro, Valas Ton medio hombre, o Valas Ton medio mujer, lo que quiera que seas ahora! Pues me costó muy poco

hacerme invisible y deslizarme en vuestra Cámara Aburrida para espiar todas vuestras reuniones, vuestro desesperante progreso, vuestra parsimonia y vuestros insufribles egos.

Vanegrio se puso en pie de un salto.

—¡Espía! ¡Traidor! ¡Comadreja sucia y taimada!

Giró sobre sí mismo con una rápida pirueta y, cuando volvió a encararse con el gigante, bajó el brazo y le arrojó un haz de luz que centelleó en el aire como la hoja de un espadón pulido por maestros herreros. Pero el titán lo desvió con el antebrazo con una facilidad pasmosa. Después de eso, giró la muñeca con cierta gracilidad y terminó por señalar a Vanegrio con un solo dedo. De su extremo brotó un delgado haz carmesí tan veloz como la luz que alcanzó a éste en el hombro, lo atravesó y pasó tan cerca de la pierna de Elman que le rasgó la túnica que llevaba. Vanegrio se llevó la mano al hombro con una expresión de dolor en el rostro.

—Déjame terminar, te lo advierto por última vez, Vanegrio Llamacoja —dijo Dorlun, ahora con el semblante serio—. Luego pasaremos a las manos. Pues aunque quiero que escuches la historia completa, empiezas a exasperarme. ¡Pues bien, sigamos! Allí, junto a vosotros, oculto de vuestra vista, lo aprendí todo sobre vuestros círculos, los atajaderos, las velas de sangre y… los lugares mazmorra.

Vallas Ton sacudió la cabeza con profunda tristeza.

—Veo que el medio hombre ya comprende. Pues sí. Vanegrio Llamavieja confeccionó no una, sino cuatro velas de sangre, y cambió una de ellas pero escondió las otras en un lugar que creía seguro… y lo era, si no fuera porque yo vi dónde las escondía y me apoderé de ellas, pues su sangre por entonces era más fuerte que la mía y encerraba mucho más poder. Él se dio cuenta más tarde, y por eso os pidió pasar tiempo en el lugar mazmorra, para acrecentar su poder y prepararse, pues temía algo. Pero sospechaste de todos menos del viejo Dorlun Gwarciryn, que se deshacía en elogios toda vez que te lo encontrabas para lanzarte un mensaje que tu mente registraba sin darte tú cuenta: que Dorlun Gwarciryn era sólo un plebeyo débil, que tú eras mejor, y que Dorlun Gwarciryn no era una amenaza.

Vanegrio agachó la cabeza, súbitamente avergonzado.

—Pues después de la vuelta de Ellör de esos lugares comprendí yo mi camino, que una cosa era la técnica… y otra el poder.

—Y accediste a los lugares mazmorra —susurró Elman.

—Accedí, sí, con ayuda de las velas de Vanegrio abrí los portales y entré, mas no por el mismo que usó Ellör sino por otro, y me hice con ese otro mundo y aprendí del poder inmenso de la Deriva en ese lugar, y estuve allí mucho más tiempo del que Ellör estuvo, mucho,

mucho más tiempo, sólo para asegurarme de que, cuando saliera, tendría tanto poder en mis manos que ni él podría hacerme sombra.

Elman escuchaba mientras movía la cabeza con incredulidad. Era como despertar de una pesadilla sólo para comprender que estaba… en otra pesadilla.

Dorlun sonreía.

—¿Sorprendidos? ¡Pues escuchad ahora! Pues mucho me parece que sois tan limitados como el alcance de vuestros dedos en un agujero que llegase al centro del mundo: cuando estuve dentro del lugar mazmorra, después de que hube conseguido un gran poder, volví a hacer todos los hechizos de desbloqueo de círculos, de apertura de atajaderos, de revelación de los mundos espejo… y encontré…

Valas Ton levantó la cabeza, superada por la súbita comprensión de lo que iba a decir, y la sacudió con rapidez. Estaba asustada. Asustada de veras.

—Sí —continuó Dorlun despacio—, encontré más mundos dentro de ese lugar mazmorra, y más aún... ¡Más mundos espejo debajo de esos otros mundos! Más profundos. Vetados. Secretos. La fuente misma del poder. La Deriva sin ecos, sino directa, tangible, palpable, de un poder inusitado, descarnado, sin filtro ni mesura. Allí dentro mi cuerpo se... deshacía. Se abrían heridas en mi piel, grietas en mi carne, se quebraban mis huesos y me abrían las puertas del reino de los muertos una y otra vez para que me rindiese, pues la Deriva rechazaba mi presencia en aquel santuario, pero para entonces… para entonces sabía lo suficiente como para recomponer mi cuerpo y cerrar mis heridas, una y otra vez, y las puertas del reino de los muertos volvían a cerrarse, sólo para que el proceso volviese a ponerse en marcha casi de inmediato.

—Por los cuatro humores del cuerpo humano —balbuceó Leman.

—Mientes —decía Vanegrio con el rostro enterrado en las manos. Su voz sonaba como un sollozo—. Mientes, mientes, mientes...

—Así que, cuando me acostumbré a ese proceso y se volvió tan natural como el respirar o el caminar, pude por fin, poco a poco, pensar en otras cosas. Y dediqué cantidades imposibles de tiempo a asimilar la Deriva, a comprenderla, a impregnarme de ella... pues si Ellör pasó tres veces cien días en lo que aquí habían sido diez, allí dentro, en la matriz sagrada de la Deriva, yo pasaba dos veces cien días en lo que aquí transcurría medio.

—Está mintiendo —decía Vanegrio en voz baja, a caballo entre la desesperación y la negación—. Miente. Mentiroso. Mentiroso…

—Pero… ¿qué pretendes? —preguntó Valas Ton—. Pues dices que has comprendido la Deriva, pero estás aquí y… ¿Dices que vas a

matarnos?

—Así es.

—Y has privado de su voluntad a todos los hombres para que te sirvan sin condiciones… ¿Cómo puede eso… ser consecuencia de tu conocimiento de la Deriva, si la Deriva es Luz? —siguió diciendo Valas Ton.

Dorlun se quedó mirando a Valas Ton como si viera a un ser humano por primera vez.

—¡Necia! —bramó, elevando la voz, y en la cámara ésta sonó como un trueno en un cielo oscuro y amenazador—. ¿Quién dice que la Deriva es Luz? ¿Qué es la Luz, en realidad? O... ¿qué es para ti? ¡Eres absurda! ¡Maestra de nada! Pues escucha...: ¡La Deriva es cambio! ¡La Deriva es movimiento! Más usas la Deriva, más crece y se renueva. La Deriva no quiere que cuides de la oruga, que mimes a la mariposa o alimentes y des calor al pájaro, o al gato, o que lo arrimes a tu lumbre y le pongas un nombre como si fuera un hijo. ¡Nada de eso quiere la Deriva ni le sirve para nada! Ahí la Deriva muere, se bloquea, se pierde, se malgasta. La Deriva quiere que la oruga mute en mariposa, que la mariposa alimente al pájaro y éste al gato, y que el gato muera y críe gusanos, porque en la muerte encuentra la vida su camino, y sólo así se perpetúa la ebullición de la naturaleza que propicia la Deriva.

—No… —susurró Valas Ton con un gemido áspero.

—No, sí… Da lo mismo, Valas Ton. Las cosas son como son, y la… interminable cháchara del hombre sobre lo que opina o deja de opinar sobre algo en concreto a la Deriva le da igual. Pero vierte la sangre del hombre que opina, que la Deriva creará vida en la sangre que mancha el suelo, y se apresurará a crear vida también en el cuerpo del hombre si de la herida cae al suelo y muere.

Se produjo un silencio sepulcral, roto tan sólo por la respiración agitada de Vanegrio, que era un jadeo y un sollozo a la vez. Dorlun se miraba las manos. Daba la sensación de que, por unos instantes, anduviera perdido en sus propios pensamientos.

—Después de regresar del lugar mazmorra dentro del lugar mazmorra, conjuré de la nada esta armadura —siguió diciendo Dorlun —, pues mi cuerpo estaba destrozado por las heridas que yo iba reparando pero, como las telas que se zurcen y las redes de pescador que se reparan, nunca quedan como nuevas otra vez.

—¿De qué… de qué está hecha? —preguntó Elman mirando su color borgoña veteado con una sospecha en la cabeza.

Dorlun sonrió.

—¿Crees que había… hierro por allí, en el lugar mazmorra? —

preguntó con sorna—. ¿De qué crees que la hice?

—De…

—De poder, Elman Karas —susurró Dorlun, y añadió—: De mi propia sangre. Como vuestras velitas diluidas, demasiado poderosas como para que pudierais manejarlas, me fabriqué yo un esqueleto nuevo para mi cuerpo, hecho de mi propia sangre.

Elman sintió una punzada de dolor en la cabeza. Intentaba calcular la progresión geométrica del potencial de poder que ese hombre llevaba embutido en el cuerpo, en la mente, en sus humores internos, potenciado por el escalofriante andamio que había construido alrededor de su cuerpo, y el resultado lo hizo temblar. Y se preguntó: ¿Cómo? ¿Cómo podrían detenerle… jamás? Eran como hormigas a las puertas del castillo más formidable que jamás se hubiera edificado, todo revestido de roca madre y acero de los Antiguos, y acero endurecido salido de los hornos más expertos del mundo. ¿Qué podían hacer ellos con su tamaño minúsculo, sus dientes tenacilla y sus caparazones de quitina, de un tamaño insignificante?

No mucho, se dijo. Nada.

Habían perdido.

Habían permitido que, en las sombras de su propia cámara, creciera un monstruo.

Briamor lo dijo en cierta ocasión. La Deriva era Equilibrio. Por cada corazón noble en el mundo, la Deriva generaba uno oscuro y retorcido. Por cada sonrisa, una desgracia. Por cada celebración, una tragedia. La Luz del Oeste era algo genuinamente puro y bueno, y allí estaba la respuesta:

Dorlun Gwarciryn.

—Y esto es lo que ha quedado del amor de tu padre por las cosas más pequeñas de este mundo —susurró Valas Ton—. Del amor sincero de tu madre por un hombre que era apocado, enjuto y feo por añadidura, mas ella supo ver sus bondades internas…, del sacrificio de tu madre por ti, pues pudo haberse hecho invisible ella misma, pero… teniendo solamente tiempo para lanzar un único hechizo, eligió salvarte, salvar a su hijo mediante un sacrificio último… ¿Esto es lo que ha quedado? ¿Esto has aprendido? ¿Tu conclusión? ¿Tú?

—¿Crees acaso que lo que me mueve es el deseo de venganza? —preguntó Dorlun incrédulo—. ¿Crees que albergo el deseo de… librar al mundo de asesinos y bandidos? ¿Acaso no me he explicado con claridad, o no estabas atento, Valas Tonto? Pues el Equilibrio soy yo. Del amor de mis padres surgió su contrapunto natural, su némesis. —Alzó la mirada hacia el techo, como inspirado, y añadió—: Soy el cambio. ¡Soy movimiento! Muerte soy... y por tanto... vida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Valas con un hilo de voz.

—¿Ahora? Ahora es cuando yo asciendo —dijo el titán con voz solemne—. Y vosotros… perecéis.

Capítulo 16

Despedidas, lágrimas, y la gran batalla del octógono

La proyección se resentía, crujía, parpadeaba como una vela que se queda sin alimento. Ellör Litos Ceoril no lo había conjurado de manera consciente; el hechizo salió de él de manera espontánea cuando el palacio empezó a derrumbarse, y formó una cúpula discreta y pequeña a su alrededor, sobre la que cayeron los escombros y todo el destrozo de lo que fue uno de los castillos más hermosos y felices de muchísimas leguas a la redonda. Mas el peso era demasiado, y era constante, y Ellör estaba consumido por el dolor de ver a su padre caído y su casa derribada, con tantos soldados como había en la sala cuando aquel titán monstruoso la echó abajo y la precipitó sobre ellos.

Abrazó el cuerpo de su padre por última vez, con dos surcos húmedos en las mejillas cubiertas por el polvo y la suciedad.

—Adiós, padre hermoso y justo, caído en batalla por trampas y hechicerías sucias y detestables, que sin ellas quizá habría tu mano detenido al invasor, como otras veces. Por mucho que busque, por mucho que aprenda, no encontraré yo las palabras para decirte cuánto te he amado, y cuánto te amaré así viva mil veces la vida de un hombre. ¡Adiós, oh rey Ceoril, padre de muchos y padre mío! Mas por las cosas que sé te digo adiós sólo por ahora. Que cuando vaya yo también al reino de los muertos volveremos a estar juntos y ya nada podrá separarnos.

Y juntó la mejilla a la suya y se manchó de su sangre, que aún estaba tibia, y cerró los ojos y los mantuvo cerrados un tiempo, y lo besó en la frente como señal de despedida.

Pero su hechizo de escudo se venía abajo rápidamente, y Ellör, como había aprendido por las malas, abrió un atajadero bajo sus pies y cayó unos metros hasta que apareció en una de las salas de la torre, mas lo hizo en los sótanos y no en otra parte, pues sospechaba que el enemigo, que sabía de crear cicatrices en la realidad, podía haber

decidido ir allí después de asesinar su legado, su palacio, y a su padre. Y el rey quedó solo en su tumba palacial.

Un tiempo después de que Ellör se hubo marchado, los campesinos y los pocos soldados que quedaban excavaron y buscaron entre los restos, y encontraron los restos del rey bajo los escombros, y todos lloraron con sinceridad su muerte. Y algún tiempo después todavía, depositaron su cuerpo bajo lápidas de piedra noble y dispusieron también una lámina de ébano negro junto a un templete altivo y abigarrado de filigranas hermosamente talladas; y allí distribuyeron flores muchas para celebrar y honrar su marcha, mas la verja de hierro que separaba su lugar de reposo del mundo no la cerraban nunca, pues era un hogar y no una prisión, y en el pináculo del templete emplazaron una llama eterna para que le sirviera de faro, porque tenían la creencia de que el lugar donde reposan los muertos es puerta entre mundos, y por ella entraban y salían con libertad.

En cuanto a Ellör, tras dejarse caer por el atajadero y aparecer en la ciudadela, supo de inmediato que sus temores eran fundados. Reinaba allí un silencio sepulcral, cuando la norma allí abajo era lo contrario, con el sonido de los guardias entrenando y combatiendo entre sí para probar sus aptitudes.

Miró alrededor, todavía vestido con las medias y las calzas y las botas, ninguna otra prenda cubriendo su torso desnudo, ni siquiera los brazaletes o el sombrero de ala ancha que solía llevar, mas su rostro estaba demudado de cualquier expresión, porque más de lo que le habían quitado no le podían ya arrebatar y en su mente sólo quería dar cuentas de ello.

Anduvo entonces por el corredor y percibió el suave olor a hechicería, que era característico, como de azufre pero más dulce, y captó todavía el suave ritmo del rever, que aún latía a cierto nivel entre las piedras, y supo que allí había ocurrido ya alguna cosa, algo a gran nivel. Y cuando trató de llegar a las escaleras encontró un objeto en el suelo que reconoció de inmediato.

Era la máscara de madera de Valas Ton, con una salpicadura de algo oscuro que la cruzaba diagonalmente. Y al verla su corazón casi saltó de su pecho para escapar por su boca, pues era augurio de algo terrible, que no había visto él a Valas Ton sin su máscara, ni a la máscara sin Valas Ton.

Dejó escapar una exclamación ronca, un lamento profundo que brotó de su pecho, emocionalmente abierto en canal, y se arrastró por su garganta. Y miró más allá y vio sangre, y al lado de ésta un hatillo que envolvía algo que parecía carne, y con los ojos anegados en lágrimas incipientes, siguió el rastro hasta la sala diáfana del gran

salón, y en ella vislumbró dos cuerpos.

Corrió hacia ellos, pues temía lo peor, y allí encontró a Elman Karas, que yacía en el suelo con una mano sobre su vientre herido más allá de la recuperación, pues sus interiores todos estaban a la vista, y de la mano salía un resplandor azulado.

—E… Ellör —dijo con esfuerzo, pues su cabeza se estremecía con movimientos espasmódicos y un temblor constante, mas miraba a los techos y no a él, como si ya no pudiera verlo—. Sa… sabía que estabas aún vivo, me lo decía la Deriva.

—Elman… ¿qué te ha pasado? ¿Ha sido ese titán gigantesco?

—Escucha… Ellör… —continuó—… pues he estado retrasando mi muerte para que pudieras saber. Que aquí nadie po… podrá detener a ese monstruo más que tú…

Y en ese momento, el resplandor azulado de su mano se extinguió.

—No, Elman, no… —susurró Ellör lleno de dolor y tristeza, pues era la segunda vez que se despedía de alguien y ya comprendía, con la máscara de Valas Ton en la mano, que no sería la última.

—No hay… tiempo para palabras, Ellör —balbuceó Elman entre temblores y sudores, su cara contraída por el mucho dolor—. Pues marcho ya al reino de los muertos. Pon… pon mi mano en tu frente…

—Tu mano en mi…

—Haz… ¡hazlo! —Mas lo que decía degeneró en aullido terrible que dejaba bien claro que dolores abisales desgarraban su cuerpo entero, y Ellör obedeció y se puso su mano en la frente.

Empezó Elman a resoplar para manejar el flujo de dolor, y el príncipe sin reino sintió una profunda tristeza porque su amigo moría, y moría con dolor, y él no podía hacer nada.

Mas fue entonces cuando sintió un pinchazo en la nuca, y la mano de Elman en su frente se puso caliente, y Ellör empezó a ver.

Y vio en su mente todo lo que había visto Elman Karas en las últimas horas, como recuerdos que se mezclaban con los suyos propios. El insomnio. La vigilia frente a la puerta. Vanegrio Llamaviva descendiendo por las escaleras. Y vio al titán en aquella misma sala y todo lo demás, y cómo se había ocupado de sus amigos con un poder indescriptible, y supo cómo había conseguido ese poder, hurgando en mundos bajo mundos y alcanzando la Deriva; y comprendió que los pingajos de ropa que había esparcidos por la sala eran los restos sanguinolentos de Vanegrio Llamaviva y Valas Ton, que lucharon con honor y hasta el límite de sus capacidades sin que sirviera de mucho. Y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos mientras contemplaba, con absoluta frustración, que no consiguieron hacer mella alguna en el

enemigo. Y tuvo que ver cómo murieron, atormentados, con crueldad, con mofa y desdén absoluto de sus vidas y de su integridad, pues en las manos de aquel monstruo eran incapaces y tres sacos de carne inútil eran.

—Elman… —susurró cuando las imágenes dejaron de llegar—. ¿Qué crees que puedo hacer yo si…?

Pero abrió los ojos y se encontró con la mirada perdida de su amigo, desprovisto ya de toda vida, fija en los techos fríos y desnudos de un sótano húmedo.

Apretó los dientes y agachó la cabeza, superado por la tristeza.

—Adiós, Elman Karas —susurró—. Adiós, amigo querido, sabio entre sabios, hechicero cabal y sensato, de buen corazón. ¡Y adiós también a ti, Valas Ton! Mi amiga y mi amigo a la vez, de pocas palabras pero tan valiosas siempre, cargadas en todo caso de verdad y cariño. ¡Adiós, Vanegrio Llamaviva! Que siempre fuiste fiel a tu camino y cuando había que contar contigo, se contaba contigo, pues tu llama estuvo hasta el final del lado de la Luz del Oeste.

Tras esas palabras, lloró. Y supo que tanto Briamor Candess como Madna Uliss debían estar también muertos.

Y…

Y ya no supo qué más hacer.

2

El sonido de varias explosiones en cadena resonaron por toda la torre. Una, dos, cinco… diez explosiones seguidas que propagaron un sonido atronador por todo el interior de la ciudadela. Los hechiceros que aún estaban despiertos dieron un respingo y salieron de las salas donde trabajaban, y los que dormían, despertaron. Se encontraron todos en los pasillos y escaleras, mirándose con ojos llenos de sorpresa y alarma, y por las escaleras les llegó la voz de Ellör, propagada por mor de un simple hechizo de proyección de voz, como el que gustaba usar Briamor.

—¡Despertad, hechiceros de la Luz del Oeste! —gritaba—. ¡La ciudadela está en peligro! ¡Despertad y poneos alerta! ¡Despertad!

Poco a poco fueron encontrándose todos en el octógono, junto a la puerta, y allí estaba Ellör Litos Ceoril, desnudo de cintura para arriba, creando hechizos de explosión dentro de un receptáculo mágico que contenía su devastador efecto destructivo, mas no el sonido, y les quedó claro que Ellör estaba usando aquel truco para dar la voz de alarma.

—¡¿Qué ocurre, Ellör Litos Ceoril?! —exclamó uno de los

hechiceros con los ojos aún abotargados por el sueño—. ¡Explícate! ¡Que no creo que quede nadie en toda la torre que se mantenga aún en sueño!

Como aún llegaban hombres y mujeres por las escaleras, Ellör esperó a que el número de ellos aumentase aún más para hablar.

—¡Dad la voz de lo que digo por las escaleras, y hacedlo rápido, pues el tiempo apremia! —dijo—. ¡Sabed que los fundadores han sido todos asesinados: Briamor Candess, Elman Karas, Valas Ton, Vanegrio Llamaviva y Madna Uliss, por un hechicero invasor que se ha autoproclamado Archimago y planea la conquista y dominación del mundo!

Los hechiceros se miraron unos a otros mientras daban réplica del mensaje por las escaleras, para que todos supieran de él.

—¿Dices que Briamor Candess ha muerto? —preguntó uno de ellos—. ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza esa idea loca, Ellör Litos Ceoril, siendo Briamor nuestro Archimago y el más capaz de entre nosotros?

—¡Mi campo de estudio es el del reino de los muertos! —exclamó el hechicero Algres Hiedemiel, que trabajaba casi siempre de noche, pues era cuando el reino de los muertos estaba más cerca del mundo natural—. ¡Veamos si Briamor Candess está en él, como dice Ellör!

Y cerrando los ojos y murmurando unas palabras que eran una degeneración oscura de las palabras de poder, retorcidas por nigromantes tenebrosos en cuevas profundas, desveló ante todos una imagen espectral que apareció en medio del octógono, justo sobre la cabeza de Ellör, y en ella vieron a Briamor Candess vestido con una túnica blanca y larga cuya cola se arrastraba por unas amplias escaleras de grandes peldaños, blancas inmaculadas y resplandecientes bajo la plateada luz de una luna brillante como un sol.

—¡Ahí está! —exclamó Algres con pesar—. ¡Observad todos! ¡Briamor Candess sube ya la Escalera del Mérito que lleva al reino de los muertos! ¡Y mirad! ¡Luce la meritoria túnica blanca de la Luz!

Hubo lágrimas y abrazos, y la noticia de que Briamor había muerto se propagó hacia arriba y hubo no pocos hechiceros que cayeron arrodillados con lágrimas, si no en los ojos, en el corazón. También Ellör sintió un gran pesar, pues una cosa era la sospecha y otra la certidumbre, y otra vez sintió congoja profunda y un dolor lacerante que le atravesaba el pecho de lado a lado.

Mas el reino de los muertos no gustaba de ser observado, y la imagen se desplomó pronto dejando caer una lluvia de partículas plateadas.

—Mas… ¿cómo es posible, Ellör? —preguntó el hechicero Leyas

Tordun—. ¿Qué hechicero invasor ha podido hacer algo así, vencer y dar muerte a nuestro Archimago? ¡Lo veo con mis propios ojos y no lo creo!

—No sólo a él, sino al resto, ¡haréis bien en recordarlo! ¡Uno henchido de poder al que no se puede destruir ni frenar, al menos por ahora, pues ha encontrado la manera de beber de la misma Deriva y ostenta todo el poder del cosmos en su cuerpo!

—¡Eso es imposible! —gritó alguien.

—¡Posible es! —bramó Ellör—. Así que os digo… ¡huid! ¡Huid ahora que aún estáis a tiempo, pues todo el que se enfrente a él morirá, o quedará su voluntad a su servicio, como ha hecho con la Guardia de la Luz, que ellos le obedecen, mas porque no tienen otra opción, que sus voluntades doblegadas todas han sido!

—¿Qué tienes tú que decir de la Guardia? —preguntó una voz a su espalda.

Ellör se volvió y vio a los hombres de la Guardia regresando de nuevo al interior, atravesando el portal de muchos en muchos, pues se les había dicho que esperaran fuera hasta que fueran reclamados.

—Estáis bajo embrujo… —se dirigió a ellos Ellör—. ¿No os dais cuenta? ¡No sois dueños de vuestros actos!

Pero como si no lo hubieran escuchado, uno de ellos se adelantó y se dirigió a los hechiceros al pie de las escaleras y todo a lo largo de éstas.

—¡Volved a vuestras cámaras! —ordenó—. ¡Y no salgáis de ellas hasta el amanecer!

—¡Esperad! —exclamó Siome Labranza, una hechicera conocida por todos por sus trabajos recopilando los avances de los hechiceros en pergaminos, en los que tomaba buena nota de los descubrimientos y mejoras que se iban consiguiendo—. Que si estos hombres se mueven en contra de su voluntad por mediación de hechizos, ¡otro hechizo lo revertirá!

Mas cuando lanzó un pase tratando de liberarlos, el pase crepitó como un carbón golpeado con un hierro y liberó partículas chasqueantes que la hicieron retroceder.

—¡Por los restos de Ospecto Lazofuerte! —gritó, y luego, en voz más baja y como atemorizada, añadió—: El hechizo está protegido…

Otro hechicero se adelantó de entre todos.

—¡Escucha! —dijo—. ¿Desde cuándo la Guardia nos dice a nosotros lo que hemos y no hemos de hacer, que ni siquiera nuestro Archimago hizo tal cosa en vida?

—¡Las cosas van a cambiar! —replicó el guardia—. ¡Haced lo que se os dice, pues la torre se rige ahora por el mandato de nuestro

Archimago Dorlun Gwarciryn, y hasta que él regrese, no habréis de pulular por los corredores y pasillos y conspirar contra él!

—¡¿Nuestro Archimago dices?! —bramó Ellör—. ¡Ni en vuestros mejores sueños ocurrirá eso! Que el nuevo Archimago será elegido entre todos y por todos, de manera que cada hechicero en la Luz del Oeste será tenido en cuenta en esa decisión.

Los hombres de Dorlun seguían entrando, y el octógono empezaba a llenarse de guardias por un lado y hechiceros por otro, con Ellör en medio. Mas ambos grupos se acercaban cada vez más los unos a los otros, los cuellos hinchados y las miradas turbias y, llegados a ese punto, empezaron a hablar a la vez, unos con otros y otros con unos.

—¡Retiraos! —decían algunos guardias—. ¡Retiraos, obedeced a la Guardia!

—¡Esto es intolerable! —decía otro sin dejar de avanzar—. ¡Intolerable!

—¿Acaso la Guardia está implicada en el asesinato de nuestro Archimago? —gritaba otro.

Ellör se retiró poco a poco, dejando que otros pasaran junto a él y ocuparan su lugar, pues mientras los hechiceros y los guardias se ladraban los unos a los otros, cada vez más encrespados, tenía una sola cosa en mente. Algo que había dicho uno de los guardias.

«Hasta que él regrese.»

Si tenía una oportunidad, una ventana pequeña, un resquicio de esperanza, no estaba allí, en los albores de una batalla que se percibía ya inevitable, pues muchos de los puños de ambos bandos se encendían ya entre los hombres y la Deriva reverberaba ya potente, con el clamor del rever empezando a marcar el ritmo de la contienda.

No, su oportunidad no estaba allí.

Hasta que Dorlun Gwarciryn regresase de dondequiera que se hubiera marchado como parte de su plan, podía intentar una sola cosa. Y esa cosa estaba en otro sitio: en los lugares mazmorra.

Se desplazó a una esquina en sombras del octógono, abrió un atajadero con rapidez, y se lanzó por él.

3

Es posible que el primer ataque que se produjera aquella noche fuera desde el bando de los hechiceros, cuando un joven llamado Veldon Iniceb, que había ingresado en la torre para buscar un remedio que devolviera la visión a su hermana ciega, lanzó un hechizo de salpicadura sobre uno de los soldados. El hechizo, que se percibía

como una humareda roja y negra de tonos encendidos, escapó de sus labios como un soplo y alcanzó a tres de ellos a la vez. Tosieron y se sacudieron y movieron las manos para disipar la nube, mas cuando ´wsta se disipó, sus caras y sus cabezas todas estaban recubiertas de abyectas manchas negras, feas como pústulas infectadas, que comenzaron a crecer y a desarrollarse en contacto con la piel, y provocaron agujeros humeantes que se extendían con suma rapidez. Los soldados gritaron y dieron vueltas sobre sí mismos mientras los que estaban alrededor miraban perplejos. Se produjo así un pequeño silencio de estupefacción que fue, irónicamente, el preludio de la gran batalla de la torre.

Los hechizos estallaron todos a la vez. Hubo relámpagos que salían del techo y golpes de luz que cegaban a quienes los miraban, y hubo haces de luz y un despliegue impresionante de Triángulos de Naiar de todos los tonos de color que podían verse en el arcoíris, triángulos que deflectaban los ataques y los dispersaban, provocando una lluvia de partículas incandescentes.

Una columna de llamas ascendió desde alguna parte y abrasó a un grupo de hombres que estaban alrededor y, acto seguido, las piedras del techo se volvieron blandas y crearon pompas que fueron creciendo de tamaño hasta reventar, y se formó lluvia que cayó sobre todos, extinguiendo las llamas.

Un hechicero luchaba dando vueltas sobre sí mismo, con dos brazos físicos y cuatro proyecciones conjuradas más, de manera que luchaba con seis extremidades, en la punta de cada una de las cuales centelleaban haces de luz que cortaban y producían heridas a todos los que tocaban.

La batalla no se limitó al suelo. Los hechiceros saltaban por el aire, y aunque no se mantenían en él como lo hacía Madna Uliss, sí que aguantaban lo suficiente como para lanzar ataques devastadores sobre los que estaban en el suelo. Uno de ellos fue alcanzado en pleno salto por un aspa giratoria traslúcida que salió de alguna parte entre el caos. Lo alcanzó de lleno y se dividió en dos, dejando caer una lluvia de intestinos y humores internos, entre ellos una considerable cantidad de sangre, que cayó sobre las cabezas y los cuerpos de abajo, bañándolos por completo.

En alguna parte, además, surgieron criaturas mágicas que algún hechicero, probablemente Saicarg Neiklot el iluminado, conjuró de alguna trastienda de su mente. Bocas picudas como cabezas de tiburón pero llenas de dientes y ojos atentos surgieron del suelo y las paredes y procuraron dentelladas salvajes a los guardias, y a éstos les arrancaba brazos y piernas y alguna cabeza, y los torsos se vencían

bajo los dientes provocándoles la muerte.

No faltaron quienes arrastraban los cuerpos de los heridos hasta la retaguardia del combate, y allí un pequeño grupo de hechiceros especializados en la restauración de heridas y otras dolencias del cuerpo les procuraban alivio cuando no conseguían repararlos lo suficiente para devolverlos al combate.

Mas los guardias habían sido entrenados en la Escuela de la Destrucción y conocían más hechizos ofensivos que los hechiceros, pues todos sus quehaceres diarios se basaban en su práctica y dominio, y en algún momento de la contienda los hechiceros de la Luz del Oeste tuvieron claro que les haría falta un poco de ingenio más que fuerza para vencer.

—¡Hechiceros de la torre, replegaos a los sótanos! —gritó alguien.

Y muchos hicieron caso a la voz y bajaron las escaleras a todo correr y se organizaron para resistir a los guardias creando un frontal de ataque organizado, pensando en acabar con los guardias a medida que bajasen, mas los que estaban arriba en las escaleras, viendo que no podrían descender más, optaron por poner distancia trepando por los escalones mientras esquivaban como podían los haces y los rayos, algunos de los cuales impactaban contra los muros de la torre y abrían huecos y brechas que dejaban a la vista el impenetrable acero de los Antiguos que servía de fundamento a la torre.

El truco funcionó un tiempo, y la defensa de embudo retrasó mucho a los guardias, que sufrieron numerosas bajas. Pero alguien lanzó un hechizo de neblina impenetrable y, aunque siguieron disparando a ciegas con los puños y los dedos extendidos, los guardias acabaron por llegar a las filas de los hechiceros y éstos se vieron obligados a huir por los pasillos.

—¡Conmigo quien quiera sobrevivir! —alzó la voz alguien levantando una mano con una runa, y vieron que era la runa de inflexión que los fundadores habían entregado a unos pocos en los que confiaban y supieron qué se proponía.

Se llamaba Alastor Volumenta y, con una numerosa hueste de guardias a su espalda, se las ingenió para crear atajaderos como los que usaron para ampliar la torre y crear salas superpuestas. Los hechiceros corrieron junto a él mientras Alastor replicaba las salas a su paso, lanzando múltiples cargas por dondequiera que pasara, y se formaron escaleras que no llevaban a ninguna parte y corredores retorcidos que no tenían sentido ni propósito, y los guardias, confundidos, acabaron dividiéndose no una ni dos sino múltiples veces, incapaces de salir de un laberinto creciente y retorcido.

Aun así, de vez en cuando se encontraban, pues Alastor no tenía

en su cabeza plan alguno para crear tantas salas y corredores y tanto desatino, y se producía entonces un complicado y terrible asalto de hechizos y contrahechizos; y en ocasiones estos ataques dañaban el techo o la pared y por ellos brotaba agua estancada de algún caudal subterráneo o de los depósitos de las letrinas que estaban encima de ellos. En esas escaramuzas alguno moría, sí, pero el grupo se esforzaba por proteger a Alastor aun a costa de su vida, pues era el portador de la runa, y al final éste siempre conseguía tender otro artificio entre ellos y los guardias y podían escapar de nuevo.

Muchas de aquellas salas, corredores y pasillos se crearon a la desesperada. A veces corrían por un lado y oían los pasos y los gritos de los guardias justo al otro lado del muro que venían siguiendo, o les veían pasando por la plataforma de abajo, o tenían que esconderse en las estrechas sombras que dejaban los huecos del muro o, aún peor, Alastor se veía obligado entonces a lanzar el encantamiento de inflexión de cualquier manera, a veces desde el suelo, y el encantamiento copiaba trozos del laberinto y los replicaba sin mucho atino, resultando en una pesadilla arquitectónica donde una pared podía tornarse techo, y un techo, suelo.

Por ese motivo, los sótanos de la ciudadela se convirtieron en un laberinto inextricable que multiplicó hasta cien veces diez el tamaño original de los sótanos; un laberinto, por cierto, del que muchos de aquellos guardias y aun el propio Alastor Volumenta no consiguieron salir nunca. Y allí murieron y allí se encuentran todavía sus restos, hasta el día de hoy.

4

Con el sonido del combate todavía en sus oídos, Ellör Litos Ceoril apareció en la Cámara Redonda sólo para encontrarse con unos restos ensangrentados en el suelo, rodeados de trozos de roca. La destrucción era absoluta. No había manera de saber de quién eran aquellos restos porque no quedaba nada reconocible, pero Ellör supo que se trataba de Briamor Candess.

—¡Por la laguna blanca…! —exclamó una voz a su espalda. Ellör se volvió con un giro rápido y, mientras lo hacía, de manera instintiva activó un hechizo en la mano izquierda.

Pero no era quien temía. Era uno de los hechiceros, y uno que conocía, o creía haber conocido o visto en algún momento. Y de pronto cayó en la cuenta: era el hechicero que había conjurado la imagen de Briamor Candess ascendiendo por la Escalera del Mérito, de camino al reino de los muertos. Apenas recordaba su nombre…

Hiedemiel, tal vez. Pero sabía que había sido uno de los reclutados especiales de Valas Ton y Elman Karas desde que tuvieron a su disposición los atajaderos y pudieron visitar las remotas ruinas de Olna y Barro entre otros lugares distantes.

Desdeñó el hechizo que había preparado y éste se extinguió de su mano.

—¿Qué… qué haces aquí? —preguntó en voz baja.

—Me has dado un susto de…

—¿Qué haces aquí? —insistió él.

Algres Hiedemiel señaló los restos mezclados con trozos de suelo y los charcos de sangre.

—Vine a hablar con el maestro Briamor —dijo—. Antes de que llegara al reino de los muertos, pues los muertos saben cosas que desconocían estando vivos…

—¿Qué…? —preguntó Ellör.

Hiedemiel sacudió la cabeza.

—¡Eso da igual, Ellör! —dijo Hiedemiel de repente—. ¡Escucha ahora! Cuando llegué, vi a ese enemigo del que hablabas, el autoproclamado Archimago.

—¿Dorlun?

—El gigante con armadura —confirmó Hiedemiel—. ¡Está rodeado de muerte, Ellör, eso yo puedo verlo sin concentrarme! Estaba aquí, conjuró un atajadero, pero uno rojo, de un rojo intenso que emanaba algo que no había percibido jamás… Líneas de hermosa y cruel muerte, ¡mas no las que llevan al reino de los muertos, sino a la otra, la negra escalera empinada que lleva a los pozos siniestros de la cancelación!

—Lamento no conocer gran cosa de los temas que estudias… pero…

Hiedemiel hizo un movimiento vago con la mano.

—Tampoco importa —repuso—. Ven aquí… Mira.

Lo llevó a un lado de la sala y allí, colgando del aire, vio Ellör unas diminutas fisuras, tan pequeñas, que podía haber estado deambulando por allí sin reparar en ellas.

—¿Qué…?

—¡Por aquí escapó el gigante, Ellör! Cerró el atajadero tras su marcha, pero hice un hechizo de rastro, por si servía de algo.

—Se ha… marchado a los lugares mazmorra —susurró Ellör.

—¿Los... lugares mazmorra?

Ellör sacudió la cabeza.

—Son… mundos dentro de mundos, de donde saca el poder… Pero… ¿para qué se ha marchado allí? ¿Quiere obtener acaso más

poder? ¿Más del que ya posee?

Hiedemiel asintió.

—El poder seduce más que la hermosa hendidura del ombligo en el suave vientre de una mujer joven, Ellör, y por tales cosas se han perdido reinos enteros y se han vuelto locos muchos hombres. Mas del poder no se sacia el hombre nunca y, si tiene los dos puños llenos, buscará un barril donde meterlo; y si el barril se llena querrá un almacén, y construirá un castillo alrededor del almacén y luego codiciará otros territorios para almacenarlo.

—Ya entiendo —dijo Ellör.

—Pero está dentro ahora, Ellör. No conozco esos atajaderos que tú y los fundadores habéis creado o descubierto, pero… se pueden sellar. Del mismo modo que se sella el ópalo sombrío por el que la luz de un cuerpo se evade cuando el cuerpo falla de manera que ningún vivo puede cruzarlo, ese atajadero vuestro puede sellarse.

Ellör pensó en sus palabras.

—¿Sellarse... de manera que quede atrapado dentro? —preguntó.

Hiedemiel asintió. Y Ellör volvió a pensar en ello durante unos instantes.

—No funcionará. No funcionará, te digo… Su poder es muy superior al nuestro. Cualquier hechizo que construyamos, él lo deshará. Cualquier traba que pongamos, él la desmontará.

Algres negó con la cabeza.

—Poca experiencia veo en ti para destilar tanto poder, Ellör Litos Ceoril —replicó Hiedemiel—. Pues muchas veces los hechizos no se basan solo en el poder que encierran, sino en cómo se construyen, como un acertijo, el tipo de juegos que entretiene a los niños. Un acertijo sencillo e inocente que un niño resuelve en un instante puede mantener ocupado al más sabio entre los sabios durante años.

En ese momento, el fragor de la batalla en el octógono llegó hasta sus oídos: una explosión seguida de un rumor rítmico, como el sonido de unos tambores de guerra.

—Mas debemos darnos prisa, me parece —añadió—. O pronto no quedarán ni guardias ni hechiceros.

—¿Cómo era el nombre tuyo? —le preguntó Ellör.

—Algres Hiedemiel.

—Entiendo tu ejemplo, Hiedemiel, pero… no sé cómo llevarlo a la práctica.

—Ni yo tampoco, por cierto. Pero tenemos buenos e inesperados amigos que de esto saben más que nosotros dos juntos, y que el enemigo se ocupó de apagar para que no pudieran detenerlo, ¡y no están tan lejos aún como él querría!

—¿El… maestro Briamor? —preguntó Ellör con un brillo de esperanza.

—¡Ven! —dijo Hiedemiel—. Antes de que sea tarde. Pues la Escalera del Mérito es larga, ¡pero no tanto, y Briamor, con el deber de aquí cumplido, asciende por sus peldaños a buen paso!

5

La batalla entre los guardias y los hechiceros escapó de los confines de la Luz del Oeste y se extendió por las calles de la ciudad. Muchos hombres y mujeres fueron despertados por el ruido ensordecedor de los hechizos que ambos bandos se lanzaban entre ellos, o por las explosiones y el fuego que comenzó a lamer las casas.

Un nuevo bando inesperado, un ejército de truhanes, mercenarios, bandidos y pendencieros y rudos hombres y mujeres de la mar, saltaron a las calles armados con hierros, espadas, espadones, trinchetes y otras herramientas que podían usarse como armas, y se enzarzaron en pelea con cualquiera que mostrase capacidades extrañas, fuera luz en sus puños o sus ojos o cualquier otra cosa.

El caos era terrorífico. Un hechizo sencillo que no debía haber provocado más que un sencillo agujero en la piel fue a dar contra unos barriles de pólvora que los marineros fabricaban purificando salitre y mezclándolo con carbón vegetal, y la explosión hizo volar por los aires el almacén entero, arrojando una enorme cantidad de escombros en llamas por todas partes.

Berno Preclaro despertó de pronto, sobresaltado, cuando uno de esos trozos de madera en llamas penetró por su ventana y le dio en la cara, tiznando su mejilla de hollín negro. Pensó que era una pelea callejera que se había descarrilado, como solía suceder, y saltó de la cama gritando y profiriendo palabras soeces de la peor clase, cogió la cimitarra que había tomado de las manos muertas de un enemigo caído, hacía ya mucho tiempo, y salió a la calle. Allí estuvo dando mandobles a diestra y siniestra, dando muerte a cuantos se encontraba sin importar si eran piratas, hechiceros o guardias, lanzando improperios espantosos, algunos inventados, y ni los guardias ni los hechiceros, aun con todos los poderes y hechizos de que disponían, pudieron detenerle; morían atravesados porque Berno Ojo Negro, como lo llamaron desde aquella noche por el hollín en su ojo, se movía como una exhalación y era tan rápido con su arma que nadie tenía tiempo de preparar hechizo alguno. Mató a más de cincuenta hasta que se le cansó el brazo y se hastió de tanta sangre, y se sentó en la calle, entre llamas, cadáveres y despojos, y engulló por la garganta

una botella de centeno fermentado que cogió de una caja que había quedado expuesta a la calle por haberse derrumbado la fachada del lugar en que se guardaba. Después de eso... se quedó dormido de nuevo; todos le dieron por cadáver y sobrevivió.

Pero muchos no tuvieron esa fortuna. La mayoría se veía atrapada entre los bandos y perdían la vida de cientos de maneras diferentes, algunos devorados por criaturas imposibles que los hechiceros invocaban para que les asistieran en el combate. Y el cielo, tal vez como respuesta a tanta intervención mágica, se encapotó de nubes negras y rompió a llover, mas bajo el fulgor del fuego y los haces de luz de los hechizos, la lluvia parecía roja, y muchos asegurarían después que esa noche llovió sangre.

Y encima de la torre, intenso como el fuego de la destrucción que asolaba la ciudad, el círculo de luz que daba nombre a la Luz del Oeste pareció brillar con más fuerza que nunca, henchido, quizá, de la sangre que se filtraba por la tierra.

Mas lo que nadie pudo prever, ni soldados ni guardias ni nadie en toda la torre, ocurrió.

Nunca, en todo el ancho mundo, en toda la historia de la hechicería o de los alquimistas, o de nadie que se dedicara al estudio o la mera observación de la Deriva, se había desenvuelto tanta magia simultánea durante tanto tiempo. El rever era ya un tormento rítmico que sonaban como truenos en sucesión que hacían resplandecer las negras nubes en el cielo a medida que arcos de fuego y destrucción asolaban la ciudad de los hombres. Pero he aquí que la Deriva era equilibrio, y tal vez como respuesta a aquel desequilibrio, o como daño colateral de la concatenación de hechizos de todo tipo, surgió algo nuevo que el mundo no había contemplado jamás.

Algunos lo llamaron «la Sombra», otros «el Daño», y aún recibió otros nombres, como «el Castigo» o «la Forma». Mas lo que vieron surgir de entre las calles, alto como treinta hombres y de un volumen indeterminado, siempre cambiante, los paralizó a todos, pues nadie comprendía de qué se trataba ni habían visto nunca cosa igual. Y esa Forma hacía crecer brazos negros de oscuridad que procuraban destrucción donde tocaban, y arrebataba la vida en el acto a cuantos tocaba, fueran hombres o mujeres o animales. Y los hechiceros y los guardias unieron esfuerzos y lanzaron contra él todo tipo de ingenios de ataque; mas cuanto más lo atacaban, más parecía crecerse, pues se alimentaba de las alteraciones innaturales que allí se desarrollaban sin pausa, de la obcecada manipulación del hombre del entorno para obligarlo a tornarse en llamas, o en vorágines destructoras de luz, o cualquier otra cosa.

La batalla fue breve, pues la Sombra se movía con una rapidez inconcebible para su tamaño, y no había muro tras el que protegerse ni barricada que la detuviera, pues cuando quería atravesaba la piedra y la madera y, cuando no, la destruía a su paso lanzando escombros en múltiples direcciones.

Entre los hombres comunes, la reacción fue peor. La mayoría no podía soportar su visión, pues la Sombra era negra como la muerte, más oscura aun que la noche, y ni los fuegos la iluminaban o hacían palidecer su cuerpo siempre cambiante; y superados por un horror infinito decidieron abandonar la ciudad; soltaron sus hierros y sus trinchetes todos y escaparon a la carrera por el camino ignorando el dolor de sus pechos y sus piernas, y ya no pararon hasta encontrarse en Barrador.

Y cuando las calles quedaron en silencio, la Sombra permaneció todavía un rato sobre las casas, cambiando de forma, atenta, pero sin obrar más destrucción. Y cuando ese tiempo pasó, se movió despacio como el humo negro de una chimenea sucia, llevado como por el viento sobre los tejados ruinosos, y se internó en la Luz del Oeste atravesando su piedra y el acero de los Antiguos, pues era centro de toda emanación de la Deriva en el lugar. Allí atravesó también el suelo del octógono y se internó en los sótanos que eran ahora un laberinto irresoluble, como regresa un gato callejero al confort del hogar después de haber estado peleando y batallando durante toda la noche.

Y el silencio. El silencio cayó por fin sobre las calles en llamas, llenas de cadáveres, con muy pocos supervivientes de los tres bandos escondidos entre sus calles, todos con el corazón encogido en los pechos temblorosos de puro terror. Sólo quedó el crepitar de las llamas y el sollozo de aquéllos que no podían contener las lágrimas.

Capítulo 17

El anciano muerto sobre el risco nevado

Esta vez, Algres Hiedemiel realizó un conjuro algo más complicado que cuando les mostró a todos a Briamor Candess ascendiendo, peldaño a peldaño, por la Escalera del Mérito, pues tenían que interaccionar con él. Pero la imagen que se proyectó en la sala era similar, toda blanca y reluciente, y Briamor estaba saludable y su piel tenía otra vez buen aspecto y el cabello le caía largo por los hombros y la espalda. Mas cuando la imagen se abrió ante ellos, se volvió para mirar, y su expresión era algo ceñuda.

—Briamor… —lo llamó Ellör con suavidad.

—¿Qué me quieres, Ellör? ¿Acaso no he terminado allí mis asuntos?

—Lo has hecho, maestro de la Luz del Oeste, pero como sabes, las cosas se han torcido por aquí y precisamos de tu ayuda una última vez.

—¿Qué puedo hacer yo ya, más que ascender?

—Queremos cerrar los accesos a los lugares mazmorra de manera que no puedan volver a abrirse, maestro Briamor, oh ascendido, más no sabemos cómo garantizar eso…

Briamor miró hacia arriba.

—Una cosa debes saber: existe un plan para todas las cosas de este mundo, Ellör Litos Ceoril —dijo—. No creas tú que por poner mucho o poco esfuerzo podrás alterarlo lo más mínimo, pues el plan lleva acordado mucho tiempo, y lo que ha de ser, será. Así que haz lo que puedas que, si está en el plan, suficiente será.

—Pero… maestro…

—Déjame ascender ahora, Ellör, que de ese mundo he cerrado la puerta ya y tengo la mente puesta en otras cosas. ¡Y tú, Hiedemiel, deja de husmear en los asuntos de los muertos, que si los dos mundos están divididos y separados es por alguna cosa!

Hiedemiel palideció y agachó la cabeza.

—Maestro Briamor… —dijo—. Una última cosa… ¿mi padre asciende quizá contigo?

Briamor miró hacia abajo, a la escalera.

—Ahí me viene a la zaga —afirmó—. Buen descanso le espera, me parece, pero… ¿acaso lo dudabas?

Ellör negó con la cabeza.

—Adiós por ahora. Que cuando vengáis aquí hablaremos de nuevo, ¡pero de otras cosas!

La imagen se quebró y se deshizo como la otra vez.

Hiedemiel seguía apesadumbrado por las palabras de Briamor, y Ellör se percató en el acto.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Bien estoy —contestó Hiedemiel—. ¡Vamos! Haz de esa entrada y esa salida una maraña de zarzas, puertas y candados con todo lo que sabes.

—El maestro Briamor parecía… distinto —susurró Ellör—. No nos ha ayudado mucho, me parece.

—Los muertos tienen sus propios asuntos, Ellör —opinó—. Es como si a un adulto le pides que recuerde una afrenta que sufrió cuando tenía apenas cinco años, en la cual un perro de los de estar por la casa le lamió la mejilla. Mas… me parece a mí que nos ha dicho suficiente.

—¿Y no me ayudarás tú en esto? —preguntó Ellör.

Hiedemiel negó con la cabeza.

—No es buena idea —dijo—. Que si ponemos trabas los dos, ninguno podrá ya abrir ese acceso sin el otro, y de puertas con cerraduras que tienen dos llaves y éstas se dividen y acaban en manos separadas está el mundo lleno, sin que nadie pueda abrirlas por siempre jamás.

—Pero…

Hiedemiel le dio un golpe con el puño en el hombro.

—¡El tiempo avanza, Ellör, y demasiado aprisa! —lo apremió—. ¡Ponte a ello y ponte ya que, cuanto más lo retrases, más posibilidades habrá de que el gigante vuelva!

Ellör asintió, separó ambas piernas para centrarse frente a la fisura y encendió sus dos brazos hasta el codo. Luego soltó todo el aire de los pulmones y empezó a trabajar.

Hiedemiel miraba fascinado. Mucho poder emanaba aquel hombre de gran tamaño, y aunque sus hechizos eran algo ingenuos y realizaba demasiados movimientos para cosas que deberían ser sencillas, pensó Hiedemiel que con el propósito de enredar y

confeccionar un galimatías indescifrable su falta de experiencia resultaba más que apropiada, pues un hechicero consumado no esperaría tales artimañas. Y Ellör lanzó conjuro tras conjuro, algunos de negación, otros de bloqueo, de ilusión, de cerrojo, de refuerzo de refuerzos, y conjuró la Promesa de Agno, que si algo se trastocara sobre lo establecido, el hechizo duplicaría los conjuros previos y los haría vigentes otra vez. Y sobre todo ello hizo pases y pronunció largas cadenas de palabras de poder, algunas tan poderosas que no estaban al alcance de cualquier hechicero, todas con el objeto de ocultar la naturaleza de los jeroglíficos que había encadenado.

Y, cuando parecía que había terminado, exhausto, con los brazos y las manos temblorosas, pues había sufrido daños en batalla y se le había caído un castillo encima y se había dolido también en partes del cuerpo que no eran ni la carne ni los músculos por sufrir la pérdida de un padre y de amigos muy queridos, sacaba fuerzas de la flaqueza y reanudaba los sortilegios. Y de pronto, tras unos momentos de duda, ante la atónita mirada de Hiedemiel, conjuró con éxito la Solución de Cinco Puntas de Fanlo Vernas, y la estrella apareció ante la fisura, brillante, de un color púrpura, dando vueltas con suavidad desde su eje central.

—¡Por los seis metales cargados de dones descritos en las tablas de alquimia! —exclamó Hiedemiel—. ¡Que la Solución de Cinco Puntas de Fanlo Vernas sólo la vi realizada una única vez, y por un hechicero que era capaz de cosas asombrosas!

—Para él será un juego, me temo —repuso Ellör—. Pero tal vez lo confunda su presencia en este embrollo y tarde un rato en descubrir para qué está invocada y qué hace. Pero… como mucho hemos ganado tiempo. Esto no lo frenará.

Hiedemiel miraba a Ellör.

—Un momento —dijo—. Tu tamaño… no es el de antes… ¿extrajiste tu poder acaso de ese otro lado?

—De los lugares mazmorra, sí.

Hiedemiel abrió mucho los ojos.

—Ahora entiendo —susurró, con los ojos muy abiertos—. Ahora... entiendo… Los muertos hablan a veces de ese lugar, pues lo he oído de ellos, mas no lo llaman así, tiene un nombre que no puede pronunciarse con la garganta humana, y nunca supe a ciencia cierta a qué se referían...

—No sé qué más hacer —dijo Ellör desesperado—. Ahí fuera hay un ser bestial que arranca árboles con su sola mirada y que viene decidido a entrar en nuestra cabaña, mas yo sólo puedo cerrar la puerta de tablones de madera y arrastrar y apilar muebles endebles

junto a ella. ¿Me explico, Hiedemiel?

—Eso lo sé —admitió Hiedemiel—. Pero Ellör… ¿Has oído hablar de la leyenda del Cetro de Sinzir?

—El… Cetro de Sinzir… ¿Qué viejas historias remueves ahora, y para qué han de servirnos? —preguntó Ellör, tan confuso como desesperado. Percibía muy a las claras que el tiempo se les agotaba y no habían resuelto apenas nada.

—Entonces sí has oído…

—Briamor nos habló de esa leyenda una vez, sí —asintió.

—Pues yo supe de ella a través de los muertos —explicó Hiedemiel en voz baja—, pues mis estudios muchas veces se basaban en escucharlos y aprender de las cosas que decían, sobre todo porque quería saber más de ese mundo que suele relacionarse con nigromantes, pues mucho conocimiento hay ahí que puede ser adquirido sin perder la cordura o la bondad de corazón, como les pasa a éstos. Mas a nadie le gusta este campo de estudio.

—Porque para los muertos no hay puerta cerrada ni casa fuerte —dijo Ellör—. Que eso todos lo saben, y muchos prefieren no tocar cosas que pueden volverse contra uno.

—¡Pues aprendí yo del cetro, por ejemplo, y tal vez sea la solución que buscamos!

—¡Hiedemiel! —exclamó enfadado—. ¿Acaso olvidas que no tenemos tiempo? ¿Quieres ahora que busquemos un cetro que nadie ha encontrado jamás aunque se ha buscado largamente en todos los bosques, en todas las cuevas y en la cúspide de todas las montañas, y bajo las aguas de los mares todos?

—¡Déjame hablar! —pidió Hiedemiel—. Pues el cetro fue construido en esos lugares que llamas los lugares mazmorra por el propio Sinzir, y lo hizo para robar de allí el poder sin que destruyese su cuerpo…

Ellör pestañeó. El propio Dorlun Gwarciryn había mencionado que la Deriva allí dentro, tras el atajadero, era tan poderosa que destruyó su cuerpo con graves heridas, daños aquellos que él tuvo que ir reparando a lo largo del tiempo, y que aun así tuvo que encerrar sus restos en una armadura para contenerlos, pues ni piel tenía, y los huesos suyos habían quedado todos quebrados.

—Lo que dices casa con lo que yo sé —dijo Ellör—. Mas no me explico cómo puedes tú saberlo.

—Pues sácate el cerumen de la oreja, Ellör Litos Ceoril, que acabo de decirlo. ¡Escuché a los muertos hablar de ello!

—¿Y acaso saben ellos dónde está ese cetro prodigioso?

—¡Sinzir se lo llevó con él al reino de los muertos! —exclamó.

Ellör pestañeó.

—No dispongo de tiempo... ¡y lo malgasto contigo! —exclamó con una especie de sollozo angustiado—. Pues nunca he oído que ningún muerto se lleve nada consigo al reino de los muertos…

—¡Sinzir lo hizo! ¡Puedes creerme, que no tengo yo tiempo tampoco para tonterías, menos aún si la vida me va en ello! Mas escucha, que tengo un plan: si abro una comunicación con el propio Sinzir, que lleva tiempo en el reino de los muertos, quedará sorprendido por ello, pues a estas alturas debe haber olvidado ya estos días de tierra y de carne. Y mientras esté distraído, podrás reclamar el cetro para ti, pues es terrenal y pertenece a este mundo, y se te permitirá sacarlo.

—Has perdido la cabeza… —exclamó Ellör.

—Ya se intentó una vez, Ellör —susurró—. Y no por mí, sino por un poderoso nigromante que levantaba cadáveres para que le sirvieran y le trajeran alimento y otras cosas. Mas el poder del cetro le arrancó la mano y el brazo cuando lo tocó, porque su poder es el de los lugares mazmorra, y el del nigromante era de este mundo.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó Ellör—. ¿Que le robe a un muerto?

—Acaso tómalo prestado, si eso te preocupa —dijo Hiedemiel—. Úsalo sólo para sellar la cicatriz y no habrá daño ni afrenta alguna que reparar.

Ellör sacudió la cabeza confuso. Todo iba demasiado rápido. Estaban resolviendo cosas que normalmente les llevarían semanas, y mucho le hubiera gustado tener a su lado la cabalidad fría y serena de Valas Ton, o el consejo del buen Elman Karas con sus cejas pobladas.

—¿Puede hacerse? —preguntó al fin.

—Ahora mismo —afirmó Hiedemiel.

Mas en ese exacto momento, la grieta se resquebrajó como se abre el pecho de un pollo cocinado hundiendo en la carne los dedos, y los hechizos de Ellör, como había imaginado, saltaron todos de su sitio y se desplomaron.

—No hay tiempo —dijo súbitamente pálido. Y añadió—: Ya viene.

2

Dorlun Gwarciryn irrumpió en la Cámara Redonda con una expresión consternada, haciendo que todo el cúmulo de hechizos de Ellör se desmontase con una pequeña explosión de partículas incandescentes y un sonido chirriante, como el que se produce cuando se afila el tercio superior de la hoja de una espada.

—¡QUÉ ES ESTO! —bramó casi al instante. Sólo la Solución de Cinco Puntas de Fanlo Vernas logró detener su avance, mas por un solo instante, pues con un rechazo de su brazo lo desmontó igualmente, descompensando sus trazos y haciendo que se expandieran por el aire hasta desaparecer, sin la fuerza autoreferente de sus trazos.

Y miró a Ellör, mas Ellör no pudo ver su expresión por llevar el casco puesto.

—Ellör Litos Ceoril… —dijo—. ¿Estás vivo a pesar de que arrojé sobre ti todo un castillo? Pues sí que te he subestimado…

Mas entonces, antes de que fuera tarde, Hiedemiel abrió la ventana hacia el reino de los muertos y vieron los tres a un anciano sobre un risco nevado que observaba las nubes, y con su mano derecha se apoyaba en un palo negro como de ébano, pero retorcido y nudoso, sin otra decoración que lo hiciera parecer hermoso más que la propia naturaleza de su forma.

—¿Qué… estáis… conspirando? —preguntó Dorlun confuso—. ¿Qué es ese artificio?

—¡Aprisa, Ellör! —susurró Hidromiel, como si no quisiera llamar la atención sobre él.

Mas si era aquél Sinzir o no, Ellör no lo sabía, pues más parecía un anciano que precisase de ayuda para soportar el peso de los años que otra cosa, y en cuanto a cayados como el Cetro de Sinzir, del que se decía era contenedor de poderes innombrables, no vio ninguno.

—¡El cetro, Ellör! ¡COGE EL CETRO! —gritó Hiedemiel.

Y Ellör miró de nuevo y comprendió. Comprendió de pronto que el codiciado cetro no era, como cabía tal vez esperar, una vara de plata, oro u acero, decorada con ornamentos preciosos, piedras trabajadas por orfebres expertos o engastes de otras cosas que eran escasas y valiosas en el mundo, ni mostraba tampoco filigrana alguna; el cetro era aquel sencillo bastón de madera desnuda que parecía, más bien, la muleta de un granjero cojo.

Mas cuando intentó acercarse a la imagen, Dorlun lo agarró del brazo y lo retuvo.

—Qué… estáis haciendo… —dijo, todavía confuso.

Ellör intentó desasirse, pero era como si su brazo hubiera quedado mezclado en la roca madre del corazón de las montañas:

resultaba imposible hacer cualquier movimiento, por mínimo que fuese. Y pensó: «¡Tan cerca y tan lejos!» Y pensó también: «Otra vez he fracasado, por lento, y ahora está todo perdido».

Sinzir se volvió lentamente hacia ellos, con la sorpresa naciendo en su rostro sereno, y aunque era anciano y las arrugas doblegaban su piel, era hermoso y transmitía una tranquilidad y un bienestar que ningún ser vivo había alcanzado jamás. Y entonces les sonrió, y sin que hubiera ningún movimiento de su brazo de por medio, de repente tenía el bastón extendido hacia ellos y una sonrisa iluminaba sus facciones, como si diera su consentimiento.

Ellör miró con profunda pena el bastón que la figura les tendía, pues le era imposible alcanzarlo, pero de manera inesperada, el hechicero Algres Hiedemiel, que parecía un niño pequeño comparado con los cuerpos de los dos gigantes, se abalanzó hacia el cetro extendido y lo tomó con su mano, y fue como si hubiera enterrado ésta en sulfuros ácidos de los que usan los alquimistas para destilar sus esencias primarias: sus dedos y la palma entera se volvieron negros de inmediato y empezaron a consumirse en medio de una humareda que olía a carne quemada por la llama viva. Mas tuvo aún tiempo, con los dedos reducidos a puros huesos, de volverse y lanzar el cetro hacia Ellör, quien lo tomó del aire con la mano libre.

La incredulidad de Ellör no podía ser mayor. Por un lado, la imagen de Sinzir desaparecía sin remedio, por otro, Algres Hiedemiel caía al suelo consumido por dolores insoportables a medida que su cuerpo se abrasaba sin llama, volviéndose negro y convirtiéndose su carne y su piel en un polvo oscuro, como pólvora, y muchas de esas virutas se elevaban en el aire y describían tirabuzones como cenizas finísimas. Y por otro lado, tenía el cetro en la mano, el puño cerrado sobre él. El Cetro de Sinzir, buscado por muchos, soñado por todos. El mítico. La leyenda.

—Ellör rata cochambrosa y muerta —soltó Dorlun—. ¿Qué maleficios traicioneros te traes con esa vara...?

Y el titán levantó la mano para apoderarse del cetro, y Ellör consideró lanzarle un ataque con éste, pero no estaba en absoluto seguro del resultado, porque el poder de Dorlun era ya enorme, y otra vez volvía del lugar mazmorra, seguramente de rascar aún más poder de allí, que cada minuto en el mundo era al otro lado una productiva experiencia. Así que, sabiendo que sólo tenía una oportunidad, apuntó a la grieta y lanzó un único hechizo. Uno de veto.

El poder surgió del Cetro de Sinzir con una fuerza explosiva. Dorlun salió despedido hacia atrás, y Ellör en dirección contraria, y el atajadero que había usado Dorlun se estremeció como si estuviera

afectado por algún dolor de las energías, si ello era posible, y se congeló. Quedó trabado en el aire como una escultura tan estrafalaria como imposible.

Y la sala quedó en silencio.

Ellör miró el cetro, perplejo.

Dorlun no dijo nada. Debía mirar al atajadero por la postura de su casco, que se quitó con rapidez y dejó caer a un lado, y vio Ellör su expresión perpleja, tan atónita que lo hacía parecer un bobalicón, y viendo eso Ellör rio entre dientes, porque mucho sospechaba que el hechizo de veto había funcionado.

Dorlun se incorporó de un solo salto, de una manera imposible, sin ayudarse de los brazos, y avanzó con dos zancadas hacia la escultura y empezó a hacer hechizos. Hizo pases, movió los brazos, desplegó energías de varias intensidades y hasta intentó atacarlo con haces de luz de inmenso poder, pero sin resultado. Y luego se desplazó a un lado e intentó abrir un atajadero nuevo, en otro lugar, pero el acceso a los lugares mazmorra estaba vetado por un poder superior. Y lo intentó una, dos y cuatro veces sin que obtuviese resultado alguno. Ellör aún reía por dentro. No podía derrotarle, eso era cierto, pero le había cortado el acceso a su suministro infinito de poder. Ya no podría seguir acrecentándolo, como seguro eran sus planes, hasta convertirse en una entidad insuperable contra la que no podrían hacer nada ni todos los hombres y hechiceros en la tierra, ni aun los nigromantes oscuros que almacenaban en sus cuerpos energías de ese mundo y del reino de los muertos.

Y eso… eso era bastante. Dorlun tendría que conformarse con ser señor de un vasto territorio y Archimago de la Luz del Oeste, lo que era terrible, pero no tendría acceso a ser amo del mundo, o aún peor, rey absoluto de todos los mundos de la existencia.

Como si hubiera leído sus pensamientos, con una expresión salvaje en el rostro y los ojos encendidos por llamas rojas de furia desatada, Dorlun se volvió hacia Ellör y le gritó:

—¡QUÉ HAS HECHO ELLÖR, QUÉ HAS HECHO!

Ellör sintió el poder de su voz, y se acordó de cuando Briamor lo forzó hasta el enfado para sacar todo el poder que tenía dentro. Y supo… que lo que había logrado no estaba asegurado. Miró el cetro en su mano y comprendió que si éste caía en manos de Dorlun, no sólo desbloquearía el veto, sino que tendría en sus manos otra herramienta de poder que lo encumbraría hacia su objetivo aún más rápidamente que antes.

Y tragó saliva y se puso repentinamente serio.

Porque sabía que estaba a un solo instante del fracaso.

Pero Dorlun, arrebatado por la rabia, cometió un pequeño error. Levantó la cabeza hacia el techo y profirió un grito terrible que le salía de dentro porque, a pesar de todo su poder, habían hecho burla de su persona, y era culpa de su arrogancia. Pudo haber hecho que la sangre de Ellör hirviera de repente, que sus rodillas se tornasen arenisca roja y cayera al suelo incapaz de sostenerse. Pudo haber encerrado su cabeza en una esfera de sencilla agua común que no hubiera podido retirar por mucho que hubiese querido y haberlo ahogado con ella. Pudo haberle atravesado el corazón señalándolo con el dedo. Pero optó por el camino largo de la crueldad, la tortura y la humillación… y la poética imagen del hijo del rey sepultado por el castillo que era su orgullo y su legado. Y por culpa de eso… por culpa de eso, el humillado era él.

Mas cuando agachó de nuevo la cabeza, vio en el suelo algo de sobra conocido.

Un atajadero cerrándose con rapidez.

Y Ellör... ya no estaba allí.

3

Ellör cayó en su propio dormitorio, y mientras caía, giró con rapidez y cerró el atajadero, y después de dar con su cuerpo en el suelo, abrió otro más al primer lugar que se le ocurrió: un prado a cierta distancia del castillo de su padre. Y el atajadero se abrió rápidamente y por él entró el frescor de la noche, que ya tocaba a su fin, y vio las hierbas verdes y oyó, distorsionado, el sonido del río que por allí pasaba. Mas no había accedido aún cuando oyó que la cicatriz en el techo se abría nuevamente, aunque eso distaba mucho de ser una sorpresa.

Accedió al prado y registró con rapidez el cambio de temperatura, pues aquellas latitudes estaban mucho más al norte y el frío, por la noche, era importante. Pero esa cuestión se fue rápidamente de su cabeza: lanzó el brazo hacia delante y conjuró un nuevo atajadero, esta vez al exterior del hogar de Briamor, que conocía bien, una cabaña de madera construida entre dos árboles milenarios con una pared de roca detrás, de manera que la casa era apenas un frontal y un tejado de madera inclinado. El lugar parecía largamente abandonado, y la maleza crecía por todas partes y en el tejado de la casa había ramitas y hojas y una creciente proliferación de musgo rojo. Pero tampoco esa vez tuvo tiempo Ellör de apreciar demasiados detalles, pues tan pronto apareció allí volvió a abrir otro atajadero, pues oía a su espalda al titán persiguiéndolo y bramando, y su voz colérica sonaba ominosa y terrible.

Pero Ellör tenía un plan. Sabía que Dorlun no podría alcanzarle con sus hechizos a través de los atajaderos, y que tampoco con palabras de poder podría detenerlo, pues cualquier sonido se deformaba y distorsionaba. Pensaba que si saltaba mucho, de uno a otro atajadero y seguía saltando una y otra y de nuevo otra vez, quizá consiguiera sacarle algo de ventaja en algún momento de descuido, pues Dorlun estaba encendido de cólera suprema, y Ellör sabía muy bien que, en ese estado, se cometen errores.

Y saltó, y saltó, cada vez más rápido, y a veces abría el atajadero a su izquierda y a veces a la derecha, y otras veces debajo de él, con el fin de despistar y retrasar la marcha de Dorlun. Fue por lugares que conoció de niño y que conoció de joven, siempre que estuvieran aislados y apartados pues no quería poner en peligro a nadie, y repitió algunos porque se le acababan las ideas. Pero Dorlun no se quedaba atrás, y muy pronto, todo lo que tuvo en la cabeza fue el sonido de los atajaderos abriéndose y cerrándose con ese zumbido extraño, sobrenatural, como el sonido de la savia cuando hierve en el interior de un tronco en un hogar colmado de llamas.

De pronto pensó que tenía el poderoso Cetro de Sinzir en las manos, y que bien podría usarlo para intentar algún hechizo contra

Dorlun. Que quizá no pudiera detenerlo, pero sí podría retrasarlo, y de eso iba todo al fin y al cabo, de ganar un poco de tiempo. Pero una cosa era abrir atajaderos y otra pensar un hechizo de ataque lo bastante potente, darse la vuelta, apuntar, y lanzarlo. Demasiado tiempo, le parecía, cuando Dorlun lo seguía tan de cerca. Si se retrasaba un solo instante, un solo momento, el tiempo que se tarda en pestañear… lo cogería. Lo cogería y haría que le explotase la cabeza, la garganta o los ojos, o prendería llamas en el interior de sus pulmones para que se abrasara desde dentro. Era, sin duda, demasiado arriesgado cuando había tanto en la balanza.

La cuestión era… ¿cuánto tiempo podía aguantar haciendo lo que hacía? Bastante, probablemente, porque crear los conjuros de apertura no le costaba apenas esfuerzo, y porque aunque tenía el cuerpo castigado por varios golpes y heridas, aún estaba fuerte. Pero estar en forma y seguir progresando a buen ritmo no quería decir que pudiera seguir haciéndolo eternamente. Eternamente era... demasiado tiempo. Si no conseguía distraerle, y distraerle de verdad, dejarlo muy atrás en la línea de atajaderos, entonces acabaría por atraparlo. Porque a buen seguro, su fortaleza vital animada por el poder que manejaba podía mantenerle en movimiento durante días y noches, y más días y más noches.

Mas… ¿qué podía hacer?

En algún momento pensó que, si las cosas se torcían, podría intentar una loca ocurrencia: arrojar disimuladamente el cetro tras uno de los saltos, entre uno y otro, quizá aprovechando un giro a la izquierda, o a la derecha, y confiar que no lo viera. Si eso funcionaba podría saltar hasta desfallecer, cuantas más veces mejor, porque dudaba que Dorlun recordara todos los sitios por los que habían pasado.

Entonces, por esos vericuetos misteriosos por los que se conduce la mente en los momentos más extraños, recordó de pronto un juego al que solía jugar cuando era niño en el castillo, en el patio de armas y en los jardines. Jugaba a las pilladas con los hijos de los guardias y, a veces, cuando se empeñaba, incluso con los propios guardias. Él corría y los demás tenían que pillarlo, y con el tiempo llegó a ser el mejor, porque hacía maniobras muy rápidas en las que fingía que iba hacia un lado, y cuando encaminaba a su perseguidor, cambiaba de dirección e iba en sentido opuesto. Pensando en eso se le ocurrió algo: saltar a un sitio cualquiera, y desde ese sitio, saltar de nuevo al anterior. Si todo iba bien, lo sorprendería de espaldas, y podría tener tiempo quizá de lanzarle un hechizo, si lo preparaba bien.

Tuvo que pensar en el hechizo, uno de congelación, y en los sitios

por donde iba a saltar cuando estuviera listo, mientras continuaba saltando por sitios que su mente invocaba ya al azar, pues tenía que tener muchísimo cuidado de no incurrir en algún patrón o cosa previsible. Y cuando estuvo preparado, abrió el atajadero y... apareció por detrás de Dorlun, que corría hacia él, mas un poco más allá se vio a sí mismo corriendo… con Dorlun delante, y así infinitamente. La impresión fue mayúscula, irreal, y casi le cuesta la perdición. Dorlun fue muy rápido en darse cuenta de por qué se había producido ese efecto infinito, y se volvió con la rapidez de una serpiente, y todos los Dorlun de la cadena se volvieron en sucesión eterna.

Casi pudo ver sus ojos llenos de satisfacción, sus manos moviéndose para lanzar un conjuro devastador, sus labios preparando una palabra de poder, una sola, que le parara el corazón en plena carrera.

Con la sangre súbitamente helada en las venas, Ellör apenas tuvo tiempo de reaccionar. Hizo una finta, como cuando era niño, y cambió de dirección para regresar por el mismo atajadero del que venía. Detrás de él oyó el sonido deformado de una explosión de luz, y su resplandor iluminó el suelo delante de él. Pero no le había alcanzado. Abrió un segundo atajadero, y un tercero... hasta conseguir escapar, otra vez. Pero por muy poco. Muy muy poco. Demasiado poco.

Otro error como ése, pensó Ellör, y Dorlun le pondría la mano en el cuello y le daría muerte de manera instantánea.

Saltó de nuevo a la hierba del prado con el río, y luego volvió al exterior de la casa de Briamor. Casi le pareció oír entonces la risa de Dorlun a su espalda, y cayó en la cuenta: se estaba repitiendo. Apretó los dientes y trató de concentrarse. No podía saltar a los mismos sitios porque corría el gran riesgo de que Dorlun se anticipase, de alguna manera, o dejase un hechizo trampa que él pudiera activar al saltar.

Pero se le acababan las ideas.

Saltó entonces al sótano de la Luz del Oeste porque fue el primer lugar nuevo que se le vino a la mente, y cuando lo hizo ocurrió algo extraño: cuando salió de la cicatriz volvió a cambiar de sitio sin que él hubiera hecho nada, y al principio se asustó porque pensó que era una argucia de Dorlun, pero miró alrededor asustado y no vio al hechicero por ninguna parte, tampoco atajadero ninguno. Estuvo confuso unos instantes, sin moverse, y en esa pausa se dio cuenta de que jadeaba y respiraba con rapidez, inspirando y exhalando grandes bocanadas. Ya no estaba tan fuerte como hacía un rato.

Pero ¿qué había pasado?

Aún estaba intentando comprender qué había pasado cuando oyó a Dorlun gritar:

—¡¡¡ELLÖOOOR, HIJO DE MIL PADRES, SACO DE TRIPAS, SERPIENTE TRAIDORA INMUNDA!!!

Dio un respingo.

Sonaba como si estuviera allí mismo. Allí mismo. Detrás de la pared, o a la vuelta de la esquina. Entonces oyó una concatenación de explosiones y la pared y el techo retumbaron como si fueran a resquebrajarse, y el polvo cayó del techo formando una pequeña nube. Realmente estaba allí, furioso, lanzando hechizos en todas direcciones. Cerca. Muy cerca. Pero… ¿qué había ocurrido?

Sus ojos se abrieron cuando le sobrevino una súbita comprensión.

La inflexión. No sabía qué había pasado, pero alguien había estado jugando con las salas, creando nuevas conexiones de las que no sabía nada. Entonces pensó en usar un atajadero para salir de allí, ahora que Dorlun no lo veía, pero…

—No… —susurró sin darse cuenta de que hablaba en voz alta. Se tapó la boca con la mano y esperó, inquieto.

—¡ELLÖR, COBARDE RASTRERO! ¡APARECE!

No podía abrir un atajadero. Era un principio básico. Él podría rastrear la energía del atajadero con facilidad; con probabilidad estaba husmeando la Deriva, intentando sentirlo, sentir su energía cambiando a medida que manejaba las líneas invisibles que trazaban la realidad y que los hechiceros alteraban para provocar los cambios.

Entonces se alejó, caminando tan despacio y tan en silencio como pudo. Pero cuanto más se movía, más tenía la sensación de que todo cambiaba, que la sala se transformaba casi a cada paso. No sabía quién había hecho aquello, pero supo que estaba en una suerte de laberinto desquiciado, pues cuando Dorlun gritaba, su voz cambiaba de posición.

—¡SUCIO TRAMPOSO, SAL DE TU AGUJERO DE RATA Y LUCHA!

Ahora estaba delante. Ahora ligeramente por encima. Ahora atrás y a la derecha. Se estaba moviendo, y eso… eso era malo. Si se movía mucho, podía acabar apareciendo delante de él, o aún peor, a su espalda. Podía estar muerto mucho antes de saber que estaba siendo atacado, una suerte de muerte instantánea, y eso... eso no era bueno.

Pero pensó que mantenerse en movimiento era la única opción viable si quería alejarse de Dorlun, al menos alejarse lo suficiente como para que no pudiera rastrear una cicatriz. Y moviéndose con sigilo encontró los cuerpos muertos de varios hechiceros, todos cadáveres recientes, pues la sangre derramada aún brillaba en el suelo, y acabó deduciendo que la batalla del octógono que él abandonó por querer parar a Dorlun había llegado hasta allí. Y se le ocurrió que tal

vez alguno de aquellos hechiceros fuera de la escuela de la *Claustra Arquitectorum* y que estuviera en posesión una runa de inflexión, y que en mitad del combate fuera replegándose provocando aquel cataclismo de salas. Sólo tenía que encontrar el camino de vuelta hasta el octógono, y desde allí podría mezclarse con la gente de la ciudad y conseguir alejar el cetro para esconderlo de las garras de Dorlun.

— ¡ ESTÁS ATRAPADO CONMIGO, ELLÖR! —gritó la voz de Dorlun, pero para su alivio, esta vez sonó muy, muy lejos, tan lejos que era apenas un murmullo en la distancia. Eso le infundió nuevas esperanzas, y se arriesgó a andar un poco más rápido, sólo un poco, pero por primera vez en mucho tiempo tuvo la sensación de alejarse, y su corazón empezó a iluminarse de nuevo.

Mas cuando pasaba por una plataforma elevada, de repente oyó pasos a su derecha y tuvo que detenerse. Se asomó con extrema precaución, la frente cubierta de un sudor frío, y vio a Dorlun, el titán, pasando por allí, mirando a uno y otro lado, con el brazo extendido y una luz blanca saliendo de su palma extendida.

Ellör volvió a ocultarse, otra vez asustado. Acababa de oírlo a mucha distancia y otra vez lo tenía encima. ¿Cómo conseguiría librarse de él?

Miró el cetro en su mano con los labios apretados y un gesto de concentración en la mirada. El cetro era la clave, eso creía. Pero… ¿sería suficiente? ¿Cuánto poder tenía el anciano Sinzir en realidad, muerto sobre el risco nevado, en el reino de los muertos? El cetro había sido lo bastante fuerte como para imponer el veto al atajadero de los lugares mazmorra, y ese era un poder enorme, lo bastante como para que todos los esfuerzos de Dorlun hubieran sido en vano.

Pero… ¿podrían con él?

¿Podrían?

No era una pregunta sencilla. Ni una decisión fácil, sobre todo sabiendo que de lo que ocurriese en aquel momento dependían demasiadas cosas. Como el destino de todo lo que existía sobre la tierra y aun bajo ella.

¿Qué haría Valas Ton en su lugar? Su mente preclara, mitad hombre mitad mujer, tendría sin duda la respuesta a ese dilema. Porque Dorlun había sido Guardia de la Luz y estaba versado en la Escuela de la Destrucción, y eso lo situaba en una posición muy ventajosa con respecto a él.

Si hubiera sido Vanegrio Llamaviva, la cosa habría sido distinta. Recordaba ahora con amargura que cuando Vanegrio solicitó con silencio y humildad acceder a los lugares mazmorra, su voto fue en

contra. Todos votaron en contra. Mas si Vanegrio hubiera adquirido el poder… habrían estado preparados para hacer frente a Dorlun. Lo habrían parado. Vanegrio lo hubiera parado. Pero decidieron no confiar en él. No confiaron en un amigo de tiempos, fundador de la Luz del Oeste, no confiaron en sus intenciones ni en sus capacidades, y ahora perdían todo lo construido y todo lo soñado. Por desconfianza, que era emisaria y embajadora del miedo.

Vertió una lágrima.

Era un durísimo aprendizaje. Durísimo.

—¡Ellör! —lo llamó Dorlun.

Ellör, desde su escondite, dio un respingo.

Algo era diferente. Algo.

—¡Ellör, hagamos un trato!

Estaba hablando, ésa era la diferencia. Ya no gritaba, como si quisiera que lo oyese desde la distancia, estuviera donde estuviese. Sólo hablaba.

«Lo sabe —pensó Ellör—. Sabe que estoy cerca.»

Una oleada de calor asfixiante ascendió desde su estómago, explotó en su corazón y allí se reveló como terror. Mas no era terror por su suerte o su vida, sino por la responsabilidad que llevaba encima. El cetro… el cetro, el maldito cetro, pensaba; había sido tal vez la solución, pero ahora era parte de un problema mayor. Y recordó a Sinzir entregando el cetro a través de la imagen y se preguntó si la sonrisa que les brindó no tenía quizá un talante sarcástico.

«O bien puede sentir el cetro o puede sentir mi energía, o la maquinaria orgánica de mi corazón —pensaba Ellör—. Pero sabe que estoy cerca.»

—¡Ellor! —seguía diciendo Dorlun—. ¡Entrega ese bastón y te dejaré vivir!

Ellör no respondió.

—¡Te ayudaré a reconstruir tu castillo, piedra sobre piedra, si es lo que quieres! —ofreció Dorlun—. El castillo de tu padre, Ellör. ¡Lo levantaremos más alto, dos veces más alto y tres veces más ancho! ¡Y levantaremos una sala en honor a tu padre, contando sus gestas y logros en vida! ¡Y en el centro del palacio, que será el más hermoso que ningún hombre haya soñado jamás, pondremos una estatua de ágata serpentina, alta como diez hombres, con incensarios todo alrededor, y en ellos prenderá la hierba sativa de siete puntas para que al mirar la estatua todos sientan que aún está entre nosotros! ¡Sólo tienes que rendir el bastón, Ellör!

Ellör miraba el cetro. Tan pronto decidía usarlo como

abandonaba la idea, así una y otra vez. Y el cetro parecía ser sensible a sus preguntas, pues el bastón estaba muy caliente bajo su mano.

—Ellör… sé que estás cerca… —decía Dorlun—. Puedo... sentirte…

Ellör cerró los ojos.

—No me obligues a desmontar este lugar para encontrarte, Ellör...

El hijo del rey Ceoril intentó no mover un solo músculo, no respirar y no pestañear, con la esperanza de que Dorlun dejara de sentirle. Y empezó a pensar que funcionaba, porque de improviso, su enfado fue en aumento y empezó a gritar de nuevo:

—¡COMO QUIERAS, HEREDERO DE ESCOMBROS Y RUINA! ¡IRÉ HASTA ESE REINO DE NOGALERA TUYO Y ESPARCIRÉ LOS RESTOS DE TU PADRE, UNO POR CADA REINO QUE HAYA EN EL MUNDO, Y SALARÉ LA TIERRA Y AGOSTARÉ CADA CULTIVO QUE HALLE EN ELLA!

Ellör apretó los dientes.

«Voy a usarlo», se dijo. Y movió los dedos alrededor del bastón para asirlo con más tenacidad, y en su cabeza empezó a preparar mentalmente el hechizo que iba a usar primero, y los que iba a usar después, y…

Mas cuando estaba haciendo eso, y de nuevo como si Dorlun Gwarciryn hubiese leído sus pensamientos, se desató una hecatombe desde el piso de abajo. Proyecciones de energía de una potencia inusitada salieron despedidas de su armadura, pequeños soles iracundos que atravesaron la plataforma donde Ellör estaba subido y la quebraron en docenas de trozos que se derritieron como mantequilla sobre pan tostado. Las paredes y el techo fueron afectados y se vencieron por muchas partes, mas los artificios de la inflexión seguían siendo efectivos, y los trozos que explotaban atravesaban los artificios y regresaban de nuevo a la cámara, provocando una reverberación trepidante.

Ellör corrió. Se alejó de allí sin importarle que Dorlun pudiera oír sus pasos o ninguna otra cosa, porque la destrucción era tan grande que, de haberse quedado, no hubiera tardado mucho en caer. Mas, cuando se alejaba, oyó algo nuevo…

Un sonido escalofriante le hizo arrojarse al suelo, pues sonaba como si el mundo se desgarrase en dos, partido por la mitad por una fuerza titánica; pero a la vez, el sonido poseía una cadencia encadenada que él, como hechicero, pudo detectar bien: como si la Deriva hubiese lanzado un alarido animal, grave, profundo… y hostil, que le hizo encogerse y cerrar los ojos con fuerza. La piedra desnuda del suelo estaba helada y penetraba en su interior como la mano de un

muerto, y olía a humedad y a lugar cerrado y abandonado. Jamás en su vida había sentido Ellör Litos Ceoril tanto terror.

Se produjo entonces un silencio absoluto y, cuando se atrevió a abrir los ojos, vio una forma, de un negro tan intenso que la luz no lo permeaba, emergiendo de las paredes, del suelo y del techo. Extendía brazos sinuosos, como tentáculos, que buscaban en el aire, evolucionando con tirabuzones retorcidos. Y en ese mismo momento, antes incluso de que pudiera pensar o hacer nada, un chorro de luz carmesí se dirigió hacia ella desde algún punto por debajo de la plataforma elevada en la que estaba.

Era Dorlun, por supuesto, intentando defenderse.

Mas el chorro atravesó limpiamente su insomne oscuridad y la ráfaga dio a parar contra la pared y le arrancó trozos de piedra gris y desvaída sin que la afectara en absoluto. Eso pareció llamar la atención de aquella oscuridad. Volvió a emitir un sonido espeluznante que reverberó en su pecho con fuerza, y empezó a moverse con rapidez en dirección al rayo.

—¡An Tyr Na Vas Sin Des! —gritó Dorlun allá abajo. Pero si ese hechizo estaba dirigido contra la noche negra que salía de las paredes y de todas partes como un ente interminable, no hizo ningún efecto. Oyó a Dorlun gritar, y hubo una sucesión encadenada de diversos hechizos, triángulos y llamaradas que debía estar lanzando contra la forma, incluyendo más palabras de poder. Hizo tantos hechizos simultáneos de un nivel tan alto que el rever comenzó a resonar, vibrante, como marcando el ritmo del combate.

Sin pensar mucho en lo que hacía, Ellör se atrevió a asomarse por el borde de la pasarela, todavía tumbado en el suelo. Y vio a Dorlun flotando en medio de la forma, luchando con los dientes apretando y los puños encendidos en fuego abrasador, y de su boca abierta y de sus ojos salían centellas carmesí como si en su interior sólo hubiera el vacío cósmico que respira en silencio entre los astros del firmamento.

Muchos hechiceros había visto Ellör en su vida, y muchos hechizos en funcionamiento también, mas como en aquella batalla terrible no había encontrado ninguno. Cada movimiento, cada golpe, desgranaba un poder tan grande que las once líneas de la realidad se movían, casi como si amenazaran con romperse. Y era hipnótico, y tan hermoso en cierto modo como terrible: dos fuerzas universales en contienda, como el volcán que emerge en el fondo marino y el fuego y el agua chocan y se revuelven como campeones antagonistas y complementarios de la creación.

Porque aquella oscuridad no era un fenómeno como una tormenta o un terremoto; estaba claro que se trataba de una entidad de algún

tipo, y peleaba contra Dorlun no por azar, sino por destino.

Cuanto más miraba, más se preguntaba Ellör qué sería aquella noche negra, y de dónde había salido. Su aparición había sido tan providencial que llegó a pensar si no sería acaso un poco de ayuda enviada por Valas Ton o Elman Karas desde el reino de los muertos, pero desechó la idea porque sabía que ese reino obedecía una ley de no intervención y que ese lugar y el que ocupaba estaban separados, porque uno era la vida y el otro la muerte, y una cosa no podía ser a la vez que la otra. Y luego pensó si no sería ayuda enviada por la Luz del Oeste, por la Deriva. Y pensando en ello, que fuese cosa de la Deriva, se le ocurrió que podía ser un efecto colateral de las fuerzas que estaba conjurando Dorlun Gwarciryn, que no eran ciertamente de este mundo, y que el Equilibrio bien podía haber traído sus propios combatientes a la contienda que allí estaba teniendo lugar.

Fuera como fuese, pensó en contribuir a la destrucción de Dorlun mientras estaba ocupado usando el cetro. Mas eso supondría ponerse en medio de dos colosos del Equilibrio, y estaba seguro de que no saldría bien parado; y luego pensó en qué ocurriría si la Sombra ganase, cuáles serían sus intereses, si se detendría ahí o continuaría un periplo de destrucción por el mundo.

Sin embargo, una profunda intuición se puso en marcha en su interior y le susurró, llenándolo de un repentino conocimiento que era algo más que una sospecha, pero no tanto como una certeza. Y pensó que la Sombra solo quería detener el abuso de poder sobrenatural que no era de allí sino de otro sitio, y que, eliminando su origen, tal vez se desvanecería, o dormiría para siempre entre las salas duplicadas y alocadas del laberinto de la Luz del Oeste, como guardián que era.

La pregunta era: ¿ganaría?.

Pero mirando el combate vio a Dorlun extenderse y crecer como la misma Forma, su materia convertida en algo de aspecto líquido, algo imposible que le hizo abrir y cerrar los ojos varias veces, y se recordó con una mueca de ansiedad algo que había olvidado.

«Ellör, idiota —se dijo—. Es un mimético. Está aprendiendo de la Sombra mientras lucha y, cuanto más ímpetu ponga ésta, más fuerte se hará él. Y cuantos más ataques concentre en su cuerpo, más ataques aprenderá.

No. La Sombra no lo vencería. No podía. Y cuando la doblegase y la sometiera con su voluntad, le arrebataría la suya a la Sombra y la haría dormir en el laberinto como su mascota, su perro guardián, un maravilloso centinela que guardaría el acceso a sus aposentos mejor de lo que nadie podría hacerlo jamás.

No podía vencerlo. Nunca podría. Pero podía huir y esconder el

cetro. Y ése era el momento; antes de que el combate terminara, podía alejarse de allí y desaparecer sin que Dorlun tuviera un solo momento para rastrearlo.

Corrió entonces por las salas, subió y bajó escaleras y atravesó numerosos arcos sin dejar de oír los sonidos del titánico combate entre Dorlun y la Sombra y; tan enrevesado y lioso era el laberinto que en un momento dado miró hacia arriba y vio a Dorlun peleando con la negra noche en el techo, y supo que para ellos nada había cambiado, que seguían en lo que para ambos era el suelo, y que era él el que había cruzado los suficientes artificios como para que lo que estaba arriba estuviera ahora abajo, y al revés.

Pero en su huida, se le ocurrió a Ellör de pronto utilizar un mínimo haz de luz para saber qué era real y qué no lo era, pues si el haz desaparecía en mitad de la nada es que había allí un salto ficticio entre sitios; y con ese método progresó bastante y acabó encontrando las escaleras que llevaban al octógono, sembradas de cadáveres de hechiceros y de guardias, y de marcas terribles en las paredes, suelos y techos que denunciaban los increíbles combates que allí habían tenido lugar.

Mas allí se dejó caer en los escalones de piedra y respiró varias veces hasta recuperar un poco de aliento, y mientras lo hacía miró la gran sala diáfana y se despidió por última vez de los restos de sus amigos, de Elman Karas, de Valas Ton y de Vanegrio Llamaviva, y les dijo adiós, trepó por las escaleras con el cetro en la mano y abandonó la torre.

No se esperaba Ellör ver lo que vio, ni que sus pulmones se llenasen del humo que engendraban los fuegos y los incendios que consumían la ciudad entera. El silencio era terrible y absoluto, sólo las llamas celebraban tanta destrucción con un crepitar tan acusado que no se oía otra cosa. Mas no había gente por las calles, ni nadie a la vista, sólo cadáveres, entre los cuales vio hombres, hechiceros y guardias. La destrucción, se dijo, había sido absoluta. Vida y prosperidad había por la tarde, y en el alba del nuevo día la ruina proliferaba por todas partes.

Se llevó la mano a la frente y, agachando la cabeza, cerró los ojos por un instante.

El sonido pausado y lento de unos cascos de caballo lo hizo abrirlos de repente. Allí delante, emergiendo de entre el humo, tenía a un viejo conocido, y su corazón recuperó un poco el ánimo.

—Príor —dijo—. ¿Has venido a despedir a nuestro amigo Briamor? Pues seguro que ya lo sabes, que sientes siempre las cosas aun cuando no estás ahí para verlas.

Príor bajó la cabeza y se quedó a su lado, sin hacer o decir nada.

Ellör puso la palma sobre su lomo.

—Aquí no queda ya nada, viejo amigo. Ni sueño, ni obra, ni la vida de nadie. Todo arruinado y destruido sin esperanza. Y me da a mí, Príor, que la Deriva quiso esto. Se mostró ante Briamor y le indicó cómo construir la torre, que en ningún otro lugar quiso ser construida, y su luz se encendió con la sangre vertida de la primera batalla. —Sacudió la cabeza—. ¿Y acaso la ciudad más cercana no era ese pozo oscuro de brea y sal llamado Barrador? ¿Y la gente que vino a emplazarse alrededor de la torre no era también de la peor calaña? ¿Acaso a este lugar no se lo llamaba el Quebranto, pues en este sitio se veían ojos misteriosos y el solo silencio podía helarle a uno la sangre en las venas? ¡Pues que pierda yo todos los dedos de las manos las dos, y también los de los pies, si no eran eso señales de que ese canalla de Dorlun tenía razón cuando decía que la Deriva es destrucción! Tal vez debimos haber hecho caso a esas pistas mucho tiempo atrás, mas estábamos más concentrados en lo que podíamos aprender y hacer que en otras cosas más importantes, y hemos pagado un alto precio.

Bajó la cabeza mientras intentaba digerir el dolor que sentía, un estilete oscuro que le atravesaba el corazón y le impedía, en ocasiones, hasta respirar.

—Pues se me ocurre ahora, Príor, que esa Sombra que he visto en el sótano, ahora laberinto de la ciudadela —dijo, más hablando consigo mismo que con el caballo—, quizá dormitaba aquí abajo, en la tierra o en alguna cueva debajo de ella, y que de ella surgía el poder y las instrucciones para levantar la torre, pues le sirve de morada. O tal vez me equivoque y sea de otra manera.

Se mantuvo un rato en silencio, como a la escucha.

—No —respondió Ellör—. He terminado con la hechicería y con la Deriva. Viviré en una cabaña y trabajaré la tierra con mis propias manos, y si estudio alguna cosa será cómo dar filo a la hoja de mi hacheta para cortar mejor la leña, pues me siento engañado y dolido y manipulado.

Príor relinchó brevemente.

—Mas primero tengo todavía que ocultar este bastón que ves en el lugar más escondido del mundo que se te ocurra, para que no pueda ser encontrado.

Hizo una pausa de nuevo mientras escuchaba.

—Te agradezco que quieras acompañarme en esa empresa, Príor —dijo otra vez—. Pues me encuentro solo y me fallan las fuerzas. Y en lo sucesivo, lo que pueda yo hacer por ti, lo haré.

Subió Ellör a su lomo, con el fuego de las casas ardiendo

alrededor, y con voz cansada y el ánimo hundido, susurró:

—Adelante, Príor. Llévame donde te parezca mejor.

Desaparecieron por las calles en llamas, y ya no se los volvió a ver por ese lugar hasta mucho, mucho, mucho tiempo después.

Capítulo 18

La turmalina tallada de belleza

Acababa de anochecer y llovía cuando Ellör y Príor llegaron a Gandín, que en ocasiones también se la conocía como Adaul, siempre conocida como la Ciudad de las Mil Trampas allí donde preguntaras. Mas cuando se asomaron por detrás de unos árboles retorcidos sobre una loma distante, la visión que obtuvieron del lugar fue muy diferente de la que tenían en el recuerdo: aunque la última vez que recorrieron aquellas calles estaban todas destruidas y en llamas, lo que veían ahora era una ciudad más grande, y las cabañas de madera habían desaparecido y habían sido sustituidas por unas de piedra, muchas de las cuales eran grandes como palacios, y cerca de la ciudadela se confundían con la propia torre, pues se mezclaban con su fachada, que se elevaba hacia el cielo asemejándose a la hoja de una espada. Y había entre ellas altas chimeneas de las que salían humos extraños que ascendían al cielo más como serpientes que como humo, y por encima de estas casas y entre ellas había plataformas elevadas y puentes con arcos que daban a la ciudad aspecto de maraña apretada. Y la Luz del Oeste en el pináculo aún emitía su espectral brillo, mas había sido cubierta con un techo alargado y terminado en punta, con ventanucos que arrojaban destellos fríos e intensos.

Ellör se despidió allí de su amigo, pues un caballo como él atraería la atención de muchos ojos curiosos, que saltaba a la vista que era mucho más que un caballo, y su constitución fuerte, robusta y grande recordaba a la de un caballo de batalla y muchos podrían quererlo para ellos.

—Adiós por ahora, amigo Príor. Espérame por aquí, te ruego, que si acaso tuviera éxito en rescatar a la muchacha, habremos de necesitar piernas fuertes y rápidas como el viento para escapar de este lugar.

Príor relinchó dos y tres veces.

—¡De acuerdo! —contestó Ellör con una media sonrisa—. ¡Qué carácter sacas a veces! Pues entonces la traeré yo hasta aquí pueda o no, que no deseo que cuando me toque ascender por la Escalera del Mérito me tire de ella un caballo muerto a la carrera.

Príor volvió a relinchar, pero suavemente, y Ellör conocía bien esa manera, que era más risa que otra cosa.

Ellör acercó su cabeza a la del caballo y cerró los ojos cuando se encontraron.

—¡Bueno, adiós amigo! ¡Adiós!

Y empezó a descender por la loma hacia las calles.

2

Las cosas habían cambiado de veras. Había esperado Ellör que aquella ciudad fuese lugar de cobijo de hombres y mujeres comunes como los que vivieron antaño en aquel sitio, y que podría mezclarse con ellos a pesar de su tamaño, para tratar de sacar algo de información en lugares donde se reunían para beber, sobre todo. Pero lo que vio por las calles no eran hombres, sino soldados, o guardias, para el caso, y según su categoría iban vestidos de una manera o de otra, con marcas distintivas, e iban todos armados. E intuyó Ellör que Dorlun Gwarciryn había organizado allí un ejército de hechiceros soldado que estuviera preparándose para la guerra, y que las altas chimeneas eran tal vez indicio de hornos donde se creaban armas o armaduras, lo segundo con gran probabilidad, pues los cuerpos de los hechiceros podían caer también bajo el impacto de las flechas más sencillas.

Así que se movió con prudencia por las calles oscuras al amparo de un cielo cubierto por nubes bajas. Había antorchas y faroles encendidos por todas partes, y por las calles empedradas circulaban carruajes cargados con cajas; mucha actividad para la hora. En las plazas, los hombres formaban y unos capitanes tocados con penachos carmesí en sus cascos daban instrucciones a los hombres. Ellör encontró muy desconcertante todo ese movimiento; era como si llegara justo en los albores de algo. Algo importante. Y conocía las casualidades, sí, pero aun con su edad y los años que le había robado a la muerte, todavía tenía que ver una con sus propios ojos.

Sin embargo, se las arregló para moverse por las sombras, arrastrándose de una calle a otra. A veces llegaba a un punto complicado porque la calle que tenía que cruzar estaba llena de guardias, y cuando estaba ya considerando dar la vuelta para ir por otro lado, por mor de un golpe de suerte los soldados se ponían en marcha de manera inesperada y dejaban el camino libre. Se dijo que la muchacha debía estar iluminada por algo o por alguien, una entidad elevada quizá de los reinos ascendidos, y que tal vez…, sólo tal vez, tuviera suerte.

Cuando había avanzado ya un buen trecho, empezó a preguntarse dónde retendrían a la muchacha. En la torre, con seguridad, pero quizá no. Quizá no... porque la torre era la opción más evidente, y pensando ellos que él la buscaría allí, tal vez la hubieran encerrado en cualquiera de aquellos edificios, en alguno que usaran como prisión. Sería algo así como esconder algo poniéndolo a la vista. Pero ¿dónde?

Si no podía sacar información de una taberna, tendría que sacarla de alguno de esos guardias, mas cuando pensó en esperar en las sombras a que alguno de ellos se acercara para retenerle y obligarle a hablar, recordó que, en tiempos, los guardias estuvieron controlados

por la voluntad de Dorlun. Si eso seguía siendo así, entonces su plan daría al asesino de su padre la pista de que estaba allí. Lo vería. Y lo cazaría.

Su plan, desde luego, no pasaba por enfrentarse con Dorlun. Esta vez ni siquiera portaba el Cetro de Sinzir, pues seguía escondido en un lugar recóndito, y no saldría de allí, que el riesgo de ser cazado era demasiado alto. Sólo quería infiltrarse, como una sombra pálida pegada a una esquina, y rescatar a la muchacha sin ser advertido. Y si fallaba y caía, pues caía, pero se sentía en el ánimo y el deber de intentarlo.

Así que siguió arrastrándose de pared en pared y de calle en calle, y de vez en cuando miraba hacia el cielo preocupado, pues si dejaba pasar la noche y llegaba la mañana, sus oportunidades de pasar desapercibido se reducirían drásticamente. Y cada vez que tenía oportunidad pegaba la oreja a alguna conversación entre guardias sin que ellos lo advirtieran por si podía aprender algo, pero las conversaciones eran triviales, incluso banales, o se referían a sus tareas específicas, de las cuales no aprendió mucho salvo que, en efecto, se preparaban para algo. Y esa misma noche, en concreto.

«¡Qué mala suerte!», pensó. Estaba intentando pasar desapercibido la misma noche en la que todos los soldados estaban en las calles, ocupados con algo que parecía importante.

Pensando en eso decidió ir a la torre. Hubiera sido muy sencillo abrir un atajadero para aparecer en el octógono de manera instantánea, o para ir derecho a su antiguo salón privado, donde dormía en tiempos, cuando la Luz del Oeste brillaba altiva en la torre, sin encierros. Mas no sabía quién le vería aparecer al otro lado, y sobre todo, cuántos. Y sabía que Dorlun estaría escuchando la Deriva, rastreando por las cercanías el empuje energético de un atajadero formándose en alguna parte. Porque con la muchacha en su poder, sabía que él vendría.

Así que se movió por las calles, contentándose con hacer solamente pequeños hechizos de ocultación de bajo nivel si pensaba que necesitaba un refuerzo en algún momento dado, como cuando un guardia o soldado miraba con una ceja levantada hacia donde él se ocultaba. Siguió en dirección a la entrada de la torre, que acaso estuviera aún en el mismo sitio y, cuando estuvo cerca, miró hacia arriba y sintió cierta congoja, pues hacía mucho mucho tiempo que no la miraba desde la calle, y había olvidado lo enorme que era y lo alto que llegaba.

La entrada, por cierto, seguía en el mismo lugar y conservaba el mismo aspecto. Allí estaba la fachada que los hombres de Barrador

destruyeran el primer día de su fundación, sólo que en la piedra ahora crecía un musgo negruzco y enfermo. Allí fue donde tomó la decisión de no recurrir más a la hechicería, y donde montó sobre Príor con el Cetro de Sinzir, y donde marchó al exilio pensando que jamás volvería. Pero allí estaba, intentando salvar la vida de una pequeña ladrona cuyo hurto había sido... su envejecido corazón. Que estando allí bajo la torre, por toda preocupación tener éxito en su misión y no por miedo a perder la vida sino a salvar la de la niña, se daba cuenta de que la quería ya si no como a una hija, como a una nieta, que en lo que toca a las cosas del querer es la misma cosa.

Y con eso en la cabeza, sin pensar en el hecho extraño de que las puertas de doble hoja no estuvieran protegidas por guardias, entró en la torre.

3

Tenía delante la gran sala del octógono, que le estaba pareciendo idéntica a como la recordaba, cuando la visión de ésta se vino abajo como si fuera una pintura en una tela. Y cuando cayó, la luz cambió, y el sonido de unos aplausos estallaron en algún punto delante de él.

Ellör pestañeó, y su ánimo entero se le cayó a los pies como un vidrio viejo, y allí se hizo añicos mil y se extinguió.

El que aplaudía era Dorlun Gwarciryn, de pie delante de él.

—¡Ellör Litos Ceoril! —exclamó con una sonrisa.

Había pasado tiempo. Toda la vida de un hombre desde que se vieran por última vez, sí. Pero Dorlun seguía igual que como lo recordaba. La misma cara, la misma expresión, la misma armadura con la que asesinó a su familia y amigos, el mismo cabello blanco, aunque ahora le había crecido y le caía por los hombros. Mas todo eso daba lo mismo. Le había cazado. Había fracasado, por no ser más astuto, por no ser más prudente o más valiente, que eso nunca lo sabría. Le había atraído a su presencia con el truco más viejo del mundo, un atajadero en el umbral de la puerta. Uno que llevaba a su presencia. Seguramente todos los soldados habían sido advertidos y tenían prohibido el acceso para que él cayera en la trampa.

«¡Qué torpe he sido! —se dijo—. ¡Torpe, torpe y mil veces torpe!»

—¡Alegría y celebración! —dijo Dorlun—.¡El hijo pródigo ha vuelto a casa!

Ellör miró alrededor. Era la Cámara Redonda, desde luego, tal y como la recordaba, excepto que faltaban los seis jarrones con fuego que honraban a los seis fundadores, y que era mucho más amplia, como si hubieran cogido las paredes y tirado de ellas para extender sus márgenes.

—Ya… ya está —susurró Ellör mirando al suelo—. Así acaba todo…

—¿Acabar? —repitió Dorlun—. ¡Al contrario! ¡Empieza ahora, mi viejo amigo! ¡Pues en verdad te digo, Ellör, que en todos estos años no ha habido un instante en el que no haya pensado en ti, al menos una vez cada noche, y muchas veces también durante el día, preguntándome dónde estarías, qué estarías haciendo, y cómo llevabas tu vida!

Ellör sonrió con amargura.

—Estaba seguro de ello —dijo.

—He mandado emisarios a todos los rincones, Ellör. Mucho te he buscado, por todas partes, en todo rincón. Y cada vez que mandaba exploradores esperaba con anhelo que dieran noticia de tu paradero, y yo mismo he ido a cuantas partes se me ocurrían, usando atajaderos a veces y otros medios otras veces, mas siempre regresaba a la torre con

desánimo, pues de dónde estabas no se sabía nada.

—Estoy consternado —ironizó Ellör con un susurro.

—Mas he aquí que un buen día, unos exploradores a cargo de unos mercenarios enviados por unos soldados, que sabían que habría una recompensa desorbitada… informan de que en un territorio en la otra parte del mundo, en un bosque de castaños detrás de una montaña que era mina de hierro en tiempos… había un gigante rojo. El Gigante Rojo de Peleas.

Ellör se mordió el labio inferior. Sabía que acabarían pillándolo por aquel descuido, y… así había sido.

—Me apena que el miedo que esos hombres me tenían les hiciera querer confirmar que eras tú antes de decírmelo, o nos habríamos visto mucho antes. ¡Pero tanto da! ¡Tanto da, Ellör! Porque esos hombres trajeron lo que has venido a buscar.

Ellör levantó la cabeza con el corazón encogido. No había querido preguntar por la muchacha para que no supiera él que tenía interés en ella, o estaría ciertamente perdida. Pero lo sabía. Bien lo sabía. A Dorlun Gwarciryn, maestro de la invisibilidad y del mimetismo, no se le escapaba nada.

Unos soldados aparecieron por su espalda arrastrando una figura. Ellör se llenó de terror, pues antes de que la llevaran junto al titán, ya sabía quién era. La dejaron caer al suelo, y estaba ella atada con cuerdas por las muñecas y también por los tobillos e incapaz de sostenerse, y su pelo sucio y revuelto cubrió su cara.

—¿No es ella a quien buscas, Ellör?

Al oír el nombre, la muchacha levantó la cabeza con un gesto rápido, y cuando sus ojos vieron a Ellör en la sala se iluminaron con un destello de esperanza, mas al cabo, volvieron a apagarse, pues comprendía que Ellör también era prisionero.

—¿Por qué has venido, maestro? —preguntó.

Ellör sacudió la cabeza con los ojos apretados, y al mismo tiempo Dorlun compuso una expresión divertida, la boca convertida en un círculo.

—¡Maestro! —exclamó—. ¿Es ésa la relación entre vosotros? Es… ¡Es muy bueno! Se me ocurrió que pudiera ser acaso tu hija, mas... no veía yo el color del cabello, o esa expresión siempre soñolienta que tienen tus ojos, Ellör… Pero maestro y discípula está bien. Se crean buenas relaciones entre maestros y alumnos, me parece…

—Dorlun… —susurró Ellör.

Dorlun se echó a un lado, dejando que viera algo que había quedado a su espalda todo el tiempo.

La escultura congelada del atajadero vetado que llevaba a los

lugares mazmorra. Ellör tuvo la sensación de que la había visto ayer por última vez. Tan sólo ayer.

—Retira el veto, Ellör, y os dejaré marchar a los dos —dijo el titán.

—Dorlun… déjala marchar, y hablaremos…

—Eso no va a pasar, Ellör. Pues verás, es como la tensión entre las once líneas de descripción de la realidad. Yo ejerzo aquí la tensión, y no tú, pues tú no tienes nada.

—¿Quieres que retire el veto? —preguntó Ellör—. Pues déjala marchar y…

—¿Y cómo lo harás? —quiso saber Ellör—. Sin el cetro no puedes, pues el veto está sellado por su poder. Dime: ¿si libero ahora a la muchacha irás a por el cetro escondido y retirarás el veto?

Ellör entrecerró los ojos. Algo había cambiado. Algo. Y acababa de darse cuenta. Dorlun lo había llamado cetro y no bastón, como la última vez que hizo referencia a él, pues parecía más bien lo segundo y no lo primero. ¿Habría estado… investigando sobre el cetro todos aquellos años? Se dijo que sí. Probablemente sí. De boca de otro hechicero, de la biblioteca de la torre, del hogar de algún hechicero de los muchos que había asesinado. De alguna parte. Pero ahora sabía qué era.

Tragó saliva con esfuerzo, pues tenía la boca seca, y no sólo del viaje a lomos de Príor.

—Sí —mintió—. Déjala libre y te diré dónde está el cetro.

Dorlun se quedó mirándolo durante un tiempo, y por fin abrió la boca con una mueca extraña, echó hacia atrás la cabeza, y rompió a reír.

Helga y el hombretón rojo lo miraron desconcertados.

—Eres un mentiroso, Ellör. Lo eres en verdad. Pero… qué esperar de un hombre que huyó cuando todo estaba en peligro, dejando la ciudadela rendida a manos de un invasor…

—Pues… ¿mentiroso por qué? —preguntó Ellör.

—Porque no devolverás el cetro —dijo Dorlun—. Y eso lo sé porque ya lo habrías traído contigo. Y del mismo modo sé también que esa posibilidad ni siquiera ha pasado por tu mente, o tú mismo te habrías dado cuenta de una notable circunstancia al ir a contemplarlo al menos una vez para ver si seguía seguro, o para considerar el traerlo para enfrentarte a mí, o para estudiar su poder y ver qué podía hacer el cetro en tu mano cuando lucharas conmigo…

Ellör pestañeó, sorprendido y… asustado.

—¿Qué… notable circunstancia? —preguntó balbuceante.

Dorlun compuso una mirada intrigante, y por fin extendió la

mano hacia su izquierda y la mano desapareció misteriosamente en el aire, hasta el codo desapareció, mas cuando la retiró estaba toda ahí, y en su puño cerrado sostenía algo que Ellör reconoció enseguida.

Un bastón sencillo, de madera de ébano, con el mango pulido por el contacto continuado con manos y dedos.

Era... el Cetro de Sinzir.

Ellör abrió mucho la boca.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

Dorlun inclinó la cabeza con desdén.

—¿Creías que podías esconder un objeto de poder como éste? —preguntó—. ¿De mí? Una cosa es que te escondas tú, que eres de carne y hueso, y la carne y el hueso tienen la mala costumbre de renovarse continuamente, sus componentes esenciales renovados un día y otro día, y eso hace difícil el rastreo. Pero… el cetro —añadió—. ¿Pensabas que no lo encontraría?

—No lo entiendo —susurró Ellör—. Mas si lo tienes… y lo tienes desde hace mucho, como parece, ¿para qué me buscabas a mí?

Dorlun hizo unos cuantos movimientos con el cetro, como si manejara una honda, y dio estocadas a un lado y a otro, produciendo un zumbido en el aire, y Helga cerró los ojos y apartó la cabeza pensando, quizá, que iba a golpearla con él. Mas Dorlun sostuvo entonces el bastón entre las manos y lo miró como quien intenta leer unas marcas menudas y secretas en su superficie.

—Ese Sinzir era un loco —musitó—. De todos los objetos donde se puede embutir semejante poder, eligió un palo tosco y feo como éste. ¿Sabes qué imagino? Que llevaba este bastón con él cuando se abrió a la Deriva y se vistió con su poder, cuando estuvo en los lugares mazmorra, y que no tenía en verdad otra cosa a mano, pues este báculo lo ayudaba al caminar y nunca fue otra cosa.

Ellör escuchaba sin decir nada. Pensaba si no estaría ya todo perdido, que él, Dorlun Gwarciryn, podía retirar el veto cuando quisiera; y que la crueldad que había en su corazón sólo quería jugar con ellos, con la muchacha y con él, sólo para verlos sufrir, de la misma manera que un gato tortura a su presa antes de devorarla, para obtener satisfacción del juego.

—Pero si era un loco, era también sabio, ¡y más que capaz! Ojalá le hubiera visto en acción en aquellos días, Ellör, pues habría aprendido de sus capacidades una o dos cosas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ellör.

—A los vetos —susurró, mudando poco a poco la voz a una de enfado mezclado con algo que iba más allá del fastidio—. Tú y tu amigo el casi nigromante, ese hombre desarrapado y sin amigos que

olía a níscalos húmedos y a broza podrida, elegisteis sin duda la mejor cosa para un veto, pues Sinzir era experto en ellos, y creaba los mejores. Y sobre su preciado cetro… sobre este bastón de abuelo meapantalones que más parece una vara para encontrar agua en el subsuelo que un objeto supremo de poder, puso también uno.

Ellör abrió mucho los ojos.

Dorlun lo miró, enfadado, y cuando su tez adquirió el encendido tono carmesí de su armadura, lanzó de pronto el brazo a un lado y de allí surgió un vórtice de poderes multicolor que derrumbó el muro de la torre haciendo que las piedras y los cascotes que de él se desprendieron salieran despedidos hacia fuera. Helga agachó la cabeza y contrajo el cuerpo, mas no gritó ni hizo ruido alguno.

—¡No pongas esa cara, casihechicero taimado y desleal! —gritó Dorlun—. ¡Que tú sabías esto bien! ¡Y tu compromiso era con la torre, y debes obediencia y servicio a tu Archimago!

—¿Desleal por qué? —preguntó Ellör—. Pues mi lealtad con el Archimago es indiscutible, mas su nombre era Briamor Candess, y tú lo asesinaste. Ahora entiendo por qué me buscabas. No... ¡No puedes usar el cetro! No funciona en tu mano…

Ellör sonrió.

Después de todo lo pasado… Dorlun nunca hubiera podido usar el cetro de todos modos. Esa idea le divirtió. Desde luego no estaba carente de ironía.

—Pues… lo siento, Dorlun Gwarciryn —dijo despacio—. Pero no sé por qué no funciona. Y, como has dicho, sin él no se puede retirar el veto. ¡Así que suelta a esa muchacha, que no es aprendiz mía más que de la escuela de la vida, y no sabe de hechicería ni media. Ni un hechizo de cambio de tonalidad sabría conjurar!

—Oh. ¿Crees que la tengo prisionera porque tema que pueda ser una amenaza?

Dorlun soltó una carcajada.

—Está aquí para obligarte, Ellör Litos Ceoril, ¿o debería llamarte Ellör Litos a secas, ahora que la Casa Ceoril no existe?

Ellör no dijo nada.

—Sinzir le dio el cetro a tu amigo, el amigo de los muertos —continuó Dorlun—. Y ese patán maloliente y raro como una luna azul te lo entregó a ti. Ese es el secreto del veto, y Sinzir le prestaba el cetro a hombres y mujeres que eran de su confianza para que lo usaran libremente, pues se lo entregaba de buena gana, mas si un enemigo se hacía con él de malos modos, por la fuerza o el simple y sencillo robo, el cetro guardaba para sí todo su poder y no era más útil que un simple palo, con el cual no se puede hacer más que… esto.

Y diciendo eso, levantó el bastón en el aire y lo dejó caer hacia la cabeza de Helga, y el golpe sonó como un saco de huesos, y la muchacha cayó hacia atrás y del dolor quedó tumbada con las piernas levantadas, hasta que las dejó caer al suelo otra vez.

—¡NO! —gritó Ellör, y de pura rabia extendió los dos brazos y conjuró un potentísimo ataque que habría cortado por la mitad a diez hombres a la vez, mas la hoja de luz que lanzó dio contra la armadura de Dorlun sin provocarle daño alguno. Ni un milímetro lo desplazó de su sitio.

Dorlun lo miró con desgana.

—Por favor —susurró con desdén—. No me hagas reír.

Ellör cayó al suelo de rodillas. No le había hecho nada. Nada. Ya sabía que estaba oxidado por el paso del tiempo y la poca práctica, y lo notó luchando con aquellos hechiceros al pie de la granja en llamas, pero… ¿nada? ¿Nada en absoluto? Era como intentar meter el pie en el agua de un río y descubrir que no tenías fuerzas ni para romper la superficie del agua. No pretendía cambiar el curso de la corriente ni detener su avance, pues el agua siempre encuentra camino, pero había esperado al menos poder… Poder meter el pie en el agua.

—¡Muchacha! —llamó—. ¡Muchacha! ¡¿Puedes oírme?!

Helga se revolvió en el suelo, meciendo la cabeza a uno y otro lado como si canturreara. Mas luego se volvió hacia Ellör y vio el hechicero que tenía una fea brecha en la frente, y que por ella manaba sangre abundante. Pero aun con eso, la muchacha asintió a Ellör y le dedicó una sonrisa sincera con una muy clara intención: que él se sintiera mejor, comprendió Ellor; y ese gesto suyo lo llenó de dolor, rabia, impotencia y frustración.

—Déjala aparte de esto… —pidió, aniquilado en su ánimo.

—Pues haz lo que te digo —dijo Dorlun con gravedad—. Ni siquiera te pido que retires el veto. Coge el cetro. Toma —insistió, acercándose a él y ofreciéndoselo—. ¡Coge el cetro, te digo! Cógelo y entrégamelo de buena gana, como hizo Sinzir con tu amigo, el que estudiaba muertos, y como él hizo contigo.

—Para que puedas usarlo libremente...

—¡Vamos, tómalo! —alzó la voz Dorlun. Se lo acercó tanto que lo plantó prácticamente en sus mismas narices, y Ellör, aún en el suelo, echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

Ahí lo tenía. El Cetro de Sinzir. Delante de él. Tuvo muy claro que, tal y como se estaban desarrollando las cosas, sólo tenía una posibilidad. Una mínima oportunidad. Coger el cetro que el mismo Dorlun le ofrecía y jugárselo todo a una carta. Un único ataque. Uno definitivo, lo más fuerte que pudiera lanzar…

—¡TÓMALO TE DIGO! —gritó Dorlun.

Y dicho eso, alargó la mano libre hacia atrás sin ni siquiera mirar, y Helga empezó a gritar. Era un grito repentino, fuerte, como si le estuviera retorciendo las tripas. Ellör miraba impotente, otra vez a lomos de ese caballo espectral que era el pánico, y el estómago se le endureció en el cuerpo. Mas de repente, la muchacha detuvo el grito con un ruido de garganta, corto y seco. Ellör creyó ver que algo había salido despedido por el aire hacia la mano extendida de Dorlun, algo pequeño pero veloz como un relámpago, y que Dorlun apresó con un gesto. La muchacha se quedó temblando, las lágrimas resbalando por las mejillas, y cuando Dorlun extendió el puño hacia él y abrió los dedos para que pudiera ver lo que tenía en la palma, Ellör palideció.

Era un diente. Ensangrentado por uno de sus lados. Uno de los dientes de la muchacha.

Ellör negó con la cabeza, incapaz de procesar lo que ocurría.

—Una muchacha como ella tiene treinta y dos dientes, Ellör —decía Dorlun mientras él entraba en una espiral de dolor y de furia profunda—. Dieciséis arriba, dieciséis abajo. Sólo le he arrancado uno, y ya la boca le duele más que la brecha en la cabeza. Imagina el dolor exquisito, profundo, que padecerá cuando le quite otro. Y otro. Y otro más, hasta quedar desdentada. Mas escucha, que hay otras cosas además de dientes. Dedos, Ellör. Orejas. Ojos un par. Nariz. Vísceras. He aprendido muchos trucos nuevos estos años, viejo. Cosas asombrosas sobre mantener a la gente con vida. Te doy mi palabra de hechicero de que haré cuanto esté en mi mano para mantenerla con vida mientras le arranco trozos del cuerpo, uno por uno, para que sufra y desespere, a menos que hagas lo que te digo.

Ellör pensaba, zarandeado por sensaciones encontradas que iban de la desesperación a la rabia más iracunda que hubiera experimentado jamás. Estaban muertos los dos, eso lo sabía. No importaba si hacía lo que decía o no, alguien que hablaba como él no mostraría clemencia, piedad, o pensamiento razonable alguno. Los mataría, porque era más sencillo matarlos que liberarlos, y porque le encantaba usar su poder cuando tenía oportunidad.

Así que pensó en ese hechizo. El más definitivo y potente que pudiera montar en su cabeza para lanzarlo a través del cetro. Y ese hechizo tal vez no le hiciera daño a Dorlun, o tal vez sí, pero no le importaba. Lo que pretendía era obtener una muerte piadosa y rápida, sin dolor, para él y la muchacha. Porque en lo que a la muerte concernía… los dos eran ya cadáveres, aunque aún pudieran dolerse.

—Lo haré —susurró.

Dorlun lo miró con los ojos entrecerrados.

—Sé que quieres atacarme, Ellör. Puedo oler tu cólera desde aquí. ¡Hazlo si eso te hace sentir mejor! ¡Lánzame lo que quieras, que no funcionará! ¡Nada conseguirás! Pero si después de eso no me entregas el cetro como te he dicho… el dolor que sufrirá ella será abismal. Profundo. Se le instalará en los huesos y ya no la abandonará mientras viva, ¡y me ocuparé de que ese tiempo sea mucho más que mucho!

—Lo haré —repitió Ellör. Y extendió la mano bajo el puño cerrado sujetando el bastón. Dorlun permaneció inmóvil unos instantes, como pensativo, mas luego abrió la mano y dejó caer el cetro en la de Ellör.

Cerró los puños lentamente alrededor del cetro y notó que estaba caliente. Era el calor de las manos que asesinaron a su padre, a sus amigos, las mismas que habían pegado y torturado a la niña que sentía como nieta, o hija, tanto daba. Y cerrando los ojos, repasó mentalmente su hechizo, uno de círculo de explosión en su más alto nivel. Si lo lanzaba a través del cetro, podría tal vez duplicar su potencia. Debería erradicar de la faz de la existencia toda la cúpula superior de la torre, como sospechaba, y ése… ése era un fin muy meritorio para aquella torre condenada y embustera.

Pero cuando estaba moviendo los brazos ya para lanzar el hechizo, algo debió de ver Dorlun en la determinación de su mirada que le hizo sentir algo parecido al miedo, o acaso lo contaminó una sombra de duda, pues cuando Ellör estaba ejecutando su conjuro, Dorlun cogió el cetro con la mano, como para arrebatárselo, mientras lanzaba un grito agudo.

Y el hechizo falló. Se revertió. Sucumbió. Falló de manera tan estrepitosa que Ellör sintió que la vibración del hechizo le recorría el cuerpo como un espasmo incontrolable, como los que producen las fiebres de los pantanos, y escapó de su cuerpo por sus codos doblados en forma de llamas, quemando su abrigo pardo. Ellör lanzó un grito desgarrador mientras la vibración afectaba también al propio bastón, que ante la vista atónita de ambos, se quebró por cientos de sitios diferentes, todo él recorrido por grietas y líneas y fisuras, y estalló y se dividió en tantos fragmentos que parecía que alguien hubiese arrojado un puñado de arena entre los dos hechiceros.

Se quedaron quietos. Inmóviles. Perplejos.

Ellör comprendió primero, y pensó que… otra vez había perdido su oportunidad. Ya no tendría la extinción que había deseado para la torre y para él mismo, pero… con una lágrima naciendo en sus párpados ahora cerrados, aún podría lanzar un último hechizo sencillo contra la muchacha. Uno que…

Lloró.

Uno que... la matara con rapidez.

Y debía hacerlo rápido, pensó luego, porque el enfado de Dorlun, ahora que había perdido el cetro, debía ser mucho más grande que descomunal.

Entonces oyó la risa de Dorlun, y abrió los ojos.

La risa se convirtió en una carcajada.

—Ellör, cerebro de jibia, boñiga inútil… Es tan fácil manipularte —dijo sin dejar de reír.

Ellör lo miró sin comprender.

—Lo que te he contado de los vetos es cierto —manifestó exultante—. Pero como cualquier objeto de poder, idiota, barbero de tenderete, patán ignorante… ¡el objeto se rinde ante el lanzador! ¡Sólo tú podías usarlo, sí, pero yo podía bloquear el hechizo! ¡Y estaba tan cerca de él, tonto inútil, que tu hechizo no pudo salir lanzado, y el cetro se ha llevado todo el impacto!

—Pero… —susurró Ellör—. No… no lo entiendo…

Dorlun siguió riendo con ganas.

—Tú… ¿querías destruirlo? —preguntó Ellör confuso.

—¡Desde hace medio millar de lunas! —soltó Dorlun—. ¡Pero los objetos de poder sólo pueden ser destruidos por sí mismos, en manos del lanzador! ¿Lo comprendes ya, bodoque? ¿Comprendes por qué te necesitaba? ¡Que mucho me sabía yo que jamás quitarías el veto, predecible feriante de trucos mágicos para niños y borrachos!

—Pero… ¿por qué des…?

Se interrumpió. Dorlun se acababa de dar la vuelta para mirar al otro lado de la sala, y allí seguía el atajadero hacia los lugares mazmorra, sí, pero...

Pero ya no era una escultura como de hielo, sino que se veía de un espectacular tono carmesí, vivo, brillante… activo. El atajadero, inexplicablemente, estaba otra vez abierto y en funcionamiento.

El cetro, pensó. Destruido el cetro, el veto ya no se sostenía.

—Pensé —dijo Dorlun— que si veías el movimiento de mi ejército ahí fuera, todos preparándose, te darías cuenta. Pensé que intuirías, Ellör, meado de leproso. Pensé que tu sesera te traería algo de luz, por una vez. Porque lo he preparado todo para este día, hoy, precisamente hoy después de tantos años. Hoy, el día en que vendrías a mí y el veto se rompería…

—Pero… no podías saberlo… —musitó Ellör.

Dorlun lo miró con desdén.

—¿No? Ahí estás. Siempre tomando decisiones sobre lo que puede ser o lo que no. E incapaz de sumar dos cajas de huevos. ¡Tú sumas huevos y te sale una tortilla, Ellör! —exclamó, y rompió a reír—. Pues

escucha, botarate, asno… ¿no imaginabas que alguien con mi poder tendría un poco de… clarividencia?

—Cla… clarividencia —susurró Ellör.

—Clarividencia, patético hombrecillo —repitió Dorlun—. La cual aprendí con mi capacidad mimética. ¡Y te vi aquí, en esta sala, y vi lo que hacías, y cómo los lugares mazmorra quedaban de nuevo libres para mí! ¡Vi todo eso, y preparé a mis hombres para expandir la influencia de la ciudadela, que si alguien viene a mí con poder suficiente para mirarme a los ojos siquiera, yo ahora podré tomar de la Deriva todo lo que necesite saber, y todo lo que necesite ser!

Ellör cerró los ojos de nuevo y enterró el rostro en las manos, rendido. Porque… si todo eso lo había visto Dorlun, entonces lo que había sospechado era cierto: la Deriva había predispuesto todo aquello. Lo había escrito, como los parlamentos de una obrilla de actores y actrices en una feria local.

—Y he aquí este momento, por fin —decía Dorlun, de pie delante del atajadero. Miraba la cicatriz evolucionando ante sus ojos como un enamorado mira un hermoso atardecer—. Tal y como…

—Maestro —exclamó Helga al ver a su maestro desesperado, pues Dorlun estaba frente al atajadero y parloteaba—. Maestro…

Ellör no decía nada. Estaba hundido en el pozo de su miseria, rendido incluso antes de caer, pues la caída ya no incumbía sólo a la muchacha, o a él, sino a todo lo que existía bajo el cielo y a todo lo que crecía entre uno y otro árbol, en toda roca, y todo cuando el agua o el aire tocaban.

—Maestro… ¿no me enseñaste que había un equilibrio para todo en la naturaleza? —insistía Helga mientras Dorlun parloteaba frente a la cicatriz, feliz de ver lo que veía y feliz de escucharse, a las puertas de tanto poder, ignorante ya de lo que sus efímeros cautivos hacían o decían.

«La Deriva es destrucción», recordaba Ellör. Lo había dicho Vanegrio Llamaviva.

—Ya no creo tal cosa, muchacha —susurró él—. Pues mira… mira te digo... ¿Dónde ves tú el Equilibrio aquí, si todo se ha perdido, y aún más se perderá?

Helga negó con la cabeza.

—No eres tú quien habla, maestro —susurró—. Estoy oyendo a un hombre con un sombrero que está cansado y abatido y desesperado, por cierto, pero no a mi maestro, el hombre libre del bosque que hablaba con su caballo y que sabía de las cosas y confiaba en ellas. ¿No querrá este hombre que está aquí ahora y que tengo delante, recordar las palabras de su propio maestro, que a buen seguro lo

hubo, para buscar lo que ha perdido?

Ellör sacudió la cabeza.

Y pensó en decir: «No, muchacha, las cosas son diferentes, como ya ves», pero de pronto, en su cabeza, recordó con ojos muy abiertos las palabras de Briamor cuando ascendía por la Escalera del Mérito, las cuales repitió en su cabeza altas y claras, como si las hubiera escuchado hacía sólo un instante.

«Una cosa debes saber, Ellör —había dicho éste—. Existe un plan para todas las cosas de este mundo. No creas tú que por poner mucho o poco esfuerzo podrás alterarlo lo más mínimo, pues el plan lleva acordado mucho tiempo, y lo que ha de ser, será. Así que haz lo que puedas, que si está en el plan, suficiente será.»

Miró a la muchacha con redoblado cariño. Tenía claro que ella pretendía animarlo e insuflarle otra vez esperanza, pero…

Pero el plan….

¿Qué plan podía ser ése, que desbalanceaba tantísimo la balanza del Equilibrio hacia el mismo lado?

—¡Callaos ya! —gritó entonces Dorlun—. ¡Mucho os he soportado a los dos, por la bilis verdosa que exudan los cuerpos podridos de los muertos! ¡Palabras, demasiadas palabras! ¡Es hora de…!

Se interrumpió.

De repente, y sin previo aviso, toda la sala empezó a estremecerse con violencia.

4

El plan en el que Ellör había dejado de creer llegó a través del atajadero.

Ellör miró, como también miraron Helga y Dorlun, todos enmudecidos por la sorpresa y la grandiosidad de lo que veían, que era cosa que ninguno había visto antes. Era una suerte de escultura, pero una de un tamaño en verdad colosal, hecha como de turmalina de un tono verde esmeralda, de una mujer desnuda. Su rostro no era hermoso; era la belleza tallada en mineral verde, y sus ojos abiertos tenían la forma de triángulos, y el de la izquierda era negro y el de la derecha blanco, y cuando emergió en la sala a través de la cicatriz, era tan grande que sólo pudieron ver su mitad superior. Sólo su rostro era dos veces la altura de Ellör, y ésa era una altura considerable en verdad.

Dorlun fue el primero en reaccionar; sin mediar palabra, lanzó un ataque contra la escultura, mas qué clase de hechizo era o si llegó a alcanzarla o rozarla siquiera no se supo nunca, pues no ocurrió nada.

—Ellör… —dijo entonces. Su voz era diáfana, alta y clara, y limpia como un cielo sin nubes. Y Ellör, que miraba extenuado, inclinó la cabeza a un lado, porque...

Porque había conocido antes esa voz.

En tiempos.

Y miró las facciones de la escultura viviente cuyo cuerpo estaba lleno de hermosas opacidades, suaves transparencias y detalles hendidos, y repasó los triángulos que tenía por ojos, y el que uno fuera blanco y otro negro, y pensó que había conocido antes esa voz. Antes. Hacía tiempo. Y pensó en los triángulos, y en los ojos, y otra vez en la voz, y por fin susurró:

—Madna Uliss…

—No… —dijo Dorlun—. No… Nononono…

—Conjuraste el veto demasiado pronto, Ellör Litos Ceoril —dijo la escultura gigante de Uliss.

—Uliss… —susurró Ellör—. ¿De verdad eres... tú?

De pronto, Dorlun hizo un movimiento inesperado. Extendió ambos brazos y las dos piernas y sus pies se separaron del suelo y se quedó flotando en el aire, como la propia Uliss había hecho en el pasado.

—Iba a matar a tu muchacha —dijo en tono firme la esmeralda verde—. No puedo consentirlo.

Y mientras decía eso, las cuerdas fabricadas por maestros cordeleros en un enclave remoto, trenzadas hasta que formaban un conglomerado más resistente aún que el propio hierro, se deshicieron como si fueran simple paja aventada al aire, deslavazada e inútil.

—Uliss —susurró otra vez Ellör—. Mas… te pregunto de nuevo... ¿En verdad eres tú?

—Fuí Madna Uliss —dijo el rostro hermoso al fin—. Mas esos días quedaron atrás. Hace mucho, mucho tiempo, pasé a los núcleos que son fundamento de todo y viví la misma experiencia que tú, Ellör… mas yo he pasado dentro incontables cantidades de tiempo, y en ese tiempo he transcendido.

—Pero… ¿cómo?

—De nada te culpo, Ellör —susurró Uliss con voz dulce ahora—. Pues desempeñaste tu papel, y no había otra cosa que pudieras haber hecho, como ocurre siempre o casi siempre. Mas si quieres saber, te diré: lo diste todo por perdido aún antes de que todo estuviera perdido, y asumiste cosas que quizá no debiste haber asumido.

—Explícate, esto te ruego… —susurró Ellör.

La figura de tonos esmeralda levantó la barbilla, como si recordara.

—Hace... mucho, mucho tiempo —dijo—, cuando la mujer que yo era espió lo que pasaba e intuyó la naturaleza de Dorlun Gwarciryn y sus capacidades, urdió un plan. Ella entró por el atajadero para ir a los sitios que llamaba lugares mazmorra, y allí alentaba intentar la misma experiencia que viviste tú, la misma que vivió Dorlun, así tardase periodos de tiempo que aquí llamaba años, o diez veces un año, pues sabía que ésa era la única manera de poder enfrentarme a él un día.

Ellör escuchaba con todo su interés. Mas cuando oyó eso… comprendió.

—Y te quedaste… atrapada —susurró, aterrorizado y superado por lo que ello representaba. La consecuencia de sus actos. Y recordó por un instante aquel día lejano, y recordó también haberse preguntado para qué podía haber querido Dorlun ir a los lugares mazmorra en aquellos momentos en los que se ocupaba de todos, y se le ocurrió de repente que pudo haber saltado allí persiguiendo a Madna Uliss. ¡A Madna Uliss, a la que dio por muerta aún sin haber visto su cadáver!

La figura de turmalina pareció reír.

—Como debía ser, Ellör. Pues la experiencia allí era devastadora para la mente, y para el cuerpo, y llega un momento en el que demasiado es demasiado; pues tú pasaste allí diez días, Ellör Litos Ceoril, pero esa mujer que conociste tuvo que soportar dos veces mil ese tiempo.

—Dos veces mil… —susurró Ellör. Intentó traducir esa cantidad de tiempo a poder, pero no supo. No pudo calcular la colosal capacidad de aquella mujer de hermoso mineral verde, y no creyó que

conociera ya a nadie que pudiera, ni entre los vivos ni entre los muertos.

Helga sacudió la cabeza, intentando comprender también esa cifra. Era una cantidad superlativa. Mayúscula. No estaba muy segura de lo que hablaban, pero aquella entidad, aquella mujer que parecía animada por una magia ancestral, descarnada y absoluta, la había liberado. A ella. Una muchacha que había crecido y vivía en un bosque de castaños en un territorio del que poca gente había oído hablar. Y había convertido a Dorlun en un espantajo inmóvil y silencioso; una piedra era, y una que flotaba, por añadidura. Y se sentía tan maravillada por lo que veía como agradecida por lo que se le había regalado.

—La mujer que conociste y llamaste amiga una vez no lo hubiera conseguido, Ellör —siguió diciendo la entidad—. Ten esto presente cuando, dentro de poco, acabemos esta conversación y todo haya quedado prendido en el pasado de las cosas. Pues cuando desesperó y se quebró su mente, su cuerpo, su corazón y todo cuanto había de humano en ella, intentó salir. De eso puedes estar seguro, y así te lo cuento.

—Pero incluso entonces… —dijo Ellör pensativo—. Podrías acaso haber hecho frente a Dorlun…

—No —repuso ella con suavidad—. Ése era, por cierto, otro camino. Uno de los varios que se habían formado como se forman los cauces cuando un río desborda, pues hay otras fuerzas actuando en éste y todos los mundos además del Equilibrio. Pero tú lanzaste el veto, con argucias impensables y recursos extraídos de otros sitios, y me prohibiste escapar.

—No lo entiendo muy bien, Uliss —dijo Ellör—. Pero lo entienda o no… se ha seguido el cauce más amable, o así me lo parece…

De pronto, sin que Ellör lo esperase, Helga intervino.

—¿Has venido, dices, a restaurar el Equilibrio?

La entidad se volvió hacia ella con suavidad. La luz penetraba en su cuerpo esmeralda y creaba formas y muy complicados matices en su interior.

—El desequilibrio del Equilibrio tiene siempre una reacción igual y opuesta —susurró—. El Equilibrio del desequilibrio. Podéis tomaros esto como una ley fundamental de las cosas que se crearon y se pusieron en marcha con un propósito. Quedarán cosas aquí que nunca debieron estar, pero habréis de coexistir con ellas, y si no las molestáis y las dejáis habitar allí donde prefieren, formarán parte de este mundo y así será.

Ellör inclinó la cabeza.

—Te refieres a… la Sombra en el laberinto.

—La Deriva intenta compensar la balanza, Ellör. No lo dudes más. Por cada corazón noble que nace y late, la Deriva proyectará uno oscuro, inmundo y hediondo. Mas si en toda tu vida sólo andas por barro, no dudes de la Deriva, que otros conocerán solamente prados; y eso, en la unidad de las cosas, es Equilibrio.

Ellör intentó asimilar esas palabras, pensativo.

—Y… ¿qué pasará ahora? —preguntó.

La figura de turmalina, o de algo que se le parecía, pareció emitir un sonido cantarín.

—Pues… ¿qué crees tú, Ellör? —preguntó con la suavidad con la que un pájaro diminuto vuela entre las ramas verdes de un grupo de árboles.

Sin embargo, fue Helga quien respondió:

—El Equilibrio —dijo solemne y satisfecha—. Eso pasará.

—Y así ha sido siempre —sentenció la mujer esmeralda, que parecía sonreír.

—¡Pero espera! —pidió Ellör, comprendiendo de pronto, como llevado por una rara intuición, que la conversación estaba llegando a su fin—. ¿Estarás… estarás por aquí?

El rostro hermoso y las manos grandes pero delicadas y bellas se movieron con suavidad, cambiando de posición.

—Todo está por aquí, Ellör Litos Ceoril, pero eso ya lo sabes, pues conoces la inflexión y otras cosas, como mundos dentro de mundos y el reino de los muertos y la oscuridad de los corazones y también su luz; y todo eso… está aquí. A la vez. Pero si te refieres a si nos veremos… No. Eso te digo, por cierto. No nos veremos. Soy otra cosa ahora, y para otras cosas hay otros lugares. Yo misma cerraré los lugares que llamábamos mazmorra con un veto nuevo, uno mío, que ése no se romperá ni se violará ni se quebrantará o forzará por tiempos. Y los cerraré desde el otro lado, que con eso contribuiré también al Equilibrio.

—Te quedarás allí entonces... —susurró Ellör.

Ella no respondió.

—Gracias por todo —dijo Helga haciendo una reverencia. La niña había comprendido, antes que el hechicero, que la conversación, finalmente, había terminado.

Ellör intentó adelantarse y decir algo, pues tenía demasiadas preguntas, y algunas eran importantes, del tipo de preguntas que generaciones enteras de hechiceros se habían hecho observando los grandes astros en el firmamento o maravillándose por los muy pequeños insectos, o las hojas minúsculas de las flores, o cualquiera de

los prodigios que había por el mundo. Pero… se detuvo. Cerró la boca y no dijo nada. Y cuando miró a Dorlun, el titán, el invicto, el que todo lo podía, el que hacía que el poder bebiese de su mera voluntad… éste desapareció ante sus ojos, como si no hubiera existido nunca. Había muerto, de repente, si se podía decir eso de alguien que se había convertido en aire, o en algo parecido a aire, o en nada, y Ellör pensó que no podía ser de otra manera. No hubo explosiones, ni rayos ni centellas, sólo la conclusión de algo que debía ser hecho: erradicar el desequilibrio.

Del mismo modo, sin que hubiera mediación de un relámpago, ni un parpadeo, ni ninguno de los aparatosos efectos que los hechizos solían dejar, Helga y Ellör se encontraron de repente fuera, de vuelta a la loma donde Príor esperaba prudente.

—¡Príor! —gritó Helga cuando vio al caballo, y éste relinchó una y dos y tres veces, de puro contento, y se acercaron el uno al otro y juntaron sus cabezas, los brazos de ella sobre su cuello. Y se quedaron así un tiempo largo. Ellör los miró, como si observara una escena congelada en el tiempo; un recuerdo hermoso que estaba ocurriendo en el ahora, en ese momento. Y por ese rato también, sintiéndose todavía abrumado por las cosas que habían pasado y había visto, no se movió tampoco.

Pero entonces oyeron gritos procedentes de la ciudad, y cuando miraron vieron la Sombra, la misma que dormitaba en el laberinto, sobre los tejados, y Príor ya la conocía de tiempos más antiguos y Helga también la había visto antes, durante su prueba, y cuando la vio soltó una exclamación ahogada.

—¡Ay! —dijo—. ¡La Sombra en el muro!

Ellör le puso una mano en el hombro.

—No temas —le dijo—, que esa Sombra es ahora libre, sin la voluntad de Dorlun manteniéndola prisionera en los sótanos de la ciudadela. Desbaratará ese ejército que el hechicero estaba montando y se marchará a otro mundo o se quedará en estas ruinas, y acaso sea preferible lo segundo, pues ya nadie ocupará la torre por miedo a perder la vida.

Miraron durante un buen rato, pensativos, cada uno entregándose a sus propias reflexiones, hasta que Ellör subió a lomos de Príor y tendió la mano a la niña.

—Me parece que es hora de terminar aquí este capítulo —dijo.

Ella aceptó su mano y subió con gracilidad.

—Me alegro de que todo acabe así, maestro…

—¿Acabar? —repitió Ellör—. Pues nada acaba realmente nunca, muchacha, y tú eres aún muy joven. Volvamos a la cabaña en el

Bosque de Cobre, descansemos la mente y el cuerpo, y a ver qué se nos ocurre desde allí…

Helga sonrió y, sin que ninguno dijera nada, Príor empezó a trotar alejándose de allí. Pero sin prisa, que por una vez no había ninguna.

—Te contaré una historia, muchacha, mientras nos movemos. Pues… ¿sabías que Príor no es realmente un caballo? ¡Es un elemental del viento con un astuto disfraz, pues este elemental ama la fortaleza y la dignidad de los caballos, y así vive sin que nadie lo sepa!

Helga giró la cabeza y miró a su maestro con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es verdad, maestro? —preguntó, confusa y asombrada—. ¿O me estás tirando de una manga, como quien dice?

Ellör soltó una buena y muy merecida carcajada, y Príor relinchó varias veces seguidas, y también Helga se unió a ellos, aunque sólo fuera por sentir la risa en su pecho; que de todos los hechizos del mundo, era aún el más saludable de todos. Y atrás quedó la ciudadela, que estaba siendo desmantelada y destruída por la Sombra en el muro.

Los vio alejarse y ya no supo más de ellos.

EPILOGO

Con el tiempo, el nombre de la ciudad acabó olvidándose, uno y otro, y a la zona se la llamó de nuevo, simplemente, el Quebranto. Nadie en su sano juicio iba jamás allí, porque entre las ruinas de los muros y las plataformas elevadas sustentadas por viejos sillares, y al abrigo de la alta torre a la que le faltaban tantos pedazos que parecía amenazar con derrumbarse, había una Sombra abyecta de un poder que no se podía enfrentar con arma alguna, y que a ese lugar lo llamaba hogar y nunca salía de allí.

Mas la leyenda de la Luz del Oeste se extendió por todo el mundo, aunque ahora trajese sensaciones procelosas, y su nombre llevaba tinieblas al ánimo de las gentes cuando escuchaban hablar de ella. Mas se decía entre los hombres que en los sótanos de la torre habían construido los hechiceros un laberinto irresoluble, siempre cambiante, porque en su mismo centro habían escondido un tesoro incalculable, siempre creciente por mor de las artes mágicas que allí se congregaban, y que por eso la Sombra vigilaba siempre; y no faltaron quienes, de vez en cuando, intentaban acceder, mas a éstos no se les volvía a ver.

Ellör Litos Ceoril regresó a Nogalera y restauró la Casa Ceoril y el nombre de su padre, y todos celebraron su vuelta con emoción, lágrimas de alegría y parabienes, aunque los que celebraban eran hijos de aquellos que estuvieron bajo su reinado y no habían vivido bajo el nombre de la casa. Pero toda su vida habían escuchado los cuentos e historias sobre el rey Ceoril de los mayores y tenían heredado en su corazón un grandísimo recuerdo.

Ellör no quiso trono alguno, aunque hizo mucho bien y ayudó a construir y traer prosperidad a cultivos y cosechas, cuando los visitaba y el pan Ceoril y el vino Ceoril cobraron popularidad en todo el mundo, y cualquier viajero que pasara cerca se llevaba al menos un jarro con una tapa o un barril pequeño, y dos hogazas bajo el brazo.

Pero la mayor parte del tiempo, al menos por aquella época, lo pasó Ellör en el Bosque de Cobre, en compañía de Helga. Helga era su nombre por propia elección, porque sus padres, que la habían traído al mundo por accidente más que otra cosa, ni nombre le pusieron, y se referían a ella así, como Ella. Ella, la chica. Ella, la que ordeña. Ella, la que limpia el hogar, pues para esas cosas la tenían. Tal vez por ese motivo, Helga encontró en Ellör un padre, y además del calor de una familia inesperada formada por un elemental de viento y un hechicero, encontró conocimiento.

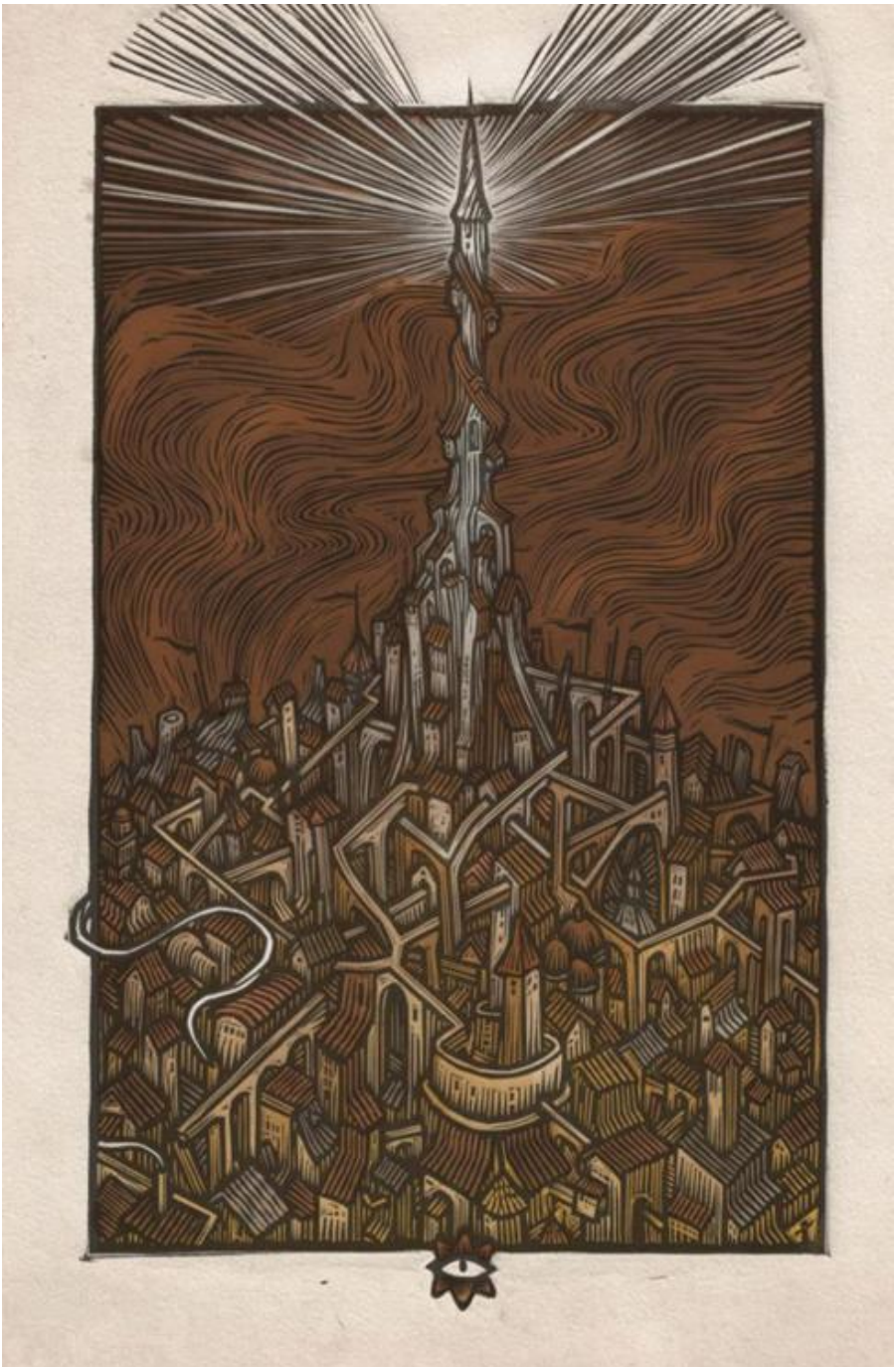
Helga Ceoril, que así se dio a conocer al mundo, resultó ser una discípula aventajada, y mucho se habló de ella en los cientos y cientos de años que siguieron a aquellos días. Pero de tantas cosas como en las que se involucró e hizo, se hablará quizá otro día, que todas las historias protagonizadas por personas excepcionales y muy notables en sus desempeños merecen tener su propio espacio. Pero antes de que ella se convirtiera en una mujer alta y hermosa de cara, hermosa de ojos y hermosa de corazón, el Bosque de Cobre contempló un sinfín de días amables de tranquilidad, de aprendizaje, sin duda, y de atardeceres siempre otoñales donde comieron mazacote de gusano y otros manjares con deleite y el eterno calor del cariño que Ellör y Helga se tenían, y que no se marchitó nunca.

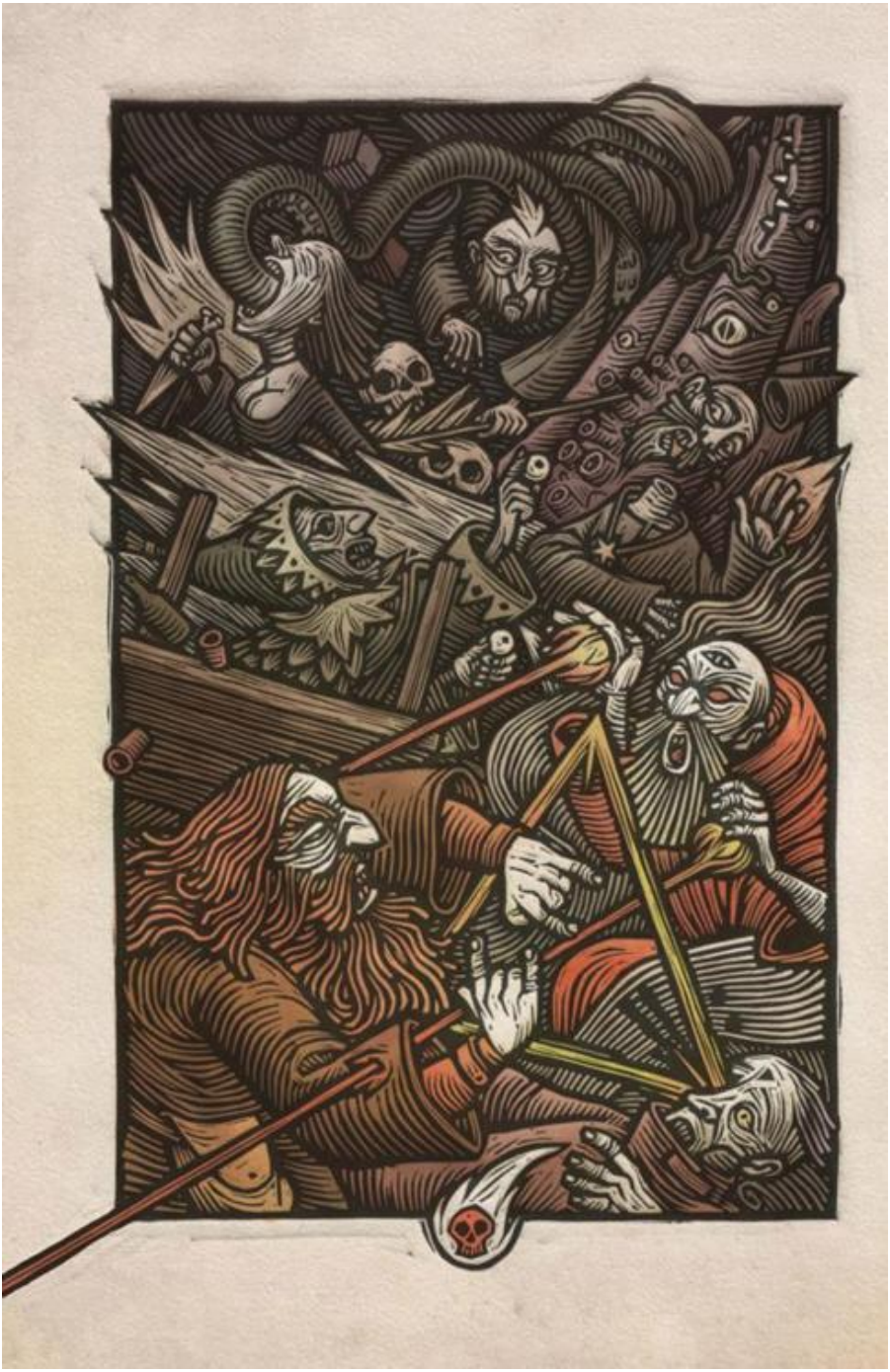
Todo eso, por cierto, lo observaron Valas Ton y Elman Karas desde el reino de los muertos con ojos alegres y sonrisas sinceras.

Mas, un poco por todas esas cosas que ocurrieron, el mundo pudo seguir girando. Uno de muchos, pero uno importante, aunque sólo fuera porque por la disquisición que era innata al hombre ocurrían siempre muchas cosas; unas buenas y otras malas. Pero eso…

Eso era sin duda el Equilibrio.

FIN





Hechicero
Carlos Sisí

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

© Carlos Sisí, 2022
© Del diseño de cubierta e ilustraciones, Tomás Hijo, 2022
© de la tipografía utilizada en los títulos de interior, Igino Marini, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2022

ISBN: 978-84-450-1317-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!